DANIEL

BALMACEDA

BELGRANO

EL GRAN PATRIOTA ARGENTINO

SUDAMERICANA

Daniel Balmaceda

Belgrano

El gran patriota argentino

Sudamericana

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleerarg

@megustaleerarg

Penguin Random House Grupo Editorial

A Silvia, Sofía y Pancho Balmaceda

INTRODUCCIÓN

Cada vez que me toca pasar por la avenida Belgrano, a la altura del convento de Santo Domingo, no puedo evitar girar la vista hacia el mausoleo de Manuel Belgrano y sonreír. Confieso que muchas veces lo saludo o le expreso mi admiración. Esta actitud atenta contra la objetividad de este libro. De todos modos, traté de abordar el conocimiento en torno a Belgrano sin obviar aspectos polémicos, por más que la balanza siempre se inclina hacia los valores que difundió en vida. Al calificarlo de prócer, creo que es necesario aclarar que en nuestra historia tenemos muchos héroes y personalidades destacadas. Próceres, muy pocos.

Los hitos históricos que lo tuvieron como protagonista son más de los que solemos reconocer: su obsesión por la educación y por el desarrollo del campo; su desenvolvimiento durante la Semana de Mayo de 1810; la decisión que sorprendió a camaradas y enemigos en Tacuarí; el acto de valentía admirable en Vilcapugio; su intervención emotiva y determinante en la Declaración de la Independencia. ¿Imaginaba a Belgrano desafiando a quien no rendía el dinero público como correspondía?

Los aspectos personales, su modo de vestir, sus relaciones amorosas y sus hijos tienen un lugar especial en este trabajo porque hay una serie de precisiones que modifican lo que venía diciéndose hasta ahora.

Abordamos, por otra parte, la etapa de sus estudios que parece ocultar ciertas anomalías y las dificultades que le provocó la sífilis durante su labor cotidiana como funcionario del virreinato.

La actividad militar de Belgrano es apasionante y digna de ser conocida en mayor profundidad. Sus problemas con Manuel Dorrego y Martín Miguel de Güemes, su amistad con José de San Martín y su estrecha relación con Bernardino Rivadavia, Mariano Moreno y Juan José Castelli nos ayudan a comprender más el contexto en el que le tocó desempeñarse.

Vivió endeudado porque rechazaba premios y renunciaba a sueldos. Poco

antes de morir le reclamaba hasta unas sillas que le había prestado a Cornelio Saavedra. Pero la mayor deuda con él es la que tenemos nosotros.

Necesitamos rescatar sus valores. El culto que hizo del bien común por encima de sus necesidades personales. El deseo de mejorarle la vida al prójimo. Sin dudas, esa fue su principal batalla.

Tenemos bastante que aprender de Belgrano. Y, a la vez, mucho que agradecerle. Conocerlo y tratar de interpretarlo es una forma de hacer justicia con el gran patriota.

1
LOS PRIMEROS AÑOS

GÉNOVA - CÁDIZ - BUENOS AIRES

Uno genovés, el otro veneciano. Domenico Francesco María Cayetano Belgrano y Angelo Castelli ya se conocían en 1758. Sin embargo, la falta de información nos impide saber si llegaron juntos a Buenos Aires. Sabemos que los dos se embarcaron en Cádiz y que el navío que trajo a Castelli naufragó en las costas de Maldonado, en la Banda Oriental del Río de la Plata. ¿Habrá viajado Domenico, con unos veinte años, en ese mismo barco? ¿Se habrán conocido en Cádiz? Faltan piezas para reconstruir mejor la relación de estos dos hombres, pero sabemos con certeza que, en la Buenos Aires de 1758, el boticario Castelli y el comerciante Belgrano Peri tenían buen trato y terminarían emparentados.

Domenico (26 años) y María Josefa González Casero (15, porteña de familia patricia oriunda de Santiago del Estero) consagraron su matrimonio el 4 de noviembre de 1757 en la iglesia de Nuestra Señora de la Merced, ubicada en las actuales Reconquista y Perón.

Al año siguiente, el matrimonio celebró la llegada de una niña, a la que llamaron María Florencia. El padrino de bautismo de la primogénita de Domingo Belgrano fue precisamente don Ángel Castelli, mientras que la madrina fue Gregoria González.

Cinco años después, en 1763, Castelli, el padrino, se casó con una hija de la madrina Gregoria. Las mujeres de Belgrano y Castelli eran primas.

Domenico había forjado una buena posición dedicándose al comercio y a la provisión de pulperías. Por lo tanto, aunque los Belgrano no integraban el núcleo más tradicional, formaban parte del pequeño grupo acomodado de la ciudad.

La familia siguió creciendo a medida que fueron naciendo los otros hijos:

Carlos José (1761), José Gregorio (1762), María Josefa Juana (1764), Bernardo José Félix Servando (1765), María Josefa Anastasia (1767), Domingo José Estanislao (1768) y Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús, el 3 de junio de 1770. Luego llegarían más hermanos: Francisco José María (1771), Joaquín Cayetano Lorenzo (1773), María del Rosario (1775), Juana María Nepomucena (1776), Miguel José Félix (1777), María Ana Estanislada (1778), Juana Francisca Josefa Buenaventura (1779, le decían Francisca) y Augustín Leoncio José (1781), último hijo del matrimonio, que no era Augusto ni Agustín.

A partir de Florencia en 1758 y hasta Augustín en 1781, el matrimonio Belgrano tuvo dieciséis hijos durante veintitrés años.

Tres de ellos, María Josefa Juana, Bernardo y María Ana, no superaron la niñez. Mientras que Augustín murió en mayo de 1810, antes de la Revolución, probablemente en la Banda Oriental.

En nuestro caso, nos interesa situarnos en los tiempos del nacimiento de Manuel. Aquella lejana Buenos Aires de 1770 tenía veintidós mil habitantes, una catedral construida a medias y cincuenta hornos de ladrillos, lo que significaba que el crecimiento edilicio empezaba ser importante. Había poco más de veinte coches en aquellas setecientas manzanas, pero las perspectivas eran buenas porque la ciudad austral perteneciente al reino de España comenzaba a tener vida y a competir con otras de América. Un pormenor, de relevancia para el vecindario, fue que por primera vez en 1770 hubo mayoría de comerciantes en el cuerpo colegiado del Cabildo.

En cuanto al aspecto físico de la ciudad, el gobernador Francisco de Paula Bucarelli había observado que Buenos Aires carecía de un paseo, un sitio de esparcimiento, una alameda. Aunque no fueron álamos precisamente los que se plantaron, se diseñó en la rivera un sendero arbolado, a un costado del Fuerte y hacia el norte, para el lado de Retiro. Si bien el pequeño Manuel habrá concurrido en brazos de sus padres o de sus hermanos mayores, sus paseos no deben haberse limitado al área lindera al Fuerte. La familia también era propietaria de una quinta en la actual zona de Vicente López y también tenía tierras en Caseros (distante a veinticuatro kilómetros del centro), nombre que surgió del apellido de Josefa González Casero, la madre de Manuel.

En la ciudad disponían de casas y terrenos que completaban el patrimonio familiar. Una de las propiedades se encontraba frente a la iglesia de San

Francisco, sobre la actual calle Alsina. Otra, en la calle del Santo Cristo —hoy 25 de Mayo—, muy próxima a la Alameda. La principal, hogar de los Belgrano, se situaba a pocos metros de la iglesia de Nuestra Señora del Rosario (que solemos llamar Santo Domingo), en la actual avenida Belgrano 430. Allí nació —y murió— el prócer.

LA FAMILIA PÉREZ

Para Manuel Belgrano, el círculo familiar representó una parte fundamental de su vida. Es un aspecto a destacar porque en muchas figuras de la historia no es sencillo advertir el mismo sentimiento afectuoso que unía a los Belgrano, una familia que continuaría unida hasta la muerte del último de los hermanos.

Sin duda, Josefa y Domenico habrán tenido suficiente injerencia para que este rasgo fuera tan fácilmente notable.

Como si se tratara de un requisito necesario para adaptarse a un territorio español, Domenico Belgrano Peri castellanizó su nombre y modificó su segundo apellido, convirtiéndose en Domingo Belgrano Pérez. Debido a este cambio, hay antecedentes de la familia que solo pueden ser localizados si se buscan bajo la referencia “Pérez”.

Por ejemplo, en el censo realizado en 1778, encontramos viviendo en la tradicional casa de los Belgrano a la familia Pérez, que no son otros que los biografiados.

En ese año, y valiéndonos de las referencias aportadas por el censista, el grupo familiar que habitaba la casa era el siguiente:

El matrimonio “Pérez González”, Domingo y María Josefa. La hermana y cuñada, Dominga González. Los hijos Carlos, José, Domingo, Manuela, Francisco, Joaquín, Miguel, dos Marías (Josefa Anastasia y del Rosario), Juana y Mariana, bautizada como María Ana, más otros parientes que pronto mencionaremos.

El 14 de mayo de 1776, la mayor de todos los hermanos, María Florencia, se casó con Julián Gregorio de Espinosa, un amigo íntimo de la familia. Lo demuestra el hecho de que desde el año 64, con el bautismo de María Josefa Juana, y hasta el año 77, en que nació Miguel José Félix, ocho hermanos Belgrano, incluido Manuel, tuvieron el mismo padrino de bautismo: Julián

Gregorio de Espinosa, más conocido como Espinosa, aunque su primer apellido era Gregorio, de la misma manera que el general Juan Gualberto Gregorio de Las Heras, quien se llamaba Juan Gualberto y su apellido completo era Gregorio de Las Heras.

El 27 de abril de 1777 nació Julián Vicente José Toribio Gregorio de Espinosa. Ese mismo año murió el padre de la criatura (y padrino de ocho Belgranos). De acuerdo con los registros obtenidos, sabemos que Florencia y el pequeño Julián continuaron viviendo en el hogar de don Domingo y María Josefa. Precisamente, Florencia y también Mariana murieron en 1780.

Anotamos la fecha de nacimiento de Julián (27/4/1777) para destacar que sus abuelos maternos, Domingo (45 años) y Josefa (34), siguieron teniendo hijos, ya que Mariana nació en 1778, Francisca por esos años y Augustín en 1781. No es raro imaginar al sobrino jugando con los tíos, tal vez abusando de la autoridad que le daba ser mayor de edad que ellos.

En cuanto a los esclavos de la casa, el padrón registró un total de dieciséis en la familia “Pérez González”. Nueve hombres y siete mujeres. Entre los varones, el mayor era Rafael, de cuarenta años, y el menor, Antonio (19). Respecto de las mujeres, la más pequeña era Tomasa (17), mientras que la mayor era María (50). Casi todos eran negros, salvo el mulato José y tres mulatas, Juana, Inés y la mencionada Tomasa. No figura, en cambio, la mulata María Melchora, quien tenía veinte años el 12 de octubre de 1776, cuando don Domenico la compró a Petrona Rivas. Eran mulatos los hijos de una persona de raza blanca y otra negra.

Si bien algunos nombres de los sirvientes se repiten, mencionaremos al pasar los de algunos más: Sebastián, Vicente, Antonio, Tomás, Teresa, Isidora y Camila. Ellos convivieron con Manuel Belgrano y el resto de la familia en la histórica casa del barrio de Monserrat.

Aprovechamos la mención del prócer para una acotación final. Si el lector prestó atención a la nómina, habrá advertido que el futuro general no ha sido nombrado. En realidad, sí. Fue censado, pero su nombre apareció mal escrito. En el censo de 1778, Manuel Belgrano figuró como Manuela Pérez. La correspondencia familiar nos permite afirmar que los hermanos lo llamaban Manuelito.

PUPILO DEL COLEGIO

Manuel seguramente tomó sus primeras clases en el convento de Santo Domingo, que quedaba a media cuadra de la casa paterna. El historial de sus estudios no puede ser confirmado por falta de registros. Pero si consideramos que su padre, Domingo, era un ferviente devoto de Santo Domingo y sumamos la proximidad respecto de la casa, la suposición tiene muchas posibilidades de ser cierta. Allí debió cumplir con lo que nosotros conocemos como escuela primaria. En Santo Domingo debe haber iniciado su formación, su contacto con las letras y los números, y también con ese pequeño grupo social conformado por sus compañeros de aula.

Hasta que le llegó el tiempo de iniciar los estudios secundarios. Tuvo la posibilidad de cursar en el Real Colegio de San Carlos, el mejor de la capital del virreinato. Estaba situado en Bolívar y Alsina, el actual emplazamiento del Colegio Nacional de Buenos Aires.

Su primer día de clase fue el 5 de marzo de 1783, tres meses antes de cumplir los trece años. La ceremonia de ingreso consistía en la recepción del uniforme y el juramento de obediencia. Sobre la sotana negra, el rector le colocaba un gabán de paño color verde musgo, la beca (una banda que le cruzaba el pecho desde el hombro derecho al costado izquierdo de la cintura), un escudo de plata con las armas reales y un bonete negro con puntas. Este vestuario solo se usaba en ocasiones especiales. Las medias, provistas por el alumno, debían ser obligatoriamente negras, moradas, envinadas (color vino tinto) o de pasa (de uva). Se prohibían los anillos y el clásico reloj de cadena.

Mientras proveía de la ropa al estudiante, el rector pronunciaba una frase en latín y le echaba agua bendita. Luego, el alumno respondía. El juramento que le correspondió hacer al joven Belgrano fue el siguiente:

> *Yo, Manuel Belgrano Pérez, natural de Buenos Aires, hijo legítimo de Domingo Belgrano Pérez y de María Josefa González, colegial en este Real Colegio de San Carlos, juro por Dios Nuestro Señor y la Gloriosísima Virgen María, y por los Bienaventurados San Pedro y San Pablo y por el glorioso San Carlos Borromeo, patrón de este colegio, que, desde esta hora en adelante, seré obediente y fiel al Rey Nuestro Señor y a su virrey de estas Provincias.*
> *Así Dios me ayude y estos Santos Evangelios también, prometo obedecer al señor rector y vicerrector, que de presente son y en adelante fueren, en*

todas las cosas del mayor servicio de Dios, y de su Iglesia y del mayor culto y veneración de su Divina Majestad, según lo ordenan las constituciones, las cuales guardaré inviolablemente. Y con todas mis fuerzas defenderé el misterio de la Inmaculada Concepción de María Santísima y procuraré la honra, libertad y preeminencia de este Real Convictorio mientras viviese en cualquier estado o dignidad en que me vea constituido, y lo ampararé siempre.
Asimismo, prometo manifestar y decir con toda pureza al señor rector y vicerrector cuanto parezca convenir al buen gobierno, para que se corrijan las graves transgresiones de los díscolos.

El doctor Luis José de Chorroarín, trece años mayor que Belgrano y titular de Filosofía, fue el maestro que los recibió para instruirlos en Lógica. Es importante aclarar que en aquel tiempo no se decía: "Tal persona cursa primer año", sino "cursa Lógica". A dichas clases asistieron cuarenta y cuatro alumnos, la mayoría pupilos. Incluso Belgrano, que vivía a doscientos metros del colegio.

Entre sus compañeros figuraron Ildefonso Paso, hermano menor de Juan José, y Feliciano Pueyrredon, hermano mayor de Juan Martín. Para esa época, Feliciano se había rapado y ostentaba la tonsura monacal en su cabeza. Compartió la vocación sacerdotal con otros compañeros de aula: los futuros presbíteros José Vicente Arraga y Apolinario Antonio Cano, y sacerdotes Pedro Antonio de la Peña Fernández y José Miguel Zegada (jujeño).

También integraban el grupo colegial Gaspar Campos (quien sería abuelo de tres conocidos protagonistas de la historia argentina: Gaspar, Julio y Luis María Campos), José Pastor Lezica, futuro comerciante y destacada personalidad social, al igual que el santafesino Andrés Aldao.

Más del grupo de los cuarenta y cuatro: Narciso José Rodríguez de Arévalo, dos años mayor, Fermín José Vega, León Vicente Pereda, Gabriel Palacios, José Gómez de Fonseca, el salteño Jorge Estevez e incluso un Mariano Moreno, en realidad homónimo del que todos conocemos, ya que el fogoso secretario de la Primera Junta recién ingresaría al colegio en 1789.

Casi todos continuaron juntos en el segundo año, Física, incluso el maestro. Las clases comenzaron el 25 de febrero de 1784. Pasada una semana se incorporó un nuevo compañero, también pupilo: el tucumano Diego Estanislao Zavaleta, quien provenía de la escuela de los dominicos, donde ya

había cursado Lógica y, por ese motivo, ingresó al aula de Belgrano y compañía. Zavaleta, afincado en Buenos Aires desde chico, sucedería al obispo porteño Benito de Lué y Riega, después de su muerte en 1812.

LA JORNADA ESCOLAR

Estudiar en el San Carlos era un privilegio reservado para muy pocos. El costo de la matrícula y de la cuota era elevado. El otorgamiento de becas era estricto. Solía darse preferencia a los hijos de militares que estuvieran destinados afuera de la ciudad.

La jornada escolar era intensa. El siguiente cronograma nos dará una idea de las actividades para el segundo año que cursó Belgrano:

5:00 Despertarse, lavarse, vestirse y peinarse.
5:30 Ir a la capilla. De rodillas, persignarse, decir las oraciones y responder a las peticiones y ruegos a la Virgen. Completar la media hora con otros rezos.
6:00 Asistir a misa, en ayunas.
6:30 Regresar a los cuartos para estudiar en completo silencio las lecciones.
7:30 Presentarse en el aula para que se les tome lección.
8:00 Primera hora de clase a cargo del profesor.
9:00 Descansar.
9:15 Segunda hora de clase.
10:15 Estudiar en silencio.
11:00 Recreo general.
11:30 Almorzar y compartir rato de conversación.
12:30 Dormir siesta.
13:30 Estudiar en el cuarto.
14:30 Presentarse en el aula para que se les tome lección.
15:00 Tercera hora de clase.
16:00 Descansar.
16:15 Cuarta hora de clase.
17:15 Recreo general.
18:00 Rezar el Rosario.

19:00 Estudiar en el cuarto o asistir a una clase fuera del programa.
20:00 Comer.
21:00 Recibir una lección espiritual.
21:15 Realizar un examen de conciencia.
21:30 Ir al cuarto.
21:45 Se apagan las luces. Dormir.

Así era la jornada escolar de Belgrano, que variaba los jueves y domingos por la tarde. Se denominaban tardes de asueto, pero los chicos permanecían dentro, como aclaraba el reglamento: “Les será permitido el recrearse con honestidad y modo en los patios públicos del colegio y no en los lugares excusados”. También tenían asueto en las festividades religiosas, como algunos días de la Semana Santa y las celebraciones de San Carlos, Santo Tomás de Aquino y San Martín de Tours, el patrono de la ciudad.

También se alteraba la actividad en verano, ya que durante dos meses los alumnos concurrían a la Chacarita de los Colegiales (en el actual terreno del Cementerio de la Chacarita). Por lo tanto, continuaban siendo pupilos, aunque sin dedicar tiempo al estudio.

Belgrano y sus compañeros visitaban a sus familias solamente en ocasiones especiales. Por ejemplo, cuando se enfermaban (aunque el colegio contaba con cuartos para aislarlos del resto) o por un pedido especial de los padres, mediante nota al rector.

Es indudable que la relación con los compañeros era la principal que podía tener en los años de estudio en el San Carlos.

Para terminar, dejamos que hable el reglamento para conocer el párrafo referido a los castigos:

Siendo el premio o el castigo los polos con que se sostiene la humana sociedad, es indispensable que se asigne algún castigo contra los desaplicados, desobedientes o infractores de las constituciones.
Y así ordeno y mando que solo al rector o vicerrector le compete —y no a otro alguno dentro o fuera del colegio—, cuando algún maestro de las clases notase algún defecto digno de reprensión en los colegiales de su aula, pasará un oficio político, de palabra o escrito, al rector o vicerrector para que se aplique al colegial el proporcionado castigo.
Pero si hubiese algún maestro que, sin embargo de esa prohibición, se

propasase a castigar o dar golpes a los colegiales, pertenece al rector implorar la protección del Real Vice Patrono para que se ponga el remedio conveniente.
El rector y vicerrector procurarán no aplicar con frecuencia el castigo de azotes cuando contemplen que por medio de otros penales [penas] *o ejercicios se pueden remediar las faltas.*
Y para los excesos enormes dispondrá un cuarto donde tenga cepo y un par de grillos para contener tan irregulares casos.

Se conocen casos de estudiantes castigados, incluso existen notas y cartas mencionando temas de conducta de determinados colegiales. Nada hace suponer que nuestro prócer haya sido un alumno con problemas de aprendizaje o conducta.

EL COMPAÑERO MAGARIÑOS

Hemos mencionado antes a algunos de los compañeros que tuvo Manuel Belgrano en el Real Colegio de San Carlos. Futuros comerciantes, militares, abogados y sacerdotes, muchos de los cuales adhirieron a la Revolución de Mayo y tuvieron alguna participación en favor de las nuevas ideas.

Como todo grupo escolar adolescente, estaban los aplicados, los que no daban problemas, los que facilitaban la tarea del maestro; pero también se convivía con lo opuesto: los revoltosos, los incorregibles, los complicados. Belgrano integraba el primer grupo. Mateo Magariños, el segundo.

Era cinco años mayor que Manuel. Había nacido en España, más precisamente en la isla de León, en la bahía de Cádiz. Llegó a Buenos Aires cuando tenía ocho años acompañando a su padre, don Juan Antonio Magariños y Valenzuela. Realizó estudios básicos hasta que ingresó al San Carlos. Parece que Mateo no estaba bien conceptuado. Después de algunas acusaciones, le pidieron a su padre que lo retirara. Aclaremos que ese era un paso previo a la expulsión, que sí constituía la última instancia. En esos casos, no se pedía al padre que lo buscara, sino que se lo acompañaba hasta el pórtico del colegio y, una vez traspuesto el umbral, se le cerraba la puerta en la cara.

¿Qué fue lo que había hecho Mateo? Aquí, la nota que el rector Vicente de

Juanzarás envió al virrey Pedro de Melo el 19 de diciembre de 1785:

> *Señor: yo había pensado avisar a don Juan Antonio Magariños, padre del colegial Mateo Magariños, que se halla próximo a pasar a Teología* [cuarto año] *para que lo retire de este colegio.*
> *El motivo que tengo es que este mozo parece que ya es de aquellos pocos que hay incorregibles y que, habiendo ya sufrido el sonrojo de ser reprendido delante de todo el colegio con otras muchas reprensiones, capaces de contener aun a los que no tienen el menor cuidado de su reputación, he averiguado en estos pocos días que hace que estoy en el colegio, que dicho Magariños un poco antes que yo entrase, escribió una esquela llena de embustes a don Francisco Bruno Zavala* [otro alumno, más joven], *sujeto con quien no tenía la menor comunicación, pidiéndole prestado dinero, como me lo aseguró el mismo don Francisco.*
> *Esta ha sido su propiedad antigua: usar de trampas para mantener sus gastos, empeñar y aún vender lo que tiene, sin reparar en que sea ajeno, andar siempre cargado de deudas que, no pudiendo pagar, lo exponen a robar.*
> *Ni debo omitir que su padre tiene oficio de sastre, y él bien escasos talentos para los estudios. Por estos motivos y otros, que reservo por no cansar la superior atención de Vuestra Excelencia, ya que todos recaen en su común vicio tramposo, lo tengo puesto en reclusión hasta que Vuestra Excelencia vea servido avisarme lo que tengo que hacer con este particular y avisarme si lo tengo que enviar a su casa corregido, o si lo tengo que conservar en este colegio.*

Al día siguiente, el virrey Melo aceptó la propuesta del rector y pidió que se le informara al padre del descarriado que se lo entregaban corregido, para "retribuirle por los alimentos y confianza que prestó al colegio".

Según deducimos, la actividad colegial de Magariños se vio truncada por esta situación. Ello no lo privó de concurrir a la universidad altoperuana de Chuquisaca y regresar con un título: se convirtió en abogado y luego en escribano. Pero no volvió a Buenos Aires, sino a Montevideo, donde se encontraba su padre. Allí gestionó la licencia para actuar como escribano, que se obtenía pagando una importante suma de dinero.

No podemos pasar por alto que en la Banda Oriental el padre cumplía

funciones de abogado. Es un antecedente que contrasta con el que aportó el rector Juanzarás en la nota al virrey, donde mencionó que su oficio era el de sastre.

El hecho es que padre abogado y escribano hijo convivían en Montevideo bajo el mismo techo, en una casa situada en la calle de Santiago (actual Solís), a una cuadra del Fuerte. Esto generó una situación que fue calificada de escandalosa porque no se consideraba ético que un escribano y un abogado tuvieran un mismo espacio de trabajo. En este caso, agravado por el parentesco. Pero aquel cuestionamiento, que terminó de debatirse en los juzgados de Buenos Aires sobre la vecindad del abogado y su hijo escribano, finalizó sin ningún tipo de sanción.

La carrera del escribano, que también se dedicó a la actividad mercantil, fue ascendente. Incluso llamaba la atención porque en la Montevideo del 1800 se decía que don Juan Antonio Magariños (sastre y/o abogado) había arribado con poco dinero y esa posición contrastaba con el buen pasar que tenían. El hijo, heredero de la fortuna y los contactos comerciales, creó un imperio. Así como Martín de Álzaga prosperó en Buenos Aires, Mateo Magariños lo hizo del otro lado del Plata, gracias a los negocios y el comercio ultramarino.

También hay un paralelo entre estos dos hombres durante las Invasiones Inglesas. Tanto Álzaga como Magariños no dudaron en contribuir con su fortuna para mantener a las dos ciudades dentro de las posesiones del reino de España.

Ya en esa época llamaban a don Mateo “el rey chiquito” por su enorme poder y su riqueza, además de su devoción a Fernando VII. Por ese motivo, cuando llegaron las noticias acerca de la revolución en Buenos Aires, Magariños fue el primero en plantarse frente a esa postura que consideraba ridícula y traicionera.

Empleó gran parte de su patrimonio en ayudar a los realistas contrarrevolucionarios de Montevideo.

Firme en sus convicciones, que no abandonó jamás, se convirtió en el principal sostén económico del enemigo. Hizo todo lo que pudo hasta que pudo. Derrotado, y con sus caudales en baja, el compañero colegial de Belgrano partió de Montevideo con su familia rumbo a España. Había contraído matrimonio en Buenos Aires con Manuela Cerrato Chorroarín, la sobrina de su profesor del colegio San Carlos. De donde lo echaron. Manuela

y Mateo tuvieron catorce hijos.

Además, fue pariente del autor del *Martín Fierro*, ya que José "Pepe" Hernández (así le decían) era sobrino de Rita Pueyrredon, casada con un hijo de don Mateo. A su vez, fue abuelo de una de las más destacadas personalidades de Uruguay, Alejandro Magariños Cervantes, poeta, dramaturgo, periodista, funcionario de gobierno y muy valorado por su capacidad intelectual. Alejandro era hijo de José María Magariños y de María de la Encarnación de Cervantes, española.

Hoy la ciudad de Buenos Aires recuerda a Magariños Cervantes en una de sus calles. Sí, es el nieto del camarada escolar de Belgrano, aquel que fue expulsado de San Carlos por estafas y que se convirtió en "el rey chiquito", enemigo de Belgrano y de todos los patriotas.

TERCER AÑO Y CAMBIO DE RUMBO

Salvo situaciones notorias como la que vivió Magariños, los estudios habían proseguido sin demasiadas modificaciones durante el tercer año cursado en 1785, conocido bajo el nombre de Metafísica, con clases dictadas por el maestro habitual, Chorroarín. La mayoría se mantuvo en el sistema de pupilaje.

En cambio, desde el 1 de marzo de 1786 (cuarto año, Teología), Manuel Belgrano concurrió como oyente, nombre que se les daba a aquellos que tomaban clases y regresaban a sus casas. Pero no iba a completar el curso porque ese mismo año viajó a España.

Cabe preguntarse por qué Manuel Belgrano no estudió Derecho en Córdoba, Santiago de Chile o Chuquisaca, en el Alto Perú. ¿Por qué lo hizo en España?

Lo primero para tener en cuenta es que Domenico Belgrano estaba convencido de que el comercio era el camino que convenía tomar a la familia. Fue entonces cuando resolvió que dos de sus hijos debían ir a estudiar a España para instruirse en los secretos del ámbito mercantil.

Los hermanos designados fueron Manuel y Francisco, un año menor. Según el plan, iban a radicarse en Madrid bajo la tutela de uno de los cuñados de los varones. Nos referimos a José Manuel Calderón de la Barca, caballero de buena posición social y económica, quien estaba casado con María Josefa

Belgrano.

Finalmente, y luego de conseguir el permiso virreinal, solo viajó Manuel mientras que Francisco, no tan buen alumno, se quedó en Buenos Aires. Llegó a Madrid en noviembre de 1786. Allí cambió en forma radical sus metas profesionales al decidir que su futuro sería el Derecho.

En esos años, las principales universidades donde podían llevarse adelante estudios de Leyes eran la de Salamanca y la de Valladolid, las dos más concurridas de la Península Ibérica. En el año 1786 Salamanca contaba con 1859 alumnos, mientras que la de Valladolid sumaba 1288 estudiantes.

Belgrano tuvo la intención de comenzar a cursar de inmediato. Sin embargo, el certificado de estudios que presentó era insuficiente para llevar adelante la carrera universitaria en España.

Le reclamaban que no había completado todas las materias que se requerían en el Real Colegio de San Carlos. Y aquí surge un primer punto polémico en la historia de su educación en España: según el certificado que entregó a las autoridades de la Universidad de Salamanca, él había completado los estudios en Buenos Aires. Los papeles, fechados el 19 de mayo de 1786, estaban firmados por los profesores de Filosofía (Luis José de Chorroarín y Pedro Miguel Aráoz), de Teología (Matías Camacho y Carlos José Montero), el de Ética y Moral, Antonio Rodríguez de Vida, y Baltasar Maziel, director de estudios del colegio, cuyo nombre se halla vinculado a Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús desde su segundo día de vida, ya que fue quien lo bautizó.

Llama la atención que este hombre haya firmado el documento. Maziel, de una inteligencia notable, colérico e intrigante, había sido desterrado por orden del virrey Loreto el 11 de enero de 1786, antes de que se iniciara el ciclo lectivo de dicho año.

No se entiende cómo es posible que tres escribanos hayan dado fe de que la firma estampada en Buenos Aires, varios meses después, fuera la suya. Y en el muy dudoso caso de que la constancia hubiera sido enviada a Montevideo para su firma, ¿qué validez tendría en mayo la rúbrica de un antiguo cancelario desterrado en enero? De todos modos, ese no fue el motivo por el cual la certificación no satisfizo a las autoridades de la Universidad de Salamanca. Al observarle que carecía de las materias aprobadas, no solo se frustraba el proyecto del padre, sino que también peligraba su carrera y carecía de sentido la estadía en España.

Ante el reclamo del postulante, el vicerrector lo autorizó a participar de las clases hasta que se resolviera su situación.

LA MESA EXAMINADORA

El poder de convicción del joven estudiante alcanzó para torcer la voluntad del vicerrector, quien le permitió asistir a clases mientras se zanjaba la dificultad. Pero la medida fue objetada por el secretario académico. Dispuesto a resolver el problema de las equivalencias, Belgrano llegó hasta la mayor instancia: acudió al rey en busca de una solución.

Con el fin de lograr una mejor comprensión de la cronología, haremos un punteo:

- 20 de noviembre de 1786: el vicerrector de la Universidad de Salamanca autorizó a Belgrano a cursar primer año. Pero pocos días después, el secretario académico objetó la medida porque entendía que la materia Ética (o Filosofía Moral) rendida en el San Carlos de Buenos Aires no tenía validez en las universidades españolas.

- 10 de febrero de 1787: Belgrano acudió al rey de España, mediante una nota, para solicitarle que intercediera, dándole por aprobada Filosofía Moral o permitiéndole rendir un examen de la materia.

- 7 de marzo: el Consejo Supremo de Castilla (integrado por ministros de la corona, con jurisprudencia en todas las universidades del reino) pidió a las autoridades de la Universidad de Salamanca que ellos mismos resolvieran si lo aprobaban directamente o lo hacían rendir.

- 16 de marzo: a las diez de la mañana, todos los profesores de la Universidad de Salamanca se reunieron en la Sala de Claustro para debatir varios temas. El primero, la situación del alumno Belgrano, asunto que venía derivado por los ministros del monarca. Se resolvió que le tomarían el examen.

El 18 de junio a las diez de la mañana, el joven de diecisiete años recién

cumplidos fue llamado al estrado para exponer ante la mesa examinadora compuesta por tres profesores.

Vale la pena conocer cómo era el sistema que empleaban en los exámenes finales. Para rendir, tuvo que realizar el sorteo del temario, que se hacía con bolillero o, más habitualmente, mediante un cortapapeles, incrustándolo en tres partes del libro cerrado. De esa manera, al azar, surgían tres temas. Se tomaba nota de ellos y el examinado elegía uno. Era el que debía desarrollar.

De su exposición y las respuestas dependía mucho más que aprobar la materia Filosofía Moral. Estaban en juego el viaje de estudios, su carrera universitaria, la eventualidad de regresar a Buenos Aires con las manos vacías. Allí, plantado frente a los tres profesores de la universidad más prestigiosa de España, enfrentó al destino. Fue aprobado por unanimidad.

Tres meses después, a comienzos de septiembre, completó el primer año al rendir la materia Instituciones Civiles ante los profesores Gabriel Peña y Antonio Reirruand.

Una acotación de color: en esos días recibió el pedido que le había hecho a su hermano Domingo, quien se encontraba estudiando en Potosí. Se trataba de “un cajoncito con seis pañuelos de vicuña —le contaba por carta Domingo al padre de ambos— que me ha pedido Manuelito desde España, bien acondicionados con sus granos de pimienta para que no se apolillen”.

Nuestro biografiado aprobó el examen del segundo curso el 18 de julio de 1788. Su hermano Francisco había arribado a España pocas semanas antes. Es probable que se hayan encontrado.

Con dieciocho años, “Manuelito” había sorteado un escollo complejo y estaba en carrera.

LAS TRES UNIVERSIDADES

Solemos repetir que Belgrano estudió primero en la Universidad de Salamanca y luego en la de Valladolid. En ambos casos se trata de la carrera de las Leyes. En realidad, lo que hizo fue cursar dos años en Salamanca. Luego, en Valladolid, rindió un examen, pero sin haber concurrido a clase.

¿Cómo pudo ser posible? La clave está en un certificado extendido por la Universidad de Oviedo. Aquí la transcripción del documento:

Certificado de estudios de la Universidad de Oviedo.
Certifico, yo el infrascrito de la Real Universidad, Estudio General y Claustro de esta ciudad de Oviedo, que don Manuel Belgrano Pérez, natural de la Ciudad y Obispado de Buenos Aires, en el Reyno del Perú, matriculado en ella, según consta en la matrícula del año ochenta y dos, tiene probados seis cursos completos, con asistencia por mañana y tarde, dos en Filosofía, el primero de Lógica, y el segundo de Filosofía Moral, en los cursos de ochenta y dos en ochenta y tres, de ochenta y tres en ochenta y cuatro.
Los otros cuatro, con asistencia a las cátedras Institucionales Civiles, contados desde ochenta y cuatro hasta el presente de ochenta y ocho, a todas las referidas cátedras concurrió con puntualidad, y aprovechamiento, según resulta de las cédulas, firmadas y juradas, de los respectivos catedráticos, que originales quedan en mi poder, a las que me remito.
Asimismo ha defendido de actuante, un Acto Mayor en Leyes, sobre el título de Locatione et conducione*, y en uno de los Gimnasios de Leyes y Cánones, al que ha asistido los cuatro años de Instituciones Civiles, ha defendido y argüido, por su turno, varias veces, según resulta de las certificaciones de los señores moderantes y secretario del Superior Gimnasio, que igualmente quedan en mi poder, a las que remito, y para que así conste de su pedimento, doy la presente, que firmo en Oviedo a veinte y uno de junio de mil setecientos ochenta y ocho.*
Francisco Javier Mere, Secretario

La constancia de estudios se acompañaba con las certificaciones de tres escribanos que habían dado fe de la firma del secretario Mere.

El hallazgo de este documento —que se encontraba en el archivo de la Universidad de Valladolid— fue difundido en 1962 por el distinguido historiador argentino Ricardo R. Caillet-Bois y desató una polémica. Porque el descubridor anunció, en un texto publicado por el diario *La Nación*, que el certificado modificaba dos referencias puntuales de la biografía de Belgrano. Por un lado, que había viajado a España en 1782 y no en 1786, como comúnmente se creía. Por el otro, que no estudió en Salamanca y Valladolid, sino que lo hizo durante seis años en Oviedo.

A partir de la revelación de Caillet-Bois hubo más silencios que réplicas.

En todo caso, lo que se tomó por cierto fue que Belgrano estudió en Oviedo. En 1973, en la universidad de la mencionada ciudad se colocó una placa con la inscripción:

> *Al general Manuel Belgrano (1770-1820) que estudió Humanidades en esta Universidad (1782-1786).*

Pero entonces, ¿Belgrano había estudiado en Salamanca y Valladolid o lo había hecho en Oviedo? Lo primero que debe saberse es que la de Oviedo era considerada una universidad menos estricta. La dedicación y las exigencias eran menores que en Salamanca y en Valladolid. Esto era aprovechado por muchos alumnos, que solían cursar en estas universidades para luego ir a rendir su examen final a las importantes y, de esta manera, obtener un título de mayor peso universitario.

Ese fue el argumento que se encontró para justificar el extraño documento. Pero hubo un punto donde no se alcanzaba un acuerdo: ¿Belgrano arribó a España en 1786, según se desprende del pedido de autorización para viajar que formuló su padre aquel año? ¿O lo hizo en 1782, de acuerdo con el certificado de Oviedo? La respuesta es: 1786.

En realidad, la opción de 1782 surgió de una mala interpretación del documento, que dice: “Certifico (…) que don Manuel Belgrano Pérez, natural de la Ciudad y Obispado de Buenos Aires (…) matriculado en ella, según consta en la matrícula del año ochenta y dos”. La referencia de la matrícula alude a Buenos Aires y el año es correcto. Belgrano se matriculó (inscribió) a fines de 1782 en el Colegio de San Carlos, para el curso lectivo de 1783.

Sigue así: “Tiene probados seis cursos completos, con asistencia por mañana y tarde”. Es cierto, porque Belgrano, pupilo, cursaba los dos turnos escolares del colegio de Buenos Aires.

A continuación, el certificado confunde fechas y cursos. Pero, con buena voluntad, pueden entenderse y justificarse los errores. Sin embargo, no hay explicación posible para la fecha en que se expidió. El documento, fechado el 21 de junio de 1788 en Oviedo, avala que completó sus estudios, cuando el último examen lo rindió tres semanas después, el 18 de julio de 1788, en Salamanca. Lo cierto es que contó con este aval necesario para dar el próximo paso.

El 23 de enero de 1789, Belgrano traspuso la puerta de la Universidad de

Valladolid, donde presentó el certificado expedido por la Universidad de Oviedo y una solicitud para que se le tomara el examen. Ese mismo día le respondieron que iba a fijarse la fecha y la hora para la evaluación. Apenas cuatro días después, el 27, se realizó el sistema de elección de temas mediante el pique del cortapapeles. Al día siguiente rindió y fue aprobado. De esta manera, y con diecinueve años, obtuvo el título de Bachiller en Leyes y abandonó Valladolid el 11 de febrero.

Repetimos: a partir de los documentos presentados ha podido establecerse que la estadía de Belgrano en Valladolid fue durante el mes de enero y parte de febrero de ese año. A la vez, no existe ninguna prueba que permita determinar que haya al menos visitado la ciudad de Oviedo.

En resumen, estudió dos años en Salamanca, pero se recibió en Valladolid —luego de dos meses de trámites y exámenes—, con certificados de la universidad de Oviedo, donde nunca cursó.

EL PERMISO DEL PAPA

Todavía puede sumarse una nueva acción para el debate de su estadía en Europa. Le escribió al Papa Pío VI con el objeto de solicitarle que le permitiera leer libros prohibidos por la Iglesia. La escueta nota decía:

> *Estimado Padre:*
> *Emmanuelle Belgrano, humilde postulante a Vuestra Santidad, expone que él mismo, después de haber estudiado la carrera de Leyes se dedicó a Derecho Civil, en que obtuvo el grado de Bachiller, y a otras facultades, siendo al presente Presidente de la Academia de Derecho Romano, Práctica Forense y Economía Política de la Real Universidad de Salamanca. Por lo cual, para tranquilidad de su conciencia y aumento de la erudición, a Vuestra Señoría suplico le conceda permiso para leer y retener libros prohibidos en la regla más amplia.*

La autorización papal fue fechada el 11 de julio de 1790 y llegó a manos de Manuel, quien se encontraba en Madrid, durante el mes de agosto. Las únicas restricciones que hizo Su Santidad fueron que los libros no pasaran a otras manos y que evitara leer los de astrología con predicciones y los “que

tratan asuntos obscenos”.

Es importante aclarar que Belgrano nunca estuvo a la cabeza de la Academia de Derecho Romano, Práctica Forense y Economía Política de la Real Universidad de Salamanca, cuyo nombre correcto era “de Derecho Real y Práctica Forense”. Recibía el nombre de academia la reunión de los universitarios para tratar temas adyacentes al programa de estudios. El porteño sí fue presidente, que era la denominación que se les daba a los maestros que asistían a los adjuntos, como los ayudantes de cátedra.

La nota al Papa es un excelente documento que nos da el pie para aclarar que en las universidades de España no se enseñaba Economía. En aquellos años en que Belgrano cursó en Salamanca, la mencionada Academia no solo le aportó ese tipo de conocimiento, sino también el interés por la materia. Significa que su futura actuación al frente del Consulado de Buenos Aires provino de los estudios que llevó a cabo en dicha Academia. De paso, recordemos que más adelante estaría involucrado en la fundación de tres periódicos específicos: el *Telégrafo Mercantil Rural, Político-Económico e Historiográfico del Río de la Plata* (1801), el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* (1802) y el *Correo de Comercio* (1810).

Belgrano viajó a España para especializarse en la actividad comercial, pero estudió Derecho y regresó con un cargo en el que se aprovecharon sus conocimientos en economía. ¡Para luego terminar convirtiéndose en militar!

PASANTÍAS EN MADRID

Con el título bajo el brazo se instaló en Madrid, donde pasó una temporada realizando pasantías y colaborando en las acciones que requería un juicio que se le había iniciado a su padre en Buenos Aires por una supuesta malversación de fondos. La situación era muy comprometida y los Belgrano se valieron de la estadía de Manuel en España para realizar algunos trámites que ayudaran a resolver la compleja causa.

De estas cuestiones trata la correspondencia que ha llegado a nuestros días. También tuvo que ocuparse de una comisión que le encomendaron las autoridades del Real Colegio de San Carlos ante la corte: saludar al nuevo monarca, Carlos IV, y manifestarle lealtad y obediencia.

Recordemos que el colegio llevó ese nombre por Carlos III y fue sucedido

por Carlos IV, a quien Belgrano entregó el saludo de la institución. Agregamos que el primogénito de los Belgrano también se llamó Carlos, en tiempos del gobierno del primer monarca.

Justamente, durante esas semanas, Manuel aguardaba a su hermano mayor. Sabemos que arribó a Madrid gracias a otra de las cartas que el joven estudiante le escribió a su padre, fechada el 8 de diciembre de 1790. Nos permite, además, conocer un detalle curioso del reencuentro: no lo reconoció a primera vista. Decía Manuel:

> *Mi Venerado Padre y Señor:*
> *Acuso el recibo de tres de las suyas (…), las que concuerdan en el goce de salud de todos los que constituyen nuestra familia, lo que he celebrado infinito; acompañando a ellas las noticias que mi amado hermano Carlos me ha dado, quien ayer a las 8 ½ de la mañana, estando escribiendo mis cosas al bufete, lo vi entrar y no le conocí hasta algún momento y que le oí el metal de la voz. Verdaderamente, aun en las cosas más pequeñas de la naturaleza hace el tiempo sus estragos.*

Esta carta, rica en información variada, aclara los motivos por los cuales no estudió el doctorado en Derecho. El primero que esgrimió fue que no consideraba importante el título:

> *Abogado, lo puedo ser aquí, si es para que adquiera la borla de Doctor. Esto es una patarata* [ridiculez] *para tener yo que emplear propiamente en cosas inútiles el tiempo que en el foro de nada sirven.*

No soslayaba tampoco lo gravoso que sería para su familia tener que sostener cuatro años más de estudios. Por otra parte, había desaprovechado la oportunidad de anotarse ese año, ya que había cerrado la matriculación. Además, le demandaban tiempo los asuntos del juicio contra su padre.

Tal vez no mencionó con claridad el asunto más importante: quería conseguir un empleo donde pudiera volcar sus conocimientos. Se refería a los de economía. Continuó perfeccionándose y viajó a Valladolid a comienzos de 1793. Allí había obtenido el título de bachiller en la Universidad, en 1789. Pero esta vez se dirigió a la cancillería para gestionar la licencia. Le tomaron un examen el jueves 31 de enero. Fue aprobado. El certificado le fue

otorgado el 6 de febrero y a los tres días lo validó en Madrid. A partir de entonces, se convirtió en el licenciado Manuel Belgrano.

2
DE VUELTA EN BUENOS AIRES

BELGRANO Y EL CAMPO

Aliviado por la resolución favorable del juicio de su padre, quien fue sobreseído, Belgrano pudo enfocarse en su proyecto laboral. Deseaba un empleo rentado por la corona, sin preocuparse por el lugar donde fuera destinado, aunque prefería que le tocara en suerte Buenos Aires.

Su estadía en España le había permitido establecer relaciones con hombres con poder de decisión, cercanos al rey. Su situación se vio más que favorecida en 1793 por la creación del Consulado de Buenos Aires. Esta oficina tenía la principal función de fomentar el comercio y las actividades productivas del territorio del virreinato.

Había partido con un proyecto y regresaba en 1794, con 24 años y la posibilidad de ejercer la vocación que más lo atrapaba: la economía.

De esta manera se convirtió en un funcionario de peso en Buenos Aires, trabajando en conjunto con los principales comerciantes de la ciudad que conformaban el cuerpo del Consulado: fue nombrado secretario.

Entre sus funciones figuraba la de redactar memorias anuales que contuvieran propuestas para mejorar la producción y la economía del virreinato. En resumen, un programa de acción de gobierno.

La primera memoria elevada por Belgrano fue leída el 15 de julio de 1796 ante el selecto grupo de comerciantes. Allí expresó una idea que para la Argentina siempre tendría mucha relevancia: “Toda riqueza que no tiene origen en el suelo, es incierta”. Además, enumeró los tres aspectos fundamentales para desarrollar la economía del virreinato: fomentar la agricultura, proteger el comercio y animar la industria.

El tema en que más se explayó fue el referido al fomento de la agricultura. Habló del uso racional del suelo, de la rotación y diversificación de los

cultivos (“sembrando en el primer año trigo, en el segundo maíz, en el tercero habichuelas, en el cuarto cebada, etc.”), del control de malezas y de la obligación de atender el calendario de siembras.

Esa mañana insistió subrayando la relevancia de trabajar la tierra. Los puntos principales eran los siguientes: acerca de la política forestal, sostenía que había que plantar árboles para apaciguar los vientos y los rayos solares, contribuyendo al mantenimiento de la humedad. Citó dos ejemplos: en Alemania, cada vez que alguien cortaba un árbol, existía la obligación de plantar otro; mientras que en las tierras vascas, por cada árbol que se quitaba a la tierra, tenían que sumarse tres nuevos.

También habló a su auditorio acerca de la necesidad de descansar la tierra, de la utilización de estiércol como abono y, sobre todo, del aprovechamiento del lodo en las zonas cercanas a los lagos y ríos: “El mejor estiércol es el lodo de los lagos adonde va a beber el ganado, el lodo de las calles y el de las paredes viejas, porque todos contienen muchas partículas de las hierbas y atraen muchas de ellas del aire. Por su pesadez, las contienen mucho tiempo, no se disuelven con facilidad y hacen compacto el terreno”.

Belgrano especificó las ventajas del riego, así como también de la sangría (canales de desagote) para tratar los terrenos pantanosos. Estas recomendaciones pueden complementarse con otras que volcó en la memoria correspondiente al ejercicio de 1797, donde planteaba el fomento de la producción de lino y cáñamo. Consideraba que había que aprovechar las zonas cercanas a lagos y ríos porque allí había mucha humedad y era el lugar donde se desarrollarían con facilidad. Con voluntad docente, les explicó cómo reconocer las propiedades germinativas del grano: “Echándolos al agua o bien poniendo al fuego algunos. Si se van al fondo, se conoce su pesadez; si nadan, no se debe esperar que produzcan. Si en el momento que tocan el fuego se encienden, se conoce que están con la sustancia aceitosa y entonces están a propósito para sembrarse”.

En 1810 fue más allá. Planteó cuestiones ambientales en tiempos en que a nadie parecía interesarle el asunto. Escribió en el *Correo de Comercio* del 28 de abril:

> *Nuestro suelo, nuestro clima nos está convidando para aumentar el número de seres vegetales, ya propagando las especies que tenemos, ya haciéndonos propias las de diversos climas. Con poco cuidado que*

prestemos a su cultivo, así repondríamos lo que han destruido los que nos precedieron y lo que nosotros arruinamos sin consideración alguna a la posteridad.

En ese mismo texto pedía que prestáramos más atención a la naturaleza y no perjudicarla, "contentándonos únicamente de trabajar para nosotros y para nuestros placeres".

Sus consejos eran sencillos, pero esenciales. Hablaba con suma simplicidad a esa audiencia calificada por su deseo de ser didáctico. Algunos consejos de gran utilidad para la producción agrícola bien podrían ser aplicables al mundo de la jardinería.

Hecha la siembra no debe abandonar el labrador su sembrado, es preciso que esté atento y vigilante para cuando haya brotado la semilla y el tallo esté a la altura de dos o cinco pulgadas, limpiar y arrancar todas las malas yerbas que hayan crecido al mismo tiempo, procurando ejecutar ese trabajo en un tiempo húmedo para con más facilidad arrancarlas sin dañar el tallo de las plantas que se deben cuidar.

Sugirió establecer una escuela de agricultura para que el labrador trabajara la tierra con método. Propuso premiar a aquellos estudiantes que obtuvieran altas notas, facilitándoles instrumentos para el cultivo. Acerca de promover la industria, él entendía que en nuestro territorio se podía trabajar el hilado de lanas y algodón, y que esa actividad iba a ser muy útil para desterrar la ociosidad. Harían falta tornos y maestros traídos de Europa. Pero la recompensa sería mayor, ya que esta actividad ayudaría a disminuir la desocupación.

Como vemos, el abogado y economista apuntaba directo al área de la producción y de la agricultura. Durante décadas, aún hoy, el campo ha sido el motor de la Argentina. Belgrano lo entendió mucho antes que nadie.

BELGRANO Y LA CULTURA DEL TRABAJO

La identificación de Belgrano con la creación de la bandera es de tal magnitud que terminamos siendo injustos con él. Sus méritos a partir de la

Revolución de Mayo han alcanzado una gran difusión. Pero mucho antes de que se encendiera la llama de la emancipación continental, Belgrano, emprendedor de veintiséis años, luchaba desde el escritorio, con la pluma y la palabra, tratando de encontrar soluciones para el bienestar general. Así se expresaba:

> *He visto con dolor sin salir de esta capital una infinidad de hombres ociosos en quienes no se ve otra cosa que la miseria y la desnudez. Una infinidad de familias que solo deben su subsistencia a la feracidad* [fertilidad] *del país, que está por todas partes denotando la riqueza que encierra, que esto es la abundancia.*
> *Y apenas se encuentra alguna familia que esté destinada a un oficio útil, que ejerza un arte o que se emplee de modo que tenga más comodidades en su vida.*
> *Esos miserables ranchos donde ve uno la multitud de criaturas que llegan a la edad de pubertad sin haber ejercido otra cosa que la ociosidad deben ser atendidos hasta el último punto.*

Argumentaba que a las personas más necesitadas había que "inspirarles el amor al trabajo para separarlas de la ociosidad, tan perjudicial". Para tal fin, sugirió crear instituciones educativas de todo tipo, para hombres y para mujeres. Porque quería que el virreinato se desarrollara. Ya hemos mencionado su deseo de contar con una Escuela de Agricultura. Pero había más. Belgrano opinaba que había que instalar escuelas gratuitas en todo el territorio, para que no solo aprovecharan los beneficios de la educación aquellos que podían costearla u obtener una beca. Sí, señor. Más de diez años antes de que los padres de Sarmiento siquiera se conocieran, Belgrano ya clamaba a favor de la educación gratuita. "Estas escuelas deberían ponerse con distinción de barrios y deberían promoverse en todas las ciudades, villas y lugares que están sujetos a nuestra jurisdicción", aconsejaba.

Otro de sus proyectos fue la Escuela de Comercio. Promulgaba que "la ciencia del comercio no se reduce a comprar por diez y vender por veinte; sus principios son más dignos". Según su visión, en la Escuela de Comercio, no solo los conocimientos contables eran imprescindibles, sino también que se enseñara a comprender las leyes que regían la actividad y la forma de llevar adelante una correspondencia comercial con clientes.

Abogó por la creación de una “compañía de seguros, tanto para el comercio marítimo como para el terrestre”, convencido de que el sistema mejoraría el flujo y la calidad de las transacciones. “Sus utilidades son bien conocidas —explicaba—, tanto a los aseguradores como a los que aseguran, y deberían empeñarse en semejante compañía al principio todos aquellos hombres pudientes de esta capital y demás ciudades del virreinato a fin de que desde sus principios tuviesen grandes fondos, dispensándoles este cuerpo toda la protección posible”.

Sus deseos de progreso chocaban con intereses contrapuestos. De todos modos, dejó la semilla y continuó bregando a favor de la formación de los jóvenes.

Jamás se sintió en el centro de la escena y fue generoso y solidario con aquellos que le alcanzaban proyectos. Los dos ejemplos más claros fueron la Escuela de Dibujo —que logró inaugurarse en mayo de 1799, aunque tuvo corta vida por falta de presupuesto— y la de Náutica. Con la aclaración de que ésta había formado parte de las inquietudes planteadas oficialmente por Belgrano, lo importante es que encontró, fuera del Estado, hombres que comulgaban con sus ideas. Entonces, los apoyó y fue más allá: les dio espacio en el edificio del Consulado, en la actual San Martín 137, a una cuadra de la Catedral (hoy sede del Banco Provincia de Buenos Aires). Además, delineó el reglamento de la institución dedicada a la Náutica, que dejó registrado en las actas del Consulado. Aquí extractamos algunos de sus conceptos:

- Solo se admitirían españoles, criollos e indios netos, lo que significaba que, por ejemplo, un zambo (hijo de india y negro o al revés) no era admitido. También se reservaban cuatro plazas para niños expósitos, los huérfanos de la ciudad.

- Para la admisión de estudiantes se requería una constancia, avalada por un maestro, de que sabían leer y escribir. También debían presentar un certificado de buena conducta.

- Las clases duraban todo el año, de lunes a sábado, salvo algunas festividades como el cumpleaños de los maestros, de los soberanos y los jueces. En estos casos, no había actividad por la tarde.

- De noviembre a marzo, los estudiantes entraban a las ocho de la mañana hasta las once, y por la tarde desde las cuatro hasta las seis. En cambio, en la temporada más fresca, entre abril y octubre, los horarios eran de nueve a doce y de tres a cinco.

- El reglamento establecía que el alumno que faltase tres días consecutivos sin justificativo perdía su condición de estudiante.

- Belgrano nombró patrono de la escuela a San Pedro González Telmo (al cual solemos mencionar como San Telmo). Por lo tanto, en su día, los estudiantes y maestros concurrían a la misa que se hacía en su honor en la iglesia de Santo Domingo.

- Se fomentaba premiar al estudiante aplicado. Por ejemplo, permitiéndole sentarse en primera fila o regalándoles libros. A su vez, se castigaba la mala conducta, pero estaban prohibidos los azotes. “El Consulado —señalaba— quiere que se premie el mérito del mismo modo que quiere que se castigue la holgazanería”.

- Advertía que la inconducta también era pasible de expulsión: “Se ha de arrojar de la escuela a todo aquel que no tuviera moderación respeto y obediencia a los maestros o en quien se noten algunos vicios cuyos ejemplos podrían pervertir a sus compañeros”.

- Belgrano dejó asentado que los alumnos debían guardar el respeto al docente no solo por el hecho de ser bien educados, sino también en agradecimiento por ser quienes dedicaban sus esfuerzos a enseñarles.

- Las clases teóricas se complementaban con prácticas que se hacían en los barcos. Acudían acompañados de sus maestros para ejercitar maniobras náuticas, así como también aprender observando el trajín comercial en el puerto de Buenos Aires.

- En cuanto a las materias, si el resultado del examen resultaba insuficiente, el alumno estaba obligado a repetir (hoy diríamos recursar) las clases. Si volvía a fallar, se lo expulsaba, ya que era una “prueba

evidente que esta carrera no era de su inclinación".

- Los dos maestros, denominados directores, se repartían las materias. El principal enseñaba geometría, trigonometría, hidrografía y dibujo, además de álgebra, aritmética, secciones cónicas, cálculo diferencial, integrales y mecánica.

- En cuanto al segundo maestro, dictaba cosmografía, geografía, navegación, problemas de la construcción, uso de instrumentos, maniobras y escritura del Diario de navegación.

- Asimismo planteó que nunca debería haber altercados entre los maestros delante de los alumnos. "Tratarán a sus discípulos —indicó— con mucho modo y urbanidad, de modo que con la ciencia vaya mezclada la buena educación. Nada de imperiosidad ni aspereza, para que los amen y oigan sus lecciones con gusto".

La Academia de Náutica fue revolucionaria en el virreinato del Río de la Plata. La institución, bien llevada por la dupla de directores Pedro Antonio Cerviño y Juan Alsina, formaba marinos y hombres preparados para llevar adelante la actividad comercial de manera profesional, sin necesidad de que viajaran a España para instruirse. Recordemos que don Domingo Belgrano había enviado a su hijo Manuel a Europa porque quería que se formara para las actividades comerciales de la familia.

Esta gran escuela de profesionales tuvo un inesperado final en 1806, luego de las Invasiones Inglesas. El problema fue que algunos percibieron que podría afectar los intereses de los grupos monopólicos. Por eso, la corona española desautorizó al director Pedro Cerviño y, en consecuencia, a la academia que tanto interesaba a Belgrano.

Aquel notable proyecto se frustró y los más perjudicados fueron los que se privaron de aprender en sus aulas.

Como vemos, ya en ese tiempo el gran patriota luchaba contra molinos de viento.

LA INFECCIÓN VENÉREA

La tarea de Belgrano en la Secretaría del Consulado se vio afectada en reiteradas oportunidades por motivos de salud. Más allá de los malestares habituales que aquejaban a todos, su gran problema fue la sífilis, que contrajo durante su estadía en España, más probablemente en la última etapa. Conocemos detalles sobre su afección debido a los reiterados pedidos de licencia mientras ejercía funciones en la administración del virreinato.

En 1795, faltó al trabajo desde el 7 de agosto hasta el 9 de septiembre. Se reincorporó durante unas semanas, pero el 14 de octubre volvió a recaer y envió una nota a los integrantes del Consulado para comunicarles que por motivos de salud debía ausentarse otra vez. En esa oportunidad presentó un nuevo certificado médico (en casi todos se mencionaba que padecía el "vicio sifilítico") y aprovechó para devolver las llaves del archivo que estaban en su poder.

Las molestias que le impedían ir a trabajar eran, principalmente, una deprimente fatiga acompañada de mucha fiebre. Estas complicaciones lo mantenían en cama, sin fuerzas para nada más.

No sabemos cuándo se reincorporó luego de su licencia de octubre. Pero sí existen constancias de que a los dos meses, en enero de 1796 y hasta julio, prácticamente no asistió al Consulado por los motivos de salud habituales en él. Aunque hay certeza de que el 15 de junio estuvo presente, ya que él mismo leyó la memoria anual ese día.

Asumiendo que pasaba más tiempo en cama que trabajando, en julio pidió que se le otorgara una licencia por un año para viajar a España a recuperarse. Mientras se llevaba adelante el trámite es probable que haya alternado semanas de trabajo con nuevas ausencias por enfermedad.

Este pedido de licencia tuvo una definición en noviembre cuando llegó la autorización del rey. El día 14 Belgrano pidió que una junta médica acudiera a su casa para revisarlo. El 17, los tres médicos (José Ignacio Aroche, Miguel Gorman y Miguel García de Rojas) se expidieron, mencionando una vez más el "vicio sifilítico". Al día siguiente, le presentaron sus conclusiones al síndico del Consulado, don Juan Ignacio de Ezcurra, quien, luego de hacer una lectura completa del informe, acotó que lo daba por cierto y convocó al directorio del Consulado.

Así fue como, el 19 de noviembre, se reunieron los integrantes del cuerpo consular para tratar tres temas: el certificado de salud de Belgrano, su licencia

y su reemplazo por su primo, Juan José Castelli.

Analicemos la votación:

Jaime Llavallol fue escueto: expuso que se conformaba con lo observado por el síndico Ezcurra. Antonio García López, José Romero del Villar, José Hernández, Juan Antonio Lezica, Francisco Escalada, Isidro José Balbastro y Tomás Fernández aprobaron que Belgrano pasara a España y que la vacante fuera ocupada por Castelli, con la condición "de que por este servicio que hace por su primo, no deberá reportar premio ni estipendio alguno", debido a que Belgrano continuaría recibiendo el sueldo mientras gozara de la licencia.

Francisco Ignacio Ugarte y Manuel Antonio Warnes también votaron a favor de darle licencia, "para que pueda pasar a aquellos reinos como lo ha solicitado a fin de recuperar su salud, cuyo deplorable estado ha hecho presente con certificaciones de tres médicos". Pero objetaban el nombramiento de Castelli como sustituto porque era un "letrado con estudio abierto en esta capital". Opinaban que debía elevarse esta información al rey para que pudiera "determinar lo que estime mejor".

Juan Esteban de Anchorena manifestó que "sin embargo de haber estado en la creencia de que al presente poseía salud el señor Secretario según su aspecto exterior", si las certificaciones médicas confirmaban que estaba enfermo, no se oponía a que viajara a Europa. En cuanto al nombramiento de Castelli, también consideró que era un tema a revisar por ser pariente de Belgrano y albacea de su difunto padre, don Domingo, sin soslayar que, siendo abogado, seguramente iba a restarle tiempo a la actividad del Consulado. Además, se generaba un conflicto por su representación legal en juicios que se llevaban adelante en el tribunal de la institución.

Eso no fue todo. Anchorena aprovechó para hacer un comentario que seguramente no le cayó bien a Belgrano. Propuso que, hasta que el rey definiera si Castelli era la persona indicada, podía ejercer el cargo Juan Roxo, "que sirve de oficial de la Secretaría por veinticinco pesos mensuales, demostrando tanta suficiencia para esta ocupación como el señor Secretario".

Con la aceptación general, solo podemos especular los motivos por los cuales Belgrano no tomó la licencia para ir a España. ¿Habrá sido porque esperaba que se resolviera la sucesión de Castelli? Lo indiscutible es que estaba en una situación compleja de salud y era consciente de que iba a tener dificultades para seguir dirigiendo la oficina consular.

Los médicos, por su parte, buscaban métodos de curación. Los principales

tratamientos consistían en alguna dieta especial y aplicaciones químicas; pero, sobre todo, le aconsejaban que saliera de la capital y buscara espacios de aire puro o menos viciados. Recordemos que las condiciones de higiene de la ciudad eran paupérrimas. El nombre de Buenos Aires no guardaba ninguna correspondencia con la realidad. Belgrano solía viajar al pueblo de Mercedes en la Banda Oriental o a la costa de San Isidro, y su semblante general mejoraba.

Durante diciembre estuvo presente en las reuniones. También casi todo enero de 1797. El acta del día 30 informa que "se hizo presente un oficio de don Manuel Belgrano por el que expresa no poder asistir al desempeño de su empleo a causa de los achaques que padece". El documento expedido por los miembros del Consulado contiene frases que denotan que se trataba de un tema recurrente: "En vista de los antecedentes que existen sobre el particular" o "sus ausencias y enfermedades". Los integrantes del Consulado parecían estar acostumbrados a que se les enfermara el secretario.

Ese día resolvieron que lo reemplazaría Castelli, más allá de los reparos que hubo en la votación de noviembre. El abogado asumió la secretaría durante un mes, hasta el 25 de febrero de 1797, día en que Belgrano retomó el cargo. Continuaron los altibajos. Por ejemplo, no leyó la memoria anual el 9 de junio, sino que envió el texto.

En el año 1800 las ausencias volvieron a notarse. El 14 de marzo pidió seis meses de licencia, que le fueron otorgados. Durante ese período fue reemplazado nuevamente por su primo. Hay que tener en cuenta que para esa fecha el problema no era solo la sífilis, sino que se agregó un nuevo trastorno: una afección ocular, muy probablemente derivada de una conjuntivitis. Le provocaba dolores en los ojos y dificultades para leer —justo a él, que era un devorador de libros—, y derivó en una fístula que lo hacía lagrimear. Posteriores prórrogas lo mantuvieron alejado hasta fines de marzo de 1801.

En la primera mitad de 1806 solicitó nuevos permisos para ausentarse. Incluso tramitó uno el 16 de junio, cuando la invasión inglesa era inminente. Y después, también. Faltó a su trabajo desde fines de octubre de 1806 hasta mayo de 1807.

La última licencia de la que se tiene constancia oficial se inició en septiembre de 1809 y se extendió hasta fin de año. Sin dudas, la enfermedad venérea no solo le generaba problemas físicos y largas estadías en la cama, sino también algún abatimiento depresivo, teniendo en cuenta que era una

persona de carácter inquieto y un entusiasta del trabajo. De hecho, se desprende de algunos textos escritos que, aun en sus temporadas de convalecencia, trabajaba todo el tiempo que su insoportable malestar se lo permitía.

PEPA EZCURRA, SU GRAN AMOR

El salón de la casa de los Altolaguirre fue el marco de la historia de amor de Manuel (32) y María Josefa (16). Ocurrió en 1802, durante la recepción que organizó esta importante familia de Buenos Aires. Distinguidos vecinos concurrieron a la casona ubicada en el barrio de Santo Domingo. Juan José Castelli asistió con su primo Manuel Belgrano. También estaban los Arguibel, que tenían íntima amistad con los dueños de casa, y los jóvenes Ezcurra, Felipe y Pepa. El resto de los hermanos (Margarita, José María, Encarnación, María Dolores y Juana) no tenía edad para este tipo de actividad.

En cuanto al padre, Juan Ignacio de Ezcurra, era síndico del Real Consulado, la institución que trataba los asuntos en materia económica. Formaba parte del grupo de comerciantes con quienes Manuel Belgrano lidiaba todo el tiempo.

Las reuniones sociales de Buenos Aires —tertulia, sarao y baile— se desarrollaban entre las ocho y las doce de la noche, no más que eso.

Las versiones de la familia que han llegado a nuestros días aseguran que esa noche Manuel y Pepa bailaron un poco en la pista y muchísimo en sus cabezas. Isaías García Enciso, el mayor investigador de esta relación, recopiló información pintoresca. Por su indisimulable estado de enamoramiento, Belgrano era blanco de bromas de Castelli y Manuel de Sarratea.

Las llamas de aquella noche en lo de Altolaguirre se mantuvieron encendidas en los días posteriores. La pareja, que vivía a una cuadra y media de distancia, coincidía en las actividades sociales y no tardó en notarse en los círculos familiares el interés que despertaban el uno al otro. Y si bien a doña Teresa Arguibel, madre de la señorita, el caballero le parecía un buen partido (ella se había casado a los 18 con Juan Ignacio, de 31), no opinaba lo mismo su marido.

¿Cuál era el problema? Es verdad que los Belgrano ya no eran los poderosos de otras épocas. Don Domingo había caído en desgracia luego del juicio. Pero Manuel Belgrano tenía un cargo de peso en el Consulado y contaba con el respaldo económico que lo presentaba como un candidato con solidez para llevar adelante una familia. Insistimos en que hasta hoy todos hemos repetido el argumento que han echado a correr los primeros en ocuparse de este tema. Pero, luego de una revisión más profunda, podemos aportar un pormenor que venía soslayándose.

Lo mencionamos en un capítulo previo. El 18 de noviembre de 1796, el síndico del Consulado, Juan Ignacio de Ezcurra, recibió el informe brindado por la junta médica que indicaba que Manuel Belgrano debía tomarse una licencia porque padecía el "vicio sifilítico". Este detalle no pudo estar ausente en las elucubraciones de don Ezcurra cuando advirtió que su hija acercaba un postulante a yerno.

Pepa encontró en Manuel al amor de su vida y en su padre, al principal opositor. Estaba repitiéndose una historia que había generado mucho ruido un año antes: el padre de Mariquita Sánchez, don Cecilio, había desoído los sentimientos de la joven y pretendió casarla con un primo (que tenía cincuenta años frente a los catorce de la dama). Pero Mariquita se rebeló y, luego de unos años y de una causa judicial, logró su sueño: casarse con Martín Thompson.

Hoy conocemos el final feliz de aquella historia. Sin embargo, en 1802, cuando Belgrano y Josefa se enamoraron, lo único que se sabía era que el escándalo de la desobediencia a los padres había estado en boca de todos y también que la actitud de Mariquita había sido muy criticada en los círculos sociales de Buenos Aires.

Josefa prefirió callarse y asentir cuando don Juan Ignacio le comunicó que viajaría desde Pamplona, provincia de Navarra, un primo apenas tres años mayor que ella, el vasco Juan Esteban de Ezcurra, para ser su marido.

Todo lo que habían ido construyendo Manuel y Josefa terminó haciéndose añicos con la imposición del novio foráneo.

El sábado 20 de agosto de 1803, en tiempos del virreinato de Joaquín del Pino, la iglesia Catedral recibió a María Josefa y Juan Esteban, ambos Ezcurra, quienes formalizaron su unión ante el altar. Dicho de manera cronológica: en 1802, Pepa se enamoró de Belgrano. En 1803, la casaron con el primo Juan Esteban.

3
MILITAR POR LAS CIRCUNSTANCIAS

CAPITÁN DE MILICIAS

En 1796, España y Francia firmaron un tratado para colaborar mutuamente frente a cualquier avance de Gran Bretaña. Este acuerdo dio inicio a un serio conflicto: la guerra anglo-española.

Los británicos enviaron una flota al Caribe a comienzos de 1797 y ese hecho encendió las alarmas en América de norte a sur, donde el virrey Pedro de Melo se aprestó a organizar la defensa del Río de la Plata. Muchos civiles fueron llamados para que, como solía ocurrir ante determinadas urgencias, se incorporaran a un cuerpo de milicias urbanas. Estos hombres integraban una fuerza de reserva que solo debería actuar en caso de un ataque o invasión.

Entre los convocados figuró Manuel Belgrano. Por lo tanto, desde 1797, y a pesar de no tener experiencia alguna, pasó a pertenecer a una organización militar. El cargo que se le dio fue el de capitán de Milicias Urbanas. Pero recién en 1806, ante la inminente llegada de la escuadra británica, se requirió su inmediata presencia en el Fuerte. Allí lo recibió el virrey Rafael de Sobremonte, quien le pidió que, teniendo en cuenta su cargo en el Consulado, preparara una fuerza conformada por comerciantes.

La idea de Sobremonte era contar con un batallón de jóvenes mandados por Belgrano. Este grupo iba a pertenecer a los Cuerpos de Caballería y recibiría instrucción militar de jefes experimentados.

Belgrano intentó cumplir la misión encomendada, pero no logró sumar voluntarios. Hasta que el 24 de junio sonaron las campanas de las iglesias convocando a todos a la fortaleza. El gran patriota, que a esa hora estaba trabajando en el Consulado, dejó todo y corrió para presentarse de inmediato. El escenario que encontró estaba muy lejos de ser el ideal. La desorganización era el denominador común. Nadie sabía a quién obedecer, ni

tampoco con qué grupo había que formarse.

Finalmente, un militar comenzó a repartirlos en forma apresurada. Belgrano fue derivado a un cuerpo al que se le dio la misión de salir cuanto antes hacia la zona de Barracas para detener el avance del enemigo. Este grupo fue el primero en abandonar el Fuerte. Marchó hasta la zona de Parque Lezama, donde funcionaba un edificio perteneciente a la Compañía de Filipinas, dedicada al comercio de esclavos. Mientras tanto, las tropas de William Carr Beresford avanzaban desde Quilmes hacia el centro de la ciudad. Algunos años después, Belgrano recordaría aquella jornada y la actuación de su fuerza de la siguiente manera:

> *Fue la primera compañía que marchó a ocupar la casa de las Filipinas, mientras disputaban las restantes con el mismo virrey que ellas estaban para defender la ciudad y no salir a campaña. Y así solo se redujeron a ocupar las Barrancas. El resultado fue que no habiendo tropas veteranas ni milicias disciplinadas que oponer al enemigo, venció éste todos los pasos con la mayor facilidad. Hubo fuegos fatuos* [se refiere a esperanzas infundadas] *en mi compañía y otros para oponérsele. Pero todo se desvaneció y, al mandarnos retirar y cuando íbamos en retirada, yo mismo oí decir: "Hacen bien en disponer que nos retiremos, pues nosotros no somos para esto".*
>
> *Confieso que me indigné, y que nunca sentí más haber ignorado, como dije anteriormente, hasta los rudimentos de la milicia. Todavía fue mayor mi incomodidad cuando vi entrar las tropas enemigas y su despreciable número para una población como la de Buenos Aires: esta idea no se apartó de mi imaginación y poco faltó para que me hubiese hecho perder la cabeza.*
>
> *Me era muy doloroso ver a mi patria bajo otra dominación y sobre todo en tal estado de degradación, que hubiese sido subyugada por una empresa aventurera, cual era la del bravo y honrado Beresford, cuyo valor admiro y admiraré siempre en esta peligrosa empresa.*

Se podría decir que fue su primera acción militar porque marcharon en el trayecto de unas diez cuadras, con un regreso a un paso algo más ligero. Pero no fue su bautismo de fuego, ya que no se disparó un solo tiro y, como lo explicó Belgrano, si hubo algún fuego, fueron los fatuos.

INVASIONES INGLESAS

Junto con Castelli, Juan Martín de Pueyrredon y otros, Belgrano conformaba un grupo que luego los historiadores iban a denominar Partido Criollo o Partido de la Independencia. En resumen, eran la oposición al gobierno virreinal.

Por información que había sido dispersada por agentes británicos, en los días posteriores al desembarco británico corrió la versión de que en realidad tenían como objetivo liberar a las ciudades de América del yugo español. Este tema interesaba mucho al Partido Criollo. En esos primeros días de ocupación, algunos integrantes se entrevistaron con Beresford con el fin de que les aclarara cuál era el objetivo de la expedición al Río de la Plata. Concretamente, querían saber si había que considerarlo como un ejército libertador o invasor.

No obstante, las respuestas del comandante inglés eran evasivas y los criollos no tardaron en darse cuenta de que, en vez de apoyarlo, había que enfrentarlo.

Más allá de esas operaciones de claro contenido político, Belgrano tenía otro asunto que tratar con el jefe británico. Se entrevistó con Beresford para plantearle que, como el Consulado cubría todo el virreinato, pero solo Buenos Aires estaba en poder de los invasores, quería saber si su oficina iba a seguir perteneciendo a la corona española. Una vez más, la falta de respuestas del gobernador inglés impulsó a Belgrano a convocar a los integrantes del Consulado con el objeto de llegar a una determinación que él consideraba fundamental: salir de Buenos Aires con los sellos y papeles de la institución y seguir actuando como representante español, fuera de la zona invadida.

Los comerciantes no estuvieron de acuerdo y a Belgrano no le quedó más remedio que alejarse de la ciudad antes de que se lo obligara a jurar obediencia al nuevo gobierno. Partió a Mercedes, en la Banda Oriental. Allí tomó conocimiento del proyecto de reunir tropa para reconquistar Buenos Aires, pero antes de decidir participar, los hombres comandados por Santiago de Liniers cruzaron el Río de la Plata y recuperaron la ciudad. Belgrano regresó sin demasiado apuro a la capital del virreinato.

El día de su arribo, a mediados de septiembre de 1806, estaban

conformándose los cuerpos militares para afrontar una posible segunda invasión. Nadie era llamado de manera forzosa, todos acudían como voluntarios, contagiados del entusiasmo por las jornadas heroicas de la Reconquista. Casi dos mil hombres se sumaron a la Legión de Patricios Urbanos de Buenos Aires, que era el cuerpo militar que le correspondía a Belgrano por ser nativo de la ciudad.

Para aquellos con posibilidades de ejercer la jefatura, Patricios se convirtió en un destino codiciado debido a la gran cantidad de efectivos que contaba en sus filas.

El amplio edificio del Consulado fue utilizado como sede para que los oficiales de los Patricios eligieran a sus propios jefes para los tres batallones que se formaron. La elección recayó en Cornelio Saavedra, Esteban Romero, ambos comerciantes, y José Domingo de Urien, quien había trabajado en el Consulado.

El 8 de octubre, estos tres hombres recibieron el despacho de tenientes coroneles. Si bien cada uno de ellos tenía mando sobre su respectivo batallón, Saavedra además fue designado comandante, es decir, la máxima autoridad del cuerpo.

Faltaba establecer quién ocuparía el cargo de sargento mayor, que oficiaría de enlace entre los capitanes y sus superiores, los tenientes coroneles. El puesto demandaría tiempo y dedicación. En la votación participaron todos los capitanes y el elegido fue Manuel Belgrano. Se tomó muy en serio su tarea. Consideró fundamental adquirir conocimientos para transmitirlos a sus subordinados. Así lo refirió cuando escribió su autobiografía:

> *Entrado a este cargo, para mí enteramente nuevo, por mi deseo de desempeñarlo según correspondía, tomé con otro anhelo el estudio de la milicia y traté de adquirir algunos conocimientos de esta carrera, para mí desconocida en sus pormenores.*
> *Mi asistencia fue continua a la enseñanza de la gente. Tal vez eso, mi educación, mi modo de vivir y mi roce de gentes distinto en lo general de la mayor parte de los oficiales que tenía el cuerpo, empezó a producir rivalidades que no me incomodaban por lo que hace a mi persona, sino por lo que perjudican a los adelantamientos y lustre del cuerpo, que tanto me interesaban y por tan justos motivos.*

El esfuerzo y la dedicación de Belgrano contrastaban con los de otros jefes, que no consideraban que fuera tan importante la instrucción. Algunos se quejaban alegando que los ejercicios en la plaza parecían ser más de entretenimiento para las vecinas que de utilidad para enfrentar a un enemigo. De todos modos, el mayor Belgrano continuó aprendiendo y volcando los conocimientos en la tropa.

Pocos creían que los británicos osarían pisar las playas del Río de la Plata otra vez. Sin embargo, en enero de 1807 llegó la noticia desde Montevideo: las fuerzas invasoras volvían a presentarse en estas aguas. El gobernador de Montevideo, Pascual Ruiz Huidobro, pidió ayuda a Buenos Aires. De inmediato surgieron voluntarios que deseaban enfrentar a los ingleses en la Banda Oriental. Pero también hubo quienes prefirieron mirar para otro lado. "El que más [hombres] dio fue el de Patricios. Sin embargo de que hubo un jefe, yo lo vi, que cuando preguntaron a su batallón quién quería ir, le hizo señas con la cabeza para que no contestase", escribiría luego Belgrano.

Se ofreció como voluntario. No solo con el deseo de actuar frente a los invasores, sino también con el objetivo de no quedarse entre jefes que mostraban rasgos de cobardía o de ineptitud. Su voluntad no pudo cumplirse porque tanto Saavedra como otros oficiales de Patricios le plantearon a Liniers que Belgrano era más útil en la instrucción que partiendo en campaña. Para ellos, su capacidad como instructor no podía ser desaprovechada y ese fue el motivo por el cual no integró el contingente de seiscientos Patricios que cruzaron el Río de la Plata para enfrentar a las fuerzas británicas.

De todas maneras, cuando Liniers y unos mil quinientos hombres arribaron a Colonia de Sacramento, los invasores ya se habían apoderado de Montevideo y el objetivo de participar en la defensa de la ciudad quedó descartado.

Regresaron a Buenos Aires, sin pena ni gloria.

DECEPCIÓN MILITAR

Luego de que los Patricios salieron en campaña con Saavedra, se hizo un ofrecimiento de dinero para aquellos que quisieran actuar militarmente en calidad de profesionales. Los oficiales de Patricios que habían quedado en Buenos Aires no se mostraron interesados, mientras que la tropa quería

sumarse. Pero la cantidad de soldados superaba ampliamente las vacantes disponibles.

Belgrano entendió que la mejor forma de resolver el problema sería mediante un sorteo. Los que salieran favorecidos iban a poder sumarse al ejército con la retribución correspondiente. Al anunciarlo a la tropa, un oficial le respondió de manera agraviante y mostrando una clara falta de respeto. Belgrano esperaba que los comandantes Urien y Romero reaccionaran frente a la insubordinación, pero eso no ocurrió. Se sintió desautorizado y tomó una decisión determinante: renunció a su cargo y volvió a su actividad en el Consulado. Su lugar fue ocupado por Juan José Viamonte, un comerciante que mostró gran capacidad como militar y terminaría siendo otro notable protagonista de la historia argentina.

Pero su separación duró poco tiempo. Porque cuando los ingleses avanzaron por segunda vez sobre Buenos Aires, Belgrano volvió a vestir el uniforme y se presentó en Patricios para actuar en la defensa de la ciudad, subordinado al coronel César Balbiani, un militar de carrera que se encontraba circunstancialmente en Buenos Aires, ya que iba en camino a Lima. Ante la invasión, decidió quedarse a colaborar con Liniers y se convirtió en la mano derecha del francés. Belgrano actuó como asistente del profesional.

Balbiani y sus hombres se pertrecharon a orillas del Riachuelo para defender el puente de Gálvez, donde hoy se encuentra el puente Pueyrredon que une Buenos Aires con Avellaneda. Pero allí no tuvo lugar ninguna acción, ya que el enemigo se hizo fuerte en los Corrales de Miserere (ahora le decimos Plaza Once) al vencer a los hombres de Liniers. Esto obligó a los Patricios a replegarse sobre la ciudad.

Cuando recibieron la orden de retornar al centro debido al contraste en Miserere, muchos soldados se dispersaron y, mostrando signos de fatiga, regresaron a sus casas. Balbiani y Belgrano llegaron a la Plaza Mayor con apenas un grupo de hombres. Se ocuparon de fortificar y hacer trincheras con el fin de frenar y defender el corazón de la ciudad. Tuvieron tiempo suficiente, porque recién al día siguiente comenzó a avanzar el ejército inglés. Esa mañana, los que se habían dispersado volvieron a ocupar sus puestos y actuaron con mucho entusiasmo. Balbiani, acompañado de Belgrano, tuvo una participación muy importante en la zona más sangrienta del combate, los alrededores de la iglesia de Nuestra Señora del Rosario, Santo Domingo,

vecina de la casa donde vivía el gran patriota con sus hermanos. Pero, por su actividad como edecán de Balbiani, las posibilidades de combatir de Belgrano fueron muy limitadas. Él mismo sintió que no tuvo la oportunidad de participar lo suficiente en la defensa de Buenos Aires. Balbiani, en cambio, se deshizo en elogios para con su ayudante:

> *Estuvo al toque de generala. Salió a campaña, donde ejecutó mis órdenes con el mayor acierto en las diferentes posiciones de mi columna, dando con su ejemplo mayores estímulos a su distinguido cuerpo. Me asistió en la retirada, hasta la colocación de los cañones en la plaza. Tuvo a su cargo la apertura de la zanja en las calles de San Francisco* [se refiere a la actual calle Defensa] *para la mejor defensa de la plaza y le destiné a vigilar y hacer observar el mejor arreglo en las calles inmediatas a Santo Domingo, donde ha acreditado su presencia de espíritu y nociones nada vulgares con el mejor celo y eficacia para la seguridad de la plaza; hallándose en ellos hasta la rendición del general de brigada* [Robert] *Craufurd, con su mayor y restos de la columna de su mando, abrigada en el convento de dicho Santo Domingo.*

Recordemos que los elogios provienen de un militar profesional.

El valorado edecán de Balbiani asistió al acto de rendición de los jefes militares británicos y tuvo oportunidad de conversar con ellos e intercambiar ideas acerca de la independencia de las posesiones españolas en América. Allí se cerró el primer capítulo en la vida militar de Manuel Belgrano. Al día siguiente, ya se encontraba de vuelta en su escritorio ocupándose de los asuntos comerciales del virreinato.

4
LA REVOLUCIÓN DE MAYO

PRIMERAS REUNIONES

Cuando en 1808 Fernando VII fue encarcelado en Francia y Napoleón coronó a su hermano José en el trono de España, Juan VI regente de Portugal y su consorte, la princesa Carlota Joaquina de Borbón, hermana de Fernando VII, huyeron a Brasil.

La reacción de las ciudades españolas, ante la ausencia de su rey, fue formar juntas que gobernaran. Por otra parte, en el Río de la Plata surgieron dos partidos: los juntistas y los carlotistas. Los primeros, apoyados por las autoridades, sostenían que debía acatarse la autoridad de las juntas. La oposición (los carlotistas) perseguía el proyecto de coronar a Carlota, quien era la única representante de los Borbones. Entre los que adherían a la postura opositora figuraban Nicolás Rodríguez Peña, Belgrano, Castelli, Pueyrredon y otros. El enfrentamiento era cada vez más tenso, hasta que una novedad sacudió a todos.

La inquietante noticia llegó el 14 de mayo de 1810 a Montevideo en una fragata inglesa que comerciaba vino y aguardiente. Se trataba de una nota fechada en Cádiz el 5 de febrero. Informaba que Sevilla había caído en poder de los franceses, se había disuelto la junta y había tomado la posta Cádiz, nombrando en el gobierno a cinco integrantes, con el fin de sostener el poder de Fernando y evitar la anarquía.

Según explicaban en la nota del 5 de febrero, “es cierto que el enemigo se acerca y en considerable número”. Era entendible, entonces, que la novedad hubiera generado angustia en los vasallos que habitaban en las posesiones del reino en América. Tal vez, a esa altura, Cádiz ya había caído.

Los papeles con la lamentable novedad, que iniciaron un largo recorrido desde Cádiz y Gibraltar hasta Montevideo, pasaron a Buenos Aires recién

cuatro días después en una embarcación menor. La demora se debió a las pésimas condiciones del tiempo. Junto con otros baúles, pasaron al Resguardo del Puerto, una oficina complementaria de la Aduana encargada de combatir el contrabando. Una versión sostiene que en esa oficina se enteraron los patriotas. No obstante, nuestra reconstrucción de los hechos nos ha llevado por otro camino.

El viernes 18 de mayo, los integrantes del Cabildo de Buenos Aires se reunieron para tratar los temas cotidianos. Hasta ese momento, no se advierte que hubieran tenido conocimiento de la funesta noticia. Pero, por la noche, uno de los capitulares, el alcalde Juan José Lezica, concurrió a entrevistarse con el virrey Baltasar Hidalgo de Cisneros para comunicarle el contenido de la nota del 5 de febrero, fechada en Cádiz.

Insistimos: esta reunión tuvo lugar el 18 de mayo por la noche.

Cisneros redactó un bando, informando la situación y llamando a la unión del vecindario. Había que imprimir el bando, fechado el 18, para ser pegado en varias esquinas. Llegó a la Imprenta de los Niños Expósitos, no esa noche, ya que funcionaba de día, sino el sábado 19.

Una persona muy vinculada a Belgrano fue la encargada de imprimirlo. Nos referimos a Agustín Donado, alumno de la Academia de Dibujo impulsada por el secretario del Consulado, integrante del Partido Carlotista y encargado de la concesión de la Imprenta de los Niños Expósitos, donde se editaba el *Correo de Comercio*, otra idea de Belgrano.

La muy buena relación que existía entre ambos nos lleva a especular que el imprentero debe haber querido tomar contacto con él antes que con nadie más. Sin embargo, Belgrano estaba afuera de la ciudad.

La próxima opción tuvo que haber sido uno de los siguientes patriotas: Nicolás Rodríguez Peña, Hipólito Vieytes o Francisco Paso (hermano de Juan José y de Ildefonso). De la casa de alguno de ellos deben haber pasado a la de otro y luego a la del restante. El grupo iba incrementándose y los cuatro se presentaron en la casa del comandante de Húsares, Martín Rodríguez.

Coincidieron en que debía convocarse al jefe de los Patricios. Luego de buscarlo, seguramente en el cuartel y en su casa, se enteraron de que estaba en una quinta ubicada al norte de la ciudad, en la actual localidad de Vicente López. Intentaron con Castelli, pero también había salido de Buenos Aires. Mientras tanto, el bando con el anuncio del virrey ya se había impreso, el tiempo transcurría y no se avanzaba.

Resolvieron que el hombre indicado era Juan José Viamonte quien, recordemos, había reemplazado a Belgrano en el Regimiento de Patricios. Viamonte acudió a lo de Rodríguez y se excusó de poner a sus hombres al servicio de la revolución que se gestaba porque solo respondía a su jefe Saavedra. A cambio, ofreció enviar un joven a la quinta para comunicarle la situación y convocarlo, y otro para avisarle a Castelli.

Más vecinos fueron sumándose a la reunión en lo de Martín Rodríguez. A las ocho de la noche llegó Castelli. Pero el más esperado no se hacía presente. Aguardaron a Saavedra hasta la medianoche. Acordaron regresar temprano a la mañana siguiente, domingo 20, para continuar deliberando.

Todos estaban listos para actuar. Solo faltaba la aprobación del jefe militar.

DOMINGO 20

Saavedra arribó a la ciudad en la mañana del domingo o muy tarde en la noche del sábado. Se presentó en la casa de Viamonte (ubicada en la calle Ocampo, hoy Viamonte), quien se hallaba reunido con otros oficiales y vecinos. Lo recibieron con un escueto: "¿Aún dirá usted que no es tiempo?", y él les contestó: "Si ustedes no me imponen de alguna nueva ocurrencia que yo ignore, no podré satisfacer a la pregunta". Pero luego de leer el bando del virrey, dijo: "Señores, ahora digo que no solo es tiempo, sino que no se debe perder una sola hora".

El bando ya estaba pegado en las paredes de la ciudad. Mientras tanto, en lo de Rodríguez se mostraban impacientes. A las once de la mañana resolvieron enviar un criado a lo de Saavedra para saber si había vuelto de la quinta. Cuando el joven se disponía a partir, llegaban Viamonte, Saavedra y otros.

Conferenciaron y establecieron los próximos pasos. El primero era plantearles a las principales autoridades del Cabildo, el alcalde de primer voto Juan José Lezica, y el síndico procurador, el lujanense Julián de Leiva, que había caducado el poder virreinal y que debía nombrarse un gobierno interino. Se dispuso que Castelli hablara con el síndico, al tiempo que Saavedra y Belgrano lo harían con el alcalde.

La casa de Martín Rodríguez estaba ubicada enfrente del Café de los Catalanes y del hogar de la familia Escalada (actuales San Martín y Perón), a

dos cuadras de la Catedral y a pocos metros del Consulado. Saavedra, que también vivía cerca, propuso que se reunieran en un lugar menos transitado. Se decidieron por la residencia de Nicolás Rodríguez Peña, vecino de la iglesia de San Miguel, hoy Suipacha y Mitre (¡a seis cuadras de la Catedral!). Como dato de color, aportamos que las señoras Casilda Igarzábal de Rodríguez Peña, Bernardina Chavarría de Viamonte y Saturnina Otálora de Saavedra, casadas con tres protagonistas, se encontraban en feliz estado de embarazo durante la Semana de Mayo.

Antes del mediodía, Belgrano y Saavedra por un lado, y Castelli por el otro, se entrevistaron con Lezica y Leiva, respectivamente. El alcalde, de acuerdo con el relato posterior de Saavedra, "manifestó repugnancia" frente al planteo de los patriotas. Sin demorarse, el repugnado cabildante llevó las novedades a Cisneros. El virrey reclamó la presencia del síndico. Cuando Leiva acudió al Fuerte, Cisneros estaba acompañado por el fiscal Manuel Genaro Villota y el capitán de fragata Juan de Vargas.

El funcionario expuso que la única solución viable era el Cabildo Abierto. Cisneros le pidió reunirse con los jefes militares a las siete de la tarde: no iba a resolver nada sin haber hablado con ellos.

Hasta allí, la reconstrucción de los hechos de la Semana de Mayo no ha generado inconvenientes. Se puede comprobar cotejando los distintos testimonios de los protagonistas con las actas oficiales. Pero el análisis de la reunión de la noche es más compleja.

Hay quienes dicen que se presentaron todos los jefes. Otra versión sostiene que acudieron Castelli con Martín Rodríguez y Juan Florencio Terrada, el jefe de los Granaderos de Fernando VII. En algunas de las evocaciones, Saavedra tuvo un papel importante, mientras que en otras la personalidad destacada fue Castelli. También Martín Rodríguez figura como uno de los participantes fundamentales de la reunión que se dio en la fortaleza. Frente a tantas interpretaciones, nos limitaremos a decir que se apostaron soldados en la Plaza Mayor y que se tomaron recaudos porque algunos temían que la escolta del virrey, los Granaderos de Fernando VII, detuvieran a todos. Pero la presencia de Terrada, el jefe de estos hombres, minimizaba el riesgo. Algún relato ubicó a Belgrano como parte de la comitiva.

Aparentemente, el virrey estaba jugando a las cartas. Algunos dicen que con su mujer, otros que estaba con amigos. Pero casi todos coinciden en que se levantó enojado ante el reclamo, aunque luego terminó respondiendo:

“Hagan lo que quieran”. La resignación fue interpretada como una victoria del grupo patriota. Salieron del Fuerte y se dirigieron de inmediato a la casa de Rodríguez Peña. Allí le informaron al resto lo que había acontecido. Entraron a la casa diciendo: “Señores: la cosa es hecha. Cisneros ha cedido de plano y dice que hagamos lo que queramos”. Cuenta Martín Rodríguez que se abrazaban dando vivas y lanzando los sombreros por el aire.

Antonio Beruti, Rodríguez Peña y Donado partieron con criados munidos de canastas. Recorrieron negocios en busca de dulces y licores. Con todo lo recolectado armaron una mesa para todo aquel “que quisiese refrescarse”.

LUNES Y MARTES

En la mañana del lunes 21, los integrantes del Cabildo trataron la cuestión planteada por los comandantes y algunos vecinos. En medio de la exposición de Leiva, comenzó a escucharse un griterío en la plaza. Era un grupo de manifestantes reclamando el Cabildo Abierto.

Frente a la presión del pueblo, los cabildantes Manuel José de Ocampo y Andrés Domínguez llevaron una nota al virrey. Cisneros la leyó y, luego de unos minutos, aprobó que la asamblea vecinal se hiciera el martes. Los emisarios regresaron y se lo comunicaron a sus pares.

Afuera los ánimos seguían caldeados. Algunos entraron al Cabildo. Subían por las escaleras cuando fueron interceptados por el síndico procurador, quien les imploró calma. Belgrano dijo: “El pueblo quiere saber si se va a realizar el Cabildo Abierto”.

Aclarado el asunto, las autoridades pidieron dos cosas: que se dispersaran los manifestantes y que Belgrano se quedara con ellos ayudándolos. Esta era una buena noticia para los que reclamaban, ya que podían verificar los pasos que se daban en la propia sala donde se estaba organizando la reunión.

El patriota se sumó, pero pronto entendió el motivo: pensaron que podrían contar con él para que las invitaciones fueran dirigidas nada más que a los vecinos distinguidos, frase que escondía el deseo de que solo participaran los que estuvieran a favor del virrey.

Belgrano les advirtió que si no hacían una convocatoria amplia, habría una nueva manifestación. Los capitulares terminaron aceptando y así fue como se entregaron cuatrocientas cincuenta invitaciones para la Asamblea General o

Cabildo Abierto del martes 22 de mayo a las nueve de la mañana.

Ocuparon la tarde del 21 en la organización: llevar bancas de las iglesias, acondicionar el balcón (el único espacio amplio disponible para tanta gente) y entregar las invitaciones, mientras los patriotas continuaron con las reuniones buscando definir las posturas para la importantísima reunión del día siguiente.

El resto es bastante conocido. Asistieron 251 vecinos. La reunión comenzó con el anuncio del tema a tratar, algunos discursos y la propuesta de que cada convocado manifestara su voto en voz alta.

Belgrano fue inscripto en la lista de los asistentes como el participante número ciento treinta. Luego de él se insertaron los nombres del capitán Gerardo Estevez y Llac y de Juan José Castelli. De la familia Belgrano, además de Manuel, concurrieron sus hermanos Joaquín, Domingo y José Gregorio. Todos ellos, incluso Castelli, pidieron que cesara el virrey, que el Cabildo asumiera la autoridad hasta nombrar un nuevo gobierno y que, en caso de que hubiera diferencias entre los integrantes del Cabildo, la palabra final debía ser la del síndico procurador Leiva.

Algunos vecinos se retiraron antes de expresar su parecer. Luego de que Manuel Belgrano manifestara su opción (fue el voto 117 de la jornada), llegó el turno del inseparable Castelli.

LA VÍSPERA DE LA REVOLUCIÓN

Como la votación duró casi hasta la medianoche, los cabildantes resolvieron llevar adelante el escrutinio al día siguiente. Tengamos en cuenta que los votos eran nominales, es decir que cada uno expresaba lo que opinaba. Por eso, gran parte del miércoles 23 se ocupó en hacer el análisis y conteo de los mismos.

Lo heterogéneo de las posiciones permitió a los oficialistas miembros del Cabildo realizar una lectura particular de los resultados. Aceptaron la formación de una junta de gobierno (como la de Sevilla, como la de Cádiz), pero se arrogaron el derecho de decidir quiénes la integrarían.

El jueves 24 crearon una junta conformada por cinco vocales: el español José Santos Incháurregui (representante del comercio) y los criollos Juan Nepomuceno Sola (de la Iglesia), Castelli (de las leyes) y Saavedra (poder

militar). La clave fue el quinto integrante, Cisneros, con funciones de vocal presidente. Sola, aclaramos, apoyaba al virrey.

Convocados al edificio del Cabildo ese mismo jueves, los cinco integrantes de la Junta de Gobierno se postraron ante el crucifijo y juraron que desempeñarían con honor su mandato. Eran las tres de la tarde.

Luego se dirigieron a la fortaleza, donde fueron recibidos con gran algarabía y regocijo. La jornada terminó temprano y los vocales regresaron a sus casas. Saavedra y Castelli recibieron esquelas para que concurrieran de inmediato a la casa de Rodríguez Peña. Allí, los patriotas los recriminaron por haberse sumado a un gobierno en el cual el virrey mantuviera una porción de poder.

Esa misma noche, los dos vocales firmaron notas informando que renunciaban. Con ánimos exaltados, algunos jóvenes fueron a la casa del procurador Leiva y le golpearon la ventana de su cuarto para ponerlo al tanto y proferir amenazas.

Mientras tanto, un debate se generó en el comedor de la casa de Rodríguez Peña. Las posiciones eran encontradas. Belgrano, quien se hallaba reclinado en un sillón en otro ambiente, casi postrado por la fatiga —vestía el uniforme de Patricios—, se levantó molesto. Dando pasos apresurados, se acercó a la sala de los debates. Tenía el rostro encendido. Desplazó su mirada por cada uno de los presentes, colocó el brazo derecho en la empuñadura de la espada y dijo: “¡Juro a la Patria y a mis compañeros que si a las tres de la tarde del día inmediato el virrey no hubiese sido derrocado, a fe de caballero, yo le derribaré con mis armas!”. La energía de sus palabras conmovió a los presentes, que irrumpieron en aplausos. Ya no había vuelta atrás.

LA PRIMERA JUNTA

Esa noche, la ciudad giraba en torno a la casa de Rodríguez Peña. Domingo Matheu y Manuel Alberti se concentraron en redactar una serie de principios para la conformación de la Junta de Gobierno. Escribieron seis puntos. El primero establecía que el Gobierno se conformaría con siete integrantes y dos secretarios. Todos los cargos se renovarían cada cinco años.

El segundo punto prohibía los títulos nobiliarios entre los integrantes de la junta. En el próximo se planteaba que los elegidos debían ser ciudadanos

honrados nacidos en el distrito donde gobernarían o, en caso de ser extranjeros, con una residencia de treinta años en la ciudad “sin que jamás hayan salido fuera del territorio o jurisdicción”.

También se determinó que ninguno podría tener mando de tropa. En ese específico caso, renunciaría al mando militar. Y el sexto punto se refería al manejo del dinero público. Decía que la malversación de los intereses sería castigada con ocho años de presidio ejecutado en las obras públicas. Una vez cumplida la pena, sería echado de los dominios. Es decir, al corrupto, ocho años trabajando en obras públicas y luego expulsión del territorio.

Las listas de posibles integrantes no terminaban de convencer a todos. Entonces, Beruti tomó papel y un tintero. Escribió los nombres de los siete integrantes (Saavedra, Alberti, Miguel de Azcuénaga, Belgrano, Castelli, Juan Larrea y Matheu) más los dos secretarios (Paso y Moreno). Continuaba respetando la idea que se había plasmado en la junta del 24, con representantes de todos los poderes políticos, ya que había militares, abogados, comerciantes y un representante de la Iglesia. También contenía nativos de España.

Más allá de que el catalán Matheu (coautor del reglamento) llevaba solo veinte años de residencia en Buenos Aires, no hubo desacuerdos. En todo caso, el reglamento quedó archivado para mejor ocasión. Porque Saavedra tampoco renunció a los Patricios.

A primera hora de la mañana del desapacible viernes 25 de Mayo, entregaron la lista a los integrantes del Cabildo. Mientras tanto, continuaron con una actividad que habían iniciado a medianoche: la recolección de firmas entre los habitantes de Buenos Aires exigiendo la conformación de la Junta propuesta por Beruti.

De esta manera, los capitulares se vieron presionados y sin otra salida. Se lo comunicaron al virrey, quien aceptó la derrota. La Revolución había vencido.

5
CAMPAÑA AL PARAGUAY

PRIMER DESAFÍO

El proyecto esbozado por la Junta de Buenos Aires era sumar al resto del territorio. Si bien las expectativas respecto del Alto Perú y la Banda Oriental eran bajas, se especulaba con que Asunción se alinearía y ese sería el escenario ideal para someter a Montevideo.

Sin embargo, los asunceños tenían varias razones para sentirse enemistados con Buenos Aires, comenzando por las dificultades impositivas que le planteaba la capital del virreinato. Además, cada vez que se necesitaban brazos para armar, se convocaba al pueblo paraguayo, quitándole mano de obra para su agricultura, en general a cambio de nada. Por si eso fuera poco, el virrey Juan José de Vertiz había fallado en su contra —aunque no de manera determinante— acerca de los límites fronterizos con el actual territorio misionero.

El gobierno porteño empeoró la situación enviando a José de Espínola y Peña, un militar paraguayo que vivía en Buenos Aires y no tenía buena relación con las autoridades de Asunción.

El emisario fue encarcelado. Logró escapar y planteó a la Junta la idea de destinar una expedición militar. Con cierta irresponsabilidad dijo que todo podía resolverse con doscientos soldados. Este fue su aporte póstumo, ya que murió el 8 de septiembre.

Por su parte, Buenos Aires decidió apostar por un nuevo diplomático, pero al hombre no se le permitió ingresar a Asunción y volvió sumando otro fracaso. Estos cortocircuitos fueron potenciados con la noticia de que Paraguay no quería sumarse a la Revolución de Buenos Aires y prefería subordinarse al último hilo del cual pendía la monarquía de los Borbones.

Solo faltaba que se encendiera la mecha. Ocurrió cuando el gobernador del

Paraguay, Bernardo de Velazco, dispuso que sus milicias avanzaran sobre el territorio de Corrientes. La Junta, entonces, resolvió enviar a Manuel Belgrano en campaña a Asunción.

Llevaba instrucciones especiales que habían sido redactadas por Mariano Moreno:

> *Habiendo llegado la noticia de que el gobernador del Paraguay marcha con fuerza contra los pueblos de Misiones, que reconocen a esta capital* [Buenos Aires]*, lo atacará, dispersando toda la gente reunida bajo sus órdenes, pasando al Paraguay y poniendo a toda la provincia en completo arreglo, removiendo todo el Cabildo y funcionarios públicos, y colocando hombres de entera confianza en los empleos (…).*
> *Interpelará en nombre del rey al gobernador, al Cabildo y al obispo para que salgan del mal paso en que se hallan empeñados.*
> *Si se aviniesen a partido, les ofrecerá toda la garantía a nombre de la Junta, a condición de que se presenten a esta Capital.*
> *Sacará del Paraguay todos los vecinos sospechosos y, si hubiese resistencia de armas, morirán el obispo, gobernador y su sobrino con los principales causantes de la resistencia.*

La instrucción de marchar se dio en medio de la efervescencia que había provocado el fusilamiento de Liniers: era el comienzo del enfrentamiento entre saavedristas y morenistas. Una fisura, la primera, en el seno del poder.

MARCHA Y COMPLICACIONES

El 22 de septiembre de 1810 se le otorgó a Manuel Belgrano el grado de general y se le confió la misión de que “proteja los pueblos, persiga los invasores y ponga el territorio en la obediencia y tranquilidad que la seducción y violencias de Montevideo y otros opresores han perturbado”.

A su vez, en las instrucciones mencionadas previamente, además de indicarle dónde reclutar hombres para engrosar el ejército y qué otras medidas administrativas debía llevar adelante, se le instó a que enviara confinado a Santa Fe a cualquier hombre que cumpliera los siguientes requisitos: ser europeo, no estar casado y con hijos, y no tener una propiedad.

En cuanto a los jefes de los grupos contrarrevolucionarios, Belgrano tenía orden de arcabucearlos.

Fue la primera responsabilidad militar delicada que recayó en sus hombros. La campaña al Paraguay se convirtió en el gran desafío. Sin duda, los preparativos demandaron muchas tensiones y pocas horas de sueño para este hombre que cargaba con el peso extra de una salud endeble.

El general partió de inmediato y, de acuerdo con sus anotaciones, llegó al pueblo de San Nicolás el 27 de septiembre a las cinco y cuarto de la tarde. A la mañana siguiente tomó contacto con la tropa. La primera impresión no fue buena. Advirtió que al disparar con los fusiles, los reclutas cerraban los ojos y daban vuelta la cara, sin mirar hacia dónde apuntaban. A su vez, el estado de las armas era muy malo: luego de tres o cuatro tiros quedaban inutilizadas.

Le escribió a la Junta para reclamar la incorporación de veteranos y armamento en mejores condiciones. Sin esperar respuesta, prosiguió su camino y llegó a la ciudad de Santa Fe. Desde allí se comunicó en forma privada con Mariano Moreno. Le comentó que aceptaba su sugerencia respecto de ser cauteloso y no dar la información completa a la Junta. El comentario confirma que había cierta complicidad entre ellos.

Otro asunto que preocupaba a Moreno era el de los desertores. Belgrano le dijo que iba a actuar con firmeza frente a las deserciones y, por otra parte, le aseguró que, aun recibiendo un ejército de gauchos, él iba a devolver a la Patria un ejército de soldados.

RUMBO AL PARAGUAY

El gran patriota nombró a Diego Balcarce al mando de las milicias inexpertas y supervisó el cruce del Paraná, operación que realizaron en embarcaciones el 9 de octubre y demandó siete horas. Allí, en lo que hoy es la ciudad de Paraná, recibió refuerzos: el Regimiento 3, los Granaderos de Fernando VII, bajo el mando de Ignacio Warnes, y los Patricios, dirigidos por Gregorio Perdriel.

El 19 de octubre se enteró de que en Chile se había formado una Junta como en Buenos Aires. De inmediato, mandó a hacer salvas con uno de los cañones y arengó a la tropa con un corto discurso que finalizó con una exlamación que resonó, a pesar de su voz aflutada: “¡Viva la Patria! ¡Viva el

Rey y la Excelentísima Junta!”.

Recordemos que el nombre oficial del gobierno establecido el 25 de Mayo fue: Junta Provisional Gubernativa de la Soberanía del Señor Don Fernando VII. Por lo tanto, no deben llamar la atención las constantes alusiones al monarca español.

Por la noche hubo celebraciones con guitarras y brindis. En una carta a Moreno le explicaba: “Sáquenme ustedes a Warnes, a [Manuel] Correa, a [Manuel] Artigas y algún otro, todo lo demás no vale un demonio. Así estoy rabiando siempre y no sé cómo los músculos de mi cara pueden tomar contracciones de risa para no manifestar mi estado”.

Y terminó su carta: “Basta, basta mi amado Moreno, desde las cuatro de la mañana estoy trabajando y ya no puedo conmigo”. La despedida es elocuente en cuanto al afecto, pero esconde otro aspecto de la personalidad. Tanto Moreno como Belgrano eran entusiastas del trabajo. En tiempos en que la luz natural marcaba el ritmo de la jornada laboral, estos dos hombres se mantenían activos desde muy temprano hasta tarde con el papeleo incesante que corría por sus escritorios.

La próxima etapa de la campaña comandada por Belgrano fue Corrientes, adonde arribó a comienzos de noviembre. Los problemas de salud fueron una constante en su vida. Pero había una notable diferencia entre enfermarse en Buenos Aires y padecer dolores y molestias en medio de una campaña militar, mal alimentado, mal dormido y en permanente tensión frente a los problemas que ofrecían la naturaleza, el enemigo y hasta la propia tropa con sus indisciplinas y falta de experiencia. Él mismo estaba aprendiendo a manejar un regimiento sobre la marcha.

En una nueva carta le contaba a Moreno que los dolores y las penurias por su enfermedad le preocupaban menos que la ineptitud de los oficiales. En medio de todo este trajín complicado, se decidió a fundar un pueblo. En ese asentamiento donde había acampado reunió a los pocos pobladores y les comunicó la decisión. El 14 de noviembre fundó Curuzú Cuatiá.

Para concretarlo, siguió la costumbre española: declarar su fundación, organizar su mensura, darle una plaza, una iglesia y repartir tierras entre los primeros pobladores. Creó también el cementerio para “enterrar todas las personas que fallecieran, fuera de la clase que fuesen, pues en esto no habrá distinción ninguna”. Y les aclaró que cuando alcanzaran una población de cuatrocientos vecinos, pasarían a llamarse villa, y luego, al superar los mil, se

convertirían en ciudad.

Luchando contra su enfermedad, contra la falta de experiencia de sus hombres y la propia, buscando hacer caminos donde la exhuberante vegetación formaba barreras, soportando las altas temperaturas de octubre y noviembre, intentando mantener la disciplina en un grupo complicado. Y también, fundando poblados. Allí iba el general Belgrano dispuesto a acallar las voces contrarrevolucionarias en la antigua ciudad de Asunción.

LA DIPLOMACIA, OTRA DE SUS FACETAS

Camino a la tierra guaraní, Belgrano incorporó una costumbre que luego iba a repetir en cada oportunidad que se le diera. Nos referimos al hábito de escribirle al jefe enemigo, tratando de persuadirlo de no llegar a la instancia final, es decir, el enfrentamiento militar. Si bien muchos tenían esa actitud de prevención, Belgrano fue uno de sus grandes cultores.

Le escribió a Bernardo de Velazco el 6 de diciembre desde el impreciso lugar denominado "Costa Sur del Paraná" (porque tampoco era cuestión de andar mostrando todas las cartas). En esa primera comunicación le dijo, entre otras cosas, lo siguiente:

> *Señor gobernador don Bernardo de Velazco:*
> *Jamás creyó la Excelentísima Junta Provisional Gubernativa, que a nombre de Su Majestad el Señor Don Fernando VII gobierna estas provincias, que los fieles y leales servidores del rey pudieran aspirar a introducir la división entre estos habitantes y, despertando la guerra civil, abriesen la puerta a la ambición extranjera, dando lugar a la pérdida de esta parte de la monarquía española.*

Según se advierte, Belgrano le hablaba en representación de un gobierno qUe se presentaba como subordinado al reino de España.

> *Traigo la persuasión y la fuerza conmigo, y no puedo dudar que Vuestra Señoría admita la primera, excusando la efusión de sangre entre hermanos, hijos de un mismo suelo y vasallos de un mismo rey.*

Pretendía dejar en claro que actuaría por las buenas o por las malas. Proponía el diálogo por sobre la fuerza. Pero creía necesario aclarar que no lo buscaba por debilidad:

No se persuada Vuestra Señoría que esto sea temor: mis tropas y mis fuerzas son superiores a las de Vuestra Señoría, y también el entusiasmo de aquellas.
Sí, porque defienden la causa de la Patria y del rey, bajo los principios de la sana razón, y no como las de Vuestra Señoría, que al fin conocerán que solo defienden su persona.
Y crea que llegado este conocimiento, o será víctima de ellas mismas, o lo será de las mías, que ven en Vuestra Señoría únicamente el autor de los trabajos y penalidades que ha sufrido hasta llegar a este destino.

La exhortación a Velazco —militar que había peleado en España contra Napoléon y en Buenos Aires contra los ingleses— iba acompañada de una invitación a reunirse y conversar. Belgrano estaba convencido de que un encuentro cara a cara sería la mejor estrategia.

Pero yo me dilataría demasiado si me entretuviera a poner a la vista de Vuestra Señoría todos los objetos de persuasión que se presentan para que se aparte de la conducta errada que ha observado. Con más facilidad podremos ponernos de acuerdo si quisiese adherir a tener una entrevista conmigo: daré a Vuestra Señoría todas las garantías que gustare, si se determinase a ella.

Una nueva advertencia: “Perseguiré a Vuestra Señoría por todas partes”:

Aparte Vuestra Señoría de sí todos los malos consejos, oiga la sana razón y procure evitar que se haga la más mínima hostilidad a mis tropas. Pues que éstas tampoco la ejecutarán hasta aquel caso o que Vuestra Señoría retinente permanezca en tener oprimido esos pueblos y separados de la gran capital. En ambos perseguiré a Vuestra Señoría por todas partes y a los que le siguieren. No a los nobles paraguayos, que me consta cuánto sienten verse en la opresión que Vuestra Señoría los tiene.

Fechó su carta el 6 de diciembre de 1810. Ese mismo día le escribió al comandante de las fuerzas paraguayas en campaña, Pablo Thompson (aclaremos que no estaba emparentado con Martín Thompson, el marido de Mariquita Sánchez). La nota fue en los mismos términos que al gobernador Velazco. De todas maneras, vamos a mostrar uno de sus interesantes párrafos donde le advierte: “Traigo la paz y traigo la guerra”.

> *Al gobernador don Bernardo de Velazco le escribo la adjunta, y mientras no tuviere la contestación, crea usted no hostilizaré a ningún individuo, si acaso no hubiere mérito para ello.*
> *Traigo la paz, la unión, la amistad en mis manos para los que me reciban como deben; pues, del mismo modo, traigo la guerra y la desolación para los que no quisieren aquellos trenes* [situaciones] *y que, olvidados de Dios, de la Patria, del rey y de sí mismos, prefieren por su interés particular el sacrificio de sus hermanos, de sus parientes, de sus amigos y paisanos.*

Más allá de su manifiesta tendencia al diálogo, un espacio en el que se sentía más preparado que en el terreno militar, Belgrano demostraba su talento en los complejos escenarios de la diplomacia. Por entonces, el gran patriota, abogado, economista notable, militar destacado y prometedor diplomático tenía cuarenta años y comenzaba a transitar la quinta y última década de su vida.

CAMPICHUELO

Separadas por apenas ochocientos metros de un torrentoso Paraná, se encontraban el pueblo de La Candelaria (en el margen de la actual provincia de Misiones) y una fortificación con quinientos hombres en Campichuelo, del lado paraguayo, en la región denominada Encarnación. El 19 de diciembre de 1810 una avanzada del ejército de Buenos Aires cruzó el río y atacó a los paraguayos. La sorpresa dio sus frutos: los hombres de Velazco huyeron. Un batallón guaraní sostenido por la artillería avanzó hacia Campichuelo para frenar a los patriotas, pero fue derrotado.

El jefe de la columna vencedora se llamaba Manuel Artigas, primo de José Gervasio. El derrotado, Pablo Thompson. La buena noticia trascendió el

Paraná y llegó a oídos de Belgrano, quien celebró con sus hombres el acontecimiento. Lejos estaba de saber que en Buenos Aires, un día antes de esta victoria, había cambiado el rumbo político. La Primera Junta ya no era tal. Se habían incorporado los diputados que fueron llegando del resto de las ciudades del territorio y ese 18 de diciembre comenzó a gobernar la Junta Grande.

La confianza por la victoria en tierra guaraní contagió a todos: era posible llegar a Asunción. Hacían falta más caballos y, sobre todo, ir sumando a las filas de Buenos Aires hombres provenientes de los poblados por los que se iba avanzando.

La marcha rumbo a la principal ciudad de Paraguay era un hecho. Pero cabía preguntarse si ese éxito inicial y el avance sin resistencia no eran parte de una estrategia del gobernador Velazco. El tiempo iba a demostrar que había decidido que los patriotas se internaran en su territorio para estirar su radio de acción y complicarles las comunicaciones.

Belgrano continuó marchando con sus hombres hasta Paraguarí, a setenta kilómetros de Asunción, y recién allí pudo advertir que el número de enemigos era superior a lo que se pensaba. Se planteó si sería mejor enfrentarlos o desistir.

Entendió que una decisión pasiva iba a generar un malestar entre sus hombres: luego de tantos sacrificios, la idea de retroceder sería entendida como una derrota. Optó por atacar. No fue una buena idea. A pesar de la diferencia numérica, los hombres de Belgrano se sostuvieron hasta que la confusión de un grupo que percibió que había quedado aislado obligó a dar marcha atrás.

Los patriotas tuvieron que abandonar su posición inicial y retirarse derrotados, perdiendo definitivamente la ventaja que habían logrado en las semanas previas. Mientras que en Buenos Aires, ese mismo día, la Junta Grande resolvía darle un ascenso al entonces general, elevando su jerarquía militar al máximo rango, el de brigadier.

Esa semana recibió una intimación para que se rindiera. Ya había quedado claro que aquella acción, lejos de ser una victoria, se había convertido en la primera derrota del ejército que mandaba el general ascendido a brigadier Manuel Belgrano.

LA BATALLA FINAL

Consciente de que el contraste en Paraguarí lo colocaba en una situación muy desventajosa, el general Belgrano resolvió volver sobre sus pasos. A pesar de encontrarse a solo setenta kilómetros de la ciudad de Asunción, no quedaba más remedio que retroceder, aceptando que lo mejor que podía hacer era aguardar, siempre en territorio guaraní, los refuerzos y las órdenes que recibiría desde Buenos Aires.

Esto significaba que no iba a volver a La Candelaria, al territorio amigo. Optó por quedarse del otro lado del Paraná. Pero, con la preocupación que significaba el poder naval, no solo de los paraguayos sino también de los realistas de Montevideo que realizaban excursiones remontando dicho río, despachó parte de sus fuerzas a La Candelaria, al comando de Perdriel. Porque de esa manera, en caso de tener que huir, allí estaría despejado el ingreso al territorio de las Provincias Unidas.

Los estudios posteriores sobre esta táctica han determinado que Belgrano no actuó de la manera correcta al separar a su tropa. Pero se pondera el hecho de que encontrara un buen refugio donde iba a poder sostenerse con pocos hombres. Ese punto estratégico se hallaba a orillas del río Tacuarí. Este afluente perpendicular del Paraná le permitía cubrirse de la persecución y del ataque de los enemigos.

Amparado por el propio Tacuarí, cuyo torrentoso curso en esa zona describía un arco, y por un bosque espeso —a su derecha— que parecía formar una muralla, especuló que los atacantes, por más numerosos que fueran, atravesarían con dificultad el río, no solo por la corriente, sino también por el ataque de la artillería patriota.

La posición era claramente defensiva, pero muy bien pensada. Durante un mes, los hombres del extenuado ejército de Buenos Aires se mantuvieron fortificados a la vera del Tacuarí.

Imaginamos a Belgrano observando de frente el angosto río tratando de ver si en la orilla opuesta se advertía algún movimiento; y hacia sus espaldas, con la esperanza de divisar a un mensajero o tropa que lo auxiliara.

Hubo otro detalle que el gran patriota tendría que haber considerado. Siempre es necesario espiar el movimiento enemigo; tratar de adelantarse, a través de los observadores, a la próxima jugada del adversario. Pero Belgrano, en esa posición que él consideraba tan segura, no arriesgó a

ninguno de sus hombres porque entendía que enviarlos del otro lado del Tacuarí era entregarlos a las armas de los defensores del Paraguay.

El jefe porteño confiaba en su ubicación inquebrantable y en la capacidad de sus oficiales. Porque allí estaban José Ildefonso Machain, Celestino Vidal y José Martínez acompañándolo en la idea de sostenerse hasta recibir auxilio. Del otro lado, el general Manuel Atanasio Cabañas se propuso actuar antes de que llegaran los refuerzos de Buenos Aires. Pero necesitaba encontrar la forma de avanzar sobre el territorio ocupado por los patriotas superando el gran obstáculo: el cruce del Tacuarí.

La estrategia de Cabañas demuestra que no era un improvisado y esto enaltece aún más a las fuerzas patriotas porque no estaban enfrentando a espontáneos entusiastas. ¿Cuál fue su plan? Entrar por el camino difícil: salvando las distancias y por qué no las enormes alturas, hacer lo mismo que haría años más tarde San Martín en los Andes, ya que el camino difícil siempre es un camino inesperado.

Cabañas hizo construir un puente en una zona muy alejada e infranqueable del Tacuarí, por detrás de aquellos bosques que parecían una muralla. El grueso de su ejército atravesó el río por allí y se abrió camino por el bosque cuya espesura los protegía de ser vistos por los patriotas. Asimismo, Cabañas embarcó tropas en el Paraná para que llegaran por el Tacuarí, pero desde un sector alejado de aquel donde se esperaba que atacaran.

En definitiva, los dos sostenes de la defensa, el río y el bosque, eran los lugares elegidos por el comandante paraguayo para entrar en el bastión patriota.

Por último, colocó como señuelo un nutrido grupo de hombres y cañones en el frente del río. Esta tropa era la encargada de iniciar el ataque para que se creyera lo que todos preveían: que el traspaso del Tacuarí por su frente iba a ser el sitio elegido para llegar a la zona de los cañones patriotas.

Luego de soportar un insufrible enero de lluvias y altas temperaturas, y con un febrero que parecía querer imitarlo, Belgrano trataba de infundir ánimo en la tropa insistiendo en que la posición en la que se encontraban no iba a ser atacada sin un alto costo para el bando contrario. Hasta que, con los primeros rayos de sol del 9 de marzo de 1811, se sintió el inconfundible estrépito de los cañones enemigos en la otra orilla.

Ya había pasado casi un mes de quietud, de silencio, de tensa espera. Y si bien se aguardaba algún tipo de acción enemiga, esa mañana los bombazos

sacudieron a Belgrano y su gente. Sin perder tiempo, tomaron posiciones frente a los cañones para responder la ofensiva. A la distancia se veía a los paraguayos, listos para avanzar y cruzar, con todos los riesgos, el angosto río. Llevaban cerca de una hora de ataques y amagues cuando los patriotas observaron del lado derecho, bien al borde del bosque pero sobre el río, a un grupo de enemigos que se asomaba. Parecía ser una fuerza fácil de controlar. Belgrano despachó a uno de sus mejores hombres, Machain, con un centenar de soldados, para que se ocuparan de frenar ese corto avance.

Del otro lado, Cabañas estaba logrando su primer objetivo: dividir a las fuerzas patriotas en dos frentes. Pero todavía le quedaban un par de buenas jugadas.

LA SORPRESA DE TACUARÍ

Hasta ese momento, del lado patriota la situación parecía estar bajo control, tanto al frente como en la boscosa ala derecha. Pero una nueva alarma sonó, esta vez en el flanco izquierdo. Barcazas que venían remontando el Tacuarí desde el río Paraná avanzaban con fuerzas enemigas. Belgrano fue terminante: cañones y fusiles tenían que frenarlos. Hacia allí marchó el coronel Vidal.

El sector que ocupaba Machain a la derecha se veía bien defendido. El centro, bajo la supervisión del propio general Belgrano, ofrecía una resistencia valerosa. Si los hombres de Cabañas pensaban que ese era el camino, estaban equivocados. Pero a la izquierda, la zona del río era una complicación. Parecía ser el punto débil por el cual podría concretarse la invasión. Dispuestos a sostenerse con fiereza, Vidal y sus hombres defendieron con uñas y dientes la posición. Era una resistencia notable, aunque estaba agotando a los hombres. Para colmo, los proyectiles comenzaron a escasear. Entonces, Belgrano dio la orden de disparar con certeza, de que cada bala tuviera un destino efectivo. Del otro lado, en cambio, parecía que si había algo que les sobraba a los paraguayos eran municiones.

Las cartas estaban echadas y la actuación de los patriotas era una magnífica demostración de valor y de coraje que contagiaba a cada uno de los hombres. Ese escenario digno de un cuadro se interrumpió cuando Cabañas mostró la

última carta, la que todavía mantenía oculta, la más importante, la gran sorpresa.

Del bosque, de ese paredón que protegía a las tropas de Buenos Aires, surgió el grueso de las fuerzas paraguayas, rompiendo el equilibrio que hasta ese momento se estaba consiguiendo. Machain, que sin saberlo había corrido a atacar un anzuelo, se encontró con un mundo de enemigos que lo arrasó. La situación era crítica. Tres oficiales con algunos hombres consiguieron escapar de ese infierno y corrieron a comunicar a Belgrano la pésima noticia. Uno de los jefes se arrimó hasta la posición del general, quien en esos instantes era informado de la buena situación de Vidal. No hubo tiempo de alegrarse. El anuncio del oficial rompió el encantamiento: la infantería enemiga había puesto en aprietos a las fuerzas de Machain mientras que la caballería de Cabañas los había encerrado. Quedaban todos prisioneros. Solo ellos, los que informaban a Belgrano, habían podido huir de la emboscada.

El general patriota escuchó con serenidad y guardó silencio. Parecía estar meditando de qué manera respondería a esa grave situación. No había contemplado la posibilidad de que Cabañas atravesara una pared, la del bosque.

Luego de un corto silencio, y cuando todos esperaban que aceptara la derrota, Manuel Belgrano, abogado y economista, pero también militar a fuerza de las circunstancias, comenzó a dar directivas para seguir peleando. Aun en desventaja.

REACCIÓN INESPERADA

Sin darles respiro a los patriotas, llegó un parlamentario enviado por Cabañas para intimar la rendición inmediata. El oficial enemigo le dijo a Belgrano que en caso de que no aceptara rendirse, ordenaría a los paraguayos que acuchillaran a todos los que se cruzaran en su camino, sin misericordia por nadie, y que continuaría con la matanza hasta el último hombre. “Dígale a su general —reaccionó el gran patriota— que las armas de Su Majestad el Señor Fernando VII no se rendirán en nuestras manos y que avance cuando guste”.

Delante de sus milicias, Manuel Belgrano le había dicho a un oficial —que llegaba respaldado por tres mil combatientes— que él y sus cuatrocientos no

se rendían. En ese momento, varios oficiales patriotas (y esto se sabe porque hicieron manifestaciones tiempo después) pensaron que Belgrano iba a adoptar una posición muy defensiva y heroica, dispuesto a sostenerse hasta el último de sus soldados. Pero se equivocaban. El jefe decidió que la única manera de tomarlos sería atacando, ofendiendo, avanzando.

Dejó a un grupo de cuarenta en la orilla del Tacuarí para que continuaran defendiendo el ataque frontal y se corrió con todos sus hombres al flanco derecho. Sí, fue a embestir el bosque amurallado donde los adversarios celebraban con alaridos la victoria arrolladora. Si de alguna manera Cabañas sorprendió a los patriotas con su lucidez al momento de atacar, esta vez era Belgrano el que inesperadamente arremetía dispuesto a toparse en forma heroica contra una fuerza que lo excedía casi diez veces.

La reacción paraguaya fue débil. Con algo de vergüenza, muchos de esos hombres que festejaban de antemano corrieron a protegerse en las zonas más alejadas del bosque. Belgrano vaciló entre perseguirlos o dejarlos. La rapidez con que abandonaron la posición y se alejaron evitando el enfrentamiento le hizo pensar que tal vez formara parte de una táctica. Probablemente, querían que él y sus guerreros se internaran en el bosque para encerrarlos y derrotarlos de una manera sangrienta.

Como dijo el coronel Leopoldo Ornstein, uno de los grandes historiadores de las estrategias militares, Belgrano logró en ese momento la única victoria que le era posible. Y frente a esta situación en la que había demostrado que la valentía de sus hombres tenía muy alto precio, fue aun más allá.

Montado en esa pequeña pero fundamental victoria, envió un parlamentario al general paraguayo. José Alberto Cálcena y Echevarría, intendente del ejército de Buenos Aires, habló en nombre de Belgrano. Le dijo a Cabañas que el general no había venido a conquistar al Paraguay, sino a auxiliarlo; que le era dolorosa la efusión de sangre entre hermanos, parientes y paisanos. Además, le rogaba que cesaran las hostilidades y se comprometía a repasar el Paraná con su ejército.

Esta acción encomiable de Belgrano logró el efecto que él esperaba. Sacó de ese infierno a los hombres cuyas vidas parecían estar sentenciadas.

Asumiendo que la derrota era la única salida en la gravísima situación en la que se encontraba, el envío del parlamentario debía leerse de la siguiente manera: “Usted dirá, general Cabañas, si seguimos matándonos o acepta que yo me retire. De ninguna manera nosotros vamos a rendirnos. Jamás vamos a

ser sus prisioneros”. Por estos motivos suele decirse que Tacuarí, la batalla final, fue una derrota en el campo, pero una victoria en el escritorio. Creemos que no fue así, porque él tomó la decisión en el momento más crítico de toda la campaña, en medio de una batalla donde se le iba a desintegrar la fuerza, por lo cual es justo decir que se trató de una victoria de escritorio.

INTERCAMBIO EPISTOLAR

Las condiciones planteadas por Belgrano fueron aceptadas. El general y la tropa exhausta marchaban con hidalguía, alejándose cada vez más de Asunción, rumbo a la costa del Paraná y, luego de cruzarlo, a La Candelaria. En el camino se dio un interesante intercambio epistolar entre los dos jefes adversarios.

La primera de esas cartas fue la que portó Echevarría con la respuesta del general paraguayo a la propuesta de Belgrano. Contestó que aceptaba, siempre y cuando se terminaran las hostilidades a partir de ese momento y con el compromiso de que, hasta cruzar el Paraná, los hombres del ejército enviado por Buenos Aires no participarían de ningún otro enfrentamiento.

La correspondencia, que se había iniciado el 9 de marzo, cuando aún resonaban algunos disparos, prosiguió durante doce días. Belgrano, envalentonado por el logro obtenido dentro de ese contexto tan desfavorable, buscó mantener el objetivo y le escribió a Cabañas una extensa nota comentándole cuáles eran los motivos que lo llevaron a su tierra y qué esperaban del pueblo de Asunción. También invitaba a Paraguay a participar del gobierno instalado en Buenos Aires a través de sus propios representantes. Le ofreció visitar la capital y conocer cómo se manejaba la Junta. Pero Cabañas también era astuto. Y, sobre todo, obediente. Le explicó que él, como jefe del ejército, podía aceptar esta salida militar de Tacuarí. Pero no tenía autoridad para resolver las cuestiones políticas que debían ser tratadas con el gobernador Velazco.

Aunque no pudo avanzarse en ese terreno, es notable el hecho de que Belgrano, en momentos en que estaba regresando de una campaña y cargando con la pesada mochila de un fracaso, continuaba intentando procurar una victoria, un triunfo en el campo diplomático.

Hoy sabemos que no logró el objetivo. Pero la semilla que dejó sembrada

en el territorio paraguayo fue suficiente porque a los ojos del enemigo actuó como un caballero, como un soldado de honor. Y si bien Asunción no se sumó al proyecto revolucionario que planteaba Buenos Aires, ni tampoco participó en las campañas libertadoras de América, dejó de ser un preocupante foco de atención, como lo eran Montevideo y el Alto Perú.

Un detalle menor, pero que ejemplifica de qué manera la relación epistolar iba generando un estado más fraternal entre los dos generales, lo demuestra el trato que se prodigaban. En las primeras, escritas en el campo de batalla, y las inmediatamente posteriores, se dirigían uno al otro con el siguiente encabezado: "Señor General Don Manuel Cabañas", "Señor General Don Manuel Belgrano".

Cinco días después, Cabañas lo llamaba "Mi muy estimado dueño y señor mío". Belgrano le respondía: "Mi estimado paisano y señor". Y más adelante Belgrano lo saludó con el título "Mi amado amigo". Un tratamiento impensado pocos días antes, en aquella infernal mañana del 9 de marzo de 1811.

SEVERO EN LA CANDELARIA

Belgrano no toleraba la falta de disciplina. A lo largo de su carrera militar fueron muchos los que comprobaron su firmeza. Fue severo con los que cometían faltas y, una vez que establecía un castigo, era muy difícil que torcieran su decisión.

De regreso de la Campaña al Paraguay, acampó en La Candelaria, al borde del Paraná. El 20 de febrero a las diez de la noche, un centinela dio la voz de alarma ante un posible ataque. Sin un segundo que perder, se formaron los batallones y se alistó la artillería. Pero los ruidos que habían alertado al guardia eran los de una tropilla, un grupo de caballos cimarrones, que se aproximaba al galope.

Esa noche, aprovechando que los hombres estaban formados, se pasó lista, medida habitual para controlar las deserciones. El apellido Venecia fue gritado un par de veces, pero nadie respondió. ¿Dónde estaba Pascual Venecia, soldado del Regimiento Nº 2? Entretenido en algún asunto amoroso, no muy lejos del campamento, pero lo suficiente para no enterarse del alboroto.

Cuando regresó al regimiento, fue arrestado por desertor.

Belgrano dispuso que se le formara la carrera de baquetas. Se trataba del castigo por el cual el desertor era empujado en el pasillo formado por dos filas de sus compañeros, quienes le pegaban con las baquetas, el hierro con el cual empujaban la pólvora dentro del fusil. Venecia quedó muy baqueteado. Pero eso no fue todo. El comandante determinó que debía cumplir la condena en el presidio de Carmen de Patagones.

Pascual Venecia envió una carta a la Junta Grande, suplicando que revisaran la medida. Pero fue en vano. Marchó a Patagones detenido. La orden impuesta por el severo jefe no se modificó.

Este era un tema con el que Belgrano lidiaba todo el tiempo. Allí mismo, en La Candelaria, le había sugerido a la Junta de Buenos Aires (en diciembre, antes de cruzar al territorio paraguayo) castigos más severos para los que se evadían. “Todo lo atribuyo —planteó— a la falta de sentimientos que hay en nuestras gentes del campo, criadas por lo común poco menos que como animales”. Ya lo había dicho: él iba a devolverle a la Patria un ejército de soldados.

6
LA CONVULSIÓN INTERNA

DEL 6 DE ABRIL

Mientras Belgrano llevaba adelante ese curso acelerado de conocimientos militares que fue la Campaña al Paraguay, en Buenos Aires se vivieron seis meses intensos. En ese período murieron dos de los integrantes de la Junta. En diciembre de 1810, el sacerdote Manuel Alberti, producto de un infarto. A comienzos de marzo de 1811, pocos días antes del enfrentamiento en Tacuarí, el cuerpo del vencido líder intelectual Mariano Moreno era arrojado al mar desde el barco que lo llevaba a Londres (más bien, que lo alejaba de Buenos Aires) a cumplir una misión diplomática. Además, había cambiado el gobierno en diciembre cuando asumió la Junta Grande. Pero aún faltaba más.

A fines de marzo preocupó al Gobierno el surgimiento de un grupo morenista denominado Sociedad Patriótica. La reacción no se hizo esperar: la noche del 5 de abril de 1811, la Plaza Mayor se vio repleta de paisanos llegados desde las afueras de Buenos Aires para reclamar nuevos cambios en el gobierno. Pasó a la historia como la Asonada del 5 y 6 de abril y fue la primera gran manifestación posterior a la Semana de Mayo. En realidad, lo que estaba ocurriendo era una fuerte convulsión en el seno del poder.

Si en los pasos previos las diferencias comenzaban a emerger, la asonada terminó de definir con nitidez a los dos partidos enfrentados: los saavedristas y los morenistas. El reclamo derivó en el fortalecimiento de los primeros, entre ellos el deán Gregorio Funes, y debilitó a los otros. En el grupo perjudicado figuraban Vieytes, Castelli y Belgrano, entre otros.

Se pidió la renuncia de los integrantes de la Junta que respondían al finado Moreno (aunque la luctuosa noticia aún no se conocía en Buenos Aires) y otras medidas. Entre ellas, convocar a Belgrano para que diera cuenta de su acción en la Campaña al Paraguay. Sí, el gobierno quería llevar a juicio a

quien consideraban responsable del fracaso de esa misión. Así respondían al hombre que se había sacrificado llevando adelante una expedición con bajo presupuesto y con una fuerza que no estaba preparada para tamaña responsabilidad.

Belgrano fue notificado cuando se encontraba en la Banda Oriental buscando encontrar un equilibrio entre los hombres de Artigas y las fuerzas enviadas por Buenos Aires. Su gestión era vital e iba bien encaminada. Por eso, cuando recibió la comunicación, dudó. No terminaba de convencerse de que había que acatarla. Pero, por sobre todas las cosas, prevaleció su sentido de obediencia a la autoridad. Tiempo después supo que el principal instigador del juicio había sido Juan Ramón Balcarce, valiente soldado con méritos, compañero de Martín Rodríguez y entusiasta saavedrista.

Marchó a Buenos Aires para responder a los cargos que se le hacían. Fue destituido como general y también perdió el rango de brigadier que se le había otorgado el 19 de enero, el mismo día que era derrotado en Paraguarí.

En Buenos Aires, el coronel Marcos González Balcarce (hermano de Diego, subordinado a Belgrano en la campaña, y de Juan Ramón, el impulsor del juicio sumario) actuó como juez y fue secundado por el capitán Juan Francisco Tello. La causa que se le siguió no descuidó ningún detalle. A través de la *Gaceta de Buenos Aires* se convocó a testigos que tuvieran algo que decir respecto del accionar de Belgrano. Se llamó a todos los jefes que participaron en la campaña. En total, cincuenta y cuatro oficiales concurrieron a dar su testimonio en el juicio que se le llevaba adelante al comandante. A Gregorio Perdriel se lo interrogó más de veinte veces y no fue el único que pasó por esa situación.

Pero la causa no prosperó. El militar cuestionado recibió el apoyo de todos sus subalternos. Al contrario: más que encontrarle defectos a su accionar, todos exaltaron la figura del líder.

Mientras tanto, la derrota militar de Castelli, alineado a las filas morenistas, terminó perjudicando a los savedristas. Porque provocó, entre una serie de hechos concatenados, la caída de la Junta Grande y la creación del Triunvirato. Esta situación favoreció a Belgrano desde el punto de vista político.

Luego de un par de meses tomando declaraciones y buscando algún elemento que permitiera dudar de las buenas intenciones del general, Balcarce resolvió dar por concluido el sumario e informar que “el general don

Manuel Belgrano se ha conducido en el mando de aquel ejército con un valor, celo y constancia dignos del reconocimiento de la Patria. En consecuencia, queda repuesto en los grados y honores que obtenía y que se suspendieron en conformidad de lo acordado en las peticiones del 6 de abril". Repuesto en grados y honores podría interpretarse como la devolución de su jerarquía de general y aun más, de brigadier. Sin embargo, solamente volvió a ser coronel.

El decreto se publicó en la *Gaceta*. Así fue como Belgrano obtuvo, como único premio a sus sacrificios en la Campaña al Paraguay, la absolución de la causa que se le siguió.

AL 6 DE DICIEMBRE

Como todas las noches, las calles de Buenos Aires se cubrían de un manto de sombra y silencios. El viernes 6 de diciembre de 1811 no fue la excepción. Alguna pareja regresaría a su hogar luego de una velada en casa de amigos. Tal vez, unos jóvenes podían alzar la voz con tono festivo al salir del Café de Marco, a una cuadra del Cabildo. Pero la mala iluminación y las calles barrosas no invitaban a aventurarse por la noche de Buenos Aires y siempre se estaba más fresco y protegido dentro de las anchas paredes de las casas.

Ese viernes a las diez y media de la noche el coronel Manuel Belgrano acudió al cuartel de los Patricios, su regimiento.

El 18 de noviembre había recibido el nombramiento como jefe máximo del valeroso cuerpo. La distinción podría entenderse como una disculpa por el juicio sumario que debió enfrentar, aquel que había sido impulsado por los saavedristas.

El coronel Belgrano consultó en la guardia del cuartel del regimiento si había novedades. Se le respondió: "Ninguna, mi coronel". Hizo una recorrida por los pabellones. Se retiró con una advertencia a la guardia: que si se movían, "los acabasen a balazos".

Es evidente que Belgrano estaba al tanto de que algo podía ocurrir. Si no, esta frase no tendría sentido. Caminó los doscientos metros que lo separaban de su casa y, ya dispuesto a descansar, fue interrumpido por el alférez Francisco Borja Anglada. Eran las once y media. El joven le anunció que había una gran convulsión en el cuartel, un edificio que él conocía muy bien porque fue la sede del colegio San Carlos donde había cursado sus estudios

secundarios.

Concurrió al cuartel de inmediato y se topó con una situación grave. La entrada estaba poblada de soldados que gritaban con rabia. Belgrano quiso ingresar por entre los hombres apostados en la puerta. Pero fue frenado. Recibió insultos y un inconfundible grito de: “¡Muera!”. Su reacción instintiva fue gritarles que ahí estaba, que le tirasen. Según su testimonio, tres veces los encaró. Al no acallarlos, optó por irse.

Se retiró a la vuelta de la manzana, a la entrada del cuartel de los Pardos y Morenos, sobre la actual calle Alsina entre Bolívar y Perú. Hasta allí llegaron varios de los oficiales de los Patricios y uno de los miembros del Triunvirato, don Feliciano Antonio de Chiclana. Deliberaron acerca de cómo resolver la situación.

Borja Anglada fue comisionado para mediar con los sublevados y pedirles que se reunieran con las autoridades para expresar sus quejas. El alférez regresó con una respuesta. Los rebeldes querían que Belgrano y su segundo Perdriel dejaran de ser sus jefes. Asimismo, proponían a los capitanes Juan Antonio Pereira y Domingo Basavilbaso para que los reemplazaran.

El simpático nombre que se le dio a este episodio, “Motín de las trenzas”, no explica la magnitud de los hechos. ¿No era acaso que estos hombres se habían amotinado porque querían cortarles las trenzas que lucían orgullosos? Aquella noche, más temprano, antes de que se agitaran las aguas, un sargento había hecho manifestaciones en los pabellones de que se les iban a cortar las trenzas si persistía la indisciplina. Pero ese punto no fue tratado en las negociaciones. Si consideramos que el Batallón Nro. 1 de Patricios, es decir, los sublevados, querían imponer jefes aliados a Saavedra, se comprenderá que había otras razones.

Debemos su esclarecimiento a la paciente investigación que llevó adelante el gran historiador Ernesto J. Fitte hace unos sesenta años. El motín era la reacción de los saavedristas frente al resurgimiento de los adversarios. El plan consistía en dominar a los Patricios y, con el apoyo de los armados, recuperar el poder.

Esa noche, Belgrano se quedó en el cuartel de Pardos y Morenos. A la mañana siguiente, el gobierno envió a su edecán Xavier Francisco de Igarzábal a intimar la rendición de la tropa insubordinada, sin que pudiera lograrlo. Recordemos que este militar era cercano a Saavedra, pero en este caso no se dejó llevar por su posición política, sino que respondió al

gobierno.

Una segunda comisión integrada por dos obispos, el de Córdoba y el de Buenos Aires, concurrió al cuartel. Los soldados del primer batallón volvieron a rechazar la intimación y ya no hubo más que hablar. Uno de los cañones que estaba en la esquina, en manos de los insurgentes, comenzó a disparar a un grupo de soldados que avanzaban hacia el lugar. Fue el comienzo del revuelo infernal. Según los testigos, duró catorce minutos. Agregamos que en realidad fueron catorce sangrientos minutos con unas sesenta bajas, sumando los muertos y heridos de ambos bandos. Los conjurados perdieron los cañones que tenían en la calle y que fueron apuntados hacia sus compañeros acuartelados. Optaron por entregar las armas.

El sumario contra los hombres que tomaron el cuartel se inició ese mismo sábado. Se tomó declaración a gran cantidad de participantes y se resolvió que dos sargentos, dos cabos y seis soldados fueran ejecutados en la Plaza Mayor como escarmiento por su conducta. Como se ve, no hubo oficiales implicados en la toma del cuartel. Un vasto número de amotinados fue enviado a la prisión de la isla Martín García. Los verdaderos ideólogos del motín, que no eran militares, lograron evadir sus responsabilidades y los castigos.

El Triunvirato resolvió disolver el cuerpo de Patricios y sus hombres fueron distribuidos en distintos regimientos. El propio Belgrano propuso deshacerlo, aun sabiendo que perdía el mando sobre el principal grupo militar de aquellos tiempos. Con el cuerpo, también se esfumó la simbólica coleta trenzada, ya que tanto los prisioneros como los reasignados dejaron de usarla. Tampoco quedaron rastros de los saavedristas. En cuanto a Belgrano, también fue alejado. Luego de un par semanas, fue enviado en una nueva misión, esta vez a orillas del Paraná.

7
LA DEFENSA DEL PARANÁ

VIAJE A ROSARIO

Ante la diferencia notable entre las fuerzas navales realistas y las muy simples de la Patria, el gobierno encomendó a Hipólito Vieytes, socio de Rodríguez Peña en la célebre jabonería, que recorriera la costa del Paraná y determinara el sitio ideal para recibir con artillería pesada al enemigo.

Vieytes regresó con su veredicto. Lo convencieron dos sitios: el paraje denominado Vuelta de Obligado, al norte de San Pedro, y la costa de la Villa del Rosario. El Triunvirato se decidió por Rosario y ordenó a Belgrano que acudiera al lugar.

El 24 de enero de 1812, el coronel se presentó temprano en el cuartel ubicado en la Manzana de las Luces (el mismo en el cual pocas semanas antes había estallado el motín) para supervisar la partida de las dieciséis carretas que se adelantarían transportando todo lo necesario para la logística. Con paso cansino, los bueyes avanzaron por el sendero de la actual avenida Rivadavia con destino a San José de Flores (en la zona del barrio de Flores). Había decidido tomar el clásico camino de postas de aquel tiempo, con paradas en Flores, Morón, Luján, Areco y Arrecifes, entre otras, antes de alcanzar Rosario.

Hacia Flores partió después el ganado para alimentar a la tropa, además del ascendido subteniente Borja Anglada (con la misión de recoger leña para los fogones) y el capitán Carlos Forest, francés, junto con el cadete Díaz, encargados de delimitar el espacio donde acamparían.

Belgrano dispuso de tiempo para regresar a su casa y, luego de alistarse y despedirse de los hermanos y sobrinos, volvió al cuartel. La convocatoria a los soldados fue a las cuatro de la tarde. Se les entregaron elementos de campaña y, pasados noventa minutos de preparativos, comenzó la marcha a

pie, mientras que los oficiales podían disfrutar del beneficio de un caballo.

La fecha nos permite conjeturar altas temperaturas. En esos días de calor, el desplazamiento solía iniciarse en la hora previa al amanecer —incluso antes, en caso de buena luna— y se proseguía hasta las nueve o diez de la mañana; se descansaba, para luego encaminarse una vez más al atardecer. En caso de lluvia, debía suspenderse por la complicación de caminar en el barro y, más aún, porque había zonas del camino que se volvían intransitables.

En los Corrales de Miserere (donde Liniers había enfrentado a John Whitelocke, en la segunda invasión) hicieron un alto de media hora para refrescarse y recuperar el aliento. Reiniciado el avance, con temperatura más benigna, a paso firme llegaron a San José de Flores a las nueve de la noche. Los fogones recibieron a la tropa. Armaron las tiendas y comieron ocho reses sacrificadas.

En el transcurso de la marcha, Belgrano notó una serie de desajustes que prefirió resolver antes de seguir: no quería exponer a sus hombres a fatigas innecesarias. Repartió cuadernos para leer en grupo, donde se enumeraban las obligaciones del soldado. También tuvo tiempo para conversar con las autoridades del pueblo y conocer su realidad. Por último, cuando ya se alistaban para continuar el camino, llegaron unas comunicaciones del Triunvirato referidas a la disciplina y las deserciones. Belgrano dispuso a la tropa en círculo y le leyó las novedades. Al finalizar, un estruendo de "¡Viva la Patria!" sacudió a todos y comenzaron la firme caminata rumbo a Morón. Con tres detenciones de unos quince minutos cada una, arribaron a la localidad en la zona oeste de Buenos Aires a las once de la noche.

Gracias al *Diario de Marcha* que redactó el propio comandante podríamos avanzar en un sinnúmero de detalles hasta que sus hombres pisaron el villorrio de Rosario, el 7 de febrero, completando el trayecto en catorce días. Pero vamos a detenernos en el asunto de la tropa.

El comandante estaba disconforme con el elemento humano que le aportaron para la misión. Al deshacerse el regimiento de Patricios debido al motín del 6 de diciembre, hubo que recurrir a habitantes de la campaña. Tanto Belgrano como otros jefes opinaban que se trataba de gente ociosa, sin la voluntad que podía advertirse no solo en las ciudades del país, sino también entre la paisanada de las otras provincias. Por ejemplo, el coronel se quejaba de que estos hombres elegían caminar descalzos y no usar los zapatos que les proveía el gobierno. Se lastimaban muscho y se embarraban,

pero lo preferían a tener el pie atrapado por un cuero.

Otro aspecto que molestaba al comandante eran las palabrotas y la falta de dominio del volumen de sus intervenciones groseras.

El 28 de enero tuvo dos reuniones con los jefes para intentar hacer ajustes:

En este día he convocado por dos veces a los capitanes y comandantes de compañía para tratar de la mejor disciplina para desterrar las inicuas voces, así de los oficiales como de los soldados, que ofenden los oídos; para sujetar a los cadetes y hacerlos estudiar, que son los jóvenes más pillos y más maleducados que he visto; y para que por todos los medios inspiren la subordinación en oficiales subalternos y tropas, y haya el mejor orden; privando toda especie de juego, y cuanto pueda decir a desarreglo.

Al día siguiente, volvió sobre el tema:

El mal estado de la educación en que está la mayor parte de los cadetes del regimiento me ha obligado a reunir a todos e imponerles del modo con que se han de conducir, imponiéndoles el deber de que hayan de estudiar por ahora las obligaciones del soldado, cabo y sargento que me han de dar lección todos los días al tiempo que yo llamare.

Así, tomando lecciones a los más jóvenes con el deseo de impulsar una educación que les había faltado, Belgrano significó para ellos mucho más que un jefe. Esos fueron los hombres que asistieron en Rosario al trascendental izamiento del pabellón blanco y celeste.

LA BANDERA QUE NOS LEGÓ

El episodio más conocido en la historia de Belgrano, la creación de la Bandera, ha generado una serie de polémicas y debates a lo largo de la historia. Sobre todo la cuestión referida al origen de los colores. También se ha discutido cómo fueron dispuestos esos colores en aquel pabellón original. Las pistas documentales son escasas y han posibilitado muchas conjeturas. Nos encantaría poder echar luz sobre este tema, pero es muy poco lo que

lograremos aportar.

En una muy escueta relación vamos a evocar aquella historia.

Belgrano había partido de Buenos Aires rumbo a Rosario con el objetivo de alistar las baterías que ya estaban en construcción en la costa del Paraná. Llegó a su destino el 7 de febrero. Su primera inquietud fue que los soldados tuvieran un distintivo propio, una escarapela. Y esto nos obliga a aclarar que los distintivos civiles por cuestiones políticas eran las cintas, mientras que las escarapelas eran usadas por los militares para diferenciarse en el campo de batalla. Eran de un diámetro mayor al habitual y solían estar integradas al uniforme.

Belgrano le escribió al Triunvirato para pedir que sus soldados los autorizaran a usar la escarapela "blanca y celeste". Una semana después recibió la aprobación oficial. Entonces, se apresuró a reclamar una nueva autorización, la de una bandera que tuviera los colores de la escarapela.

En realidad, se tomó la atribución de encargar su confección y emplazarla antes de recibir la conformidad. Esto ocurrió el 27 de febrero de 1812 en las barrancas de Rosario con motivo de la inauguración de una de las dos baterías. El mismo día, en Buenos Aires, el gobierno le encargaba que viajara al norte y tomara las riendas del derrotado ejército que en ese momento comandaba Pueyrredon (a quien, dicho sea de paso, no le pareció buena la idea de la escarapela).

Los chasquis se cruzaron. El que viajaba a Rosario portaba la orden de que Belgrano se dirigiera a Jujuy, mientras que el que hacía el camino a Buenos Aires informaba sobre la creación de una bandera. El Triunvirato desaprobó la innovación y le escribió al jefe militar para censurar su conducta.

El coronel no se enteró porque ya había partido al norte cuando llegó el chasqui. Desconociendo la prohibición, y entusiasmado con la bandera, el 25 de mayo, en el segundo aniversario de la Revolución, realizó en Jujuy una ceremonia con el pabellón nacional. En un acto cargado de protocolo, la bandera, en brazos de su creador, fue bendecida en la Catedral de Jujuy. Los pormenores de este suceso fueron comunicados al Triunvirato. Belgrano no estaba enterado de que le habían prohibido la insignia. Volvieron a escribirle en un tono más enérgico. La nota le causó una gran desazón. No esperaba que Rivadavia, secretario del Triunvirato, le impidiese aportar un elemento simbólico que podía ser entendido como una señal de unión entre los pueblos.

Sin esconder su malestar, el gran patriota respondió con una carta que

comenzaba diciendo que se sentía afectado por el contenido de la nota que recibió. Y continuaba de la siguiente manera:

Para hacer ver mi inocencia, nada tengo que traer más a la consideración de Vuestra Excelencia que el 3 de marzo referido no me hallaba en el Rosario. Pues conforme a sus órdenes del 27 de febrero, me puse en marcha el 1 o 2 del insinuado marzo, y nunca llegó a mis manos la comunicación de Vuestra Excelencia que ahora recibo inserta.
Pues, de haberla tenido, no habría sido yo el que hubiese vuelto a enarbolar tal bandera, como interesado siempre en dar ejemplo de respeto y obediencia a Vuestra Excelencia, conociendo que de otro modo no existiría el orden y toda nuestra causa iría por tierra.

Repasando en forma somera los hechos, Belgrano dijo a continuación:

Vuestra Excelencia mismo sabe que sin embargo de que había en el ejército de la Patria cuerpos que llevaban la escarapela celeste y blanca, jamás la permití en el que se me puso a mandar; hasta que, viendo las consecuencias de una diversidad tan grande, exigí de Vuestra Excelencia la declaración respectiva.
Enseguida se circuló la orden, llegó a mis manos, la batería se iba a guarnecer, no había bandera y juzgué que sería la blanca y celeste la que nos distinguiese como la escarapela. Y esto, con mi deseo de que estas Provincias se cuenten como una de las naciones del Globo, me estimuló a ponerla.

Hasta allí, Rosario. Pero también necesitaba dejar en claro su accionar y motivaciones en Jujuy:

Vengo a estos puntos [latitudes]. *Ignoro, como he dicho, aquella determinación. Los encuentro fríos, indiferentes, y tal vez, enemigos. Tengo la ocasión del 25 de Mayo y dispongo la bandera para acalorarlos y entusiasmarnos, ¿y habré, por esto, cometido un delito?*
Lo sería, Señor Excelentísimo, si a pesar de aquella orden, hubiese yo querido hacer frente a las disposiciones de Vuestra Excelencia. No así, estando enteramente ignorante de ella, la que se remitiría al comandante

del Rosario y la obedecería, como yo lo hubiera hecho si la hubiese recibido.

Para que no quedaran dudas acerca de su obediencia, aclaró qué haría a partir de haber tomado conocimiento de la censura del gobierno.

La bandera la he recogido, y la desharé para que no haya memoria de ella. Y se harán las banderas del Regimiento Nº 6, sin necesidad de que aquella [la bendecida en Jujuy] *se note por persona alguna. Pues, si acaso me preguntaren por ella, responderé que se reserva para el día de una gran victoria por el Ejército. Y como éste está lejos, todos la habrán olvidado y se contentarán con lo que se les presente.*

De todos modos, se permitió expresar que los indios, un alto porcentaje de la población del norte, "ni gustan oír el nombre del rey, ni se complacen con las mismas insignias con que los tiranizan". Por otra parte, dejando traslucir cierto estado de ofensa y molestia, aclaró a su amigo Rivadavia:

Puede Vuestra Excelencia hacer de mí lo que quiera, en el firme supuesto de que hallándose mi conciencia tranquila, y no conduciéndome a esa no otras demostraciones de mis deseos por la felicidad y glorias de la Patria (…), recibiré con resignación cualquier padecimiento, pues no será el primero que he tenido por proceder con honradez y entusiasmo patriótico.
Mi corazón está lleno de sensibilidad y quiera Vuestra Excelencia no extrañar mis expresiones, cuando veo mi inocencia y patriotismo apercibido en el supuesto de haber querido afrontar sus superiores órdenes, cuando no se hallará una sola de que se me pueda acusar, ni en el antiguo sistema de gobierno y mucho menos en el que estamos y que a Vuestra Excelencia no se le oculta [rotura del papel] *sacrificios he hecho por él.*
Dios guarde a Vuestra Excelencia muchos años. Jujuy, 18 de Julio de 1812.

Por un lado, esta respuesta demuestra el enojo de Belgrano. Pero, por el otro, nos permite sumar algunos indicios acerca de la creación del emblema nacional.

Antes de enfocarnos en el tema del color creemos necesario hacer una aclaración. Algunos investigadores han interpretado la nota del 27 de febrero como un anuncio de que Belgrano estaba mandando a hacer la bandera. Según esa corriente, el gran patriota no habría enarbolado el pabellón nacional en Rosario el 27 de febrero, solo habría mandado confeccionarlo. La expresión del creador fechada ese día fue la siguiente: “Siendo preciso enarbolar bandera y no teniéndola, la mandé hacer blanca y celeste conforme a los colores de la escarapela nacional: espero que sea de la aprobación de Vuestra Excelencia”.

Este hecho parecía ser confirmado por la falta de algún tipo de mención sobre la bandera en el discurso o arenga que les dio a sus hombres en aquel día, además de que no han quedado rastros de ella.

Creemos que la respuesta que envió a Rivadavia nos ofrece una pista muy concreta cuando aclara que nunca recibió en Rosario la nota del gobierno, y aclaró: “Pues, de haberla tenido (la instrucción), no habría sido yo el que hubiese vuelto a enarbolar tal bandera”. Notemos que dice “vuelto a enarbolar”. Está afirmando que ya había enarbolado antes una bandera. Por lo tanto creemos que esta mención de Belgrano apoya la idea de que efectivamente el 27 de febrero la bandera blanca y celeste ondeó en el cielo de Rosario.

El otro asunto, más complejo, se refiere al origen del blanco y celeste. Se ha dicho: que fueron los colores empleados por los morenistas en 1811, que fueron tomados del manto de la Virgen, que eran los de la banda de la Orden de Carlos III, que correspondían a los colores del penacho de los Patricios, que representaban al escudo de Buenos Aires donde el Río de la Plata sería el blanco y el firmamento, el cielo, el celeste.

Definitivamente no vamos a poder resolver el enigma, pero sí queremos poner la lupa en un comentario de la carta a Rivadavia donde dice: “Vuestra Excelencia mismo sabe que sin embargo de que había en el ejército de la Patria cuerpos que llevaban la escarapela celeste y blanca, jamás la permití en el que se me puso a mandar; hasta que, viendo las consecuencias de una diversidad tan grande, exigí de Vuestra Excelencia la declaración respectiva”. Es notable la manera en que Belgrano aclara que ya había cuerpos militares que la utilizaban. Incluso, que él no la había permitido entre sus hombres. Está reconociendo en estas líneas que él no fue quien definió los colores.

Por lo tanto, si bien no sabríamos explicar el origen de ellos, debemos

dejar en claro que Belgrano no los aportó, sino que ya venían impuestos por alguna costumbre más allá de sus ideas y creencias.

EN TORNO AL PABELLÓN

Entonces, ¿Belgrano creó la bandera? La respuesta es compleja. Si bien tuvo la intención, su proyecto fue rechazado por el gobierno. No obstante, con el tiempo, aquella idea de crear un distintivo terminó resolviéndose en conjunción con el proyecto belgraniano.

Hay un par de puntualizaciones que vale la pena remarcar. En la década de 1820 se realizaron muchos homenajes a Belgrano. En ellos participaron sus amigos, parientes y también soldados. Ninguno de sus contemporáneos llamó a Belgrano "el creador de la Bandera". Se le prodigaron elogios de todo tipo. Se mencionaron sus acciones en el Consulado, en la Primera Junta, sus campañas, su acción diplomática y su participación en el Congreso de Tucumán, pero nadie evocó aquella tarde de febrero en Rosario ni lo postuló como el hombre que nos dio la insignia patria. Es importante para entender que la relevancia que le damos al hecho en nuestro tiempo no la tuvo hace doscientos años.

Asimismo, nos gustaría ofrecer una mirada acerca de la disposición de los colores de aquella primera bandera. No existe ninguna referencia de la de Rosario y las posteriores han sido muy diferentes. Por ejemplo, las banderas que aparecieron escondidas en una iglesia de Macha, el pueblo al que se dirigió luego de ser vencido en Vilcapugio, tienen franjas invertidas: una de ellas es celeste-blanca-celeste, mientras que la otra es blanca-celeste-blanca.

Algunos historiadores sostuvieron que, como Belgrano habló de blanco y celeste al referirse a los colores de la escarapela (y luego dijo que mandó hacer una bandera de los colores de la escarapela), el pabellón solo tenía dos franjas. Esta teoría puede comprobarse con una obra de arte. Durante la estadía en Londres, en 1815, Belgrano y Rivadavia se retrataron cada uno por su cuenta frente al mismo pintor. El cuadro de Belgrano, cuyo original se encuentra en la ciudad de Olavarría, presenta una escena de la batalla de Salta a espaldas del prócer. En ella se advierten tres banderas. Salvo una cuya forma no puede determinarse, las otras dos muestran claramente pabellones de dos únicas franjas, la blanca en la superior y la celeste en la inferior.

Allí en Londres estaban juntos los dos protagonistas de la creación de la bandera. Hombres que en 1815 compartieron meses de navegación y de actividad diplomática. Con tanto tiempo de convivencia, ¿acaso jamás conversaron sobre aquel episodio que les tocó vivir en febrero de 1812, mientras uno estaba en Buenos Aires y el otro se movía de Rosario a Jujuy? Que el cuadro de Belgrano muestre aquella disposición de la bandera es algo que no debemos pasar por alto porque no se pintó frente a dos ignorantes del tema.

Otro comentario: en 1814, Belgrano le entregó el ejército a San Martín. En una carta posterior, le pidió que conservara la bandera que le había dejado y que la enarbolara cada vez que hubiera formación. En caso de que la insignia aludida en la correspondencia haya tenido dos cuerpos, uno blanco y otro celeste, terminaría siendo similar al pabellón del Ejército de los Andes que mandó confeccionar San Martín a fines de 1816.

De todas maneras, y aun siguiendo esta idea, cabe aclarar que las primeras dos veces que los realistas mencionaron la bandera (en mayo de 1813 y en una fecha posterior ese mismo año), en ambos casos la describieron de tres franjas, de las cuales la superior y la inferior eran celestes, mientras que la del medio era blanca. En una de las citas dicen que la franja blanca era más ancha que las otras dos.

¿Esto deja sin efecto la teoría de la relación entre la bandera que Belgrano le dejó a San Martín y la que creó el Libertador para el Ejército de los Andes? Creemos que no, porque el descubrimiento de las dos banderas en Macha prueba que convivían distintos modelos. Lo único que se sostenía en todos los ejemplares era la combinación del celeste y el blanco.

Otro de los detalles curiosos que podemos aportar a la historia de los colores de la bandera es la mención que hace la *Gaceta de Buenos Aires* el viernes 23 de octubre de 1812, a un mes de la victoria de las tropas de Belgrano en Tucumán.

Por empezar, el sorpresivo título: “Triunfo de las banderas de la Patria”. Aun sabiendo que en realidad el pabellón no flameó en Tucumán, este fue el primer reconocimiento oficial de la bandera, o al menos, su aceptación pública en Buenos Aires. En esa extensa nota se hizo mención a un decreto del gobierno que proponía que a los soldados que habían participado en la acción de Tucumán se le concediera “el distintivo de una charretera de hilo de lana blanca y celeste”. Lo mismo para los sargentos, a quienes les

otorgaron “un cordón de lana blanca y celeste con borlas”. A los oficiales, hasta el rango de coronel, “un escudo de paño blanco con orlas de paño celeste”. Esto significa que en cuanto asumió el Segundo Triunvirato, (el 8 de octubre de 1812), se sumó a la idea de los tonos señalados por el gran patriota. Quisimos destacar esta publicación porque se trata de la primera mención que se hace de los colores patrios, más allá de las disposiciones planteadas por Belgrano y el Primer Triunvirato en febrero del mismo año.

A partir de entonces, parecían todos encaminados en el mismo sentido. Nuestros hombres debían marchar detrás de una nueva bandera. Y los colores de los cordones para celebrar el primer gran triunfo militar de la Patria fueron nada menos que el blanco y el celeste.

8
AL RESCATE DEL NORTE

LOS REALISTAS RECUPERAN COCHABAMBA

Infantería, caballería y artillería. Esos eran los recursos humanos habituales en el campo de batalla. Pero además había otros choques donde la destreza en el manejo de la pluma ofrecía victorias.

Ambos bandos peleaban desde el escritorio porque la voluntad de los pueblos era un trofeo preciado. Belgrano tomó muy en serio esa lucha. En muchos casos, se enfocaba en intentar reconstruir las relaciones con los vecinos, algo que también preocupaba al enemigo.

Aquí, un bando publicado por Manuel de Goyeneche, mariscal de campo y general en jefe del ejército real, en cuanto su tropa recuperó Cochabamba, luego de vencer a los patriotas en Huaqui.

A los habitantes de Cochabamba y distrito de su provincia de cualquier estado, sexo y condición que sea.

Las terribles consecuencias de la revolución a que os han inducido aconsejando y arrastrado los caudillos sectarios de la ilegítima junta de Buenos Aires, os ha traído los males que lloráis y hacen gemir a las viudas y pupilos la orfandad en que han quedado por los estragos de la guerra, a que neciamente os habéis congregado.

Vuestro errado y tenaz empeño me ha obligado a pisar por segunda vez este suelo con el respetable ejército del rey de mi mando. No a cometer los horrores que maliciosamente os han hecho creer los criminosos caudillos que por su interés particular de engrandecimiento a costa de vuestra sangre y bienes, pretendían manteneros en tan desgracia y destructora revolución, sino a que, con el castigo de aquellos, cesan las desgracias en que habéis estado envueltos y os amenazaban hasta el más espantoso

exterminio.

Con actitud benevolente, Goyeneche buscó congraciarse con el pueblo altoperuano otorgando un indulto a los descarriados. Asimismo, invitó a que les entregaran las armas y que denunciaran a los enemigos del rey.

Que para restablecer la tranquilidad, sosiego y seguridad de los pueblos aprehendan siempre que puedan a los principales caudillos de la sedición. O los denuncien, presentando todas las armas de fuego y blancas que tengan. Den aviso de cualesquiera que pudieran existir en poder de cualesquiera persona, por conducto de sus párrocos, para que sean perseguidos y castigados todos aquellos que por sus grandes criminalidades no debe comprender el presente indulto.
Como ni tampoco servirá a los que después de publicado se cojan con las partidas del ejército con armas de cualesquiera especie o que las hiciesen oposición de cualesquiera modo que sea pues estos y los que en perentorio de los ocho días no se me presenten a sus respectivos párrocos y justicias legítimas que se establezcan, serán juzgados militarmente como contumaces.
Cuartel General de Cochabamba 31 de mayo de 1812

Para las fuerzas patriotas, la medida —que provocó mucha antipatía en el pueblo altoperuano— fue interpretada como una cacería de brujas y la imperiosa necesidad de acopiar armas. El gran patriota, entonces, se dispuso a ejecutar la consigna: dejar al enemigo con las manos vacías.

ÉXODO JUJEÑO

Belgrano estableció contacto con el Ejército del Norte en Salta. Avanzó hasta Jujuy, donde situó su cuartel general. Realizó un soberbio acto patriótico en el segundo aniversario de la Revolución de Mayo. Bendijo la bandera en la Catedral. En esa ciudad recibió la visita de María Josefa Ezcurra, proveniente de Buenos Aires.

Mientras tanto, las tropas realistas de Goyeneche iniciaban su avance victorioso por las principales ciudades del Alto Perú. La retaguardia de

Belgrano poco podía hacer por sostener la marcha de los realistas. La caída de Potosí y de Chuquisaca alarmó a los poblados del norte. Frente a esa situación, el general tomó una resolución muy grave. El bando que dirigió a los ciudadanos de Jujuy el 14 de julio de 1812 comenzaba con estas palabras que definían su postura acerca del bien común:

> *Cuando el interés general exige las atenciones de la sociedad, deben callar los intereses particulares, sean cuales fuesen los perjuicios que experimentasen.*
> *Este es un principio que sólo desconocen los egoístas y los esclavos, y que no quieren admitir los enemigos de la causa de la Patria.*
> *Causa a que están obligados cuantos disfrutan de los derechos de propiedad, libertad y seguridad en nuestro suelo, debiendo saber que no hay derecho sin obligación y quien sólo aspira a aquel sin cumplir con ésta, es un monstruo abominable, digno de la execración pública y de los más severos castigos.*

Es digno de remarcarse: no hay derecho sin obligación, y quienes solo aspiran a los derechos sin cumplir con las obligaciones son monstruos abominables.

El bando proseguía con demandas para que tomaran las armas y se prepararan para realizar sacrificios. Era un llamado a la conciencia general: iban a tocarle jornadas aciagas a la ciudad de Jujuy. El clima festivo por la celebración del 25 de Mayo había cambiado por una sensación general de incertidumbre.

En los días posteriores, advertido de la cercanía del ejército enemigo, asumió una delicada decisión: ordenó al pueblo que abandonaran sus hogares, sus haciendas, sus cultivos, sus raíces.

De los tres mil quinientos habitantes, unos mil quinientos partieron con Belgrano rumbo a Tucumán. Aquellos que no lo hicieron, en su mayoría pertenecientes a la clase alta, se escondieron o directamente huyeron, a costa de perder su patrimonio. En mayo de 1810, en Buenos Aires había nacido un nuevo gobierno. Allá lejos en Jujuy, en agosto de 1812, la ciudad de San Salvador era devastada por sus propios habitantes para sostener los principios del Mayo.

El objetivo de que el enemigo no encontrara nada de provecho era una

experiencia que había vivido el propio Belgrano durante la expedición al Paraguay, cuando al adentrarse en el territorio guaraní se topaba con tierras arrasadas y poblaciones fantasmas.

Los bandos publicados por Belgrano enfurecieron a los jefes realistas, quienes consideraron que estaba llegando al límite de la intolerancia con los pueblos. Pocos podrían haberse animando a tanto. Pero Belgrano era un eterno suplicante de sacrificios. Él entendía que nadie podía recibir los beneficios de arriba. Siempre debían hacerse esfuerzos para obtener recompensas.

Marcharon los jujeños hacia un destino incierto, en medio de un inclemente frío invernal. Eustaquio Díaz Vélez fue el oficial que quedó a cargo de la retaguardia, cubriendo la salida del pueblo y del Ejército del Norte. Belgrano se llevó hasta los documentos y papeles de gobierno de Jujuy. La última columna partió el 24 de agosto a las tres de la mañana, con el enemigo pisándole los talones.

A las seis de la tarde, el coronel realista Ángel de Huici, al mando de trescientos hombres, ingresó a la ciudad. Esa noche escribió a su superior, Pío Tristán:

> *No he encontrado en ella más que cuatro o cinco vecinos que han podido quedarse escondidos y una porción de mujeres honradas y niños que, anegadas en lágrimas de las confinaciones de maridos y padres, y de las pérdidas que han experimentado en sus casas y bienes, daban gracias al Todopoderoso de la llegada de las tropas del rey a quien aclamaban con repetidas voces.*

Apenas algunos vecinos. La sorpresa de Huici se deja traslucir en los siguientes párrafos. La ciudad había sido arrasada. El jefe realista lo informó con las siguientes palabras:

> *Ha sido tan oportuna la aceleración de mis marchas sobre el enemigo, y la persecución de ayer tarde, que ha evitado en mucha parte las inicuas y horrorosas miras que tenía publicado por dos bandos el caudillo Belgrano.*
> *Sin embargo, como tenía tomadas sus disposiciones de antemano, ha extraído todas las facturas de efectos que existían pertenecientes al*

comercio de Buenos Aires, toda la plata labrada de la iglesia matriz y convento de San Francisco, tres custodias [piezas de oro que resguardan la hostia consagrada para adoración de los fieles] *y porción de ganados y caballada de las estancias inmediatas que ha dejado escuetas.*

La penosa marcha de Jujuy a Tucumán necesitaba ser respaldada por una estricta disciplina. Dos soldados que se separaron un poco del camino por el cual había obligación de transitar fueron ejecutados por orden del general. Era implacable con los transgresores de las reglas.

¿Cuánto tiempo duró el éxodo? Las respuestas están en el libro de actas del Cabildo de Jujuy. Al margen del documento fechado el 24 de agosto de 1812 se lee: "Aquí empieza el Cabildo del tiempo de los tiranos". Asimismo, en el asiento del 22 de febrero de 1813, figura la siguiente inscripción: "Aquí concluye el Cabildo establecido por la tiranía que fue repulsada, arrojada, aniquilada y destruida con la célebre victoria que obtuvieron las armas de la Patria el 20 de febrero de 1813, siendo el primer soldado de ellos, Manuel Belgrano". Ambas anotaciones son del puño y letra del gran patriota y la referencia es a la batalla de Salta, que ya trataremos.

La fórmula final, que podría vislumbrar cierta arrogancia, está muy lejos de eso. En su correspondencia, Belgrano solía emplear, a tono con los tiempos, el vocablo "primer" en el sentido de "más". Y al decir "el primer soldado", se refería a que se sentía el más amante soldado de la Patria.

Por fin los jujeños regresaban a su tierra, la que habían abandonado.

No significaba que dejarían de sufrir el rigor de la guerra de la independencia. Pero su acción dejaría una marca indeleble. Habían dado un ejemplo de abnegación como nunca antes se había visto en el territorio de la Patria.

9
BATALLA DE TUCUMÁN

HISTORIA DE DOS DESOBEDIENTES

“Al enemigo que huye, puente de plata”. Esto decía don Fernando González de Córdoba, lugarteniente de los Reyes Católicos, a quien todos llamaban el Gran Capitán. La frase del siglo XV quedó grabada como una de las máximas de la estrategia militar.

Sin dudas, lo mejor que puede hacerse cuando el enemigo está huyendo es colaborar para que siga haciéndolo. Es lo que pensaba el general Pío Tristán, quien veía con satisfacción cómo Belgrano y su desmoralizado ejército continuaban retirándose y dejando territorios (Jujuy y Salta) en manos de los realistas.

Pero la gloria es una tentación que puede llevar a cometer imprudencias. Tristán desobedeció las órdenes de su superior, que además era su primo, el general Goyeneche: su objetivo era concentrar las fuerzas en Salta. Sin embargo, excedido en confianza, insubordinado, resolvió continuar la marcha con sus tres mil hombres.

Tristán desobedecía persiguiendo a los apenas mil patriotas, empujándolos hacia el sur. Belgrano obedecía cediendo terreno. No solo seguía la huella rumbo a Córdoba y las directivas del Triunvirato, sino también del sentido común, ya que su tropa se encontraba física y mentalmente muy por debajo del nivel imprescindible para combatir.

Para colmo, el ejército heredado venía con algunos oficiales de los que no se fiaba. Por ejemplo, Juan Ramón Balcarce, a quien calificó de díscolo, intrigante, cobarde y mentiroso. ¿Dónde surgió el desprecio de Belgrano? Era aliado de Saavedra, actor principal durante la Asonada de abril de 1811 y también fue quien había impulsado el juicio sumario por la Campaña al Paraguay.

La próxima escala sería Córdoba, de acuerdo con las instrucciones recibidas por el gobierno central. Pero ¿acaso era la opción correcta entregar al enemigo, además de Jujuy y Salta, las provincias de Tucumán, La Rioja, Santiago del Estero y parte de Córdoba? La respuesta no es sencilla. Se trataba sin dudas de un enorme territorio cedido a los realistas. Pero el Ejército del Norte estaba en inferioridad de condiciones y una derrota hubiera llevado a Tristán hasta Santa Fe, a las puertas de Buenos Aires. A favor de la medida, el alejamiento de Lima debilitaría a las fuerzas enemigas por las complicaciones que generaría el abastecimiento, inconveniente que Belgrano padeció en Paraguay.

Él fue el primero en entender que no podía hacer frente a los hombres del rey en Jujuy, tampoco en Salta. ¿Y en Tucumán? La victoria en el combate de Las Piedras, lograda por la retaguardia en el departamento salteño de Metán, el 3 de septiembre (veinte realistas muertos, veinticinco prisioneros y armamento incautado), había levantado la moral de la tropa. Por primera vez, desde el Desastre de Huaqui (derrota de Castelli en la primera Campaña al Norte), se respiraba un aire, no triunfalista, pero sí optimista.

Camino a Tucumán, evaluó que se acercaba el tiempo de combatir. Resolvió adelantar al emisario Juan Ramón Balcarce para que sondeara el temple de los tucumanos, saber si estaban dispuestos a pelear, si disponían de caballada para aportar al ejército y hombres para sumar a las filas. En caso de que no contaran con los elementos necesarios y el ejército debiera dejar atrás la ciudad y a merced de los realistas, la orden era incendiar la fábrica de fusiles y armas blancas.

Parece que Balcarce no entró con el pie derecho a la ciudad. Porque lo primero que hizo fue reclamar que le fueran entregadas todas las armas. Escopetas, sables, pistolas y hasta los espadines que portaban los integrantes del Cabildo fueron recolectados por los soldados que acompañaron al teniente coronel.

Los vecinos, ofuscados, se reunieron en la casa de Bernabé Aráoz. Luego de una breve deliberación, se resolvió que irían a protestar ante Balcarce. El grupo que partió rumbo a la misión estuvo conformado, entre otros, por Bernabé, Pedro Miguel y Cayetano Aráoz, Eustaquio Díaz Vélez y Rudecindo Alvarado, quien dejó una narración de los hechos.

Se encontraron en el paraje de La Encrucijada, en el actual departamento de Burruyacu. Le manifestaron al emisario su malestar por las armas

incautadas y porque además los dejaban desamparados; algo que, ya vimos, no era lo que pretendía Belgrano. Recordemos que él quería saber si los vecinos estaban dispuestos a integrar el ejército y enfrentar a los hombres de Tristán.

Balcarce escuchó las quejas y les contestó que para llevar adelante la defensa hacía falta un aporte de mil hombres y dinero. Don Bernabé le respondió que contara con el dinero y no mil, sino dos mil hombres.

Balcarce mandó a su ayudante que volara a entrevistarse con Belgrano. Lo cruzó en el camino, ya que el jefe venía avanzando hacia la ciudad. Cuando el comandante tuvo la certeza de que en Tucumán había patriotas decididos, tomó las riendas del asunto. Se entrevistó con Balcarce en la quinta de Ávila y luego lo hizo con Bernabé Aráoz, asumiendo que desobedecería las disposiciones de Rivadavia, el secretario del Triunvirato, y con el apoyo de los tucumanos presentaría batalla.

Tristán, del lado de los realistas. Belgrano, en el de los patriotas. Ya eran dos los desobedientes.

PREPARATIVOS

Ingresó a la ciudad de Tucumán el 10 de septiembre. En los días siguientes sostuvo reuniones con los principales referentes políticos del vecindario. Necesitaba conocer con precisión cuál era el apoyo económico (que, de hecho, posibilitó que los soldados recibieran una paga el día 19) y logístico que brindarían al ejército.

Convencido de los pasos a seguir, le escribió una carta a Rivadavia —que antes de enviar leyó a Balcarce— para anunciarle que iba a tomar las armas y enfrentar al enemigo, de una vez por todas. La carta comenzó con un saludo. En esos días, Rivadavia y Juana del Pino (hija del virrey) habían celebrado el nacimiento de Constancia, la única niña de la prole.

Mi estimado amigo:
Sea enhorabuena por el feliz parto de Madama: la Patria necesita brazos, y brazos bien educados que hereden las virtudes de sus padres; me prometo que tal vez serán los que usted le ha dado.

Respecto de las directivas que había recibido, de marchar sin detenerse y, en Tucumán, incendiar la fábrica de fusiles, respondió:

A mi llegada al río de Tucumán escribí al gobierno de la resolución que he tomado, y que no hay arbitrio para separarme de ella: sé que los enemigos se me acercan; pero me dan tiempo para reponerme algún tanto, y mediante Dios, lograr alguna ventaja sobre ellos.
(...) Además, si perdemos para siempre esta provincia, aumentamos la fuerza del enemigo con buenos soldados, y seremos el objeto eterno de la execración.
El único medio que me queda es hacer el último esfuerzo, presentando batalla fuera del pueblo, y en caso desgraciado encerrarme en la plaza para concluir con honor; esta es mi resolución que espero tenga buena ventura, cuando veo que la tropa está llena de entusiasmo con la victoria del 3 [se refiere a Las Piedras], *y que mi caballería se ha aumentado con hijos de este suelo que están llenos de ánimo para defenderlo.*
(...) Algo es preciso aventurar, y esta es la ocasión de hacerlo: felices nosotros si podemos conseguir nuestro justo fin, y dar a la Patria un día de satisfacción, después de los muchos amargos que estamos pasando.
Deseo a usted felicidad y soy su fiel amigo.
Belgrano

Fue el 14 de septiembre. El día que Manuel Belgrano se propuso dar pelea, asumiendo por adelantado todo el peso de las consecuencias en caso de fracasar. Llegaba el momento de prepararse para la batalla.

Sin tiempo que perder, se inició el reclutamiento de milicias. Los requisitos de ingreso eran determinantes: quienes estuvieran en condiciones de pelear debían hacerlo. Se reunieron unos mil hombres, la mayoría por voluntad propia. Más de la mitad tucumanos, el resto jujeños, salteños y santiagueños. La instrucción de esta tropa —la caballería a cargo de Juan Ramón Balcarce, la infantería bajo la supervisión de Belgrano— se hizo a las apuradas. Un poco de manejo de armas y movimientos coordinados. Apenas el abecé para que pudieran participar.

La preparación para el empleo de las armas era bastante particular debido a la escasez. Se trataba simplemente de explicar, muy por encima, cuáles eran las zonas del cuerpo humano donde un golpe resultaría más efectivo, así

como también la forma de cubrir en el propio físico los puntos débiles.

Entre los nuevos combatientes se distribuyeron lanzas, cuchillos, puñales y boleadoras.

Belgrano consideraba que echar mano a los milicianos podía acarrear consecuencias negativas. ¿Y si en medio del combate entraban en pánico y se iban contagiando unos a otros? La suerte de la batalla podía definirse a partir de la huida descontrolada de un millar de hombres. El segundo inconveniente es que podían adoptar una posición política. Aún mantenía el recuerdo de la Asonada del 5 y 6 de abril de 1811, cuando un grupo violento de gente de los suburbios avanzó sobre la ciudad de Buenos Aires e intimidó al gobierno. Además, la inquietante presencia de Balcarce no terminaba de convencerlo.

El paisanaje armado no era de su preferencia, pero el reducido número de soldados que conformaban su ejército no le dejaba otra opción.

Mientras estos valientes inexpertos entrenaban, se dispuso el sistema defensivo para la ciudad. En la cercanía de la Plaza Mayor se cavaron trincheras y se colocaron algunos cañones.

Belgrano cautivó a todos. Con su firmeza y su resolución, pero también con educación y austeridad.

CAMBIO DE ÚLTIMO MOMENTO

El 23 de septiembre por la mañana llegó la noticia de que el enemigo se encontraba a doce kilómetros de la ciudad. Por lo tanto, había altas probabilidades de que esa misma tarde comenzara la batalla. Por ese motivo, Belgrano dispuso colocar a la tropa al noroeste, en las afueras. La intención era sorprender al invasor en campo abierto. Sin embargo, nada pasó porque Tristán había decidido acampar y el avance imaginado no ocurrió.

Mientras aguardaban, algunas columnas de infantería ensayaron movimientos. Por la tarde, sin novedad en el frente, la tropa retornó al campamento.

Al llegar la medianoche, una estampida de jinetes sacudió al cuartel general patriota. Regresaba una partida al mando del capitán Esteban Figueroa. Traía mucha euforia y tres prisioneros de peso. Sobre todo, el aguerrido coronel realista Huici, un hombre cuya valentía no estaba en discusión. Aquel que había ingresado en la Jujuy devastada. La novedad fue

muy celebrada: nunca antes se había atrapado a un enemigo de tanto prestigio.

Pero la noticia que inquietaba era el inminente arribo del ejército real, ya que Huici conducía la avanzada. Se acercaba el momento crucial.

Esa medianoche, Belgrano dispuso a los hombres en la misma posición que habían ocupado por la tarde.

Mientras las fuerzas se alistaban, un puñado de valientes fue enviado a explorar los movimientos enemigos. A la cabeza de este grupo marchaba Gregorio Aráoz de Lamadrid, quien, con tan solo dieciséis años, portaba una efervescente combinación de agallas e inconsciencia.

Lamadrid detectó la vanguardia realista y decidió complicarles la marcha prendiendo fuego los pastizales por donde se desplazaban. Tristán lo interpretó como una medida para retrasarlo y desviarlo.

Este es un dato importante. El jefe de la fuerza española creía que el poblado estaba desprotegido y que el ejército huía hacia Córdoba. De hecho, cuando antes de que amaneciera le llevaron un aguatero que detuvieron en el camino, Tristán le dio una moneda más indicaciones acerca de la casa adonde debía llevar agua por la tarde, ya que pensaba ingresar mansamente a San Miguel de Tucumán y darse un baño relajante en lo de un amigo.

El primer movimiento era establecerse al sur de la ciudad. Para no demorarse, aprovechó un camino lateral que, en vez de desembocar directamente en San Miguel de Tucumán, pasaba a cierta distancia, al oeste de la zona urbana. Era el camino a Santiago del Estero. De esta manera, Pío Tristán ingresaría a Tucumán por el sudoeste.

Con la impunidad de sentirse dueño del terreno, se desplazó sin tomar muchos recaudos. La maniobra fue detectada por los patriotas. Entonces el general Belgrano dio un giro determinante. Trasladó a todos sus hombres al sur de la ciudad, a la zona conocida como el Campo de las Carreras, ya que se trataba de un gran espacio libre que solía utilizarse para competencias equinas.

Cuando cerca de las ocho de la mañana hizo su aparición el ejército realista, los patriotas ya estaban en posición para iniciar el combate. Para los subordinados de Tristán, la sorpresa fue tal que apenas tuvieron tiempo de desmontar un par de cañones de las mulas y armarlos.

De esta manera, el destino de la Revolución de Mayo quedó en manos de uno de sus protagonistas. Belgrano cargó con esa responsabilidad y allí

estaba dispuesto a jugarse por la causa de la libertad. A suerte y verdad.

24 DE SEPTIEMBRE DE 1812

Durante casi toda la noche del 23, Belgrano se mantuvo montado en su rosillo. Se desplazaba entre los batallones, daba órdenes, supervisaba los movimientos. Como la mayoría, no durmió. Cansado, pero más despierto que nunca, inspiró la confianza que fluye del líder. Luego de detectar el desplazamiento de los enemigos, optó por trasladar su gente para esperarlo de frente, invitándolo a combatir. Mil ochocientos patriotas del Ejército Auxiliar del Norte aguardaban a los tres mil realistas. Para casi todos los locales, salvo unos trescientos, era su bautismo de fuego. En cambio, la tropa de Tristán ya había estado en el campo de batalla. Eran horas de tensión y Belgrano transmitía tranquilidad.

El silencio de la mañana, a las ocho del 24, se interrumpió en cuanto la vanguardia española asomó en el Campo de las Carreras.

Por la posición de ambas fuerzas —las nuestras en el norte, Tristán en el sur—, se daría una batalla con frente invertido. Esto respondía al deseo de Belgrano de tener siempre a sus espaldas la ciudad de Tucumán, donde podrían refugiarse en caso de una contrariedad.

En cuanto asomó el enemigo (Febo ya lo había hecho), tronaron los cañones patriotas. El primer percance de la batalla lo protagonizó el propio Belgrano al caer de su rosillo, que se agitó asustado por los estruendos de la artillería. Rodó por la tierra, pero sin consecuencias graves; salvo por el hecho de que entre las filas de la Patria el accidente fue tomado como un mal presagio.

La desmoralización de la supersticiosa tropa republicana contrastaba con la excesiva confianza del enemigo. Porque el 24 de septiembre era el día de la Patrona del Ejército Real, Nuestra Señora de la Merced, nada menos. Si había un día para enfrentar a los revolucionarios, ese era sin duda el de la Virgen que los amparaba. De hecho, ese 24 en Potosí, el general en jefe Goyeneche participó de la misa solemne en su honor.

Un párrafo sobre la Virgen. Los padres de Belgrano contrajeron matrimonio en la iglesia de Nuestra Señora de la Merced. Allí bautizaron a todos sus hijos, incluso a Manuel. Don Domingo Belgrano murió en 1795, el

24 de septiembre, día de la mencionada Virgen. Para los tucumanos era una de sus principales devociones.

De regreso al escenario de Tucumán, las condiciones del terreno eran favorables para las caballerías patriotas, una fuerza que tomó por sorpresa a la gente de Tristán. Esta es una referencia necesaria para entender el momento. Hasta entonces jamás los revolucionarios habían contado con caballería. Sí venían haciéndolo los oficiales, que montaban para desplazarse entre sus subordinados. Pero tropa de combate que embistiera a caballo, esa sí que era una novedad.

Belgrano dispuso a sus hombres en cinco columnas, dos de caballería en los costados y tres de infantería en el medio, más dos grupos de reserva. Cada cual con su jefe: con los jinetes, a la izquierda, José Bernaldes Polledo; a la derecha, Juan Ramón Balcarce. A los infantes los mandaban Carlos Forest, Ignacio Warnes y José Superí. En la reserva montada, Diego Balcarce (hermano de Juan Ramón), mientras que Manuel Dorrego estaba a cargo de la infantería que aguardaba para fortalecer la zona donde las necesidades la llevaran.

Los cañones de la Patria, dirigidos por Eduardo Kaunitz (el barón de Holmberg) fueron efectivos. Los realistas respondieron haciendo avanzar una de sus columnas para atacar a nuestra artillería y anularla. Belgrano reaccionó enviando a J. R. Balcarce y sus jinetes, esos hombres que se habían entrenado unos pocos días. Ellos, en vez de dirigirse en línea recta, hicieron una medialuna con el fin de protegerse. Esto molestó a Belgrano, quien ordenó a la caballería de reserva que avanzara de frente. A fuerza de ser justos debemos decir que la mayoría de los expertos en táctica militar sostiene que Balcarce obró bien, abriéndose un poco de costado.

La caballería tucumana empleaba lanzas, cuchillos atados en palos, puñales, lazos y boleadoras. Pero su principal arma era el bullicio. El multiplicado golpe seco de las riendas en los guardamontes de cuero que protegían las piernas de los jinetes y los alaridos de los hombres, que parecían enajenados, provocaban una sensación muy intimidante para los adversarios. Sobre todo porque en medio de la polvareda era imposible estar seguro de lo que estaba ocurriendo. Lo único que percibían eran unos gritos del demonio y el repiqueteo insoportable de los cueros.

Forest, Warnes y Superí también acometieron, pero la columna de este último, formada por Pardos y Morenos, sufrió la embestida de la infantería

enemiga. Superí fue tomado prisionero.

A esa altura, todo era confusión. Porque el humo de los cañones y el polvo estuvieron acompañados de una inesperada manga de langostas que cruzó el campo en medio del combate. Tanto patriotas como realistas sentían que eran alcanzados por balas, cuando en realidad no se trataba de otra cosa que de las molestas langostas que chocaban con fuerza contra sus cuerpos. ¿Acaso algo podía hacer más crítica la escena? Sí. No había cómo diferenciar los uniformes de cada bando por la sencilla razón de que los dos usaban los mismos o directamente ninguno, situación entendible si tenemos en cuenta que gran parte de las milicias se había sumado en los días previos.

Era casi imposible saber quién era quién. Hubo un caso que protagonizó el entonces teniente José María Paz, quien esa mañana se desempeñó como ayudante del barón de Holmberg. Cuando atravesaba un descampado cumpliendo una misión, se topó con un soldado a pie y le preguntó a qué ejército pertenecía. El hombre le respondió "Al nuestro", demostrando que tampoco tenía idea de quién era su interlocutor. Paz insistió. El soldado repitió: "Al nuestro, señor". Paz sacó su pistola, apuntó al hombre y le dijo: "Hable usted la verdad, o lo mato". El soldado alzó las manos y retrocedió asustado, pero con intenciones de alcanzar su fusil tirado en el matorral. Tomó el arma y comenzó a cargarla, en un proceso que demoraba unos diez segundos.

Paz se apresuró a disparar su pistola, pero la bala se trabó. El soldado gatilló su fusil, pero tampoco le funcionó. Ninguno de los dos tuvo tiempo de pensar en su próxima jugada porque apareció el teniente Apolinario "Chocolate" Saravia, quien tampoco tenía todas las certezas, pero podía dar fe de que Paz era su camarada. Por eso, el cobrizo salteño degolló al otro con su cuchillo. Por las dudas.

Saravia y Paz se abalanzaron sobre el cadáver para sacarse la duda. Revisaron sus papeles y descubrieron que pertenecía al ejército realista. Mientras tanto, el caos se multiplicaba. Había tanta confusión que nadie se hallaba en condiciones de responder cuál de los dos ejércitos estaba logrando alguna ventaja.

EN BUSCA DE UN GANADOR

Para comprender los movimientos de la batalla de Tucumán debemos imaginar un tablero de ajedrez. De un lado, las piezas blancas (que serían las fuerzas patriotas, ya que las blancas hacen el primer movimiento y Belgrano inició el enfrentamiento con los cañones). Del otro lado, las negras (los realistas).

No importa de qué lado del tablero se encuentre ubicado: lleve un grupo de piezas de su derecha encima de las contrarias. El segundo paso será traer las fichas del sector izquierdo de enfrente encima de las que están a su propia izquierda.

No mantenga una pieza en cada cuadro, así se corresponde mejor con el caos del momento.

Los patriotas de la derecha se sentían vencedores. Sin embargo, los que estaban en el ala izquierda, cerca de la posición de Belgrano, contemplaban un panorama bastante desfavorable. Era el caso de Superí, quien intentó sostenerse con sus Pardos y Morenos, pero poco pudo hacer frente al Real de Lima y al batallón Paruro, que los arrasaron. El desbande de sus hombres envolvió en la confusión a la caballería de Bernaldes Polledo. Por lo tanto, el sector izquierdo estaba en problemas. En el centro, Warnes y Forest sostuvieron duros choques con los batallones realistas, Cotabambas y Abancay, que los superaban en número. Aun así, con sacrificio y alta dosis de valentía, lograron emparejar la disputa.

Holmberg había hostigado con los cañones al comienzo. Pero en el entrevero, consciente de que ya no había un blanco definido, resolvió retroceder hasta la ciudad y pertrecharse.

La definición de esta batalla donde se jugaba la suerte de la Revolución de Mayo quedó en manos de las caballerías de los hermanos Juan Ramón y Diego Balcarce, más la infantería dirigida por el bravo teniente coronel Manuel Dorrego. Estos tres grupos armaron tal descalabro que incluso obligaron a retroceder a las fuerzas enemigas que estaban venciendo a Superí.

Una vez concluida su heroica participación —se peleó durante todo el día —, Dorrego y sus hombres emprendieron la vuelta y se dirigieron a la zona urbana llevando un enorme caudal de prisioneros, además de cañones y pertrechos.

También debe destacarse la acción del mayor general Eustaquio Díaz Vélez, quien quedó a cargo de la defensa de la plaza y participó de instancias cruciales. Por empezar, mantuvo la templanza en cada momento, aun cuando

todo era confusión y dudas. Y le tocó vivir una situación insólita. Una columna realista ingresó con pertrechos y municiones, convencidos de que San Miguel de Tucumán había caído en manos de su gente. Díaz Vélez les saltó encima y se quedó con todo lo que traían, más los prisioneros.

Hubo un segundo episodio trascendental por la tarde. Un emisario de Pío Tristán llegó a la ciudad e intimó la rendición de las fuerzas patriotas. El mayor a cargo de la defensa podría haber titubeado, ya que no tenía novedades sobre la suerte de su comandante Belgrano y las noticias que recibía eran dispares. A pesar de las dudas, increpó con firmeza al mensajero preguntándole cuándo se había visto que un ejército vencedor se rindiera. Y además le advirtió: en caso de que cayera algún fuego sobre las casas y ranchos de los pobladores, haría degollar a todos los prisioneros.

Mientras tanto, el general Tristán asumía que estaba en desventaja. Pero se mantuvo expectante en las afueras, tratando de reunir a los dispersos. Belgrano, por su parte, podía observar la aglomeración de fuerzas realistas y también recibía noticias contradictorias.

El jefe deliberaba acerca de la situación con algunos oficiales —cada uno en su cabalgadura— cuando se acercó al galope el teniente Juan Carreto, perteneciente a los Dragones tucumanos que comandaba Juan Ramón Balcarce. Dicha caballería había arrasado el ala izquierda enemiga y en cuanto los realistas se dispersaron, comenzó una feroz persecución, matanza y saqueo.

De esas correrías regresaba Carreto cuando se topó con Belgrano y los otros oficiales. El jefe le preguntó si sabía en poder de cuál de los dos ejércitos estaba la plaza. El soldado respondió que los Dragones vencieron al enemigo y que, según su parecer, la plaza de Tucumán estaba ocupada por los hombres del rey. Pero su discurso fue interrumpido por el coronel José Moldes:

—No crea usted a este oficial que lo dice de puro miedo.

—Señor coronel —retrucó Carreto—, yo no tengo miedo, y sí tanto honor como usted.

Moldes plantó su caballo delante del de Carreto y lo miró con prepotencia, con intención de manifestar con altivez su desagrado por el hecho de que venía cargado de ropa y objetos que había saqueado:

—¡Cómo ha de tener honor un ratero como usted!

Semejante respuesta significaba un desafío. Así, en medio de las

deliberaciones, dos oficiales se despegaron del grupo dispuestos a batirse a duelo.

Manuel de Vera, el ayudante de Belgrano, avisó al general: “Señor, aquellos hombres van desafiados”. El general gritó furioso: “¡Qué insubordinación es ésta!”. Los demás reaccionaron y cabalgaron hacia Moldes y Carreto para frenarlos. El incidente terminó de inmediato y todos volvieron a concentrarse en el dilema: ¿Qué ejército había vencido?

La respuesta llegó el 25 de septiembre, cuando Tristán, cuyo ejército perdió más de mil cien hombres (450 muertos, 687 prisioneros), casi toda su artillería y una notable cantidad de armas, resolvió ampararse en la noche para huir rumbo a Salta.

La batalla de Tucumán pudo haber sido el comienzo del fin para los revolucionarios de 1810. Pero no. Porque Belgrano, fundamental protagonista de Mayo, estaba allí para sostener los ideales que presagiaban el surgimiento de una nueva y gloriosa nación.

Por esas curiosidades que tiene la historia, Belgrano resultó victorioso en Tucumán en 1812, el 24 de septiembre; y San Martín los derrotó en San Lorenzo al año siguiente, el 3 de febrero. Ya dijimos que don Domingo Belgrano, padre del prócer, murió en 1795, el 24 de septiembre. Don Juan de San Martín, padre del Libertador, nació en 1728, el 3 de febrero.

10
PASIONES PARALELAS

EL ENOJO CON GÜEMES

Por su valor y entrega, Martín Miguel de Güemes había sido distinguido por Juan Martín de Pueyrredon, jefe del Ejército del Norte en retirada, luego ser vencidos en Huaqui. El hacendado salteño había cumplido con éxito la misión de hostigar a los realistas en la ciudad altoperuana de Tarija, tomado prisioneros, cañones, municiones y hasta había tenido tiempo para reunir unos setenta hombres que engrosaran las filas patriotas. En el norte, Güemes comenzaba a ser visto como un elemento de peso para el futuro de la Guerra de la Independencia.

Pero su ascendente carrera perdió todo el impulso porque Belgrano decidió castigarlo. La historia de lo que ocurrió es la siguiente:

El 1 de noviembre de 1812, un chasqui partió de Santiago del Estero portando una carta del alcalde de la ciudad, Germán Lugones, dirigida al general Belgrano, quien se encontraba en Tucumán organizando las fuerzas para avanzar hacia el norte.

La carta comentaba un escándalo. Una vecina santiagueña, Juana Inguanzo, casada con un oficial patriota, hacía vida de pareja con Martín Güemes, joven soltero de 28 años, camarada del perjudicado. Según le contaba Lugones a Belgrano, el romance, que tenía poco de clandestino, también era comentado en las tertulias de Jujuy y de Salta.

Belgrano mandó llamar al teniente de Dragones Sebastián Mella, marido de Juana, y le preguntó por qué motivo se habían separado. El hombre le explicó que había intentado poner punto final a la relación escandalosa de su mujer y Güemes. Pero su compañero de armas, más que prestar atención al reclamo, lo había amenazado —en varias oportunidades— diciéndole que iba a matarlo. Mella, entonces, había resuelto buscar otro interlocutor con

autoridad sobre Güemes. Acudió a Pueyrredon, pero, según palabras del damnificado, solo logró que aumentaran las burlas hacia él. Resignado, había optado por dejar de quejarse.

Belgrano meditó el asunto. Consideró la posibilidad de iniciar un procedimiento judicial. Pero lo descartó porque le pareció que sería demasiado escandaloso y tal vez ineficaz. Optó por otro camino. El 10 de noviembre de 1812 envió a Güemes la orden de que saliera para Buenos Aires a más tardar a las veinticuatro horas de recibir la notificación. La instrucción era que se presentara ante el Triunvirato y "por convenir así al servicio de la Patria".

También escribió a Lugones, quien lo había puesto al tanto del tema. Le exigió que convocara a Juana Inguanzo y la intimara a que en un plazo de setenta y dos horas partiera rumbo a Tucumán para reunirse con su marido, "y para que lo pueda verificar sin el menor embarazo, le proporcione por su justo precio los auxilios que necesite". Dejó en claro que no se trataba de una invitación; y que, en caso de que se negara a viajar a Tucumán, el propio Belgrano tomaría medidas para que cumpliera la resolución.

Por último, comunicó a las autoridades de Buenos Aires lo que se había enterado y las disposiciones al respecto. Y aclaró que "solo he tenido por objeto la conservación del orden, el respeto a la religión, y el crédito de nuestra causa, que ha padecido sobremanera por la tolerancia de algunos jefes y magistrados en la consideración de esta clase de delitos".

Güemes partió rumbo a Buenos Aires. Inguanzo, a Tucumán. Y el Triunvirato aprobó lo resuelto por el jefe del Ejército del Norte, mediante una nota fechada el 26 de noviembre:

> *Es de aprobación de este gobierno la prudente y justa resolución de Vuestra Señoría a consecuencia de lo informado por el alcalde de Santiago sobre la escandalosa conducta del oficial don Martín Güemes, a quien ha ordenado Vuestra Señoría, se presente en esta capital, y que doña Juana Inguanzo pase a Tucumán a unirse con su esposo don Sebastián Mella.*

El salteño arribó a Buenos Aires el 27 de enero de 1813, en momentos en que los granaderos de San Martín se alistaban para partir a Santa Fe (y vencer a los realistas en San Lorenzo el 3 de febrero). Se dirigió al Triunvirato,

elevando una solapada queja por su situación:

La voz imperiosa de las necesidades de la Patria era suficiente razón para que el presentante se prestase gustoso a cualquier sacrificio. Pero un oficial que está tan asegurado de su buena conducta, de su honor y de haber desempeñado como el mejor todas las funciones que han sido de su cargo, no puede mirar con indiferencia una especie de confinación que degrada su honor y distinguidos servicios.
Por tanto: suplica a vuestra excelencia se digne pasarle noticia de cualquier causa que hubiese motivado a ésta.

El gobierno porteño consultó a Belgrano, quien, lejos de apaciguar los ánimos, redobló la apuesta. El oficio que vamos a transcribir tiene fecha 26 de febrero, es decir que fue redactado en Salta, seis días después de la gloriosa batalla que se dio en dicha localidad y en la que Güemes no participó por hallarse confinado en Buenos Aires.

Si el teniente coronel don Martín Güemes procediese con el honor que corresponde a su carácter, se abstendría de pedir se le hiciesen saber las causas que dieron motivo, no a ser confinado, sino a que marchara para esa Capital a disposición de Vuestra Excelencia, pues él no puede ignorarlas cuando su propia conciencia le debe acusar de que su vida escandalosa ha sido demasiado pública en Jujuy y después en esta ciudad y la de Santiago del Estero.

En otro de los párrafos expresó:

Las virtudes y servicios militares de este individuo no son tantas ni de tanto valor como se ponderan vulgarmente. Virtudes, ciertamente, no se le han conocido jamás, y sus servicios han sido manchados con ciertos excesos, o mejor diré delitos de que tengo fundamentos muy graves para creerlos, aunque no documentados, porque cuando llegaron a mi noticia, juzgué inoportuno y extemporáneo el indagarlos.
Por lo mismo considero que no podrá ser útil en este ejército, que trato de depurarlo de toda corrupción a toda costa.

Por último, Belgrano aconsejó:

Si Vuestra Excelencia considera que este oficial, absteniéndose de su relajada conducta, puede ser útil a la Patria, lo será tan solamente en esa ciudad o en el Ejército de la Banda Oriental. Bajo este concepto, Vuestra Excelencia resolverá lo que juzgue conveniente.

La determinación del jefe no ofreció espacio para ningún tipo de negociación. Güemes podría ser un soldado de valía. Pero en el norte, donde mandaba Belgrano, no era bienvenido.

INTERMEDIO ROMÁNTICO

Josefa Ezcurra y su primo Juan Esteban se casaron en 1803. La relación tuvo un punto final en 1810, cuando el marido resolvió regresar a España, disconforme con los acontecimientos revolucionarios. Cabe especular que el matrimonio aún no se había calibrado. Porque Josefa se quedó en Buenos Aires. Y, de esta manera, se separaron de hecho. Ese era el método habitual. Uno lejos del otro. La institución matrimonial se mantenía, pero solo en el título, ya que no había más convivencia. Por lo tanto, la señora Ezcurra de Ezcurra lo era en los papeles y en todas las formalidades sociales. Pero en 1812 y con 25 años, esta joven que en 1802 había comenzado a tejer una historia de amor con Belgrano estaba sola.

Salteando páginas de glorias belgranianas, llegamos a los últimos días de febrero de 1812. El general recibió la orden de marchar al norte. Lo hizo de inmediato.

En cuanto a Josefa, la próxima referencia que se tiene es que durante la primera quincena de marzo dejó Buenos Aires para viajar al norte del territorio. Sola o tal vez en compañía de un criado. ¿Cuántas mujeres abandonarían la ciudad capital para dirigirse a la frontera, donde la guerra no era un comentario de tertulias sino un ejercicio cotidiano? Según el biógrafo Isaías García Enciso, el viaje le demandó cuarenta días. A fines de abril, en San Salvador de Jujuy, se reencontró la pareja.

A este rompecabezas le faltan muchas piezas. Salvo que creamos que ella viajó en carruaje durante varias semanas para sorprender a un hombre que

había conocido diez años antes, lo más lógico sería especular que habían seguido manteniendo contacto, probablemente luego de la partida del marido.

¿Cuál fue el tiempo en que coincidieron en Buenos Aires desde la separación informal de los Ezcurra? De los veintiún meses que corrieron entre junio del año 10 y febrero del 12, Belgrano estuvo, en forma discontinua, unos once meses. Si hubo correspondencia, cartas o esquelas, nada de eso ha llegado a nuestros días. Pero el sentido común nos indica que el caballero estaba al tanto del viaje de la dama.

Manuel y Josefa permanecieron juntos en el norte alrededor de ocho meses que, a su vez, serían los únicos. En el transcurso de esos meses de 1812 tuvieron lugar tres acontecimientos que quedaron grabados en los anales de la Patria: la bendición de la bandera argentina en San Salvador de Jujuy (el 25 de Mayo), el éxodo jujeño (iniciado el 23 de agosto) y la batalla de Tucumán (24 de septiembre).

En Tucumán, a comienzos de enero de 1813, cuando el ejército se alistaba para marchar rumbo al norte en persecución de los realistas, Manuel y Pepa se separaron, luego de ocho meses de amor y guerra. Él se dirigió a Salta, mientras que ella tomó el camino de regreso. Pero no llegó a Buenos Aires. Se detuvo en Santa Fe. A esperar el nacimiento de su hijo. Porque cuando se despidió de su amado, tenía un embarazo de ocho semanas.

11
BATALLA DE SALTA

20 DE FEBRERO DE 1813

Tucumán quedará en el recuerdo como aquella victoria deseada e impensada. Pero la batalla de Salta fue la que desparramó entusiasmo en todo el territorio.

Es que esta victoria tenía sabor a definitiva. Fueron una semana de preparativos más tres horas de combate. Para entender la forma en que se dio, nos permitimos evocar una situación cotidiana. Imaginemos que un hombre es perseguido por otro en una calle. El acosado llega a la esquina y se esconde en la ochava para sorprender a quien lo acecha; pero éste, en vez de seguir camino al inevitable encuentro, decide dar la vuelta a la manzana en el sentido contrario y aparece desde un lugar impensado. Así fue la acción de Salta. Con el ejército de la Patria asediando al realista y sorprendiéndolo.

A mediados de febrero los soldados de la corona huían hacia el norte mientras sus perseguidores se las ingeniaban para no perderles pisada.

La geografía salteña ofrecía un sistema básico de defensa para los realistas. Se ubicaron en la entrada angosta del camino que conducía a la ciudad. De esta manera, los hombres de Pío Tristán se prepararon para recibir —por decirlo de alguna manera— a los vencedores de Tucumán. Eustaquio Díaz Vélez comandaba la vanguardia y allí se mantuvieron ambos bandos amenazándose el 16 y 17 de febrero de 1813.

Mientras tanto, Belgrano —aconsejado por el oficial salteño Apolinario Saravia—, avanzaba por un camino poco conocido y con muchas dificultades. El objetivo era dar la vuelta a la manzana. Encontrarse con los realistas en una batalla de frente invertido, al igual que Tucumán: los realistas de espaldas al sur y los patriotas, al norte.

Las lluvias del 18 y 19 de febrero impidieron concretar el ataque

sorpresivo a las fuerzas realistas. En la mañana del 20, la copiosa precipitación continuaba demorando el progreso de las fuerzas patriotas. Recién con el sol del mediodía, cuando comenzó a secárseles la ropa, los patriotas se formaron para atacar. En la víspera y también esa mañana, Belgrano había estado vomitando sangre. El malestar fue producido por la enorme carga de tensión de esos días. Para remediar el problema y no faltar a la cita, se preparó un pequeño transporte, denominado carretilla, que le ahorraba el esfuerzo de montar. Pero al mediodía se había restablecido y pudo entrar al campo de acción a caballo.

Para los españoles, la aparición patriota por detrás fue una verdadera sorpresa. La tradición sostiene que el coronel realista, al ser informado de que el enemigo estaba a sus espaldas exclamó: "¡Ni que fueran pájaros!".

Esta táctica que llevó adelante Belgrano debió haberla aprendido a partir de su experiencia en Tacuarí. Recordemos que en aquella oportunidad se sentía protegido por el río, pero Cabañas apareció con el grueso del ejército por el lugar menos pensado.

El mapa, entonces, quedó conformado de la siguiente manera: Belgrano al norte, entre el monte San Bernardo y el San Lorenzo. Pío Tristán al sur, entre los dos mismos montes, y con las cuarenta manzanas de la ciudad de Salta a sus espaldas.

El primer ataque de los realistas pareció lograr algún efecto e hizo dudar de las posibilidades del ala izquierda del Ejército del Norte. Pero Forest y Superí se sostuvieron y todo terminó con las huestes del rey huyendo a guarecerse a la ciudad. El jefe enemigo trató de mantener esa posición y envió refuerzos que intentaran alguna carga. Sin embargo, esos auxiliares, preocupados por la falta de apoyo, terminaron dando la vuelta para internarse con sus camaradas en el poblado salteño. Así facilitaron a Belgrano el ataque al resto de la formación. Tres mil quinientos realistas enfrentaban a tres mil patriotas.

Dorrego, una vez más, daba muestras de su valentía. Díaz Vélez aullaba enfurecido por la herida en el muslo que había recibido y no le permitía seguir batallando. Tristán ya había perdido el equilibrio de sus fuerzas y los pocos hombres que quedaban en el campo temían ser acorralados. Por lo tanto, imitaron al resto. Corrieron en busca de la protección de la ciudad. A pesar de los esfuerzos del jefe en ubicar a sus hombres en las trincheras que ya tenían preparadas, la mayoría prefirió esconderse en la iglesia o en casas particulares.

La situación para los soldados de la corona era de tal gravedad que Tristán convocó a sus oficiales y les planteó su determinación. No había demasiadas opciones. Resolvió enviar a Felipe La Hera para conferenciar con Belgrano. Cabizbajo y comprendiendo la situación de inferioridad en que se encontraba, La Hera le comunicó que Tristán estaba dispuesto a rendirse.

Esa tarde, Belgrano alcanzó la cima de su prestigio.

LA NOTICIA MÁS CELEBRADA

La importancia de la victoria debía comunicarse cuanto antes al gobierno. Aún resonaban el griterío y los estruendos, cuando Belgrano dictó un apurado oficio, dirigido al Triunvirato, dando cuenta del triunfo:

Salta, 20 de febrero de 1813.
Excelentísimo Señor:
El Todopoderoso ha coronado con una completa victoria nuestros trabajos: arrollado, con las bayonetas y los sables el ejército al mando de don Pío Tristán, que se ha rendido del modo que aparece de la adjunta capitulación.
No puedo dar a Vuestra Excelencia una noticia exacta de sus muertos y heridos, ni tampoco de los nuestros, lo cual haré más despacio, diciendo únicamente por lo pronto, que mi segundo, el mayor general Díaz Vélez, ha sido atravesado en un muslo de bala de fusil, cuando ejercía sus funciones con el mayor denuedo, conduciendo el ala derecha del Ejército a la victoria.
Su desempeño y el del coronel [Antonio] *Rodríguez, Jefe del ala izquierda y el de todos los demás comandantes de División, así de Infantería como de Caballería e igualmente el de los oficiales de Artillería y demás cuerpos del Ejército ha sido el más digno y propio de los americanos libres, que han jurado sostener la soberanía de las Provincias Unidas del Río de la Plata, debiendo repetir a Vuestra Excelencia lo que le dije en mi parte de 24 de septiembre pasado: que desde el último soldado hasta el jefe de mayor graduación, e igualmente el paisanaje se han hecho acreedores a la atención de sus conciudadanos y a las distinciones con que no dudo que Vuestra Excelencia sabrá premiarles.*

Dios guarde a Vuestra Excelencia muchos años, 20 a la noche de febrero de 1813

El chasqui partió volando a Buenos Aires esa misma noche. Arribó, luego de recorrer en diez jornadas más de mil doscientos kilómetros en medio del calor infernal del verano, el 3 de marzo. Se dirigió al Fuerte con la carta que había escrito Belgrano y la capitulación suscrita por Goyeneche, el general en jefe del ejército real.

Al día siguiente, el parte fue publicado en un número extraordinario de la *Gaceta*. El Cabildo de Buenos Aires comisionó a Juan Bernabé y Madero para que mandara hacer un bastón para obsequiarle al héroe. Asimismo, colmados de entusiasmo, los representantes de la Asamblea General Constituyente —o Asamblea del Año XIII— otorgaron el título de beneméritos a los guerreros, votaron a favor de la creación de un monumento conmemorativo en el propio campo de batalla y también, impulsados por la alegría desbordante, resolvieron ofrecer un jugoso premio al comandante de las tropas. El secretario del cuerpo, y amigo del gran jefe, Vicente Anastasio Echevarría, optó por despachar un obsequio personal: un coqueto largavistas que el general bautizó “anteojitos”. Por su parte, la Asamblea decidió recompensar a Belgrano con cuarenta mil pesos, una cifra extraordinaria que se obtendría a través de la venta de tierras fiscales. Era un premio excesivo en el monto, pero lo que había logrado Belgrano era invalorable: la victoria fue inmediatamente relacionada con el fin de la guerra.

EL GRAN PREMIO

El nombre de Manuel Belgrano se repetía en cada casa de Buenos Aires. Las victorias sobre los realistas en San Lorenzo, el 3 de febrero (vencidos por los Granaderos de San Martín) y Salta, el 20 del mismo mes, levantaron el ánimo general. La Revolución de 1810 comenzaba a echar raíces.

El correo partió hacia Salta con correspondencia para el benemérito general Belgrano. Entre las muchas cartas figuraba la que decretaba la premiación de cuarenta mil pesos que le hacía el Gobierno.

Vayan algunos ejemplos para entender la magnitud de la donación. En esos meses se había organizado una gran colecta entre los oficiales que

participaron en la batalla de Tucumán para pagar los funerales de los muertos y asistir a sus familias: los quinientos pesos reunidos habían sido muy ponderados. Además:

- En esa época, por lo general los oficiales del ejército cobraban entre seiscientos y mil quinientos pesos anuales.
- Los de superior rango podían alcanzar unos dos mil doscientos a dos mil cuatrocientos pesos al año.
- Cien pesos era el impuesto mensual que pagaba aquel que se dedicara a organizar el fructífero juego de la lotería.
- Un aviso de la *Gaceta* de esos días ofrecía seis esclavos por doscientos pesos.
- Saturnino Segurola, el encargado de vacunar a los habitantes del territorio, tenía un asistente que cobraba doscientos pesos al año.
- Un maestro podría ganar entre trescientos y cuatrocientos pesos anuales.

Cuarenta mil pesos era mucho dinero y también podemos apreciarlo por el siguiente hecho:

El Gobierno había decidido premiar a la tropa con un sobresueldo, es decir, una paga extra por encima del ingreso habitual. A fines de marzo de 1813, Belgrano recibió la comunicación de que se le estaba enviando dinero. Llegarían a Jujuy para pagar premios y sueldos un total de cuarenta mil pesos. Sí, se recompensaría a toda la tropa con el mismo importe con el que había sido premiado el comandante. Según la notificación del gobierno, ese dinero viajaba en dos carretillas hacia el norte. Para que se entienda mejor, las carretillas eran unas carretas más pequeñas que no tenían comodidad para transporte de personas, sino de cargas. Por lo tanto, podemos comprender la dimensión de la recompensa. Si Belgrano hubiera aceptado el premio y éste se le hubiera pagado en efectivo, todo ese dinero debería haber sido transportado en dos carretas chicas.

Cuando el Jefe del Ejército del Norte tomó conocimiento de la premiación no vaciló en responder aceptándola. Pero no para él:

Excelentísimo Señor:
El honor con que Vuestra Excelencia me favorece al comunicarme los Derechos de la Soberana Asamblea Nacional Constituyente en que se

digna condecorarme con un sable de guarnición de oro que lleve en la hoja grabada la siguiente inscripción: "La Asamblea Constituyente al benemérito General Belgrano", y premiar mis servicios, pero especialmente el que acabo de hacer en la gloriosa acción del veinte pasado en Salta, con la donación en toda propiedad de la cantidad de cuarenta mil pesos señalados en valor de fincas pertenecientes al Estado; me empeña sobremanera a mayores esfuerzos y sacrificios por la libertad de la Patria.

Pero cuando considero que estos servicios en tanto deben merecer el aprecio de la Nación, en cuanto sean efectos de una virtud y fruto de mis cortos conocimientos dedicados al desempeño de mi deber, y que ni la virtud ni los talentos tienen precio, ni pueden compensarse con dinero ni degradarlos.

Cuando reflexiono que nada hay más despreciable para el hombre de bien, para el verdadero patriota que merece la confianza de sus conciudadanos en el manejo de los negocios públicos que el dinero o las riquezas.

Cuando reflexiono que estas riquezas son un escollo de la virtud que obliga a despreciarlas, y que adjudicadas en premio no solo son capaces de excitar la avaricia de los demás, haciendo que por principal objeto de sus acciones subroguen el bienestar particular al interés público, sino que también parecen dirigir a lisonjear una pasión seguramente abominable en el agraciado.

[Cuando considero todo esto], *no puedo dejar de representar a Vuestra Excelencia que sin que se entienda que miro en menos la honrosa consideración que por mis servicios se ha dignado a dispensarme la Asamblea, cuyos Soberanos Decretos respeto y venero, he creído propios de mi honor y de los deseos que me inflaman por la prosperidad de mi Patria, destinar los expresados cuarenta mil pesos para la dotación de cuatro escuelas públicas de primeras letras (en que se enseñare a leer y escribir, la Aritmética, la Doctrina Cristiana y los primeros rudimentos de los derechos y obligaciones del hombre en sociedad, hacia ésta y al gobierno que rige) en cuatro ciudades a saber: Tarija, ésta* [Jujuy], *Tucumán y Santiago del Estero (que carecen de un establecimiento tan esencial e interesante a la religión y al Estado, y aun de arbitrios para realizarlo) bajo del reglamento que pasaré a Vuestra Excelencia y* [que también] *pienso dirigir a los respectivos cabildos con el correspondiente*

aviso de esta determinación, reservándome el aumentarlo, corregirlo o reformarlo siempre que lo tenga por conveniente.
Espero que sea de la aprobación de Vuestra Excelencia un pensamiento que creo de primera utilidad y que no lleva otro objeto que corresponder a los honores y gracias con que me distingue la Patria. Dios guarde a Vuestra Excelencia muchos años. Jujuy, treinta y uno de marzo de mil ochocientos trece.
Manuel Belgrano

Abnegado y generoso, golpeado por la salud, encontró la forma de avanzar con un proyecto educativo. Seguro habrá recordado los tiempos en que todo conspiraba contra sus planes de crear escuelas en los días del Consulado. Pero en este caso, la selección de los lugares encerraba un mensaje de reconocimiento y gratitud.

REGLAMENTO PARA LAS ESCUELAS

La donación del premio recibido por el triunfo en Salta tuvo un corolario. Belgrano se encargó de escribir un reglamento para que rigiera en cada uno de los cuatro establecimientos: el de Tarija, el de Jujuy, el de Tucumán y el de Santiago del Estero. Los veintidós artículos demuestran que el donante se regía por los lineamientos del gran educador suizo Enrique Pestalozzi. Además, se concentró en la financiación. Explicaba que si a cada provincia se le entregaban diez mil pesos, el interés anual que obtendrían sería de quinientos por escuela. Ese dinero tenían que utilizarlo de la siguiente manera: cuatrocientos pesos para pagar el sueldo del maestro (era una buena remuneración) y cien para asistir a los padres de bajos recursos con los elementos para el aula: papel, tinta y libros. En caso de que hubiera un excedente, se emplearía para comprar premios para estímulo de los estudiantes más destacados.

Proponía que el cargo del docente durara tres años y luego se hiciera una reevaluación para determinar si se proseguía con el mismo maestro o se lo cambiaba. Debían enseñar “a leer, a escribir y a contar”. También, la gramática, el catecismo y “el conocimiento del origen y objeto de la sociedad”. Esto incluía —por favor, prestemos atención— el aprendizaje de

los derechos y obligaciones de un ciudadano hacia el prójimo y la autoridad.

Duración del ciclo lectivo: todo el año, dividido en dos semestres, el primero desde octubre hasta marzo, de lunes a sábado en doble turno (siete a diez de la mañana y tres a seis de la tarde) salvo los jueves, que se daba asueto a partir del mediodía. A las cinco, finalizada la actividad en el aula, los chicos y el maestro concurrirían a misa. Horario de invierno: ocho a once y dos a cinco.

Tampoco dejó los asuetos librados al azar. Además de los jueves a la tarde, estableció que las clases se suspenderían en fechas de evocación patriótica, tales como el 31 de enero (inicio de sesiones de la Asamblea del Año XIII), 20 de febrero (Batalla de Salta), 25 de Mayo y 24 de septiembre (Batalla de Tucumán).

El maestro debía encargarse de explicarles la importancia de cada fecha. A la vez, habría un asueto común, aunque exento de significación histórica, el 1 de enero; y dos más específicos para cada escuela: el día del maestro y el del fundador de la ciudad. Se refería a los días de sus santos patronos, también llamado onomástico.

Y allí había otra referencia que Belgrano estimaba importante: opinó que al maestro no solo había que darle un asiento preferencial en las principales misas del año, sino que había que considerarlo un Padre de la Patria.

Propuso que los estudiantes más avanzados en escritura solo la ejercitaran en dos carillas y emplearan el tiempo restante en la lectura de obras de conocimiento general, doctrina cristiana, aritmética o gramática.

Respecto de los castigos, eran severos, de acuerdo con los tiempos. Por eso no debe llamar la atención que Belgrano haya contemplado el castigo corporal como una de las herramientas para la formación de los chicos cuando escribió este reglamento en el año 1813. Él mismo planteaba lo siguiente:

> *Art. 15°. Solo se podrá dar de penitencia a los jóvenes, el que se hinquen de rodillas. Pero por ningún motivo se los expondrá a la vergüenza pública, haciendo que se pongan en cuatro pies, ni de otro cualquier modo impropio.*
> *Art. 16°. A ninguno se le podrán dar arriba de seis azotes por defectos graves; y solo por un hecho que pruebe mucha malicia, o sea de muy malas consecuencias en la juventud, se le podrán dar hasta doce,*

haciéndolo esto siempre separado de la vista de demás jóvenes.
Art. 17°. Si hubiere algún joven de tan mala índole o de costumbres tan corrompidas que se manifieste incorregible, podrá ser despedido secretamente de la escuela con acuerdo del alcalde de primer voto, del regidor más antiguo y del vicario de la ciudad, quienes se reunirán a deliberar en vista de lo que previa y privadamente les informe el preceptor.

También le prestaba mucha atención al aseo. Belgrano quería que en sus escuelas los estudiantes se vieran pulcros; pero ninguno debía vestir con lujo, "aunque sus padres quieran y puedan costearlo".

Los inspectores y supervisores, hoy tan vigentes, también estaban contemplados en el reglamento. Un día de la semana, al azar, un funcionario del Cabildo tenía la obligación de concurrir con el fin de ver cómo se desarrollaban las clases. A la semana siguiente iría otro; y así, cada semana. De esta manera, podía tener diferentes miradas acerca de la labor del docente.

Además, él se reservaba el derecho de enviar a alguien de su confianza para llevar a cabo una "visita extraordinaria", ver en qué condiciones se daban las clases y cómo se manejaba el maestro. Deseaba estar cerca de la evolución de cada una de las cuatro escuelas.

Uno de los principales artículos, el decimoctavo, contenía un decálogo de los temas que debía inspirar el maestro en sus alumnos:

1. *Amor al orden.*
2. *Respeto a la religión.*
3. *Moderación y dulzura en el trato.*
4. *Sentimientos de honor.*
5. *Amor a la virtud y a las ciencias.*
6. *Horror al vicio.*
7. *Inclinación al trabajo.*
8. *Desapego del interés.*
9. *Desprecio de todo lo que diga a profusión y lujo en el comer, vestir y demás necesidades de la vida.*
10. *Un espíritu nacional, que les haga preferir el bien público al privado, y estimar en más la calidad de americano, que la de extranjero.*

Una aclaración muy necesaria es que el donante no ofreció el dinero para fundar las escuelas, sino para dotarlas. Esto significa que quería encargarse de todo lo necesario para su funcionamiento.

Con el correr del tiempo fueron varias las escuelas que se atribuyeron ser parte del legado del prócer. Entre ellas nombramos a la Escuela Santo Domingo, de Santiago del Estero, que funcionó entre 1815 y 1857, y dos que abrieron sus puertas en 1825, en Tarija y Jujuy, pero cerraron pocos años después por falta de fondos; los que les correspondían —para dotarlas— no llegaban desde Buenos Aires. Lo cierto es que las cuatro que hoy se mencionan como oficiales son: Escuela General Belgrano, en Tarija (del año 1974); Escuela de la Patria Doctor Manuel Belgrano, en San Miguel de Tucumán (1998); Escuela de la Patria, en Loreto, Santiago del Estero (1999), y Escuela Legado Belgraniano, en Campo Verde, San Salvador de Jujuy (2004). Las últimas tres fueron impulsadas a partir de una resolución del Ministerio de Educación de 1997.

El reglamento de Belgrano terminó siendo utilizado en Santiago de Chile, en Córdoba y en algunas otras ciudades del país. Fue modelo para escuelas que estaban formándose en el territorio. Como vemos, también se le debe el reconocimiento como inspirador en el área de la educación.

LOS JURAMENTADOS DE SALTA

El saldo en las filas enemigas fue devastador. Quedaron cuatrocientos sesenta muertos en el campo de batalla, unos ciento treinta heridos y el resto del ejército realista había capitulado. Nunca se había logrado semejante resultado en una batalla por la Guerra de la Independencia. Fue entonces cuando se dio la situación que generaría tantas críticas.

Belgrano autorizó que el enemigo se marchase con la condición de que sus jefes jurasen que no volverían a luchar contra el ejército de Buenos Aires. Además, los vencidos se comprometían a entregar el armamento y devolver a los prisioneros. También se determinó que partirían cuanto antes de Salta y de Jujuy.

¿Fue una medida equivocada? La mayoría de los estudiosos de la batalla de Salta coinciden en que Belgrano cometió un error. También lo manifestaron sus contemporáneos. Hubo quien le planteó que debería

haberlos ejecutado. Incluso un conocido político de los tiempos de Sarmiento lo calificó de “tonto” por su actitud aquella tarde de febrero.

A los críticos, Belgrano les respondió que era muy fácil considerar opciones desde escritorios alejados del campo de batalla. Estaba convencido de que la mejor idea era que cada soldado regresara a su casa con una nueva percepción acerca de Buenos Aires y su ejército: los vencedores no eran demonios, no eran salvajes. Los porteños los trataban como hermanos. Tal vez también en esto se inspiró en Tacuarí. Porque Cabañas los tuvo a su merced y, a pesar de la ventaja, los dejó ir. Claro que en aquella oportunidad Belgrano cumplió su palabra. Pero en este caso, cuando Tristán reunió a los hombres en Potosí, les explicó que tenían el perdón del obispo y que el juramento que habían hecho no tenía ninguna validez.

Por su parte, el virrey José de Abascal había dicho que la rendición no tenía ninguna validez porque sus generales carecían de autoridad para firmar ese tipo de armisticio. ¿Entonces Belgrano tendría que haberse quedado con ese grupo de prisioneros? ¿Sería posible con sus tres mil hombres mantener a otros tantos cautivos? Debía alimentarlos, vigilarlos, curarlos. Ya había descartado ejecutarlos.

¿Muchas de las muertes de las próximas batallas por la Independencia en el Alto Perú, incluso en la campaña libertadora de San Martín, podrían haberse evitado si Belgrano hubiese tomado otra decisión? Pudo haberse equivocado, algo factible en cualquier persona que asume una responsabilidad. Pero Belgrano optó por el perdón, por la vida de sus compatriotas porque, en definitiva, eran americanos. Y, en realidad, tanto no se equivocó: de aquel ejército de más de tres mil hombres juramentados apenas la décima parte volvió a actuar contra las armas de Buenos Aires. Este reducido grupo se hacía llamar “El escuadrón de la muerte”. Porque estaba más que claro que cualquiera de ellos, en caso de ser tomado prisionero por Belgrano, sería ejecutado en forma inmediata.

Más allá de la polémica resolución, el triunfo de Salta se celebró como si fuera el fin de la guerra. Nunca en el actual territorio argentino se logró una victoria de tal magnitud. Y tuvo algo que la hizo aun más especial. Fue la primera vez que en el campo de batalla se vio la bandera, la insignia celeste y blanca. Sí, la enseña que Belgrano nos legó.

12
ETAPA ALTOPERUANA

DORREGO, EL PREFERIDO

Lo quería como a un hijo. Desde que se hizo cargo del Ejército del Norte, Belgrano mostró preferencia por Manuel Críspulo Bernabé Dorrego. Se sabe del afecto paternal porque era una apreciación que hacían sus contemporáneos.

Dorrego, recientemente ascendido al grado de teniente coronel, aún no había logrado curar la herida recibida en el combate de Nazareno, durante la primera Campaña al Norte, al mando de Castelli, cuando una bala le atravesó la garganta y lo obligó a usar un caño de plomo para poder ingerir alimentos y bebidas. En mayo de 1812 faltaba un mes para que Belgrano cumpliera 42 años y Dorrego 25.

El joven demostraba ciertas cualidades que el jefe aprobaba. Era valiente en el campo de batalla, confiable para las comisiones y trámites y además tenía una buena formación: había abandonado los estudios que lo hubieran convertido en doctor en Leyes por las urgencias de la guerra.

Según el recuerdo de sus camaradas, Dorrego era tan simpático y bromista como valiente y motivador. Algunos lo tildaron de altanero y soberbio. Pero había caído en gracia con el nuevo jefe, quien lo nombró su edecán y, a la vez, secretario. A partir de entonces, participaba de todas las reuniones del alto mando, escribía y leía la correspondencia del general, firmaba cartas y comunicaciones, cumplía trámites y comisiones encargadas directamente por el comandante y, sobre todo, se convirtió en confidente del jefe, que lo trataba como si fuera un hijo.

Los problemas de indisciplina comenzaron cuando Belgrano envió a Dorrego a Buenos Aires, donde debía entregar informes secretos al gobierno. Amparado en el hecho de ser el emisario del jefe del Ejército del Norte y

desbordando pasión juvenil, combinado con falta de madurez, terminó exasperando a Miguel de Azcuénaga (quien había sido vocal de la Primera Junta, al igual que Belgrano) y marchó detenido al cuartel de los Granaderos a Caballo de San Martín, en Retiro.

Luego de dar las debidas explicaciones, partió al norte para reincorporarse al Ejército. Belgrano conoció los pormenores del incidente de Buenos Aires, pero no le dio importancia. Dorrego continuó siendo su mano derecha. Hasta que le apareció un competidor. La llegada del barón de Holmberg (había arribado junto con San Martín y al poco tiempo fue enviado al norte para asistir a Belgrano con sus conocimientos militares) entusiasmó al jefe del Ejército. Dorrego seguía integrando la mesa chica y se mantenía como entenado del general, pero Holmberg comenzó a ganarse espacios y, sobre todo, la confianza de Belgrano.

El jefe presentía que, a pesar de su carácter díscolo, Dorrego era una pieza clave en los enfrentamientos armados. Su actuación en Tucumán (se dice que fue el principal hacedor del triunfo, junto con Forest) y en Salta confirmó su prestigio militar.

Durante el avance hacia el Alto Perú resurgieron los problemas de conducta. Por empezar, se había ensañado con Holmberg y no perdía oportunidad de difamarlo. Pero el comienzo del fin tuvo lugar en una de las semanas más emotivas de aquel tiempo. Fue cuando por fin los patriotas pudieron regresar y poner pie en San Salvador de Jujuy, ciudad que habían tenido que abandonar un año antes como consecuencia del famoso éxodo.

Los primeros en alcanzar esa posición fueron los Cazadores —tropas ligeras que se desplazaban a pie o a caballo, según la ocasión— dirigidos por Dorrego, seguidos por el regimiento de artillería al mando del francés Forest.

Estos dos oficiales de peso en el ejército que comandaba Belgrano habían construido una muy buena relación luego de la batalla de Tucumán. Lo mismo ocurría con los subordinados de los dos valientes. Pero en Jujuy se terminó la camaradería por un ridículo incidente.

Ingresando a la ciudad, los soldados de Forest se toparon con un integrante de los Cazadores de Dorrego, a quien daban por muerto o desertado. Sin aguardar ninguna explicación, lo aprehendieron y lo llevaron detenido al cuartel que ellos ocupaban.

Desbordado de ira, Dorrego envió a sus hombres a patrullar las calles, conminándolos a detener a cada artillero de Forest que estuviera caminando

solo.

Todo esto ocurría en ausencia de Belgrano, quien avanzaba con mayor lentitud, al ritmo del grueso del Ejército del Norte. Sin el jefe para poner orden, Jujuy asistía al enfrentamiento de los dos bravos oficiales que detenían soldados del otro, como si fuera una competencia para ver quién acumulaba más prisioneros.

Juan José de Arenales, gobernador interino de Jujuy, quien ya venía molesto por las actitudes altaneras del impetuoso oficial de los Cazadores, le informó a Belgrano lo que estaba sucediendo. El jefe mandó llamar a Dorrego y en el campamento mantuvieron una charla a solas.

Belgrano esperaba que la amonestación a su bravo oficial lo encauzaría. Sin embargo, a partir de aquel episodio, la relación fue perdiendo fuerza. En el círculo de oficiales era evidente que el general ya no lo quería como a un hijo. Y él, despechado, sumó a Belgrano al grupo de los no tolerados.

Los que más provecho sacaron de esta situación fueron los realistas.

RECUPERANDO TERRITORIO

A diferencia del triunfo en Tucumán, cuando resolvió mantenerse en la ciudad durante algunos meses, la victoria en Salta no lo detuvo. Avanzó prontamente hasta Jujuy. Hubiera querido continuar. No obstante, los problemas políticos y logísticos lo retuvieron en aquella ciudad a la que había decretado abandonar y que por fin recuperaba cumpliendo con la promesa hecha a los jujeños.

Carecía de ganado para alimentar a la tropa y de los recursos para acechar a los adversarios que retomaban el camino a Lima. La fiebre terciana estaba diezmando a sus hombres. La artillería iba muy retrasada desde Tucumán. Y no llegaban órdenes precisas desde Buenos Aires. El Ejército del Norte necesitó ir resolviendo estos problemas antes de continuar hostigando a los hombres del rey. Esa era una de las grandes lecciones que sumó de su experiencia en Paraguay. Alejarse y ser muy vertical en el avance podría perjudicarlos.

Aclaremos que la terciana era una habitual fiebre intermitente que aparecía cada tres días. Generaba grandes trastornos, sobre todo a los ejércitos, sin distinción de bandera. Manuel Belgrano la padeció durante doce días en los

que no pudo ocuparse de nada, como ocurría con todos los atacados. Porque se trataba de una fiebre violenta, altísima. Doce días sin Belgrano a la cabeza de las decisiones administrativas, la organización de la tropa y su paternal y constante aliento a los oficiales eran demasiada ventaja.

Sopesó los pros y contras y llegó a la conclusión de que lo mejor era ser prudentes. Sobre todo, teniendo en cuenta las condiciones del terreno, que se modificaban de manera abrupta en la actual zona boliviana: los caminos ofrecían mayores dificultades y la altura causaba estragos entre los soldados.

Además de que ya se tenía la experiencia del fracaso de Castelli en ese territorio. La derrota de Huaqui persistía en el recuerdo de los hombres que conformaban el Ejército del Norte. Respecto del primo de Belgrano, murió en Buenos Aires el 12 de octubre de 1812. El general se enteró de la infausta noticia durante su estadía en Tucumán.

El gobierno central prefería que siguiera avanzando. Desde Buenos Aires sugerían que no se detuviera ni un solo día. Las diferencias aparecían porque él entendía que toda la ayuda logística que necesitaba era fundamental para el éxito de la campaña, mientras que el Triunvirato consideraba que era más valioso el tiempo que los insumos.

La falta de recursos —y también su propia salud— le impedían avanzar. En esa situación se encontraba cuando el 3 de mayo recibió un oficio del gobierno reconviniéndolo por no haber seguido camino hacia Potosí que, según ellos, debía ser el primer destino de la campaña.

No le cayó bien este reclamo. Resolvió dar una larga respuesta, de la que extractamos cinco conceptos, a modo de resumen:

- Las operaciones militares de un ejército de quien depende la libertad e independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata deben ser pulsadas con juicio y madurez y no ejecutarse sin previsión ni conocimiento. Todo lo demás es exponerse a perder lo que se ha ganado y a volver al precipicio del que hemos salido.
- Yo creo que Vuestra Excelencia no recuerda cuáles son estos lugares, ni las distancias, ni las dificultades que se presentan para las atenciones aún más sencillas del Ejército.
- No ha habido parálisis en los movimientos del ejército, ni en nada de cuanto ha estado a mi cargo, ni mi genio me lo permite, ni mi deseo de concluir cuanto antes con la comisión que me reviste, y que me es

sumamente odiosa, y que no hay instante que no ansíe por verme libre de ella: es una injusticia, sea dicho con todo respeto, atribuirme el más pequeño descuido. Porque no lo tengo.

- ¿De dónde quiere Vuestra Excelencia que se saquen doscientos cincuenta cajones de fusiles que necesito? ¿De dónde quinientas mulas de carga y acaso algo más para el parque y maestranza? ¿Cómo componer y aun hacer las piezas que faltan? ¿Cómo montar la artillería, y arreglar las cureñas? ¿Dónde está ese número de artesanos para esos objetos, para fornituras, para tanto artículo como necesita el Ejército y todo hay que hacerlo?
- Aseguro a Vuestra Excelencia que me sería de la mayor satisfacción que viniese otro a vencer y allanar los obstáculos que embarazan la marcha del ejército y que, por más que redoblo mis esfuerzos, todo lo hallo lento y lo peor es sin que pueda remediar sino con el tiempo. Con gusto serviría con el fusil al hombro a sus órdenes.

La respuesta de Belgrano, fechada el 12 de mayo, se vio replicada en otra carta que el general le escribió el día 15 a Feliciano Chiclana, gobernador de Salta y amigo: “De Buenos Aires me apuran, según costumbre, y no quieren creer lo que cuesta cada movimiento del Ejército: ya se ve, están lejos, y no conocen el país, o no lo han estudiado”.

La presión del gobierno continuó y Belgrano, entendiendo que era el momento de dar unos pasos, se dirigió a Potosí.

DORREGO: RESABIOS DE COLEGIAL

Apenas habían transcurrido unas semanas desde que Belgrano había retado a Dorrego por su conducta en Jujuy, cuando un nuevo episodio volvió a enojar al jefe.

Ocurrió en Humahuaca, a fines de mayo o comienzos de junio. Dos jóvenes oficiales, Aguirre y Videla, se llevaban mal y, de acuerdo con informes oficiales y testigos, Dorrego, en vez de apaciguar los ánimos, avivó el fuego. Más aún, alentó para que se retaran a duelo y participó como padrino de uno de los contendientes.

En el campo del honor, ambos duelistas avanzaron con ímpetu ofensivo y

descuido defensivo. En segundos, los dos resultaron heridos y quedaron fuera de combate.

Cuando Belgrano llegó a Humahuaca, Dorrego, a cargo de la avanzada, ya había tomado el camino del Alto Perú.

En sus clásicas recorridas para supervisar todo, el general visitó el hospital. Allí atendían a Videla y Aguirre y conoció los detalles del duelo.

Rumbo a Potosí se encontró con Dorrego. Indignado, le ordenó que se dirigiera a San Salvador de Jujuy, se pusiera a disposición del gobernador interino y aguardara allí nuevas exigencias.

Al arribar a la ciudad altoperuana, escribió un informe al gobierno superior, cuyos puntos sobresalientes son los que siguen:

- Acaso no habrá un apreciador del mérito y servicios del teniente coronel Manuel Dorrego como yo. Pero me he propuesto olvidarme de todas relaciones cuando interviene el interés general de la Patria, y espero en Dios que me mantendré en este concepto.
- La corta edad y poca reflexión, sin duda, le han hecho acreedor a que lo releve del mando de comandante de Cazadores; y lo separé del Ejército para conservar en este la disciplina y subordinación estricta, que me he prometido, y quitar a los pueblos motivos de murmuración y disgustos; haciendo ver igualmente a los demás comandantes de que si así procedo con el que más he distinguido, ejecutaré otro tanto con el que llegare a faltar en lo más mínimo.
- Este oficial, o por su genio o porque se conoce útil o porque se cree superior a los demás por su denuedo, todas cosas propias de la edad, ha manifestado siempre en algunos actos su poca subordinación, no queriendo, o no gustando sujetarse a otro compañero como don Benito Álvarez, a quien nombré comandante en la vanguardia en Tucumán, y después en Jujuy.

La indisciplina del coronel contrastaba con el necesario coraje que aportaba en el campo de batalla. Pero Belgrano no tenía dudas acerca de cuál era la virtud principal. Según escribió, “el valor se necesita para cuarto de hora y la subordinación para siempre”.

En un principio, Belgrano miró hacia otro lado, esperando que se lograra encauzar la conducta. También pensó en escribirle una carta con tono

afectuoso, “haciéndole ver que era un niño”. De todos modos, cuando tuvo nuevas noticias de sus faltas, optó por manejarse con mayor firmeza y sentar precedente ante la tropa. Belgrano sostenía que, frente a “la despreocupación que reina en nuestra juventud”, se hacía necesario cortar de raíz, para que no se extendiera en el resto de los hombres. Con gran lucidez, advertía que los pueblos del norte prestaban mucha atención a la conducta de los dos ejércitos que pugnaban por su territorio. En aquella carta, informó a las autoridades que Dorrego, “no sólo estimuló, y se valió de todos los medios propios de colegial, cuyos resabios tiene todavía, para que se desafiasen dos oficiales, buenos jóvenes de su cuerpo, sino que fue a autorizar el desafío, sirviendo de padrino a uno de ellos”.

Dorrego lo había defraudado. El 14 de junio de 1813, Belgrano resolvió deshacerse de uno de sus oficiales más vehementes, de aquellos que en el campo de batalla podían definir la victoria.

PEPA EZCURRA Y PEDRO

Siete meses después de que Pepa Ezcurra partiera de Salta, en la primerísima hora del 30 de julio de 1813, nació en Santa Fe un varón al que bautizaron con los nombres de Pedro Pablo. En el registro del bautismo, al margen del libro, se anotó su condición: huérfano, dando a entender que se desconocía el nombre del padre y el de la madre.

Luego de algunas semanas, Josefa y Pedro viajaron a Buenos Aires. El niño pasó a vivir con un matrimonio recién constituido, el de Encarnación Ezcurra, hermana de Pepa, y Juan Manuel de Rosas. Por lo tanto, los tíos se convirtieron en sus padres y la madre pasó a ser la tía. Asimismo, tuvo dos hermanos que, en realidad, eran sus primos: Juan y Manuelita.

La historia de cómo Belgrano quiso que Pedro Pablo Rosas se enterara de su verdadera filiación fue narrada por Juan Manuel, uno de los dieciséis hijos de Pedro, en un reportaje que publicó el diario *La Razón*, el 18 de septiembre de 1927.

El entrevistado, que era nieto del general Belgrano y ahijado de Rosas, contó que en 1834, cuando Pedro Pablo tenía veintiún años, concurrió a su casa Francisco Chas, sexagenario, con varios objetos.

Don Francisco le dijo al joven que cumplía un encargo que le habían

hecho. Le entregó un reloj de oro, varias medallas, un cuadro del prócer y un bastón de carey con empuñadura de oro y la inscripción: “La ciudad de Buenos Aires al General Belgrano”, obsequio del Cabildo en 1813 por la victoria de Salta que, no sabemos cómo, luego terminó en manos de Bartolomé Mitre, quien lo donó al Museo Histórico Nacional. Todos esos objetos habían sido entregados por Manuel Belgrano a su cuñado Francisco Chas (casado con una hermana del general) poco antes de morir. Le había pedido que los hiciera llegar a Pedro cuando cumpliera la mayoría de edad y que, además, le comunicara que él había sido su padre.

Mientras recibía los objetos, el joven le respondió: “Ya lo sabía. El general Rosas me lo había dicho en diversas oportunidades”. Y, a partir de entonces, Pedro Pablo Rosas comenzó a presentarse como Pedro Pablo Rosas y Belgrano.

Si tenemos en cuenta la fecha de nacimiento en Santa Fe, podemos establecer que fue concebido, con corto margen de error, en la primera semana de noviembre, es decir, cuando Belgrano se enteró de que Güemes hacía escandalosa vida marital con Juana Inguanzo y lo envió a Buenos Aires.

Cabe preguntarse cuál sería la diferencia entre una situación y la otra. ¿La falta de discreción de Güemes? ¿O que Josefa viviera en un estado de separación de hecho?

En cuanto a las reliquias que entregó el tío Francisco Chas a Pedro, salvo el cuadro, que el entrevistado Juan Manuel donó al Museo Histórico Nacional, el resto fue vendido por las necesidades económicas de los hermanos. Tal vez Mitre compró el bastón.

Ninguno de los dieciséis nietos de Belgrano y Josefa recibieron pensión del Estado. Casi lo logra Melitona Rosas y Belgrano en 1915. Pero cuando por fin la consiguió, murió en un accidente callejero.

La relación entre los hijos de Pedro Rosas y Belgrano, casado con Juana Rodríguez, no fueron buenas. Hubo casos en que dejaron de usar el apellido completo. Los estudios genealógicos de la familia son incompletos. A doscientos años de la muerte del prócer, hay quienes desconocen que son descendientes de una de las más grandes figuras de la historia argentina.

ASUNTOS COTIDIANOS

Sin duda, los principales acontecimientos de la trayectoria del prócer están directamente vinculados a la suerte de las armas en el campo de batalla. Pero suponer que Belgrano dedicaba todo su tiempo a la instrucción, la táctica y la estrategia sería simplificar demasiado la relevancia que tuvo en su época.

Vivía atendiendo temas secundarios, derivados del entramado de la Guerra de la Independencia. La abundante correspondencia que ha llegado a nuestros días nos permite compartir un muestrario de las cuestiones que trataba a diario. Como el caso del soldado que se pasó a las filas realistas y luego se arrepintió.

Desde Jujuy, Belgrano le escribió al Triunvirato en Buenos Aires:

Don Manuel Benavides, Teniente de Húsares de este Ejército, tuvo la debilidad de pasarse al enemigo, cediendo a las instancias de su hermano. Arrepentido de aquella felonía y en conocimiento de su delito, me pidió perdón y he accedido a él. Lo remito a Vuestra Excelencia para que, cerciorado de sus sentimientos, quiera darle el destino que fuera de su superior agrado.
Dios guarde a Vuestra Excelencia muchos años, Jujuy, 2 de abril de 1813

Benavides partió a Buenos Aires con la carta y regresó en agosto con la respuesta:

Se aprueba el perdón concedido por Vuestra Excelencia al teniente que fue de Húsares de ese Ejército don Manuel Benavides, que incurrió en la debilidad de pasarse al enemigo y lo remite Vuestra Excelencia a esta Capital, según su oficio de 2 de abril a que se contesta.

Otra carta, otro tema. Fechada en Jujuy por Belgrano el 10 de abril del 13, se refería al arribo de prisioneros patriotas liberados.

Han llegado los oficiales prisioneros que tenía Goyeneche: capitán don Máximo Zamudio, teniente don José Antonio Feijóo y el subteniente don José María Conte. Y dice el expresado Goyeneche que había dado la orden para que viniesen de Puno los subtenientes don Juan Maura y don Eugenio José Boso, todo a consecuencia de canje en que asegura haber yo

convenido con su mayor general Tristán, cuando no ha habido más tratado que mi intimación que consta en las Capitulaciones, sobre que le contesto como corresponde.
Dios guarde a Vuestra Excelencia muchos años. Jujuí, 10 de abril de 1813 [dejamos la grafía original para que se entendiera que es probable que pronunciara el nombre de la ciudad acentuando la i].

También se daba tiempo para corregir textos publicados por la *Gaceta de Buenos Aires*. Belgrano recibió un ejemplar con el retraso inevitable, pero no quiso dejar pasar una información, a su juicio incompleta:

Habiéndose publicado en La Gazeta de 10 del próximo pasado el oficio de 13 de febrero en que desde el Río del Juramento di parte a Vuestra Excelencia del modo y forma en que se prestó por el ejército de mi mando el juramento de reconocimiento y obediencia a la Soberana Asamblea General Constituyente, se han substraído varias expresiones, pues donde dice: "colocando después el Mayor General su espada en cruz con la asta bandera hasta el lugar de mi alojamiento a la cabeza de todos los cuerpos que me seguían a son de música", debe decir: "colocando después el Mayor General su espada en cruz con la asta bandera todas las tropas en desfilada la fueron besando de uno en uno, y finalizado este acto, volvió el mismo mayor general con la bandera hasta el lugar de mi alojamiento a la cabeza de todos los cuerpos, que le seguían al son de música" y como la falta de estas expresiones no solo deja sin sentido la oración, sino también trunca la narración del hecho, se ha de servir Vuestra Excelencia mandar se anote este defecto en la primera que se publique.

En las cuestiones acerca de los uniformes también intervenía, según vemos en esta nota despachada al Gobierno:

En cumplimiento en lo que Vuestra Excelencia me ordena, pediré informe al coronel Don Eustaquio Díaz Vélez sobre el uniforme que deba distinguir el Regimiento titulado Caballería de Línea del Perú y lo propondré a Vuestra Excelencia.

Puntilloso, decidido, firme y, sobre todo, muy atento. El general Belgrano

se destacaba por estar siempre en actividad, conducta que hoy no dudaríamos de calificar de adicción al trabajo.

LA POLÉMICA POR LOS DESERTORES

El general arribó a Potosí el 19 de junio de 1813 con dos mil quinientos hombres. Ese era el punto de partida para el segundo tramo de la campaña, el más difícil. La gran ciudad altoperuana, al encontrarse en la zona fronteriza de la guerra, era ocupada en forma alternativa por un ejército o por el otro. Eso hacía que, para sus habitantes, las comparaciones entre los dos bandos fueran inevitables.

Belgrano estaba convencido de que uno de los grandes logros de la Campaña del Ejército del Norte sería que los pueblos vieran a los patriotas como los mejores, en conductas, actitudes, en respeto y en trato. También así se lograban victorias. Fuera del campo de batalla, en el corazón de los pueblos.

El jefe decretó que fuera pasado por las armas aquel que robara cualquier cosa, inclusive un huevo. Se impuso mantener la rienda corta de sus dos mil quinientos hombres que estaban lejos de sus casas y que a veces se sentían embriagados de poder por el hecho de pertenecer al ejército. Las medidas para contener la disciplina eran muy bienvenidas. La mano dura era celebrada en los pueblos altoperuanos y así ocurrió también en la Villa de Potosí. Pero hubo un hecho que generó una controversia.

El 3 de agosto de 1813 fueron capturados dos desertores, uno de ellos salteño de una familia tradicional, y Belgrano decidió que, como ejemplo, debían ser fusilados. Sin perder tiempo, mandó que los llevaran a la capilla para que se reconciliaran con su fe antes de ser ejecutados, castigo que se cumpliría al día siguiente.

De esta manera, Belgrano demostraba que actuaba con rapidez frente a esas situaciones y que no daba espacios para debates, reclamos o súplicas. Porque quería mostrar seguridad: el gobierno siempre sería muy estricto frente a quienes no mantenían la disciplina pretendida por los jefes patriotas.

Esa era la intención. Sin embargo, los condenados recibían la simpatía del pueblo y eso generaba una complicación de orden político.

Aun así, el jefe decidió que se mantendría firme con la resolución tomada.

El día 4 al mediodía, Belgrano concurrió a la iglesia de Santo Domingo, patrono del cual era devoto desde pequeño. Cuando finalizó la misa, se enteró de que había una importante manifestación en la puerta de su casa. Se habían convocado sacerdotes y vecinos del pueblo portando tres imágenes: la de Santo Domingo, la de San Francisco y la de Nuestra Señora de la Merced, nada menos que la Patrona del Ejército, a quien el propio Belgrano había dado esa jerarquía luego de la victoria en Tucumán el 24 de septiembre, día de la Virgen. De hecho, era la Patrona de los dos ejércitos enfrentados.

Molesto, preguntó a qué se debía y le dijeron que era para pedir por el indulto de los dos desertores que estaban a punto de ser ejecutados. Sin vacilar, el general dijo que no iba a suspenderlo, que se lo comunicaran a los convocados, que deshicieran la manifestación y que devolvieran cuanto antes las imágenes a sus respectivas iglesias. El tono fue imperativo. En cuanto terminó su sermón, partió rumbo a la casa del tesorero del Banco de Potosí.

Allí se encontraba cuando se enteró de que un sacerdote, Lorenzo Meleán, instaba a que todos se dirigieran en procesión a la casa del tesorero para repetir la manifestación. Frente a esta nueva presión, no solo mantuvo su posición, sino que le dio cinco minutos a Meleán para que saliera de Potosí y regresara a Charcas, de donde era oriundo. Además, mandó a detener a las autoridades de la iglesia de la Merced y de Santo Domingo, así como también a otros integrantes del clero.

Dada esa situación, se terminaron las manifestaciones: advirtieron que Belgrano no estaba dispuesto a ceder ante ningún tipo de presión. Y a pesar de que se acercaba el tiempo de que los desertores fueran ejecutados, el grupo se disolvió y cada uno se fue a su casa.

Cuando ya era inminente la ejecución, dispuso que fueran indultados. Este cambio tenía una explicación: lo hizo porque consideró dos aspectos. El primero, que los pueblos del norte eran muy supersticiosos. Cualquier desgracia que ocurriera en el campo militar iban a achacarla a la mala fortuna por no haber salvado estas vidas.

Era habitual que trataran a los porteños como herejes, situación que los realistas siempre aprovecharon. Podía generarse un conflicto mayor si se esparcía la idea de que los porteños se permitían mostrarse autoritarios aun frente a las imágenes sagradas.

Belgrano buscaba congraciarse con el pueblo potosino y esta polémica parecía poner mucho en juego.

A la vez, estaba sorprendido por ciertos comentarios que le habían llegado ese mismo día. Se escuchaba en las calles que la imagen de Nuestra Señora de la Merced había ingresado con colores nítidos a la casa de Belgrano y al salir se había despintado, como si manifestara cierto pesar frente a la situación.

A eso se refería Belgrano cuando hablaba de las supersticiones populares. Él era profundamente religioso, pero sabía que ese tipo de cuentos podían ser interpretados como una mala señal, además de que estaba de por medio la Patrona del Ejército y eso involucraba las creencias de su propia tropa.

Por todos estos motivos, decidió perdonar a los desertores. También consideró el peso que iba a tener en Salta la ejecución del joven salteño que podía relacionarse con otra que había decretado unas semanas antes.

Para evitar cualquier tipo de distorsión de los acontecimientos, le escribió de inmediato al gobierno central para contar todo lo sucedido antes de que recibieran informaciones falsas acerca de estos hechos. Hay que tener en cuenta que era muy habitual que a Buenos Aires llegara cierta correspondencia paralela con relatos que diferían de lo que se comunicaba por los canales oficiales. Esto molestaba mucho a Belgrano porque sabía que incluso su propia gente comentaba los hechos de una manera distorsionada, y él terminaba teniendo que hacer las aclaraciones. Así debía manejarse con cautela, con inteligencia y tratando de mantener el orden y la disciplina y a la vez la confianza en que los patriotas eran justos y benevolentes.

LA MESA DEL GENERAL

Un documento fechado en Potosí el 22 de agosto de 1813 permite determinar qué alimentos conformaban “la mesa del Excelentísimo Señor Capitán General Manuel Belgrano”. La contabilidad registra los siguientes comestibles: carne de vaca, arroz, cebollas, queso, aceite, vinagre, harina, manteca, chorizos, jamón, tomates, minestras (sopas) y charquisillo (guiso de charqui y arroz).

También consumía pan y vino, además de postres. En el documento figuran: dulce en caldo (higos en almíbar), azúcar, leche, canela y “demás ingredientes para los demás postres”. Aclaramos que la combinación del dulce en caldo con manjar blanco (dulce de leche) era habitual. Por último,

los registros incluían la paga de los “dos mozos que sirven a la mano”. Era habitual que los comensales fueran tres, ya que había adoptado la costumbre de compartir la mesa con sus dos edecanes.

Los mencionados alimentos más los mozos servidores representaban un gasto diario de diecisiete pesos con cinco reales. Como el menú no variaba, ese total se multiplicó por sesenta y dos días, corridos entre el 22 de junio y el 22 de agosto, convirtiéndose en 1092 pesos con seis reales.

Debajo de las cuentas, el general escribió: “Páguese por la comida a cuenta de mis sueldos. Firmado: Belgrano”.

13
VILCAPUGIO Y AYOHUMA

ESTRATEGIA FALLIDA

El plan de Belgrano era avanzar, en línea directa desde Potosí hacia el norte, con el grueso del ejército, y tener, además, dos fuerzas secundarias bien equipadas para sumarse a la hora del enfrentamiento. De esta manera, pretendía que al enemigo le llegara no solo el ataque de frente, sino inesperadas ofensivas en su extremo izquierdo.

Puso a cargo de las alas a dos de sus coroneles: Cornelio Zelaya y Baltasar Cárdenas, un indio que contaba con los dos mil hombres que había aportado un cacique llamado Cumbay. Estas dos expediciones se dirigieron a sus destinos intentando que el número de sus componentes pasara inadvertido, pero a la vez buscando distraer a las avanzadas realistas.

Varios días después de que partieran con instrucciones precisas del punto de encuentro, comenzó la marcha del cuerpo principal del Ejército del Norte. Belgrano llegó a las pampas de Vilcapugio y acampó a la espera de noticias de las dos expediciones paralelas.

Para prevenir un ataque del enemigo, que también avanzaba rumbo al mismo sitio, se estableció en un punto en el cual podía advertir su llegada a prudente distancia, porque los realistas necesitaban escalar montañas para luego emerger en descenso hacia la zona donde iba a darse la batalla.

Belgrano y sus hombres se colocaron como un anzuelo, conscientes de que podían soportar cierta desventaja si Cárdenas y Zelaya no llegaban por el flanco a tiempo.

Justamente, allí comenzaron los problemas. Los dos mil indios patriotas fueron arrollados por Saturnino Castro, salteño que peleaba para los realistas, uno de los oficiales más bravos del aquel ejército, con el antecedente de que mandaba a aquellos hombres que habían sido puestos en libertad con la

condición de que nunca más levantaran sus armas contra el ejército de la Patria.

Por falta de experiencia y cierto temor, los nativos de Cárdenas perdieron la compostura y huyeron desintegrando la fuerza. Fue una carnicería. Además, capturaron la correspondencia del coronel con las disposiciones de Belgrano y eso hizo que los realistas pudieran conocer con claridad el plan de los patriotas. Los hombres del rey estudiaron sus posibilidades y resolvieron que debían avanzar de inmediato a Vilcapugio para enfrentar a Belgrano antes de que se sumara Zelaya con sus hombres. De hecho, el propio Castro, que tenía órdenes de actuar a la defensiva, voló con su gente rumbo al sitio del choque.

Así fue como, en forma sorpresiva e inesperada, el 1 de octubre de 1813 aparecieron las fuerzas realistas descendiendo para combatir. El campamento patriota se sobresaltó, pero todavía las ventajas estaban de su lado.

BATALLA DE VILCAPUGIO

Todo comenzó a las seis de la mañana del primer día de octubre de 1813 cuando el cañón dio el estruendo de alarma. A la vez, corrieron a despertar a Belgrano para avisarle que el enemigo estaba bajando la cuesta. Aún sacudido por la sorpresa, actuó con premura: preparó los batallones, formó a sus hombres y ordenó el traslado manual de la artillería. Consideraba que la buena ubicación de los cañones era esencial. A pesar de la muy buena voluntad de los nativos que debían realizarla, la operación no pudo completarse porque sobraban ganas pero faltaba fuerza.

El ejército patriota estaba compuesto por tres mil quinientos hombres, de los cuales casi dos de cada tres eran reclutas, inexpertos que apenas tenían un mes y medio de instrucción. La caballería, en cambio, aportaba valor y experiencia, aunque la mayoría montaba mulas, que era lo único que tenían a mano. En resumen, contaban con buenos jinetes muy mal montados.

En contraste con lo precario de la situación, el ánimo de la tropa estaba en un punto muy alto. Se respiraba un aire de triunfo. La confianza era general. Los jefes, una garantía: Ramón de Echevarría, Francisco Aráoz, Forest, Superí, Perdriel, Benito Álvarez y Diego Balcarce.

Por encima de ellos, Belgrano encendió el coraje con una arenga que fue

replicada con un grito de tres mil quinientas almas: “¡Viva la Patria!”. El comandante, seguro del éxito, se permitió advertir que perdería la vida aquel que se la quitara a un enemigo que se rindiera.

A las siete llegó el tiempo de que hablaran las armas. Durante media hora un feroz fuego de artillería y fusiles sacudió a los dos bandos. En un relato posterior, el capitán José María Lorenzo contó que ocho de las granadas lanzadas por los artilleros no reventaron. Eso no desanimó a los patriotas.

La derecha de la formación arrolló a los que tenía enfrente, nada menos que el ala dirigida por uno de los grandes jefes realistas, Felipe La Hera, quien recibió una herida mortal. Su tropa se vio comprometida y abandonó la posición, huyendo en busca de resguardo. Los realistas dejaron la artillería en poder de los bravos de Balcarce.

Esa situación se acompañó con el avance de la columna patriota del centro, los Pardos y Morenos de Superí, que a eso de las once, luego de cuatro horas de pelea, también empujaron a las fuerzas enemigas fuera del campo de batalla. Por lo tanto, lo que se veía en ese escenario era, de un lado, el terreno sembrado de realistas muertos y heridos, a dos tercios del ejército de Lima huyendo —incluido el general Joaquín de la Pezuela, comandante en jefe— hacia la zona de montañas, por las que habían bajado y que, por obvias razones físicas, iba a complicarles la escapatoria. Del otro, a los patriotas que los perseguían con mulas o a pie, iniciando una matanza despiadada. La acción en Vilcapugio iba camino a convertirse en una victoria.

Hasta que ocurrió algo inesperado.

INCOMPRENSIBLE PÉRDIDA DE LA VENTAJA

Las posibilidades de los realistas tambaleaban. Todo se encaminaba hacia la tercera derrota consecutiva ante el invencible Belgrano. Pero en medio del derrumbe moral realista surgió Saturnino Castro, el juramentado de Salta, con sus hombres decididos a inmolarse.

En las filas patriotas, el Regimiento Nº 8 de Infantería, encargado del flanco izquierdo y con un alto porcentaje de reclutas, se lanzó a embestir a Castro. Rumbo a ese choque sangriento, los del 8 perdieron a su jefe: Benito Álvarez fue derribado por un disparo mortal. El sargento mayor Patricio Beldón tomó de inmediato la posta y otra bala lo tumbó muerto. Sin dudarlo,

el capitán José Laureano Villegas se plantó delante de los hombres y fue abatido también. Una bala le atravesó el pecho al cuarto y último jefe, el valiente Apolinario Saravia, quien quedó herido de gravedad pero logró sobrevivir.

Los soldados del 8, a la deriva por falta de mando, reaccionaron dando la media vuelta. Belgrano dispuso que Gregorio Perdriel, a cargo de la reserva, concurriera con el Regimiento Nº 1 a auxiliar a estos hombres.

Acudieron con bravura al peor de los escenarios. Pero estaban muy encima de los patriotas que padecían el ataque enemigo, lo que no les permitió lanzarse en su máxima velocidad y se toparon con una marea humana que huía y que contaminó el espíritu de la reserva. El caos se adueñó del 8 y del 1.

En medio de la situación crítica se escuchó una trompa tocar “reunión”. El aviso no dejaba dudas. Significaba que había que abandonar las acciones, dejar de avanzar y reunirse. En otras palabras, habían tocado retirada. Los acordes confundieron incluso a los hombres del centro y de la derecha que estaban rematando la victoria.

No se ha podido determinar con claridad quién instó al trompa a que lo hiciera. El sargento mayor Benito Martínez declaró en el juicio sumario posterior que fue Echevarría, el jefe de los Cazadores. Según Martínez, él y otro sargento, José Antonio Cano, fueron testigos del momento en que Echevarría impartió la orden.

Esa situación confundió a todos e hizo que aquellos que iban avanzando se preguntaran: “¿Qué está pasando? Alguien detrás de nosotros divisa el panorama con mayor claridad y ha resuelto que nos reunamos”. Sin meditarlo, regresaron huyendo, en un estado que se convirtió rápidamente en pánico, porque la reacción de los realistas fue inmediata: al advertir que los hombres de Belgrano se volvían, raudamente pasaron de perseguidos a perseguidores. La reacción de los adversarios fue lo que definió la suerte de la batalla de Vilcapugio.

A pesar del esfuerzo de los oficiales, que trataban de sostener a su tropa y dejar agonizando a las fuerzas contrarrevolucionarias, muchos de los soldados inexpertos, temerosos y confundidos por las actitudes de sus compañeros comenzaron a huir hacia todas partes. El desorden se apoderó del ejército que minutos antes había hecho estragos en las filas enemigas. A tal punto llegó la confusión que en los días posteriores se divulgaba que ambos

bandos habían sido derrotados, que los dos habían sufrido consecuencias funestas en esa batalla. Era verdad. Pero la ventaja territorial fue claramente para los hombres de Pezuela.

¿Hubo responsabilidad de Belgrano? Si bien en el juicio sumario la mayoría de los protagonistas apuntó a la pérdida de los jefes del ala izquierda y al imprudente llamado del clarín, dos oficiales cargaron las tintas contra el comandante.

Dijo el capitán José Cerezo que "la conducta del general, antes y durante la acción, fue reservarse a sí la facultad de dar órdenes, mandando que solo se observasen las suyas, y prohibiendo a los otros jefes el dar ninguna". Y, para no dejar dudas de su postura, agregó que la derrota fue por "la ninguna pericia del general, su despótico modo de tratar oficiales y tropas, su imprudencia en no calcular sobre el número del enemigo y no querer tomar consejo de nadie".

Por su parte, el coronel Eustaquio Díaz Vélez expresó: "Yo atribuyo en grande este principio a la inmatura determinación del señor capitán general". Solo aclaramos que, en el tiempo en que le tocó declarar, estaba enfrentado a Belgrano por cuestiones que veremos más adelante. Esto no anula su juicio, pero ese fue el contexto.

Los expertos que estudiaron las batallas en las décadas posteriores adjudicaron parte de la responsabilidad al general, a la bravura del realista Castro y a una combinación de confusiones, como la de esa trompa que llamó en el momento menos indicado.

EL HOMBRE DEL FUSIL

Luego de siete horas de combate, el escenario triunfalista se había desdibujado hasta desaparecer. Solo quedaba tratar de recuperar las fuerzas y de intentar que no se repitiera lo ocurrido con el primer Ejército del Norte al mando de Castelli y de Pueyrredon, que se había desintegrado por las deserciones y las muertes. Por eso, aquella derrota de su primo había recibido la denominación de "Desastre de Huaqui". En Vilcapugio, Belgrano entendió que lo único que restaba hacer era mantener a todos sus hombres unidos para estar preparado ante una segunda oportunidad y revertir esta situación.

Díaz Vélez se situó con unos pocos que le obedecían en un cerro de la zona

más calma, la de su flanco derecho. Belgrano corrió a sumarse y tomó la bandera, la que él mismo nos dio, para agitarla y convocar a su gente. Logró reunir trescientos hombres en las más dispares condiciones: unos montaban, otros estaban a pie; algunos, más enteros, cargaban heridos. Otros se arrastraban.

Allí estaban Díaz Vélez, Balcarce, Perdriel y también Lorenzo Lugones, quien años más tarde evocó aquella complicada tarde, la del 1 de octubre de 1813:

> *El sol se había inclinado demasiadamente al ocaso y el ejército de la Patria en aquella desgraciada hora reducido a miserables restos, se apiña en torno de su general. Éste, después de haber pasado por mil lances fatigosos, parecía que se hubiese extasiado en la contemplación de aquellos fatales momentos, con la calma que suele sobrevenir, después de grandes y extraordinarias agitaciones. Parado como un poste en la cima del morro y los ojos fijos sobre un campo cubierto de cadáveres y ensangrentados despojos.*

De repente, pareció despertar de las meditaciones y gritó: “Soldados, ¿conque al fin hemos perdido después de haber peleado tanto? La victoria nos ha engañado para pasar a otras manos, pero en las nuestras aún flamea la bandera de la Patria”.

Los trescientos de Belgrano se encontraban apiñados, en silencio, en torno al pabellón azul-celeste y blanco. El general confiaba en que la falta de luz iba a emparejar un poco la situación desventajosa. La única oportunidad, si había alguna, era huir del encierro esa misma noche. Pero no lo haría de manera miserable ni desorganizada. No era un sálvese quien pueda, sino un salvemos a los trescientos.

“Tan luego como acabó de anochecer —escribió Lugones—, el General arregló personalmente nuestra retirada. Mandó desmontar toda la poca caballería que se había reunido con don Diego Balcarce y colocó en el centro a todos los heridos que se acomodaron de a dos y de a tres en cada caballo, sin exceptuar ni el del general. Y luego encargando a un jefe, don Gregorio Perdriel, el cuidado de la columna en marcha, lo colocó a la cabeza entregándole la bandera para que la condujese”. ¿Dónde marchó Belgrano? Eso también lo respondió Lugones: “Cargando al hombro el fusil y

cartuchera de un herido, se colocó a la retaguardia de todos y dio la orden de desfilar".

Lograron evadir la vigilancia enemiga. Esa noche salieron de la boca del lobo en silencio, sacando a todos los heridos. Por delante de la columna, la bandera. Protegiendo las espaldas de cada uno de los trescientos, con el fusil al hombro, su comandante, el general Manuel Belgrano.

AYOHUMA

Luego de Vilcapugio, los realistas no pudieron avanzar para asegurar la derrota enemiga. Fueron los vencedores. Pero el choque en aquellas pampas también los resintió. Se mantuvieron acampados por casi un mes para reponerse, curar los heridos y aguardar la caballada que debía llegar del norte. Lo que sí llegó fue el bastón que le enviaba el Cabildo de Buenos Aires por la victoria de Salta. Lo agradeció con la aclaración: "En otras circunstancias hubiera venido mejor el bastón...".

Recién cuando lograron completar el aprovisionamiento, comenzaron a desplazarse. Mientras tanto, del otro lado, Belgrano realizaba las mismas acciones, pero con otras urgencias. Él en el poblado de Macha y Díaz Vélez en Potosí reclutaban hombres venidos desde las poblaciones altoperuanas más cercanas, además de caballada y ganado para alimentar a la tropa. La colaboración espontánea en el momento más crítico fue la demostración de lo que significaba Belgrano. Allí asomó, entre los decididos, Juana Azurduy de Padilla.

La cooperación de los poblados altoperuanos permitió sumar unos dos mil doscientos voluntarios al grupo de mil veteranos que todavía se sostenía en el Ejército del Norte.

Para los dos bandos, las condiciones del tiempo eran complejas: temporales, lluvias incesantes y granizos. Además, la retaguardia del general Pezuela, que transportaba los víveres y pertrechos, era hostigada por guerrillas patriotas dirigidas por Baltasar Cárdenas y Miguel Lanza.

Algo tenían en común los jefes de cada fracción. Ambos marchaban hacia el encuentro porque tanto los realistas como los patriotas deseaban definir la acción iniciada en Vilcapugio.

El 9 de noviembre de 1813, Belgrano acampó con tres mil doscientos

hombres en la llanura de Ayohuma. Ese fue el lugar que eligió para esperar al enemigo, a pesar de que sus oficiales no estaban de acuerdo. Díaz Vélez, Zelaya, Perdriel y Cano consideraban que lo mejor sería retirarse a Potosí y desde allí hacerse fuertes, sin dar batalla y comprometer toda la campaña. Pero la confianza del general estaba en alza.

Tres días después, el 12, las avanzadas realistas se encontraban en un cerro desde donde podían contemplar, sin ser vistos, el campamento patriota.

El 14 por la mañana, mientras el Ejército del Norte participaba de la misa cotidiana, los realistas comenzaron a bajar por un estrecho sendero para ubicarse en el campo de batalla. El descenso era una operación compleja. Apenas podían hacerlo en grupos de a tres y la pendiente era pronunciada. Además, debían transportar los cañones desarmados. En esas condiciones, ofrecían mucha ventaja. Aun así, no fueron estorbados.

Los patriotas los veían bajar mientras continuaban con los preceptos de la misa de campaña. Incluso le advirtieron al general la situación y le propusieron ir a recibirlos con balas o cuchillos a medida que fueran descendiendo. Pero Belgrano tenía otra idea. Respondió que quería que bajaran todos, así no se les escapaba ninguno. En el fondo, deseaba hacer justicia: atrapar a la mayor cantidad posible de los juramentados de Salta y ejecutarlos.

Ya en el mismo plano, y mientras los combatientes se alistaban en una posición frontal defensiva de acuerdo con el plan ideado por el general, los realistas efectuaron un cambio de frente. Protegidos por unas lomadas, se desplazaron hacia su izquierda y se situaron en actitud de atacar el ala derecha de los hombres de Belgrano, es decir, lo flanquearon.

Además, Pezuela se hizo dueño de una lomada que, a partir del cambio de frente, pasaba a tener un alto valor estratégico. Belgrano, por su parte, reaccionó moviendo a sus hombres para ubicarse frente a frente. La próxima jugada a cargo de Pezuela fue bombardear a los patriotas: los dieciocho cañones tronaron durante una larga media hora provocando graves daños en las filas revolucionarias. Los ocho cañoncitos de Belgrano respondieron al ataque, pero sus bombas no alcanzaban la distancia suficiente y provocaban la burla del enemigo.

Como los cañones realistas ganaban la batalla de la distancia, Belgrano se vio obligado a lanzar su infantería para acallarlos. Pero la fuerza tropezó, en todo sentido de la palabra, con un escollo: un barranco que los convertía en

presa fácil. Con mucho esfuerzo y bajas, los aguerridos soldados lograron superar esa dificultad.

Allí, entonces, tuvo lugar el sangriento choque de las bayonetas. No podía esperarse la misma actitud de los novatos frente a los veteranos del brigadier Pezuela. La dificultad se potenciaba si los iniciados perdían a sus líderes. En el recio ataque de la infantería realista murieron como héroes el mayor José Cano, comandante de los Cazadores (quien había reemplazado a Dorrego), y el coronel José Superí, jefe del batallón de Pardos y Morenos.

Aquella lomada donde los realistas habían ganado la posición pasó a primer plano. Porque desde ahí le disparaban a la retaguardia del grupo patriota que intentaba superar el obstáculo del barranco. Estos hombres estaban cayendo en una trampa mortal y fue fundamental la actuación del coronel Zelaya con alrededor de cien jinetes que entorpecieron el ataque. Con admirable gallardía se situaron en el medio de la línea de fuego y de esta manera protegieron a la infantería.

Belgrano estaba molesto porque no se acataban sus órdenes. Las indicaciones que estaba dando no se resolvían de una manera eficiente. Terminó asumiendo la derrota y consideró que había llegado el tiempo de abandonar el campo de batalla, de iniciar lo que se denomina una marcha retrógrada para evitar el aniquilamiento de su fuerza. Todo estaba perdido. Era tiempo de asumir y retirarse, protegidos por Zelaya, antes de que el daño fuera mayor.

Sería éste el último enfrentamiento en el que iba a participar el general Belgrano. Su acción final frente al enemigo de la Revolución duró siete horas. En el campo dejó, además de toda la artillería y cuatrocientos muertos, entre ellos algunos jefes notables, más setecientos prisioneros de los cuales un gran número se pasó a las filas realistas. No lo hizo el pardo Pascual Belgrano Pérez, esclavo del canónigo Domingo Belgrano, hermano mayor de Manuel. Murió ejecutado por encabezar un motín para escapar.

Para Manuel Belgrano el infierno se llamó Ayohuma.

14
BELGRANO Y SAN MARTÍN

DOS PRÓCERES Y UN DESTINO COMÚN

San Martín arribó a Buenos Aires el 9 de marzo de 1812, tres semanas después de que Belgrano la abandonara para dirigirse a la Villa del Rosario. ¿Alguna vez coincidieron en la principal ciudad del territorio? Solo entre 1781 y 1783, tiempo en el que Manuel era estudiante y José Francisco apenas un niño de corta edad.

En realidad, el día que San Martín desembarcaba junto con otros militares profesionales (José Matías Zapiola, Francisco Vera, el barón de Holmberg, Carlos de Alvear, Antonio Arellano y Francisco Chilavert), Belgrano se encontraba en camino a Jujuy para hacerse cargo del derrotado y desmoralizado Ejército del Norte que comandaba Castelli. De los integrantes de aquel grupo, hubo uno que recibió la orden de sumarse al Ejército del Norte. Nos referimos a Eduardo Kaunitz, el barón de Holmberg.

El austríaco, que había peleado junto a San Martín en Europa, debe haber sido el primer interlocutor entre los dos grandes hombres de nuestra historia, el primero en contarle a Belgrano sobre la trayectoria y los planes del militar nacido en Yapeyú.

San Martín, por su parte, también tuvo conocimiento inmediato acerca de Belgrano y su acción en el frente paraguayo y en el norte. Si especulamos acerca de quiénes pudieron haber sido sus confidentes, imaginamos a Bernardino Rivadavia, Manuel de Sarratea y Antonio de Escalada. Los dos primeros eran integrantes del gobierno. El tercero, su futuro suegro, ya que San Martín iba a casarse con su hija en septiembre de 1812. Con los tres trabó relación inmediata.

Pero hay otras dos personalidades que no deben soslayarse: Martín Miguel de Güemes, quien llegó en septiembre del 12 a Buenos Aires, confinado por

el mismísimo Belgrano, y el barón de Holmberg, porque, debido a sus actitudes tan estrictas, fue rechazado por la oficialidad del Ejército del Norte, a pesar de la simpatía que le tenía Belgrano. Holmberg terminó regresando a Buenos Aires, donde es inevitable imaginar las conversaciones que habrá mantenido con San Martín. La información sobre la campaña militar en el norte y la personalidad de su jefe tuvieron que haber figurado como tema de sus charlas.

De todos modos, estos dos destacados hombres, que seguramente no habrán ofrecido una mirada totalmente positiva de Belgrano, arribaron después de que se conociera la gran noticia: la victoria en la batalla de Tucumán. La primera lectura sobre el triunfo patriota fue que alejaría a los realistas del territorio y, por lo tanto, la guerra iba a definirse lejos de Buenos Aires. En cuanto a las estrategias, implicaba un cambio. No era lo mismo actuar a la defensiva que ser ofensivos.

El coronel San Martín en Buenos Aires y el general Belgrano en Salta se prestaban mucha atención. En algún momento iban a conocerse. Terminó ocurriendo en un escenario menos optimista, como consecuencia de la derrota de Ayohuma.

La mala noticia llegó a Buenos Aires el 2 de diciembre de 1813. Al día siguiente, el gobierno dispuso que San Martín, con doscientos cincuenta granaderos, ochocientos hombres del Batallón 7 de Libertos (esclavos que habían obtenido la libertad por enrolarse y sumarse a la guerra) y ochenta artilleros, se dirigiera al norte para hacerse cargo del ejército.

Estaban enviando a un coronel para que reemplazara a un general. San Martín inició los preparativos y se dispuso a marchar. La designación fue celebrada por Belgrano y ahí mismo, mientras se resolvían las cuestiones administrativas, comenzaron a escribirse. La primera referencia documentada, aunque sin duda hubo previas, es la siguiente carta que Belgrano le envió a San Martín desde Humahuaca, fechada el 8 de diciembre de 1813:

Paisano y amigo:
No siempre puede uno lo que quiere, ni con las mejores medidas se alcanza lo que se desea. He sido completamente batido en las Pampas de Ayohuma cuando más creía conseguir la victoria. Pero hay constancia y fortaleza para sobrellevar los contrastes y nada me arredrará para servir,

aunque sea en la clase de soldado, por la libertad e independencia de la Patria.
Mucho me alegraré que venga el refuerzo ofrecido (…). Si yo permaneciese con el mando, no dude usted que atenderé al capitán y demás tropa de su cuerpo que viniese. Lo pedí a usted desde Tucumán. No quisieron enviármelo. Algún día sentirán esta negativa. En las revoluciones, y en las que no lo son, el miedo sólo sirve para perderlo todo.
He celebrado que venga el coronel Alvear y, más ahora, que usted me confirma las noticias que tengo de sus buenas cualidades. Mucha falta me han hecho los buenos jefes de división, porque el general no puede estar en todas partes. Uno de ellos faltó a una orden mía y he aquí el origen de la pérdida de la última acción, que vuelvo a decir ha sido terrible, y nos ha puesto en circunstancias muy críticas.
(…) Puede que estos golpes nos hagan abrir los ojos y viendo los peligros más de cerca, tratemos de otros esfuerzos que son dados a los hombres que pueden y deben llamarse tales.

San Martín también había decidido escribirle. Lo hizo el 6 de diciembre, dos días antes que su interlocutor. Lamentablemente, la carta se ha perdido, pero conocemos su existencia por la respuesta de Belgrano, fechada en Jujuy en la Navidad de 1813. Dice entre otras cosas:

Mi querido amigo y compañero:
Crea usted que he tenido una verdadera satisfacción con la suya del 6 de éste, que ayer recibí, y que mi corazón toma un nuevo aliento cada instante que pienso que usted se me acerca. Porque estoy firmemente persuadido de que con usted se salvará la Patria y podrá el ejército tomar un diferente aspecto.
Soy solo. Esto es hablar con claridad y confianza. No tengo, ni he tenido quien me ayude y he andado los países en que he hecho la guerra, como un descubridor, pero no acompañado de hombres que tengan iguales sentimientos a los míos, de sacrificarse antes que sucumbir a la tiranía.
Se agrega a esto la falta de conocimientos [de los soldados] *y pericia militar, como usted lo verá, y una soberbia consiguiente a su ignorancia, con la que todavía nos han causado mayores males que con la misma*

cobardía.
Entré a esta empresa con los ojos cerrados y pereceré en ella antes que volver la espalda. Sin embargo, de que hay que huir a los extraños y a los propios, porque la América aún no está en disposición de recibir dos grandes bienes: la libertad e independencia.
En fin, mi amigo, espero en usted un compañero que me ilustre, que me ayude y quien conozca en mí la sencillez de mi trato y la pureza de mis intenciones que, Dios sabe, no se dirigen ni se han dirigido más que al bien general de la Patria y sacar a nuestros paisanos de la esclavitud en que vivían.
Celebro los auxilios que usted trae, así de armas, como de municiones y, particularmente, los dos escuadrones de su regimiento [de Granaderos a Caballo]*, pues ellos podrán ser el modelo para todos los demás, en disciplina y subordinación.*
No estoy así contento con la tropa de libertos, los negros y mulatos, son una canalla que tiene tanto de cobarde como de sanguinaria, y en las cinco acciones que he tenido, han sido los primeros en desordenar la línea y buscar murallas de carne [protegerse detrás de una fila compacta de soldados].
Solo me consuela saber que vienen oficiales blancos, o lo que llamamos españoles, con los cuales acaso hagan algo de provecho, si son tales los oficiales que revistan sentimientos de honor y no de la talla de que comúnmente se han formado estos entre nosotros, para desgracia de la Patria y para experimentar los males en que hoy nos vemos y de que saldremos con grandes esfuerzos, auxiliados de la Providencia Divina.

Respecto de la estrategia a seguir, el hombre que venía acumulando experiencia militar en las campañas al Paraguay y al norte, le comentaba:

Estoy meditando montar los Cazadores y sacar cuantos sean buenos de los cuerpos para aumentarlos y ponerlos al mando del coronel Dorrego, único jefe con quien puedo contar, por su espíritu, resolución, advertencia, talentos y conocimientos militares, para que en caso de retirada, me cubra la retaguardia.
(…) Mi objeto ha sido, en mi retirada, caminar hasta Tucumán y, si me persiguiera el enemigo, hacer en aquel punto el último esfuerzo con la

caballería que se pudiese juntar, dando un ataque a la brusca [repentino], *prevaliéndome del entusiasmo de aquellas gentes.*
(…) Desde que perdí a Álvarez [Benito, muerto en Vilcapugio] *y Forest* [Carlos, herido de gravedad en esa batalla], *no he tenido uno que haya sabido discurrir, ni un jefe superior que me ayudase. Hablo a usted con confianza, que no lo he hecho al gobierno para evitar más nuestra desunión y acaso mayores males de los que padecemos.*
(…) En fin, mi amigo, hablaría más con usted si el tiempo me lo permitiera. Empéñese usted en volar, si le es posible, con el auxilio, y en venir a ser no solo amigo, sino maestro mío, mi compañero, y mi jefe si quiere: persuádase usted que le hablo con mi corazón, como lo comprobará con la experiencia constante que haga de la voluntad con que se dice suyo.
M. Belgrano
Jujuy, 25 de diciembre de 1813

Aguardaba con ansias a San Martín. Incluso llegó a reclamar su presencia mientras acampaba en Tucumán, probablemente luego de enterarse de la rotunda victoria de sus granaderos en San Lorenzo.

San Martín, a su vez, advirtió que Belgrano hablaba el mismo idioma que él. Y que tenía una cualidad poco vista en aquel tiempo: la de la disciplina militar. Así fue moldeándose la gran entrevista que reunió a Manuel Belgrano y a José de San Martín. El primero bajando por Jujuy, el segundo subiendo desde Buenos Aires. Iban a encontrarse en Tucumán. Probablemente, en aquellas primeras comunicaciones, haya empezado a desatarse el nudo que apretaba la libertad de los americanos.

GÜEMES Y SAN MARTÍN

Castigado por Belgrano a fines de 1812, Güemes quedó confinado en Buenos Aires, sin destino militar en el cual servir. Y de esta manera se produjo una de esas situaciones fortuitas de la historia. Porque, debido a la muy buena relación de los Güemes y los Escalada (ambas familias provenían de la misma región de España), el salteño fue presentado a San Martín luego de la victoria de San Lorenzo.

Ambos militares coincidieron en Buenos Aires entre febrero y diciembre de 1813. Cuando llegaron las noticias de las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma, el gobierno dispuso que San Martín preparara a sus hombres y acudiera al norte, donde tomaría el mando reemplazando a Belgrano.

El magnífico militar fue notificado de su nuevo destino el 3 de diciembre de 1813. Tres días después, Güemes solicitó al gobierno que lo autorizaran a sumarse a las fuerzas que partían.

El teniente coronel don Martín Güemes ante Vuestra Excelencia con su mayor respeto representa y dice:
Que por notoriedad sabe que marcha tropa de esta capital para el Perú a las órdenes del coronel del Regimiento de Granaderos a Caballo don José de San Martín. Consiguiente con mis sentimientos, y no pudiendo mirar con indiferencia los peligros de la Patria, me ofrezco a partir bajo de sus órdenes.

Su deseo fue refrendado por San Martín:

Al teniente coronel don Martín Güemes lo creo sumamente útil a la expedición auxiliadora del Perú que Vuestra Excelencia ha puesto a mi cargo. La opinión y concepto de este oficial y sus servicios constantes por la causa me hacen interesarme con Vuestra Excelencia a fin de que su solicitud tenga el éxito que solicita.

De esta manera, San Martín revindicó a Güemes y el salteño regresó al norte. No hubo reproches. Belgrano y Güemes, unidos gracias a San Martín, continuaron brindando servicios valiosos a la Patria sin saber que no llegarían a ver el fin de la guerra porque morirían: el porteño en junio de 1820 y el salteño en junio de 1821.

YATASTO NO

Los aprestos de San Martín en Buenos Aires para concurrir en auxilio de Belgrano demandaron varios días. El coronel fue muy puntilloso. Debía llevar, además de los hombres, pertrechos, comida y armamento. El cuidado

de cada detalle marcaba un contraste con todas las expediciones que habían visto partir los vecinos de Buenos Aires, sin excluir la que se dirigió a Paraguay con Belgrano a la cabeza. Fue una magnífica prueba de organización, una muestra de lo que serían los preparativos del Ejército de los Andes en Cuyo.

Resuelto el aspecto logístico, el Ejército Auxiliar (el que, precisamente, iba a auxiliar a la tropa de Belgrano) partió el 18 de diciembre.

Cabe preguntarse si era necesario tanto trámite previo. Desde ya, porque hay que tener en cuenta que San Martín preveía que podría toparse con el enemigo y, sin tiempo para ajustes, debería presentar batalla.

El comienzo de 1814 tomó a San Martín en los caminos rumbo al norte. Belgrano se encontraba en Jujuy, desde donde escribió una carta dirigida a su camarada, "donde se halle":

Mi Amigo y Compañero:
Le contemplo a usted en los trabajos de la marcha, viendo la miseria de nuestros países [se refiere a las tierras alejadas de la capital] *y las dificultades que presentan con sus distancias, despoblación, y por la consiguiente falta de recursos para operar con la celeridad que se necesita.*
Nada tememos de movimientos de los enemigos y me presumo que cada día que pase, serán más circunspectos en bajar. Yo me hallo con una porción de gente nueva a quien se está instruyendo lo mejor posible, pero todos cual Adán.
Deseo mucho hablar con usted de silla a silla, para que tomemos las medidas más acertadas, y formando nuestros planes los sigamos sean cuales fueren los obstáculos que se nos presenten, pues sin tratar con usted a nada me decido.
Que venga usted feliz a mis brazos, son los votos que dirijo al Cielo.
M. Belgrano
Jujuy, 2 de enero 1814

Las expectativas de los dos jefes eran altas. Ambos marcharon rumbo al encuentro y en el transcurso del viaje iban escribiéndose. Durante el trayecto, San Martín aprovechó para instruir a los libertos del 7. Vale la acotación porque en ese tiempo Belgrano opinaba que los negros eran los causantes de

todos sus trastornos en el campo de batalla. San Martín, en cambio, se propuso disciplinar a este grupo, que terminó recibiendo comentarios elogiosos por su valiente desempeño.

Un extenso camino de cincuenta y seis postas separaban a Buenos Aires de Tucumán, ciudad donde pensaban encontrarse. De todas maneras, factores climáticos y otras vicisitudes fueron desplazando el punto de encuentro. Los manuales de historia nos hablan de Yatasto, en la provincia de Salta, como el sitio donde se dieron el histórico abrazo. No obstante, detallados trabajos posteriores han puesto precisiones sobre el asunto.

A partir de la correspondencia, del intercambio de esquelas, más algunos documentos de las postas o referencias dadas por contemporáneos que vivieron estos hechos siempre cerca de los dos grandes argentinos, pudo establecerse que San Martín y Belgrano no se encontraron en la Posta de Yatasto, como suele decirse. Sí en Salta, pero en otra posta, la de los Algarrobos, más al norte de Yatasto. Al respecto, existe una investigación que llevó adelante Julio Arturo Benencia, publicada en 1973, donde echa luz sobre el tema.

Volviendo a Yatasto, cabe aclarar que originalmente se llamó Ayatasto, en sintonía con el resto de la nomenclatura quechua de la región, como es el caso de Anillaco, Añatuya, Andalgalá, Ayacucho, Ayohuma y otras.

SUBORDINARSE AL MEJOR

Esta vez, la evacuación de Jujuy sería solo militar. Belgrano envió a Tucumán documentos, abastecimiento y armas, incluida la artillería. Apenas retuvo un par de cañones. También se ocupó de los enfermos que tenían que salir antes que la tropa. Lo último que le quedaba por hacer era preparar la defensa. Ese era un punto clave. La retaguardia del ejército perseguido debía ser eficiente. Eran los encargados de proteger al resto, a los que se alejaban de la zona de confrontación. Por eso tenían la obligación de mantener la calma y no desesperarse, porque si perdían el control exponían al resto. Imaginemos la situación: una retaguardia que al huir se lleva por delante a las columnas que están protegiendo: el desbande sería angustiante.

Belgrano elaboró un plan de defensa y decidió que la persona ideal para

llevarlo a cabo sería Manuel Dorrego. No se equivocó: gracias a la acción de la retaguardia, el Ejército del Norte pudo rearmarse, recuperar fuerzas, hombres, pertrechos, armas y estar preparado para una posible batalla.

El gran patriota retrasó su partida por problemas de salud. Padecía la terciana, esa fiebre que lo postraba. Una vez repuesto, aguardó a que todos sus hombres marcharan. Fue el último en abandonar la ciudad de Jujuy. Como aquella vez en Vilcapugio, protegiendo hasta el último de sus soldados.

Le pidió a San Martín el escuadrón de Granaderos. Rogaba que apuraran el paso para auxiliar a Dorrego en la retaguardia.

En una de las cartas que se enviaban Belgrano y San Martín, el primero le contaba que estaba padeciendo la terciana y, a la vez, respondía alentando al futuro Libertador porque también se había enfermado durante el viaje. Así estaban los dos próceres de la Argentina, cargando con problemas de salud, una constante en sus vidas.

Hay otro asunto crucial en aquel camino al encuentro. Desde que Belgrano supo que San Martín se dirigía al norte, propuso que se le diera la jefatura del ejército.

Quería que San Martín fuera su sucesor, pero no para abandonar la campaña. Al contrario: a pesar de las enfermedades, de los disgustos y los sinsabores que le reportaba toda esa actividad, Belgrano le escribió al gobierno para sugerir que San Martín asumiera la jefatura del Ejército del Norte y que él continuara participando, en todo caso, como jefe exclusivo de un regimiento. O, aunque más no sea, en calidad de soldado.

Esto habla de su grandeza. Habiendo sido miembro de la Primera Junta de Gobierno, comandante de la Campaña al Paraguay, héroe de las victorias de Tucumán y Salta, Belgrano pretendía que un oficial con un rango menor fuera general, jefe, comandante del Ejército, y subordinarse al mejor profesional en cuestiones militares.

EL ENCUENTRO

Ambos jefes iban llegando a las respectivas orillas del río Juramento. Belgrano le había mandado una nota a San Martín para pedirle que se detuviera a esperarlo, ya que él cruzaría el río hacia el sur para encontrarlo.

La decisión se debió a necesidades logísticas. Belgrano tenía que traspasar el Juramento con sus hombres, los derrotados de Ayohuma. Esa era una operación militar que requería de orden y coordinación. Decidió dejar a sus oficiales a cargo y se adelantó en el camino para cruzar antes y entrevistarse con San Martín.

El célebre encuentro tuvo lugar el 17 de enero del año 14, en la Posta de los Algarrobos. Seguramente Belgrano concurrió acompañado de una reducida escolta, entre los que debía figurar su ayudante José Manuel de Vera.

¿Fue el encuentro "silla a silla" como había augurado Belgrano? Pese a que no hay testimonios que lo confirmen, se presume que debe haber sido de esa manera. Quien estaba llegando a caballo era el general del Ejército. El coronel San Martín, un oficial de menor rango, no podía estar en la posta con sus hombres recibiendo con displicencia a su jefe.

Sin duda, lo que ocurrió fue que San Martín envió una partida para escoltar a Belgrano y también el porteño debe haber despachado a un hombre para avisar que estaba llegando. Con lo que podemos presumir que el coronel aguardó con sus hombres formados la llegada del general; y en ese contexto también San Martín debería estar montado. Es muy probable que el primer encuentro, el primer abrazo, se lo hayan dado a caballo.

Por fin, estos hombres estaban frente a frente y ya no había correspondencia en el medio o papeles y plumas para comunicarse. Habrá sido una gran emoción y satisfacción para cada uno el hecho de conocer al otro.

¿Cuáles fueron los temas que trataron? El principal se refería a la designación de San Martín en el Ejército. A pesar del deseo de Belgrano de subordinarse a un jefe de las características de San Martín, formador de un regimiento y profesional bien conceptuado, el hombre llegaba con una disposición del gobierno que lo convertía en el segundo al mando.

Esa misma tarde repasaron las comunicaciones que habían tenido, confirmando en persona lo que se habían escrito, principalmente acerca de las posiciones del enemigo y de qué manera Dorrego con sus Cazadores retrasaba el avance realista; sumado a la importancia que les daba Belgrano a los Granaderos a Caballo, cuerpo que podía participar de esa misma misión junto con el díscolo oficial.

Luego Belgrano le explicó cuál era su plan para volver a ser efectivos y

marchar hasta chocar una vez más con el ejército realista. En esa detallada exposición debe haber recibido consejos acerca de lo que correspondía hacer. Frente al planteo de Belgrano de concentrar su tropa con la recién llegada en Las Piedras, donde ya habían vencido al enemigo el 3 de septiembre del año 12, San Martín sugirió replegarse y hacerse fuerte en Tucumán.

Pero lo más importante que ocurrió aquel día fue que estos dos patriotas reunidos en una sencilla posta del norte del territorio argentino advirtieron que no estaban solos. Belgrano se sentía respaldado y ese peso enorme que cargaba por las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma dejó de agobiarlo.

Por su lado, San Martín volvía al terreno de lo que mejor sabía hacer: pensar estrategias, desarrollar tácticas y pelear. Sin duda, aquella jornada fue una de las más importantes en la historia de la Guerra de la Independencia.

Y sus consecuencias iban a verse con mucha mayor claridad en los próximos meses.

EL CASO DÍAZ VÉLEZ

El Ejército del Norte quedaba conformado por Belgrano como primer jefe y San Martín como segundo. Eso no es lo que esperaba el comandante. No solo porque él consideraba que estaba en inferioridad frente a la capacidad profesional de San Martín, sino también porque para que el futuro Libertador ocupara el segundo cargo en el ejército debía desplazarse a Eustaquio Díaz Vélez, una figura central para la tropa.

El hombre que había combatido en las Invasiones Inglesas, que había participado en las acciones de la Semana de Mayo, que había acompañado a Castelli en la primera Campaña al Norte, actor principal en la batalla de Tucumán, ése era Díaz Vélez. El que, herido en el muslo en el enfrentamiento de Salta, gritaba insultando a sus ayudantes porque le negaban el caballo por prohibición del médico cuando quería continuar peleando. Era el oficial que, al ser vencidos en Vilcapugio, corrió a recuperar a los desertores.

Díaz Vélez, quien acompañó a Belgrano en todo el trayecto de Potosí a Jujuy, incluso al río Juramento, tenía mucha influencia política en Tucumán. Su madre era María Petrona Aráoz, de una familia de peso en la ciudad. Además, se había formado un grupo de camaradería en el Ejército del Norte con los oficiales, los considerados valientes, aquellos que habían demostrado

valor admirable en los enfrentamientos de la primera campaña con Castelli y de la segunda con Belgrano. Él integraba ese grupo selecto y muchos de sus hombres, no solo sus colaboradores sino también la tropa, respondían a Díaz Vélez, quien los tenía bajo su órbita y disciplinados, actuando como su líder.

Así como Belgrano reaccionó sorprendido frente esta noticia, el coronel San Martín tampoco se sintió a gusto. Iba a tener que lidiar con un grupo de hombres que ya traía vicios de los ejércitos que habían integrado, difíciles de disciplinar y poco afectos a sentirse cómodos con un jefe impuesto en los escritorios de Buenos Aires.

San Martín tenía pergaminos, pero no lo consideraban suficiente. Estaban acostumbrados a sus líderes y el correntino recién llegado no representaba ninguna ventaja para ellos. Al contrario, conociendo cómo se manejaba en cuanto al orden, a la disciplina, a la conducta afuera y dentro del campo de batalla, no iba a ser fácilmente aceptado.

Agreguemos que San Martín pudo confirmarlo en cuanto notó la forma en que se manejaban los jefes con sus subordinados y de qué manera se perdía el concepto de autoridad. En algunos casos, parecía tratarse de un grupo de amigos que habían salido a combatir. Nada menos profesional que eso. El otro aspecto a tener en cuenta frente a esta situación era cómo iba a reaccionar Díaz Vélez cuando le comunicaran que ya no era el segundo jefe del Ejército del Norte. Y aún más, cómo responderían los demás oficiales y la tropa.

Tengamos en cuenta que se trataba de un grupo desmoralizado, vencido, agobiado, perseguido, que por obvias razones no estaba en su punto más alto de entusiasmo, sino todo lo contrario.

La decisión que adoptaron los jefes en la Posta de los Algarrobos fue enviar a Díaz Vélez con una misión a Buenos Aires. De esa manera, lo alejaban temporalmente del mando y hasta podrían dar la verdadera noticia a los hombres una vez que él no estuviera, ahorrándose algún tipo de reacción o confabulación.

Al día siguiente, el 18 de enero, se le comunicó a Díaz Vélez la orden de marchar con el propósito de informar la situación al Triunvirato y, a través de ellos, a la Asamblea. Como buen soldado, partió de inmediato rumbo al destino que le impusieron. En Buenos Aires reparó en que existía cierta demora en reincorporarlo a su ejército. Entonces, cuando finalmente le comunicaron los cambios, Díaz Vélez contestó con una enérgica carta dando

a entender que estaban olvidando todos los servicios que había cumplido por la Patria.

Aclaró también que él nunca había pedido nada, que había sido coronel y seguiría siéndolo, a pesar del cargo que le habían dado acompañando a Belgrano. Para que quedara claro: no estaba reclamando nada, ningún ascenso. Simplemente le parecía que el lugar que le correspondía era ése, al cual le estaban privando regresar. Y si esa era la decisión, entonces él renunciaba al Ejército.

Díaz Vélez estaba poniéndolos en aprietos porque perderlo como soldado, en plena Guerra de la Independencia, no era una buena medida política. Le rechazaron la renuncia y dictaminaron que marchara a Tucumán para reunirse con la tropa. Díaz Vélez no cedió. Respondió que se quedaría en Buenos Aires. Él era porteño, hijo de tucumana y español, pero porteño. Y no quiso irse. En el ínterin, declaró en el sumario por la derrota de Ayohuma.

Finalmente, la única solución que encontró el Triunvirato fue nombrarlo gobernador de Santa Fe, cargo que sí aceptó y que ejerció entre marzo de 1814 y el mismo mes de 1815. De esa manera, quedó zanjada la dificultad que se presentaba para seguir las órdenes que el gobierno central había enviado con San Martín.

SALTA - TUCUMÁN

El 18 de enero los dos jefes acudieron al río Las Piedras para revisar un paso poco conocido. En esa expedición San Martín se mostró muy satisfecho con la forma en que se manejaba Belgrano y las órdenes que daba. Luego de casi dos años en esta tierra, advertía que el comandante era uno de los mejores soldados de la Patria, aportaba soluciones concretas, cargadas de sentido común y mando enérgico. Esas eran cualidades que el profesional destacaba del militar que se había formado en las dos campañas. En esos días continuaron las deliberaciones y el análisis de los riesgos.

Pararon en la estancia de las Juntas, propiedad de José Manuel Torrens, un español que había adherido a la causa de la independencia. El 20, Belgrano encargó a San Martín que fuera a Tucumán y estableciera el espacio físico para el acuartelamiento de las tropas.

El coronel partió el 21 y arribó a destino el 24. Belgrano se quedó

organizando la retirada. La imagen lo dice todo: mientras San Martín marchaba adelante del ejército, Belgrano iba atrás cuidándolo. A su vez, pidió a Torrens que juntara a todos los matacos que había en la región, aquellos que, seguramente incentivados por los realistas, habían hecho bastante daño. Torrens cumplió su misión y los matacos se incorporaron al Ejército del Norte. Fueron enviados a Tucumán para participar en la construcción del cuartel donde iban a instalarse los hombres de Belgrano y San Martín.

Belgrano salió de la estancia el 22 y llegó a Tucumán tres días después que San Martín, es decir, el 27 de enero. Allí tuvo lugar el nuevo encuentro. Esa misma semana, un chasqui militar arribó con el nombramiento del futuro Libertador a la cabeza de las fuerzas, firmado por el Triunvirato. El deseo de Belgrano se había cumplido. Compartieron una temporada, intercambiando opiniones, aprendiendo uno del otro y fortaleciendo la idea de terminar cuanto antes la guerra y lograr la independencia.

Para ellos había un solo camino posible, el de la libertad, con mucha disciplina y sacrificios. Estaban dando los pasos correctos. Aun en esos meses en que las complicaciones se multiplicaban. Pero ellos dos eran líderes e iban a encontrar la forma de revertir la compleja situación.

LA BURLA DE DORREGO

Las derrotas en el Alto Perú obligaron a desandar el camino. Los hombres de Belgrano llegaron a Jujuy y allí se engrosaron las fuerzas gracias a la implacable tarea de un oficial que había sido castigado: Manuel Dorrego.

Recordemos que se hallaba destinado en Salta, fuera de la zona de enfrentamientos, enviado por Belgrano debido a actos de indisciplina. Una tradición sostiene que, luego de las derrotas en Vilcapugio y Ayohuma, Belgrano se lamentó por la ausencia de “un Dorrego” que lo auxiliara en las filas de la Patria.

El vuelco de la guerra lo puso otra vez en escena. El Triunvirato le ordenó reunir a los dispersos que iban llegando a Salta. Cumplió su misión con eficiencia y dando muestras claras de que había aprendido la lección. Se han perdido documentos probatorios, pero le damos el crédito a Dorrego, quien aseguró que cuando se puso en marcha rumbo a Jujuy, por disposición impartida desde Buenos Aires, recibió una carta de Belgrano convocándolo.

Por lo tanto, el castigo había llegado a su fin.

El reencuentro en San Salvador de Jujuy fue muy afectuoso. Una vez más, Dorrego ocupaba un lugar especial en el alto mando. Más aún, San Martín y Belgrano hablaron del valiente soldado, según se advierte en la correspondencia previa mantenida por los dos grandes jefes. Sus recientes méritos le dieron un lugar preferencial. Por decisión de los comandantes, Dorrego se convirtió en el tercer jefe de la cadena de mando. Pero no estuvo a la altura de las circunstancias y el cargo se le escapó de las manos.

Para un profesional de las armas como San Martín, una de las claves del éxito era la buena comunicación. ¿De qué servía tener jefes buenos si los mensajes no llegaban con claridad desde el fondo hasta la primera línea de combate?

Por esa razón, puso en práctica un ejercicio que era habitual en Europa. Consistía en formar una ronda que respetara los rangos, de izquierda a derecha como las agujas del reloj, y ensayar el grito de una misma consigna siguiendo la estructura jerárquica.

La actividad se denominaba “Ejercicio para la uniformidad de las voces de mando” y buscaba que cada oficial repitiera las palabras dichas por su superior y usara el mismo tono. La utilidad del ejercicio se vería en el campo de batalla. Si la vía de comunicación era fluida, una orden del comandante llegaría con claridad a los oídos de cada soldado.

En Tucumán, a fines de febrero de 1814, el flamante jefe del Ejército del Norte, José de San Martín, convocó a los oficiales a su casa una tarde y los dispuso alrededor de la mesa del comedor, iluminada por candelabros.

En la cabecera, el comandante. A su izquierda, Belgrano, segundo jefe militar, con Dorrego —tercer jefe— a su lado. Luego seguirían González Balcarce y Francisco Fernández de la Cruz. La primera consigna fue lanzada por San Martín con su potente voz de barítono. De inmediato respondió Belgrano, pero el contraste, debido a su voz aflautada, hizo reír a Dorrego. El futuro Libertador lo fulminó con la mirada y el resto de la vuelta prosiguió sin novedades. La nueva orden partió con energía de la garganta de San Martín. Una vez más, Dorrego hizo una mueca al oír la respuesta de Belgrano, pero esta vez el comandante reaccionó. Tomó el candelabro de la mesa, dio un golpe seco y, sin quitarle la vista de encima, le dijo a Dorrego: “¡Coronel, hemos venido aquí a uniformar las voces de mando, no a reír!”.

Al día siguiente, Dorrego marchaba a Santiago del Estero. Una vez más

fue alejado de la acción.

En el caso de Belgrano, fue llamado a Buenos Aires para responder por las acciones en el norte (de las que salió indemne, adelantamos). Cuando iba en camino, al pasar por Santiago del Estero, el bromista Dorrego decidió desairarlo, enviando a recibirlo a un loco vestido con uniforme de brigadier. La relación entre Manuel B. y Manuel D., que en 1812 había comenzado tan auspiciosamente, solo era un difuso recuerdo.

15
LA MISIÓN DIPLOMÁTICA

BUENOS AIRES - RÍO - LONDRES

Para 1814, los acontecimientos en Europa modificaron la forma de ver la Guerra de la Independencia en todo el continente americano. En España se había restaurado el poder de Fernando VII y regresaba la monarquía de los Borbones; mientras que, por otro lado, se apagaba la estrella de Napoleón.

Esto hizo que en el Río de la Plata se plantearan buscar una salida diplomática. A cuatro años de 1810, había corrido mucha sangre: los fusilamientos de Liniers y los contrarrevolucionarios, batallas como la de Tucumán y Salta, las primeras dos campañas al Alto Perú, incluso la participación de San Martín en la costa del Paraná y los enfrentamientos navales. Pero todos esos episodios se habían dado en un contexto en el que las Provincias Unidas del Río de la Plata actuaban en una situación de autonomía forzada por falta de un gobierno legítimo en España. Por ese motivo, la llegada de Fernando obligaba a cambiar la estrategia.

En Buenos Aires, el Director Supremo Gervasio Antonio Posadas resolvió enviar varias misiones diplomáticas. Por ejemplo, Manuel de Sarratea debía acercarse a la corte de España. Manuel García fue comisionado a la de Portugal, en Río de Janeiro. Pero la principal de las misiones le fue encomendada el 13 de septiembre de 1814 a Manuel Belgrano y a Pedro Medrano. Este último declinó el nombramiento y entonces se decidió que quien acompañaría a Belgrano sería Bernardino Rivadavia.

La comisión, entonces, quedó integrada por un funcionario del Primer Triunvirato, que había autorizado la creación del Regimiento de Granaderos a Caballo: Bernardino Rivadavia. Por el otro lado, Belgrano había participado de la Revolución de Mayo, del primer gobierno autónomo, había hecho la campaña al Paraguay y la segunda Campaña al Norte con las dos victorias

más resonantes frente al ejército realista en Tucumán y en Salta. Había creado un pabellón que se distinguía del realista. Había llamado Libertad e Independencia a las baterías que colocó en Rosario. Además del enfrentamiento casi personal con los jefes realistas de Lima, a quienes había conocido en otro tiempo en España.

Por lo tanto, implicaba riesgos personales el envío de estos dos emisarios a las cortes de Europa. De todas maneras, los patriotas aceptaron la misión y partieron en primer lugar a Río de Janeiro para tomar contacto con la corte de Portugal y con los representantes del gobierno británico en aquella ciudad. Salieron de Buenos Aires el 28 de diciembre y luego de dos semanas, el 12 de enero de 1815, llegaron a Río de Janeiro. Llevaban instrucciones oficiales para actuar, pero también otras que eran secretas, es decir que no podían ser divulgadas a sus interlocutores.

En términos generales, las disposiciones oficiales eran felicitar a Fernando VII por su restauración en el trono, ofrecer un informe acerca de la situación en el Río de la Plata y explicar por qué debieron enfrentar a grupos que se adjudicaban una representación de España que, a falta del rey en el trono, no había sido considerada legítima. Pero, a la vez, también debían preservar y sostener el camino recorrido. Reclamar la autonomía de gobierno, frase que maquillaba una definición: no querían volver a tener gobiernos impuestos —como los virreyes—, sino que deseaban gobernarse por sí mismos.

Otro punto importante era que los comisionados representaban a la Asamblea General Constituyente que sesionaba en Buenos Aires. Eso significaba que no podían llegar a ningún tipo de acuerdo o pacto sin antes informarlo a la Asamblea para su discusión y eventual aceptación. Esta subordinación encerraba una necesidad de ganar tiempo porque existía la posibilidad de que una escuadra española llegara al Río de la Plata para recuperar su posesión. En estas negociaciones se buscaba demorar las decisiones y, de alguna manera, desactivar la idea de lanzar la flota reconquistadora para escarmentar a los insurgentes del virreinato del Río de la Plata.

En cuanto a las instrucciones reservadas, se le entregaron a Rivadavia y establecían, entre otras cuestiones, que el único que viajaría a España a negociar sería don Bernardino, mientras que Belgrano se quedaría en Londres. Y que la única posibilidad de avanzar en un acuerdo era que se aceptara una monarquía en América, pero soberana y constitucional. En otras

palabras, los comisionados buscaban un rey para nuestro territorio, pero que no fuera absolutista sino constitucional, es decir, contenido por una constitución y una cámara legislativa.

Entre estas disposiciones secretas, había una fundamental: en caso de que Fernando VII continuara en una postura firme respecto de la centralización del poder absolutista desde Madrid, la opción era buscar el amparo de algún otro gobierno poderoso en Europa. Uno que aceptara los términos de la monarquía constitucional y actuara como protector de ella. Hasta aquí, el bagaje de preceptos que llevaban en sus baúles.

En Río de Janeiro, agobiados de calor —que los cuartos del hotel no supieron disimular—, fueron atendidos por funcionarios de tercera línea de la corte del reino de Portugal. Sí pudieron conversar con el representante inglés, incluso con el de España. En ambos casos, percibieron que había posibilidades de diálogo. Pero el representante español, Andrés Villalba, fue muy determinante: les sugirió que se embarcaran cuanto antes a Madrid, o donde estuviera la Corte, y encontraran una solución inmediata porque, si demoraban demasiado, no llegarían a tiempo para frenar el envío de la flota punitiva.

Allí no había mucho más que hacer. Partieron rumbo a las islas británicas el 16 de marzo y, luego de siete semanas de navegación, desembarcaron en el puerto de Falmouth el 7 de mayo. Allí se enteraron de los cambios ocurridos en Europa y que tal vez modificaban todo lo que venían considerando: Napoleón ya había recuperado el trono, mientras que Fernando VII continuaba siendo tan absolutista como en 1809.

Belgrano confiaba en que el pueblo español, luego de haberle sentido el gusto a la soberanía y la libertad durante la ausencia del mandatario Borbón, tendría deseos de “recobrar el freno que sujetaba a los reyes”, mecanismo posible a través de la monarquía parlamentaria. Pero el escenario que encontraron los enviados fue muy diferente. Debían actuar con mucha cautela.

CASI TERMINAN A LOS TIROS

Alquilaron una casita de dos plantas a Elizabeth Gardener. Allí se reunieron, seguramente, con Manuel de Sarratea (viejo conocido de ambos),

quien les confió el plan en el que estaba trabajando. Había contratado los servicios de una figura —a la que hoy llamaríamos "lobbista"— muy conocida en las cortes: el conde de Cabarrús. El plan era que el noble convenciera a Carlos IV, el padre de Fernando, para autorizar a que otro de sus hijos, Francisco de Paula Sanz, viajara al Río de la Plata y se hiciera cargo de esa nueva monarquía, a la cual incluso le habían puesto nombre: iba a denominarse Reino Unido del Río de la Plata, Perú y Chile.

Belgrano había escrito un esbozo de constitución para sugerirle a Carlos IV. La condición era que Francisco de Paula Sanz gobernara con autoridad soberana y sin depender de ninguna otra corte. También es llamativa la propuesta de un escudo que hizo Belgrano para el novedoso reino. Como vemos, una vez más, el hombre que sugirió la escarapela y la enseña patria continuaba creando símbolos institucionales. En este caso, el escudo del estado monárquico tendría dos campos, el inferior blanco y el superior azul, por donde emergía el sol. En el campo bajo, dos brazos sostenían el escudo de la familia real con las tres flores de lis. A su vez, un puma y una vicuña, además de los brazos, sostendrían el escudo real. Los colores de Rosario se repetían para este proyectado reino americano cuya bandera —según Belgrano— debía ser blanca y azul celeste.

Todo esto se iba cocinando desde Londres y los cuatro hacedores del plan eran Belgrano, Rivadavia, Sarratea y el conde de Cabarrús. Pero la reinstauración de Luis XVIII en Francia (porque finalmente Napoleón se sostuvo unos cien días) volvió a mover el tablero político de Europa, que comenzó a regenerarse en el viejo absolutismo de los monarcas. Ese escenario estaba lejos de ser el ideal para los diplomáticos platenses.

Para colmo, ellos habían sido enviados por Posadas que, a esa altura, ya había sido reemplazado por Alvear y éste por José Rondeau, que no asumió por estar en campaña. Quien entonces tenía el mando en Buenos Aires era Ignacio Álvarez Thomas (sobrino político de Belgrano, para más referencias). El nuevo gobernante decidió que, frente a los cambios en Europa, lo mejor sería retirar a los dos representantes y poner punto final a la misión.

El plan del monarca impuesto estaba a punto de hacerse añicos. Cabarrús sugirió secuestrar a Francisco de Paula y llevarlo en forma clandestina hasta Buenos Aires. Un proyecto que quedó descartado porque a Belgrano, Sarratea y Rivadavia les pareció descabellado.

La decisión de que regresaran generó un conflicto interno porque Sarratea

estaba convencido de que sus dos colegas tenían la obligación de acatar la nueva orden y marcharse. En cambio, Belgrano y Rivadavia consideraban que el único que debía regresar era Belgrano, mientras que su compañero tenía que mantenerse cerca de la corte española y tratar de aproximarse a Fernando VII o a su padre Carlos IV para buscar alternativas. Los grupos quedaron divididos: Cabarrús y Sarratea por un lado; Belgrano y Rivadavia por el otro.

La cuestión del retorno terminó generando un episodio grave. Se había decidido que solo Belgrano regresaría. Pero quería llevar a Buenos Aires la contabilidad de todo lo que se había ido gastando en la actividad diplomática. Sarratea le entregó unas cuentas poco claras de Cabarrús. En ellas, el conde simplemente informaba que había desembolsado tanto dinero en tales cuestiones generales y tanto dinero en tales otras. Eran gastos desmedidos sin ningún tipo de comprobación y esto a Belgrano le pareció muy desprolijo. Por lo tanto, le escribió a Sarratea para manifestar que no le gustaba la forma de actuar del conde de Cabarrús y que le exigiera que le entregara los comprobantes correspondientes. Sarratea fue a reclamarle al conde y le mostró la carta en la que el general se refería en términos duros hacia él.

Cabarrús convocó a Belgrano a una reunión. Cada uno lo hizo acompañado de un amigo para que, en caso de que hiciera falta, actuara como padrino de un posible duelo. Tan evidente era que iban a batirse que Sarratea le había dado al conde una nota que debía entregar en una armería donde le facilitarían las pistolas.

El esfuerzo de José Olaguer, el acompañante de Cabarrús, más una carta que este hombre entregó a Belgrano, firmada por Rivadavia, fueron determinantes. Anticipándose a los hechos, Bernardino había escrito a su compañero para pedirle que meditara el impacto negativo que tendría la misión diplomática si se batían. Como vemos, tanto Sarratea como Rivadavia preveían el desenlace. Pero mientras uno escribió una carta para impedirlo, el otro encargó las armas.

La nota más la reacción de Olaguer pusieron freno a una situación que estaba avanzando hacia un punto sin retorno y de esa manera no se llevó adelante el duelo entre Cabarrús y Belgrano.

Finalmente el general se dispuso a regresar a Buenos Aires, habiendo dejado todas las cuentas saldadas, incluso el pago de una alfombra de chimenea que se quemó y reclamó la señora Gardener. Un carnicero que

había cobrado el abastecimiento de la casa pidió que se le abonara una entrega por la cual no había enviado el comprobante. También se pagó.

Sarratea y Rivadavia se quedaron en Europa, con el objetivo de abrir nuevas puntas de negociación. Belgrano partió de Gran Bretaña el 15 de noviembre de 1815 y allí dio por finalizada su participación en un viaje que, a pesar de haberse estancado en cuanto a los objetivos, fue revelador en muchos sentidos. Por ejemplo, el gran patriota volvió más convencido que antes de que la solución institucional era apoyarse en la fortaleza de una monarquía constitucional.

EL POLÉMICO LIBRO QUE MANDÓ IMPRIMIR

El viaje a Londres dio lugar a un hecho de relevancia histórica que por lo general ha sido poco tratado o directamente ignorado por los biógrafos del gran patriota. Eso hasta ahora, ya que un magnífico trabajo de investigación llevado a cabo por Bernardo Lozier Almazán puso luz sobre uno de los más curiosos hechos de la vida del general Belgrano. Para conocer sus detalles, necesitamos alejarnos aún más en el tiempo.

El 17 de junio de 1801, un cadáver fue hallado boca abajo en las playas de Imola. Pudo ser identificado: se trataba del sacerdote chileno Manuel Lacunza. Había sido jesuita, y, como todos los de su orden, expulsado de América en 1767. Viajó a Italia y continuó ligado a la religión, pero desde un costado diferente. Años de estudio lo llevaron a escribir la que sería su obra cumbre: *La venida del Mesías en gloria y majestad*. Advertido de que podría generar conflictos con la Iglesia, prefirió firmarla con un seudónimo. Por lo tanto, *La venida del Mesías* llevó la rúbrica de Juan Josafat Ben Ezra.

En términos generales planteaba que Cristo iba a volver durante el fin del mundo y que habría un nuevo diluvio universal, esta vez de fuego. Iban a resucitar los buenos y los malos para participar todos del juicio universal en el valle de Josafat, lo que nos permite deducir de dónde provino el seudónimo del autor.

Esa era la idea principal del amplio manuscrito que empezó a circular depertando polémicas. Se hicieron varias copias, algunas incompletas, otras con errores. *La venida del Mesías* se convirtió en libro curioso, tanto en Europa como en América. La sospechosa muerte del autor, en 1801, lo privó

de ver las ediciones completas de su obra.

Debemos a la paciente investigación de Lozier Almazán el recorrido de aquellos primitivos ejemplares. Uno de ellos llegó a manos del fraile Isidoro Celestino Guerra, dominico de muy buena relación con la familia Belgrano, ya que Josefa González, la madre del prócer, entregó su testamento al padre Guerra para que lo diera a sus hijos cuando muriera. Otra de las cuestiones muy relacionadas con Guerra y Belgrano fue la marcha del general en campaña al Paraguay. Todo el tiempo que estuvo en Santa Fe se alojó en el convento donde se encontraba su fraile amigo.

En 1814, el sacerdote se encontraba en Buenos Aires al igual que Belgrano, quien había regresado de la agitada Campaña al Norte. Hacia fin de ese año, el Director Supremo Gervasio Antonio de Posadas le informó al general que la Patria lo requería para una nueva misión, esta vez diplomática. Enterado el padre Guerra del viaje encomendado a Belgrano, le pidió que se llevara su copia de la obra de Lacunza con el fin de utilizarla como modelo para una mejor impresión. Belgrano sumó el ejemplar de *La venida del Mesías* a sus baúles y, una vez en Londres, costeó la reproducción en cuatro tomos en la imprenta de Carlos Wood. Con un especial agregado: una introducción escrita por él mismo, aunque sin su firma. De todas maneras, de la lectura del texto se desprende claramente que fue el vencedor de Tucumán y Salta quien la redactó.

Sabemos que Belgrano llegó a Londres en mayo de 1815 y regresó en noviembre. La edición que mandó a hacer, y que se convirtió en la más importante de la obra de Lacunza, tiene como pie de edición el año 1816. Por lo tanto, se deduce que no trajo los ejemplares el propio general sino que fueron enviados luego al Río de la Plata, probablemente por gestión de su compañero de misión Rivadavia. Hablando de ejemplares, aclaramos que se hicieron mil quinientos, de los cuales solo cuatro quedaron en poder del impresor (pormenor que nos aportó la investigación de Lozier). El derrotero de *La venida del Mesías* por las Provincias Unidas del Río de la Plata es difícil de establecer. Existe correspondencia y también menciones de algunos de sus lectores, pero sobre todo un aviso en *El Censor* del 23 de enero de 1817 anunciando el arribo de los ejemplares, su puesta a la venta, más una defensa encendida del contenido.

Este libro no fue de ninguna manera una obra más. Entre los lectores de Buenos Aires se destacó Francisco Ramos Mejía, fervoroso religioso que,

justamente al tiempo de la llegada de *La venida del Mesías*, comenzó a hacer una prédica de esta idea sobre el regreso de Cristo. Sin saberlo, el entusiasta lector estaba avanzando en el camino de lo que algunos años después el mundo denominaría Adventismo.

Por lo tanto, Belgrano trajo un libro que leyó Ramos Mejía y le hizo cambiar su forma de ver la religión. Mientras que la obra de Lacunza se convirtió en la piedra fundamental de los adventistas en el mundo. No pretendemos ser anacrónicos: los adventistas surgieron en 1833, cuando Belgrano, Ramos Mejía y, por supuesto, Lacunza ya no vivían. Pero ellos tuvieron una relación muy particular con ese libro que generó una ramificación más en el cristianismo.

Nunca llegaron a establecerse con certeza los motivos de la muerte del autor.

La venida del Mesías fue prohibido por la Iglesia en 1824. Por otra parte, Ramos Mejía fue calificado por el historiador Miguel Ángel Scenna como "el primer hereje argentino". Es verdad: este discípulo de las ideas de Lacunza fue burlado y perseguido. Llegó a plantear algunas ideas que ya en su momento generaron mucho escándalo. Por ejemplo, ofrecer una nueva versión del Padrenuestro:

Padre Nuestro por el poder de tu padre.
Santificado sea tu nombre.
Venga nos el tu reino.
Llene la tierra tu misión, como a los cielos.
Dánosle hoy la sabiduría.
Desata los concilios de iniquidad,
porque nosotros como patriotas hacemos lo que debemos.
Ni permitas que volvamos a la esclavitud, sino líbranos de ella.
Amén.

Así como muchos historiadores han estudiado en detalle la vida de Francisco Ramos Mejía, hoy la obra de Lacunza es materia de investigación en todo el mundo. Belgrano, el abogado, militar, economista, periodista y diplomático, también fue editor de uno de los libros más polémicos de todos los tiempos.

BELGRANO Y EL DANDISMO

Hay un aspecto del viaje a Londres que, pese a que podría ser considerado superficial, para Belgrano no lo fue. Tampoco para sus contemporáneos. Más aún, es un tema sobre el que siempre se da vueltas, intentando develar supuestos misterios en torno de la personalidad y la vida privada del prócer. Nos referimos a su relación con la moda, más precisamente con el dandismo. Esta corriente tuvo un peso determinante en la historia del vestuario masculino y vale la pena conocer por qué el general Belgrano es señalado como uno de los difusores en nuestras tierras.

Ya contamos que Rivadavia y Belgrano arribaron a Londres en 1815. Allí conocieron esa tendencia tan particular. El dandismo no solo le cambió el vestuario a los señores, sino que también afectó sus actitudes cotidianas.

Las principales características de esta moda fueron el refinamiento, la preocupación por la apariencia, la atención a los detalles y el manejo natural de los buenos modales. El dandismo no era solo ropa, sino sobre todo una actitud frente a la vida.

Belgrano y Rivadavia (45 y 35 años, respectivamente) se encontraron con un estilo de vida social bien distinto del rioplatense. Aquella estadía produjo en ellos cambios notables que cada cual vivió a su manera. Si tuviéramos que encontrar un denominador común, sería la exquisitez: Manuel y Bernardino asimilaron ese gusto por lo refinado durante su estadía en Londres. Por otra parte, la adopción del nuevo vestuario respondía a necesidades protocolares. Pasearse por la corte londinense con calzón corto, medias de seda y zapatos con hebilla, como solían hacerlo en Buenos Aires, no se correspondía con el entorno en el que se movían.

El dandismo les dijo basta a las pelucas de los señores, así como también a otras usanzas masculinas tales como las joyas, los zapatos de taco y hebilla y el empolvado en la cara.

El principal referente del nuevo estilo fue un trepador social de origen humilde, George “Beau” Brummel, asesor del príncipe de Gales —futuro Jorge IV de Inglaterra— y luego árbitro de la moda de una corte que requería un vestuario acorde con la actividad ecuestre y la caza. Simple y elegante.

Lo repetimos: simple y elegante. Si viajáramos en el tiempo hasta 1815 y quisiéramos parecer dandis, deberíamos ocupar una buena cantidad de tiempo en vestirnos de manera que parezca sencilla y a la vez refinada. Una vez que

la ropa está en su lugar, deberemos atender a las maneras. Tendremos que mostrarnos algo indiferentes, despreocupados. Lo interesante y simpático es que los dandis pasaban horas perfeccionando su despreocupación. Sobrevolaba también un aire de narcisismo alrededor del cultor del dandismo.

¿Belgrano y Rivadavia adoptaron estas conductas? Por los comentarios de los contemporáneos podemos advertir que se notaron cambios cuando los diplomáticos regresaron al Plata. No obstante, es indudable que hicieron una adaptación más criolla de la moda. En cuanto a las maneras, si bien hubo un afrancesamiento de ambos, el margen de cambio en Belgrano, al mando de las milicias en los cuarteles de Tucumán, fue muy limitado, aunque no por eso dejó de percibirse.

De todas maneras, el testimonio más ejemplar son los retratos. Los dos diplomáticos posaron, cada uno por su cuenta, frente al pintor Casimir Carbonnier. Si analizamos la pintura del creador de la bandera, podemos observar varias características distintivas del naciente dandismo: los pantalones de lino ajustados de colores claros se angostaban para terminar dentro de la bota de montar. La camisa blanca de cuello alto —que subía por el mentón— con *cravat* de gasa o seda en el mismo tono para tapar el cuello, que un señor elegante jamás exhibía. Encima, una levita de paño azul.

El corte de pelo se denominaba “Titus” (por el parecido con la imagen del emperador romano Tito) y era corto con rizos y patillas largas aunque, según vemos en la imagen, las de Belgrano no eran muy tupidas. Un dato fundamental: el dandi siempre estaba bien afeitado. Como detalle final agregamos que por la noche los caballeros usaban medias de seda.

Belgrano era un dandi. Acerca de él, dijo José Celedonio Balbín, comerciante de Tucumán que lo conoció luego del viaje a Europa:

> *El general era de regular estatura, pelo rubio, cara y nariz fina, color muy blanco, algo rosado, sin barba (…), era un hombre de talento cultivado, de maneras finas y elegantes (…). Se presentaba aseado como lo había conocido yo siempre, con una levita de paño azul con alamares* [cordones] *de seda negra que se usaba entonces.*

El general José María Paz, quien lo trató antes del viaje a Europa y después, escribió en sus *Memorias*:

El general Belgrano hacía ostentación de costumbres e ideas enteramente republicanas, sin que dejasen de ser cultas y delicadas. Vestía como un subalterno y el ajuar de su caballo no se diferenciaba de otro cualquiera. Cuando en el año 16 volvió al ejército después de su viaje a Londres, había variado. Vino decidido por la forma monárquica en la familia de los Incas, sus maneras eran algo aristocráticas, y vestía como un elegante de París o de Londres.

Subrayamos: "… vestía como un elegante de París o de Londres". El propio Paz decidió ahondar sobre su opinión:

En los años de 1812, 13 y 14, el general Belgrano vestía del modo más sencillo, hasta la montura de su caballo tocaba en mezquindad. Cuando volvió de Europa, en 1816, era todo lo contrario, pues aunque vestía sin relumbres, de que no gustaba generalmente, era con un esmero no menor del que pone en su tocador el elegante más refinado, sin descuidar la perfumería.

Estas observaciones, sobre todo la ostentación de los usos europeos hasta el grado de parecer chocantes en comparación con las costumbres nacionales, fueron cuestionadas por su amigo José Celedonio Balbín y por Gregorio Aráoz de Lamadrid, oficial camarada de Paz. Hay que tener en cuenta que las *Memorias* de Paz fueron publicadas un año después de su muerte (son *Memorias póstumas*). Por lo tanto, el autor no pudo responder a las observaciones de sus contemporáneos.

Determinar a quién creerle resultaría una tarea compleja. Por lo general, todos tienen un poco de razón. Pero hay una certeza: el vestuario de Belgrano en el cuadro de Carbonnier pone en evidencia el dandismo del prócer.

De todas maneras, hubo un notable contraste entre la austera vida del patriota en el campamento de Tucumán y la exquisitez de su estadía en Londres. A mediados de 1817, el general Belgrano le dijo a Balbín que "se hallaba sin camisas" y le pidió que le llevara, desde Buenos Aires, dos de hilo. En cuanto al cuidado estético, mantuvo las buenas costumbres y el aseo. Una noche se infiltró entre soldados que jugaban por dinero, con el fin de buscar responsables y sancionarlos. Era un sencillo juego de cartas a la luz de una vela. Cuando Belgrano, en la oscuridad y camuflado, extendió su mano

para hacer una apuesta, lo reconocieron. ¡Nadie podía tener las uñas limpias y cuidadas, salvo Belgrano! Por supuesto, estas eran enormes ventajas frente a las mujeres, que celebraban la presencia de alguien limpio y perfumado. Y en esto del aseo, se parecieron mucho con San Martín, otro ejemplo de que se puede ser simple, pulcro y elegante a la vez.

16
REGRESO A TUCUMÁN

BELGRANO Y LA DECLARACIÓN DE INDEPENDENCIA

El Congreso de Tucumán se llevó adelante en un contexto muy complejo. El panorama en 1816 era desalentador. Fernando VII había recuperado el trono de España y estaba dispuesto a enviar al Río de la Plata una flota con quince mil soldados expertos, profesionales, veteranos que habían vencido nada menos que a las tropas de Napoleón.

La economía de las Provincias Unidas estaba devastada. Para colmo, de Provincias Unidas tenían poco. La región estaba partida en tres:

Por un lado, el extremo norte, que comprendía la zona del Alto Perú y Jujuy, en manos de los realistas. Por el otro, el litoral y la Banda Oriental, que respondían a Artigas, adversario de Buenos Aires. Más el resto de las provincias, alineadas en el mismo objetivo, aunque enfrentadas entre sí. Las diferencias políticas eran notables. Los diputados de Buenos Aires, por un lado, y Córdoba (artiguista), por el otro, estaban en las antípodas, aunque todos tenían buena relación con los de Cuyo. ¿Y el norte? Lejos de mostrarse compacto, estaba muy dividido.

Se debatía la legitimidad de una asamblea en la cual algunos de sus representantes formaban parte de un territorio ocupado por los realistas. Además, estaban los resquemores de los propios diputados. Muchos no creían que el Congreso fuera a lograr sus objetivos. Ya había fracasado la Asamblea del Año XIII, que no había declarado la independencia ni redactado una constitución.

Como si todas esas complicaciones no fueran suficientes, hay que tener en cuenta que muchos diputados se enteraron camino a Tucumán de que el Ejército del Norte comandado por Rondeau había sido vencido en el Alto Perú, en Sipe Sipe.

El panorama en 1816 era sombrío y los diputados eran conscientes de que se jugaban mucho en esas decisiones porque, ante cualquier nuevo fracaso, iban a quedar como los responsables.

Más allá de todos los contratiempos, el 24 de marzo de 1816, con el *quórum* suficiente, se iniciaron las deliberaciones. El Congreso tenía el mandato de resolver cuatro temas principales:

- El primero, la elección de un Director Supremo, fundamental para que el gobernante contara con el aval político de las provincias del territorio.
- El segundo tema era la Declaración de la Independencia.
- Una vez concretada, sería el momento de definir una forma de gobierno.
- Por último, debían abocarse a la redacción de una constitución.

La necesidad de resolver temas secundarios (impuestos, indultos, cuestiones administrativas), sumada a las diferencias internas, iban posponiendo el cumplimiento de los objetivos principales. El primer acuerdo necesario se logró el 3 de mayo, cuando los diputados eligieron a Juan Martín de Pueyrredon para el cargo de Director Supremo. Aclaremos que en las sesiones previas se habían barajado los nombres de San Martín, Saavedra, Miguel Estanislao Soler y el propio Belgrano, además de Pueyrredon, para ocupar el cargo ejecutivo.

El flamante Director convocó a Belgrano a Tucumán. El general recibió la invitación en Buenos Aires, donde se encontraba desde enero, luego de haber regresado de la misión en Europa.

Arribó a San Miguel de Tucumán el viernes 5 de julio. Lo hizo en una volanta, un tipo de coche que llamó la atención de todos porque no era habitual ese tipo de carruajes por el norte. Además, como ya explicamos, vestía de una manera sencilla pero a la vez poco común. En definitiva, la llegada de Belgrano a Tucumán no pasó inadvertida. Ese viernes se reunió con Pueyrredon. El Director Supremo lo puso al tanto de lo que venía ocurriendo en las sesiones.

Ambos acordaron que no había tiempo que perder y resolvieron llevar a cabo una reunión secreta en el recinto del Congreso, el sábado 6 de julio. Esa tarde se prohibió la circulación de curiosos por los jardines de la casa de la calle Matriz.

Belgrano se paró delante de los diputados y dio un discurso largo y

sentido. Se lo notaba conmovido. El primer tema que expuso estuvo referido al panorama. Cómo éramos vistos en el exterior y también cómo él nos había visto durante su misión diplomática, tomando distancia y pudiendo observar desde afuera lo que estaba ocurriendo en nuestra tierra. Según su mirada, las perspectivas estaban muy lejos de ser esperanzadoras.

Dijo que nuestra revolución se percibía en el exterior como un caos, que era muy evidente el desorden interno, inclusive con rasgos de anarquía.

Ese comienzo de su exposición estaba cargado de angustia. Mientras les hablaba a los diputados se le caían las lágrimas.

¿Qué estaba pasando? Belgrano les decía que la Patria soñada por todos se moría y no podía contener la emoción ante el mismísimo Congreso de Tucumán. Algunos diputados, contagiados por el sentimiento de Belgrano, también se emocionaron. Fue uno de los momentos más angustiantes de los episodios históricos: el gran Belgrano enfrentando a otros grandes, con la voz temblorosa por el dolor de saber que, tal vez, todos los esfuerzos que habían hecho estaban a punto de perderse.

En ese nivel de tensión continuó la exposición, que fue larga. Luego se concentró en el segundo gran tema. Les explicó que, desde su punto de vista, sin organización jamás íbamos a recibir ayuda del exterior. Que necesitábamos mostrarnos a los ojos del resto como una nación organizada y no sólo parecerlo, sino que teníamos que serlo. Mientras tanto, no podíamos esperar nada de nadie. Se lo planteaba a un Congreso que venía reuniéndose desde fines de marzo, de lunes a sábado, y aun así, a pesar del tiempo y de las sesiones, no estaban alcanzando los acuerdos que hacían falta.

Pero, además, dentro de ese desarrollo institucional, hacía falta establecer una forma de gobierno. Y en ese punto también los sorprendió. Dijo que en el mundo la tendencia se inclinaba hacia la monarquía atemperada, la monarquía a la inglesa, parlamentaria, a diferencia de la monarquía absolutista de los Borbones. La mejor forma de gobierno, para él, era la monarquía con límites, con controles, y con una participación representativa de los súbditos.

Ese fue el tercer tema, también extenso, para dejar en claro los beneficios de una monarquía de ese tipo, incluso coincidiendo con San Martín, quien también era partidario de este tipo de gobierno.

Los dos eran monárquicos. Entendían que nuestra nación, en su primera etapa de formación, iba a necesitar un monarca, ya que la república podía

padecer de cierta debilidad institucional. Todavía no había llegado el tiempo de pensar en esa forma de gobierno.

El cuarto y último punto fue, sin dudas, el más polémico. Porque luego de plantear la cuestión monárquica, cabía preguntarse quién debería ocupar el trono. ¿Los Borbones? Claro que no. Belgrano postuló a los descendientes de los Incas, imperio que abarcaba el norte de nuestro territorio.

La propuesta generó cierto revuelo en el Congreso. Pero Belgrano fue más allá y opinó que la capital debería ser trasladada de Buenos Aires a Cuzco.

La novedad cayó como un balde de agua fría entre los representantes porteños. Iban a perder los beneficios de ser la capital y la hegemonía del poder se trasladaría a Cuzco, en el Alto Perú. Los diputados de Buenos Aires se mostraron sorprendidos. Nicolás Anchorena, por ejemplo, no entendía por qué Belgrano, a quien conocía muy bien, estaba planteando trasladar la capital a Cuzco y generar una monarquía de la "casta del chocolate", según escribió preocupado en una carta.

Mientras los diputados porteños se inquietaban, algunos de los representantes de las provincias del norte se mostraban entusiasmados. Fue el caso de Manuel Antonio Acevedo —representante de Catamarca— y, sobre todo, de Pedro Francisco Uriarte —de Santiago del Estero—, quien concurrió a la casa de Belgrano para proponerle que el quechua se convirtiera en idioma oficial, en reemplazo del español. Lo sabemos porque después de que Uriarte se despidió de Belgrano, llegó un amigo a la casa del general y éste le contó, sorprendido y riendo, la idea del diputado santiagueño.

Con la postulación de un monarca incaico, Belgrano completó su presentación. El consenso, en cuanto a la forma de gobierno y sus derivaciones, estaba lejos de alcanzarse. Pero el mensaje acerca de la importancia de organizarse y no dejarse ganar por la anarquía llegó a todos.

Así fue la reunión del sábado 6 de julio. La próxima sesión, el lunes 8, fue de debate y preparativos. Al día siguiente, a las dos de la tarde, los veintinueve diputados presentes escucharon la lectura del acta, a cargo de Juan José Paso, y votaron en unanimidad la Declaración de Independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Esa histórica tarde, en el salón de sesiones, el general patriota fue testigo principal del acontecimiento. Imaginemos el abrazo de Belgrano y Paso. Los dos habían integrado la Primera Junta, el 25 de Mayo de 1810. Seis años después, volvían a participar de otro gran acontecimiento. Por fin, el objetivo principal se había cumplido.

Es hora de que le demos el valor justo al papel que le cupo a Belgrano en la Declaración de la Independencia.

DOLORES Y MANUEL, PASIÓN DE PRIMAVERA

La ansiada Independencia le permitió a San Martín llevar a cabo su plan libertador. Para ello, necesitaba contar con personas de su estricta confianza. A través de los diputados cuyanos, promovió la postulación de Pueyrredon en el Directorio y estableció que la frontera norte adoptara una posición estrictamente defensiva, con Güemes al mando de las montoneras. A su vez, necesitaba un ejército de reserva, dispuesto a auxiliar al de los Andes. Un plan B, diríamos hoy. Esa fuerza debía concentrarse en Tucumán y aguardar órdenes que se impartirían con el devenir de la Campaña a Chile. A la cabeza de esa reserva ubicó al general Belgrano.

En su grandeza, el patriota asumió ese destino, un papel secundario pero necesario porque había que estar preparado para reaccionar ante la adversidad en el norte o en el oeste. Tucumán, la de la gloriosa victoria de 1812, la ciudad donde concibió a su hijo Pedro, la Tucumán del Congreso que lo tuvo como protagonista, lo retendría durante tres años y medio. También allí iba a concebir a su hija, Manuela Mónica.

La madre de la criatura fue María de los Dolores Helguero, quien tenía 21 años cuando dio a luz en mayo de 1819. El hermetismo en torno a la relación del general y la joven dio lugar a hipótesis de todo tipo. Se dijo que se habían conocido en los meses posteriores a la batalla de Tucumán (que tuvo lugar en septiembre de 1812, en tiempos en que Dolores tenía 14 años). También se señaló, como punto de partida de la aventura amorosa, la fiesta que se realizó en la mismísima Casa Histórica, al día siguiente de la Declaración de la Independencia.

Siempre resultará auspicioso que el idilio de un prócer se inicie en un baile tan patriótico, como lo indicó la tradición oral. Sin embargo, y teniendo en cuenta que era amigo de los padres de la señorita, ¿mantuvieron una relación informal durante por lo menos dos años y medio, desde el baile hasta la concepción de Manuela? Más aún, ¿cómo es posible que el general Belgrano, figura relevante de la historia argentina y, probablemente, el hombre más reconocido de Tucumán en aquellos años, haya vivido un romance de por lo

menos dos años y medio y no haya quedado ningún vestigio escrito, ninguna alusión en cartas, memorias, autobiografías o evocaciones?

Podría compararse con el caso del propio Belgrano con Josefa Ezcurra, por la ausencia de comentarios de sus contemporáneos. En todo caso, eso tienen en común: no existen referencias directas, nadie vio nada, nadie escuchó nada. Si no fuera por los nacimientos de los niños —el varón en 1813, la dama en 1819—, estos dos romances del general habrían quedado en las sombras. Pero en la reconstrucción de ambas historias, hay más elementos para aclarar el amorío con Pepa Ezcurra porque consta que ella viajó al norte para encontrarse, adoptando un papel más activo que María de los Dolores.

Los misterios en torno a esta pareja continúan. Algunos biógrafos explicaron que Belgrano iba a casarse con Dolores, pero debió cancelar sus planes, cuando ella atravesaba el sexto mes de embarazo, porque se le exigió trasladarse a Santa Fe.

Regresó a la ciudad de Tucumán en septiembre de 1819, luego de ocho meses de ausencia, en los cuales nació la pequeña y la bautizaron Manuela Mónica del Corazón de Jesús (recordemos que el padre, no mencionado en los registros, se llamaba Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús).

Belgrano y Dolores no volvieron a verse. De aquellos meses hay correspondencia entre el general y gente amiga, parientes de Dolores y Manuela, a quienes les preguntaba por la “palomita blanca”.

A diferencia de su medio hermano, Pedro, Manuela supo desde niña que su padre fue el benemérito general Manuel Belgrano.

17
EL COMIENZO DEL FIN

PENURIAS Y NECESIDADES

En medio del estado calamitoso de su salud, tuvo que ocuparse de supervisar las escoltas que escoltaban a Remedios de Escalada de San Martín, quien viajaba de Mendoza a Buenos Aires. Por temor a que fuera asaltada por los grupos anarquistas, se dispuso una custodia que la acompañó en el trayecto y Belgrano fue informándole a San Martín las novedades del viaje. Por fin, tuvo la satisfacción de notificar que "la señorita Remedios con la preciosa y viva Merceditas" se encontraban a salvo en Buenos Aires.

Las penurias continuaban y comenzaba a notarse la falta de higiene de la tropa. Por eso, el 15 de abril de 1819 escribió una corta nota al jefe militar de la provincia de Córdoba, Juan Antonio Álvarez de Arenales, donde en forma muy escueta le decía:

> *Mis hermanos de armas y aun yo mismo estoy sin poder lavar la ropa por falta de jabón. Es preciso ocurrir a esta necesidad de la mayor importancia para la salud en consecuencia, espero que usted me remita doscientos o trescientos panes de este útil, con la posible celeridad.*

¿Los recibió? Suponemos que así fue porque no existen registros de reclamos posteriores. Pero las necesidades eran una constante y una semana más tarde, el 22 de abril, debió recurrir una vez más a Arenales para hacerle un pedido:

> *Siempre le tocan a este ejército necesidades y miserias. Ya empieza a resentirse de la falta de carnes y de sal, no hay dinero, ni yerba, ni una sola cosa con que aliviar las privaciones y trabajos en que está viviendo,*

al raso, sin más abundancia que la de la leña y agua bastante mala.
Mi sistema es no molestar a nadie y menos arrebatar a los vecinos y moradores de la campaña sus propiedades. En esa virtud espero que usted arbitre los medios de socorrernos con libramientos desde Buenos Aires o del modo que le dicte su patriotismo por el interés general de la Nación.

La nota fue firmada por Cornelio Zelaya, "por indisposición del señor general".

No solo sufrían por la falta de higiene, de comida y de elementos de la vida cotidiana como, por ejemplo, un poco de tabaco. El problema se agigantaba por el número de desertores, hombres que decidían buscar una forma de vivir menos penosa que en aquel ejército.

El 4 de mayo de 1819, Belgrano le escribió al Director Supremo, Juan Martín de Pueyrredon, para volver a exponer la triste realidad:

La deserción está entablada como un consiguiente del estado de miseria, desnudez y hambre que padecen estos, mis pobres compañeros de armas.

Este ha sido uno de sus mensajes más cortos pero suficientemente claros de la etapa en que ya no pedía nada para él, sino para sus soldados. Y su salud empeoraba, mucho más por estas condiciones deplorables en las que le tocaba administrar los pocos recursos y sostener a un ejército descontento.

CÓMO SE LE ARRUINÓ LA SALUD

Belgrano había comenzado a experimentar graves dolencias en abril de 1818. Su físico estaba pasándole factura. Hay que tener en cuenta que el ejército de reserva que él mantenía en Tucumán, con actitud defensiva para el caso de que los realistas superaran la valla impuesta por Güemes, era un grupo poco identificado con el fin que perseguían los grandes jefes.

El entrenamiento que tuvo en Mendoza la tropa de San Martín convirtió a aquel manojo de valientes en un ejército profesional. En cambio, y a pesar de los esfuerzos de Belgrano, en el campamento de Tucumán imperaba el desorden. De todas maneras, hay que atribuirle gran mérito a Belgrano y sus jefes, tratando de sostener a unos tres mil hombres acantonados que no

entraban en acción y que sabían que los escenarios de la guerra estaban lejos de su alcance.

Se hizo costumbre que por las noches recorriera el campamento o acudiera a la ciudad montado, disimulando su figura detrás de un poncho y un sencillo sombrero, para controlar ciertas indisciplinas habituales como el juego de cartas o las escapadas nocturnas. Acotamos que ese sí era un privilegio que disfrutaba la oficialidad y el general, asiduos concurrentes a las tertulias en casa de los Garmendia y, sobre todo, en la de los Díaz de la Peña, donde se bailaba.

A las complicaciones habituales había que agregarles la falta de apoyo de las autoridades. El grueso de los recursos habían sido dirigidos a la Campaña Libertadora y esto se hizo muy notable desde mediados de 1818. Una carta del 10 de octubre que Belgrano le envió a Tomás Guido, uno de los oficiales de confianza de San Martín, es elocuente:

> *Estamos en la mayor miseria y nada tenemos de lo que necesitamos para movernos. Y es un prodigio cómo se conserva esta fuerza que pasa meses sin recibir más socorro que un peso: su comida es carne flaca y maíz rosa. Cuido que siquiera estén vestidos, pero no por esto tienen las prendas necesarias. El invierno lo han pasado con pantalones de brin y los más, sin un miserable poncho. No hablemos pues de necesidades. Porque a esto, como a sufrimiento en ellos, no hay quien nos gane.*

Frente a esta situación, el descontento de la tropa se hacía sentir y responsabilizaban a sus jefes. Belgrano imploraba por ayuda, pero no conseguía nada. Solo llegaban exigencias: por ejemplo, que enviara partidas para enfrentar a los anarquistas, que era como llamaban a los seguidores de Artigas. El gobierno dispuso que marchara a la ciudad de Santa Fe, acompañando a Juan Bautista Bustos, en una época en la que apenas podía desplazarse.

Otra carta a las autoridades va a ayudarnos a comprender la pésima situación que soportaban y la vergüenza que le daba al general que sus hombres se presentaran ante él en ese mísero estado:

> *Villa de Los Ranchos, 12 de marzo de 1819*
> *El ejército de mi mando salió de Tucumán, con la brevedad que se me*

ordenaba. Por consiguiente, sin aquellas cosas que le eran muy preciosas. Unas porque no había en qué conducirlas y las más porque no las tenía. De consiguiente ha llegado a este destino con las marchas a pie y entre montes, casi en un estado total de desnudez y éste es más extremado y lastimoso en la división del coronel don Juan Bautista Bustos, pues la mayor parte está solo con chiripa.

Conmueve Excelentísimo Señor ver estos valientes. ¡Yo aseguro a Vuestra Excelencia que procuro evitar las situaciones de que se me presenten!

En este caso, y en el de serme imposible remediar de modo alguno tanta miseria y desnudez, ocurro a Vuestra Excelencia a fin de que con la mayor brevedad y con la urgencia que demandan las necesidades efectivas y políticas, se sirva enviarme tres mil quinientos vestuarios con dobles pantalones y camisas. Los dos mil quinientos para Infantería y Artillería, y el resto para Caballería, con más igual número de capotas. Los pares de zapatos que correspondan a los primeros y botas de potro que son indispensables para los segundos.

De Santa Fe pasó a Córdoba. El comerciante inglés Samuel Haigh lo conoció en Fraile Muerto (hoy Bell Ville). Notó que el general estaba excedido de peso y necesitaba asistencia para montar a caballo. Belgrano y el viajero compartieron un almuerzo donde la charla fue en inglés. Haigh se sorprendió por el estado harapiento de los soldados.

La tropa se trasladó al margen del río Segundo y acampó en las afueras de la capilla de Nuestra Señora del Pilar. Belgrano optó por habitar un precario rancho, cerca de sus hombres, aun cuando su salud estaba cada vez más resentida. Por las noches pasaba frío y dormía en un estado de pervigilio, es decir, sin descansar en forma completa, casi en vela. Cuando dormitaba, su respiración era la de un hombre fatigado, sin aliento. Más bien, jadeaba.

El gobernador de Córdoba, Manuel Antonio Castro, lo visitó en el campamento del Pilar y advirtió su mal semblante, además de las pésimas condiciones que ofrecía el rancho para su descanso. Un médico acudió al llamado del gobernador. El 23 de abril revisó al general y le diagnosticó hidropesía.

Para la época era una muy mala noticia. Los órganos no eliminan líquidos y terminan hinchándose. Teniendo en cuenta la vida que llevaba Belgrano, acostumbrado a estar en cuarteles y mal alimentado, el riesgo se multiplicaba.

Castro le propuso llevarlo a la ciudad de Córdoba para que se curara. Pero Belgrano rechazó la invitación: “La conservación del ejército —le dijo— depende de mi presencia. Sé que estoy en peligro de muerte, pero en esta capilla donde se entierra a los soldados, también puede enterrarse al general”. La hidropesía fue la enfermedad que terminó llevándolo a la tumba.

El gobernador Manuel Castro era hermano mayor de Saturnino Castro, juramentado en Salta, perjuro y héroe principal de los realistas en Vilcapugio. El 1 de septiembre de 1814, día en que se cumplían once meses de su descollante actuación en esa batalla decisiva, fue fusilado. Por los realistas: se descubrió que quería pasarse a las filas de los patriotas. Lo había convencido su hermano Manuel.

LA ESCOLTA

En mayo de 1819, comenzó a experimentar la peor temporada de salud. Fueron meses de padecimientos, con semanas sin poder moverse ni salir del catre por falta de fuerzas. En Buenos Aires, José Rondeau era el nuevo Director Supremo. A él decidió escribirle y contarle el panorama que estaba padeciendo:

> *No habiendo podido conseguir en estos cuatro meses de enfermedad un alivio conocido y aconsejándome los facultativos la variación del temperamento* [es decir, buscar otro clima], *debiendo ir al de Tucumán, me veo en la necesidad, aunque dolorosa, de recurrir a Usted para que me permita dejar el cargo, por algún tiempo hasta que logre mi restablecimiento, bien sea al Jefe de Estado Mayor, propietario de este ejército, o a quien Vuestra Excelencia tuviera a bien, en la inteligencia que exige mi salud esta medida, que no dudo merezca la consideración de Usted para que me ponga en espíritu de repetir mis servicios.*
> *Dios guarde a Usted muchos años.*
> *Cuartel general en el Pilar a 29 de agosto de 1819*

Este es el texto que, luego de cuatro meses de soportar dolores físicos, envió al Director Supremo con el objeto de que se le otorgara una licencia. Así, casi sin poder moverse, le rogaba que simplemente le dieran un tiempo

de descanso para poder curarse.

El gobierno escogió a Fernández de la Cruz para que lo reemplazara. El 10 de septiembre le entregó el mando de la fuerza acantonada en Córdoba. Podía partir. ¿Hacia Buenos Aires o Tucumán? Optó por tomar el camino al norte, sorprendiendo a varios porque suponían que su malestar lo llevaría a buscar reposo en el hogar familiar. José María Paz se preguntaba si habría esquivado Buenos Aires por una supuesta enemistad con Pueyrredon —conjetura inconsistente teniendo en cuenta que don Juan Martín había dejado el cargo de Director Supremo— o si eligió Tucumán por una cuestión de afecto particular que lo atraía a la ciudad. Lo cierto es que marchó hacia el norte.

La escolta que supo tener durante aquellos años lo acompañó hasta los suburbios. Eran veinticinco jinetes que andaban en silencio, cabizbajos. Sabían que ya habían marchado lo suficiente y debían regresar. Entonces, ocurrió uno de los momentos más emocionantes. Los hombres bajaron de sus montas y, entre llantos, lo ovacionaron. Por favor, no pasemos de largo por esta escena. Esos soldados, que tanto lo hicieron renegar, lo ovacionaron entre lágrimas, conmovidos. Fue el último reconocimiento que tuvo en vida. Y que debe haber valorado, mientras se retorcía de dolor.

EL MÉDICO REDHEAD

El 1 de octubre de 1819, Belgrano escribió una esquela a Rondeau:

He llegado a este punto y sigo mi marcha para ponerme en cura formal. La enfermedad se agrava, manifestada en la fatiga que me aqueja y en la hinchazón de piernas y pies.

El 19 de octubre, el general Güemes envió a su amigo el doctor Joseph Redhead a Tucumán, con instrucciones de velar en forma personal por la salud de Belgrano. Los síntomas de hidropesía ya eran notables. El general patriota tenía hinchados la barriga, los brazos y las piernas. Redhead prácticamente se instaló en el propio cuarto de la humilde casa que habitaba el enfermo. Eran viejos conocidos.

Nacido en los Estados Unidos, Redhead había llegado de Europa con cierto prestigio científico. Era médico, pero fue su pasión por la botánica y la

geografía lo que lo trajo al virreinato del Río de la Plata en 1803. Sus estudios se concentraron en la flora del norte del territorio, donde se radicó para investigar el suelo de Salta, Jujuy y el Alto Perú.

En 1813 conoció a Belgrano. Lo asistió en la heroica batalla de Salta, donde ya daba evidencias de su mala salud. Lo acompañó en la marcha hacia el Alto Perú y también en Tucumán, en la época que comandaba el ejército de reserva.

Redhead había pasado luego a Salta y se convirtió en el principal confidente de Güemes. Advertido de la situación en que se encontraba Belgrano, el caudillo salteño dispuso que el médico estadounidense viajara a Tucumán.

Redhead observó que el estado del paciente era irreversible. Pasó noches con él acompañándolo, buscando aliviar la angustia del mal sueño. Por ese motivo, el 11 de noviembre de 1819 fue triste espectador de un hecho repudiable. Un grupo armado había tomado el poder en Tucumán, derrocando al gobernador Feliciano de la Mota Botello. Los sediciosos, preocupados por la reacción de Belgrano, fueron a su casa y el jefe de los amotinados, Abraham González, ordenó que le pusieran grilletes en los tobillos. El general estaba postrado, con las piernas hinchadas. Redhead evitó que ejecutaran tan miserable decisión. González apostó un centinela en la puerta. Pocos días después, cuando el nuevo gobierno advirtió el atropello, sin mediar ninguna disculpa oficial ordenó abandonar la vigilancia del héroe de Salta y Tucumán.

EL LEGADO

El doctor Redhead convenció a Belgrano de que viajaran a Buenos Aires. El general le escribió a Toribio Luzuriaga, gobernador intendente de Cuyo y hombre cercano a San Martín:

> *Habiendo acordado los físicos que asisten a la curación de mi dolencia, ser de necesidad indispensable trasladarme a otro punto, si es que busco mi perfecto restablecimiento, he dispuesto desde luego transportarme a la ciudad de Buenos Aires, continuando con el mando en Jefe del Ejército que hoy obtiene el señor coronel mayor don Francisco Fernández de la*

Cruz.
Tucumán, 17 de enero de 1820

Por primera vez, luego de muchos años, ya no era jefe de nadie. Por enésima vez, no disponía de los recursos. En este caso, del transporte: un carruaje, caballos y algo de dinero. Aunque era propietario de un terreno en la ciudad que le había obsequiado la municipalidad tucumana, no iba a venderlo, quería conservarlo. Acudió al gobernador en busca de ayuda, pero no encontró las respuestas que necesitaba. El general desairado se hallaba en su casa apesumbrado por la situación, cuando recibió la visita de José Celedonio Balbín. El comerciante hizo las cuentas y le comunicó que en dos días le enviaría los dos mil quinientos pesos que requería el viaje, una suma importante. Gracias a Balbín pudo regresar.

Había tomado conciencia de que el viaje a Buenos Aires no tendría retorno. A partir de entonces, se ocupó de los preparativos. Entre ellos, proteger a su hijita. Mandó una nota al Cabildo de Tucumán para solicitarle:

Que la cuadra de terreno, contenida en la donación que me hizo la Muy Ilustre Municipalidad y consta de los documentos antecedentes, con todo lo que en ella edificado por mí, pertenece por derecho de heredad a mi hija Manuela Mónica del Corazón de Jesús, nacida el 4 de mayo de 1819 en esta capital y bautizada el 7, siendo sus padrinos la señora doña Manuela Liendo y don Celestino Liendo, hermanos y vecinos de la misma.
Para que conste la firmo hoy 22 de enero de 1820 en la valerosa Tucumán, rogando a las juntas militares, como a las civiles, le dispensen toda justa protección.

Manuela Liendo, madre de Dolores Helguero y abuela de Manuela. Celestino, tío de Dolores.

Ahora sí. Belgrano se alistaba para regresar a la ciudad donde había nacido porque allí iba a morir.

AHIJADITA

Todos los aprestos concluyeron y por fin el 1 de febrero de 1820 podía

repasar el camino rumbo a Buenos Aires, la ciudad que había abandonado en junio de 1816, convocado por Pueyrredon y los congresales de Tucumán.

Tuvo cuatro acompañantes: sus ayudantes, Emilio Salvigni y Jerónimo Helguera; el padre José Villegas —su capellán— y el doctor Redhead.

Llegó la hora de partir, seguramente tratando de sortear las altas temperaturas. Acomodaron al general en la volanta, el equipaje con las pertenencias —entre ellas, el mate personal estampado con el escudo nacional y las inciales MB— en una carretilla acoplada e iniciaron la marcha.

El mismo día que inició la travesía, lejos de allí, en Cepeda, provincia de Santa Fe, se jugaba la suerte del Directorio. Las tropas nacionales, con el director Rondeau a la cabeza, secundado por Martín Rodríguez (aquel de la casa frente al Café de los Catalanes, punto de reuniones en la Semana de Mayo) y Juan Ramón Balcarce (díscolo, intrigante, cobarde y mentiroso, según la calificación de Belgrano), enfrentaron a las tropas del litoral —denominadas ejército federal—, dirigidas por los caudillos Estanislao López, Francisco Ramírez y el chileno José Miguel Carrera. Rondeau fue vencido, lo que significó la caída del Directorio y el comienzo de un complejo período anárquico. Fue el mismo día que Belgrano, más como un desterrado que como un general de la Patria, dejaba Tucumán, el teatro de sus glorias.

El trayecto fue un martirio para el prócer. Su hidropesía avanzaba y ya no tenía posibilidades de mantenerse en pie. En las postas del camino lo bajaban de la volanta en camilla. Redhead, siempre a su lado, procuraba aliviarle el dolor. En uno de los ranchos situado en territorio cordobés, mientras buscaba acomodarse de alguna manera en un catre para mitigar los dolores, le pidió a Helguera que convocara al maestro de postas, ya que debía darle indicaciones.

El edecán fue en busca del puestero. La contestación de este hombre fue: “Dígale usted al general Belgrano que si quiere hablar conmigo, venga a mi cuarto, que hay igual distancia”. Helguera prefirió evitarle el disgusto a su jefe y se limitó a excusar al irrespetuoso.

Pasó una temporada restableciéndose en Córdoba. Allí dejó parte de su equipaje para poder encarar el último tramo más ligero de peso.

El vía crucis terminó el 1 de abril cuando arribó a la quinta de su familia en el actual partido de Vicente López. Desde allí le escribió él a Celestino Liendo, tío de Dolores Helguero y del futuro marido Manuel Rivas, y padrino de Manuela Mónica. Entre otras cuestiones, le pidió: “No dejen de darme

noticias de mi ahijadita. Usted puede figurarse cuánto debe interesarme su salud y bienestar por todos los aspectos". La "ahijadita" era Manuela Mónica, su hija.

Al día siguiente emprendieron el camino a la ciudad.

Regreso a Buenos Aires

Redhead lo acompañó en el trayecto desde San Isidro hasta el barrio de Monserrat. En Buenos Aires, las consecuencias de Cepeda estaban a la vista. Por esos días gobernaba Manuel de Sarratea, quien había participado de la aventura diplomática en Londres.

Belgrano ingresó por última vez a su casa. Redhead convocó a un joven médico para que lo asistiera en todo momento. El encargado de velar por la salud del gran patriota fue el irlandés John Sullivan. Había nacido en Dublín y tenía 25 años. Radicado en Buenos Aires desde 1818 (ostentaba el título de profesor en cirugía), era además un excelente músico. En muchas oportunidades ejecutó el clavicordio que había en casa de la familia Belgrano. Lo hacía con intenciones de aliviar el dolor del agonizante paciente.

El ilustre argentino recibía algunas visitas de su entera confianza. Entre ellos, Gregorio Aráoz de Lamadrid, uno de sus preferidos entre los oficiales en tiempos de la Campaña al Norte. Durante uno de los encuentros, el general —a quien el soldado vio "bastante agobiado"— tomó papeles que tenía en el escritorio. Eran apuntes que él mismo le había pedido a Lamadrid, en 1818. Se los entregó para que los revisara.

Juan Nepomuceno Madero, quien entonces tenía trece años y concurrió varias veces acompañando a su padre —Juan Bernabé y Madero, viejo amigo de la época de los estudios en España y luego oficial del ejército del gran patriota—, contó: "El general me hacía sentar a su lado. Nunca estaba acostado, porque toda posición horizontal le fatigaba. Me extendía una de sus manos, que estaban hinchadas y frías, y con esa dulce expresión que era propia, me pedía le pasara la mía sobre el dorso de la suya, porque le consolaba el calor que le transmitía".

También lo visitó su amigo José Celedonio Balbín, a quien recibió, a comienzos de mayo, "sentado en una silla poltrona en un estado lamentable".

Evocando aquel encuentro, Balbín recordaba que Belgrano le dijo: "Me

hallo muy malo, duraré pocos días, espero la muerte sin temor, pero llevo un gran sentimiento al sepulcro".

—¿Cuál es, señor general?

—Muero tan pobre que no tengo cómo pagarle el dinero que usted me tiene prestado. Pero no lo perderá usted. El gobierno me debe algunos miles de pesos de mis sueldos. Luego que el país se tranquilice le pagará mi albacea, el que queda encargado de satisfacer a usted con el primer dinero que perciba.

La situación económica lo oprimía. Resolvió acudir al gobierno.

A comienzos de mayo, Sarratea había sido reemplazado por Ildefonso Ramos Mejía, hermano del entusiasta lector de *La venida del Mesías*.

Enterado de las necesidades del gran patriota, Ramos Mejía pudo entregarle seiscientos pesos de lo poco que había en las arcas del Estado, a cuenta de unos sueldos atrasados. Era una suma nada despreciable. Que pasaba a la categoría de muy importante si se considera que Belgrano acumulaba muchas deudas.

A veces, en forma repentina, despedía a todos porque quería estar solo. Manuel Antonio Castro, quien en Córdoba había llamado a un médico para que lo atendiera, también se encontró entre los que acudían a verlo y le preguntó una vez por qué le surgía el deseo de soledad.

"Pienso en la eternidad, adonde voy, y en la tierra querida que dejo", le respondió.

EL 25 DE MAYO

La efervescencia política de esos días atentaba contra la posibilidad de llevar adelante la celebración de los diez años de gobierno patrio, sorprendiendo a más de uno porque era costumbre desde 1811 que se realizaran las fiestas mayas.

Finalmente, hubo algunos actos, se realizó el tradicional Tedeum en la Catedral más un agasajo en el Fuerte, sede del Poder Ejecutivo, y una función especial en el único teatro que existía, también en tiempos de la Revolución: el Coliseo Provisorio, ubicado frente a la iglesia de la Merced. Increíble pero real: una de las pocas cosas que se habían mantenido era el Provisorio.

Eso fue, en resumen, lo que terminó organizándose para evocar el 25 de

Mayo de 1810. Nadie reparó en que había algunos integrantes de aquella Primera Junta que estaban en Buenos Aires y de aquellos festejos quedó un debate que ocupó los días siguientes: llamó la atención que tres o cuatro damas que habían concurrido al teatro se hubieran quedado sentadas cuando se interpretó el Himno.

Belgrano no estuvo presente en la conmemoración. El 25 de Mayo de 1820 recibió gente en su casa. Fueron los siguientes:

- Narciso Iranzuaga, uno de los siete escribanos que había en Buenos Aires, con muchos años en la profesión. Se conocían de la época en que Belgrano era funcionario del Consulado.
- José Ramón Milá de la Roca, un comerciante catalán que tenía muy buena relación con el general. Era hermano de José Vicente Milá, quien había sido secretario de Belgrano en la Campaña al Paraguay. La amistad con la familia Milá llevaba unos veinticinco años. El más cercano a Belgrano siempre había sido José Vicente, pero el convocado fue José Ramón.
- Manuel Díaz, quien estaba muy relacionado con Carlos Belgrano, un hermano que había muerto en 1814. Díaz era una persona de confianza para toda la familia Belgrano.
- Juan Pablo Sáenz Valiente, el más joven del grupo que acudió ese día, tenía unos veinte años menos que Belgrano. Era hijo de Anselmo Sáenz Valiente y de Juana Pueyrredon, la hermana del general Juan Martín. Había pasado una larga temporada en Londres con Rivadavia, actuando como secretario de la misión diplomática, pero sin haber coincidido con Belgrano, quien ya había regresado. En realidad, era un hombre de la confianza de Rivadavia, que aún se encontraba en Europa.

Un escribano y tres testigos. Frente a ese grupo, Belgrano redactó su testamento, en el cual manifestó que “estando enfermo de la [enfermedad] que Dios Nuestro Señor se ha servido darme; pero, por su infinita misericordia, en mi sano juicio; temeroso de la infalible muerte a toda criatura e incertidumbre de su hora, para que no me asalte sin tener arregladas las cosas concernientes al descargo de mi conciencia y bien de mi alma, he dispuesto ordenar éste, mi testamento”.

Pidió que su cuerpo fuera “amortajado con el hábito de patriarca de Santo

Domingo” y que lo sepultaran “en el panteón que mi casa tiene en dicho convento”. Por otra parte, declaró: “Que soy de estado soltero y que no tengo ascendiente ni descendiente”, aunque en otra foja se ocupó de aclarar que su albacea —su hermano Domingo Estanislao—, “al cual, respecto a que no tengo heredero ninguno forzoso, ascendiente ni descendiente, le instituyo y nombro de todas mis acciones y derechos presentes y futuros”. Estaba aclarando que su hermano se ocuparía de cualquier tema que surgiera.

Dejar sentado que no tenía descendientes fue la medida más inteligente para proteger a su hija tucumana.

Por empezar, debemos hacer una distinción entre Pedro Pablo y Manuela Mónica, sus dos hijos. Mientras que el primero tenía la educación y el bienestar asegurados por la excelente posición de los Ezcurra, Manuela no disfrutaba de tales comodidades. Por lo tanto, en principio, su responsabilidad era con la niña. Los hijos naturales, aquellos por fuera del matrimonio, no eran herederos forzosos. Quedaba en potestad de Belgrano nombrarlos o no. Más allá de que quisiera proteger los nombres de las madres, de esta manera dejaba a su hija eximida de cualquier tipo de reclamo que pudiera surgir. Su hermano se encargaría de resolver todos los asuntos vinculados con la pequeña que, en Tucumán, había celebrado su primer año de vida, el 4 de mayo.

Belgrano no declaró ningún patrimonio (“Nada más distante en él que el deseo de atesorar”, escribió un amigo), solo deudores y acreedores. Entre los primeros, a:

- Vicente Anastasio Echevarría, a quien le había prestado dinero para que comprara una mulata en Paraguay. El mismo que le había regalado los “anteojitos”.
- Cornelio Saavedra, por unas sillas que le prestó cuando era presidente de la Primera Junta.
- Julián Espinosa, su sobrino, quien le debía una suma importante: tres mil pesos.
- Un monto que había prestado para la Fiesta del Agrifoni en el Fuerte. Aclaramos que no sabemos a qué se refiere (es decir, no aclaramos).

Mientras que entre los acreedores solo nombró a Manuel Aguirre, además del Estado, que lo había socorrido con seiscientos pesos, “que se

compensarán en el ajuste de mi cuenta de sueldos”.

La firma que estampó el prócer en el documento notarial fue débil y sin trazos rectos. Los testigos y el escribano dieron fe del acto que se celebró el día en que se cumplían diez años de la Revolución de Mayo.

MARTES 20 DE JUNIO

Su salud era tema de atención constante. El doctor Redhead se mantenía informado sobre la evolución por las notas que le enviaba Sullivan desde el 10 de abril. Otros especialistas también visitaron al prócer en esos días. Consta que en el transcurso de sesenta y un días se realizaron setenta y dos juntas médicas. En todas participó Sullivan.

Belgrano, quien se sentía inmensamente agradecido por los cuidados de Redhead, le entregó su valioso reloj, además de la volanta en la que habían hecho el tortuoso viaje.

Sullivan estuvo presente en la fría mañana del martes 20 de junio cuando expiró el patriota a los cincuenta años y diecisiete días de vida. Su biógrafo, Bartolomé Mitre, manifestó que sus últimas palabras fueron: “Ay, Patria mía”. Lo llevaron, en corto trayecto, a la iglesia de Santo Domingo, en un cajón de pino cubierto por un paño negro que se colocó junto al altar.

Pocos días después, antes de que se enterrara el cuerpo, Sullivan se presentó en Santo Domingo para llevar adelante la autopista.

En una carta muy específica en términos médicos, el joven le comunicó a Redhead los hallazgos de su intervención. Estos confirmaban los diagnósticos previos.

El 27 de junio, el sacerdote Domingo Estanislao Belgrano organizó un funeral sencillo para su hermano. Inútilmente, estuvo esperando alguna demostración pública. Pero en esos días la convulsión política desatada luego de la batalla de Cepeda estaba alcanzando su mayor efervescencia y el 20 de junio pasó a la historia como el día de los tres gobernadores.

En realidad, ocurrió de la siguiente manera:

El 19 de junio a la tarde, Ramos Mejía presentó su renuncia. El 20, a primera hora de la mañana, mientras Belgrano expiraba, se iniciaba la reunión de la Junta de Representantes para tratar la renuncia. Resolvieron que asumiera el mando el Cabildo, quien esa misma tarde proclamó gobernador al

general Miguel Estanislao Soler. Allí, los tres gobernadores.

Pero la anarquía recién comenzaba. En términos institucionales, el asunto siguió así:

- Soler, del 20 al 24 de junio, gobernó cuatro días.
- Manuel Dorrego, del 24 al 30 de junio, seis días.
- El Cabildo de Buenos Aires gobernó unas horas.
- Marcos González Balcarce, del 30 de junio al 4 de julio, cinco días.
- Carlos de Alvear, del 1 al 4 de julio, cuatro días.
- Dorrego, del 4 al 18 de julio, catorce días.
- González Balcarce, del 18 de julio al 28 de septiembre, dos meses y diez días.
- Martín Rodríguez, del 28 de septiembre al 1 de octubre, tres días.
- Coronel Manuel Pagola, del 1 al 5 de octubre, cinco días.
- Martín Rodríguez, del 5 al 21 de octubre, diecisiete días.
- Finalmente, González Balcarce, del 21 de octubre al 31 de enero de 1821, tres meses y diez días.

Por lo tanto, cuando se llevó a cabo el entierro, ya había un cuarto gobernante (Dorrego), quien sería reemplazado menos de una semana después.

Al funeral del 27 asistieron los hermanos, sobrinos y los amigos íntimos. El día siguiente se hizo una ceremonia con mayor asistencia, pero sin dejar de ser un humilde homenaje. Luego lo enterraron en el patio, cavaron una fosa y depositaron el cajón que los deudos debían cubrir con una lápida. Como no había dinero para pagarla —la situación económica de todos los integrantes de la familia era precaria—, uno de los hermanos, Miguel, aportó el mármol de una cómoda de su propiedad. En ella esculpieron: “Aquí yace el General Belgrano”.

En 1855, cuando ya estaba muy deteriorada porque todo el mundo la pisoteaba al caminarle por encima, debieron cambiarla por una nueva.

18
HOMENAJES

LAS EXEQUIAS

El homenaje que no tuvo en 1820 por fin se le tributaría al año siguiente. La edición de 23 de junio de 1821 del diario *El Argos* anunciaba en su portada:

> *Día 20 del presente mes de junio.*
> *A las siete y media de la mañana de este día hizo un año que perdió Buenos Aires a su más virtuoso y obediente hijo, el brigadier general don Manuel Belgrano.*

El 15 de julio, por iniciativa del secretario de gobierno, Bernardino Rivadavia, comenzó a organizarse el funeral que, esta vez, no iba a pasar desapercibido. Se determinaron el lugar y la fecha: iglesia Catedral, el domingo 22 de julio, fecha que después se trasladó al 29 por el mal tiempo.

Además, se convocó a una comida "entre los amigos y los reconocedores de su mérito". Las reservas se hacían en la tienda de Ochagavia, a un costado de la Plaza Mayor, y el cubierto costaba una onza de oro, valor alto pero acorde con las circunstancias.

Al día siguiente, en el teatro Coliseo se realizaría una función a beneficio de la interpretación artística "La batalla de Tucumán", a cargo de la actriz Ana Rodríguez Capomanes. Contaría con la concurrencia de las autoridades, quienes asistirían a lo que sería la lectura de una oda conmemorativa, "dedicada al ilustre porteño general don Manuel Belgrano". Dijimos que la función era a beneficio porque así fue promocionada. Aclaremos que era al de la actriz. Prosigamos con las exequias.

Faltaba establecer qué tipo de honras fúnebres correspondían para

determinar el protocolo a seguir. El gobierno anunció que serían las que se daban a un capitán general muerto en campaña.

En esta oportunidad no se descuidó ningún detalle. Se contrató a Próspero Catelín, ingeniero de origen francés recientemente arribado, para que se encargara de la construcción del catafalco donde se depositaría el cajón. Se compraron todas las velas necesarias, penachos y borlas para los caballos que transportarían el féretro desenterrado desde la casa de Belgrano hasta la Catedral.

El alquiler de doce docenas de sillas costó treinta y seis pesos más otros diez porque en el momento de la devolución faltaban dos y hubo que pagarlas.

Al amanecer del domingo 29, desde la fortaleza se dispararon los cañones con salvas cada quince minutos. Fue un día especial: por imposición del gobierno, cerraron las casas de trato (los prostíbulos) y la función del teatro. Pasadas las diez, con los cañones aún tronando, una multitud colmó la Plaza de la Victoria, frente al Cabildo y la iglesia Matriz, que aguardaba la llegada de las autoridades. Ellos eran: el gobernador Martín Rodríguez (anfitrión de los revolucionarios en 1810, saavedrista y actor en Cepeda), el secretario Rivadavia, jueces, protagonistas de Mayo, oficiales de todos los rangos más representantes diplomáticos de Chile, Portugal y los Estados Unidos.

Los jefes administrativos, empleados públicos, parientes y amigos del prócer se ubicaron en las bancas de la Catedral.

En la calle, junto a la entrada, formaron los Húsares, los Cazadores, la Legión Patricia y la Legión del Orden. Los jefes de estos cuerpos concurrieron a caballo y se plantaron delante de las filas.

Sacerdotes de todas las iglesias de la ciudad se sumaron con cruces al acto. Continuaban las estampidas. La población aguardaba en silencio, dando un marco de solemnidad a los minutos previos.

El catafalco que conducía los restos mortales se detuvo en la puerta del templo. El féretro fue ingresado a la Catedral, acompañado por una marcha fúnebre interpretada por los músicos y el coro. Al respecto, aclaramos que se habían hecho dos ensayos. La contabilidad registró que para el primero se pagaron doce reales a tres criados responsables de “conducir el contrabajo de la casa del coronel Vidal”, a quien hemos nombrado en la acción de Tacuarí. En cambio, para el segundo, además del traslado del instrumento, se erogaron cuatro pesos en licores para los músicos.

Ubicaron el cajón debajo de un sobrio arco toral, es decir, una estructura que conforma una cúpula. El sacerdote Valentín Gómez, tesorero de la Catedral, leyó su oración fúnebre. Fueron cuarenta y cinco minutos en los cuales el orador no omitió elogios para Belgrano y sorprendió a todos. Porque aun sin haber conocido al prócer, y despojado de la subjetividad de una relación, presentó una pintura del honrado militar que emocionó a los congregados. En cambio, el discurso de fray Cayetano Rodríguez fue cancelado debido a su extensión: la lectura demandaba dos horas.

Sí escucharon todos el poema que le dedicó Vicente López:

¡Oh! No abandones a tu Patria amada,
no la abandones, ¡hijo predilecto!
De tu alto brazo, de tu pecho recto,
cuando se vio ella más necesitada,
que en hora tan terrible y malhadada.
¿Qué poder es el mío, el de un insecto,
contra el querer del grande, del Perfecto,
que formó el universo de la nada,
y que hoy me llama a su supremo lado?
No me es dado quedar, queda mi ejemplo.
¿Salvaros pretendéis? Sea imitado.
Él os guiará de la salud al templo.
¡Compatriotas! ¿Oísteis? ¡Qué dudamos!
Imitando a Belgrano, nos salvamos.

Ese día en las iglesias de Buenos Aires se dieron un total de cuarenta y cinco misas en memoria del general. De igual número de sacerdotes que las celebraron, nueve lo hicieron gratis por tratarse de Belgrano.

Las honras fúnebres culminaron en el horario establecido, a las cuatro y media de la tarde. Fue entonces cuando se oyó la última descarga de los cañones que venían tronando desde el amanecer. También se autorizó la apertura de las casas de trato. El féretro regresó a Santo Domingo y, de acuerdo con lo manifestado en la crónica del periódico *El Argos*, "una parte regular de la sociedad lucida de Buenos Aires" se congregó en casa de Manuel de Sarratea. Allí se cantó la *Canción fúnebre a la muerte del General Belgrano*:

Coro
Ven, oh grande Belgrano.
Llega, oh sombra sublime,
del luto nos redime,
del llanto y del dolor.

¡Oh triste infausta aurora!
¡Oh día! ¡Oh fiera muerte!
Al varón justo y fuerte
lograste arrebatar.
La patria hoy triste llora
al héroe denodado,
al sol se ve eclipsado
su llanto acompañar.
De Belgrano el aliento,
espanto dio al tirano.
Al suelo americano
dio libertad y honor.

A su alto y noble acento
mil héroes respondieron.
Y los días nacieron
de gloria y esplendor.
Las virtudes postradas
sobre su tumba lloran.
Y los llantos imploran
de los hijos del Sud.
Sus glorias celebradas
serán de gente en gente,
ya el himno reverente
se entona a su virtud.
Ven, oh grande, Belgrano.

En lo de Sarratea se reunieron ochenta ciudadanos, entre los que se contaban el gobernador Rodríguez, Rivadavia, Castro, Bernabé y Madero y

su hijo, José María Rojas, Sebastián Lezica y Miguel de Riglos, así como también Milá y Sáenz Valiente, testigos de testamento del general.

Se sucedieron los discursos. Y las emociones. Conmovido por las palabras de Castro, Milá se desmayó. Se pensó que le había dado un infarto. Cuando por fin reaccionó, lloraba. Los llantos fueron un lugar común esa noche, de acuerdo con la evocación que hizo el jovencito Madero. Rivadavia, por su parte, expresó que el mejor homenaje que podía hacerse al prócer era dar su nombre al próximo pueblo que se fundara al sur de Buenos Aires.

La ceremonia, amenizada por los músicos que habían actuado en la Catedral, incluía varios brindis, como era costumbre de la época, y continuó hasta las once. La medianoche encontró a los hombres regresando a sus casas y a la memoria de Manuel Belgrano en lo más alto. Comenzaba a hacerse justicia con el abnegado que dio todo a cambio de la felicidad de la Patria.

UNA CALLE Y UN PUEBLO

La reunión para rendir homenaje a Manuel Belgrano, al cumplirse un año —más un mes y nueve días— de su muerte, contó con un ingrediente principal. El secretario de gobierno Rivadavia propuso que el nombre del patriota fuera dado a una calle y a un pueblo.

La comisión abocada a esta tarea se conformó con cuatro asistentes al banquete: Rojas, Lezica, Sáenz Valiente y Riglos. En los días posteriores, los señores redactaron un documento que fue entregado en la sede del gobierno y en los periódicos de Buenos Aires, con el fin de invitar a todos a participar del homenaje.

El documento decía:

Los que suscriben tienen la honra de haber sido comisionados por los amigos y apreciadores del mérito del general Belgrano para representar a Vuestra Excelencia que, habiéndose reunido en la noche del día 29 del pasado para celebrar el aniversario de aquel digno jefe, acordaron unánimemente que se suplicase a Vuestra Excelencia quisiese decretar que la primera ciudad que se fundase en los campos del sur de nuestra provincia llevase el nombre del general Belgrano; que se distinguiría también con el de una de las calles de nuestra capital; y que una

subscripción sería al mismo tiempo abierta y destinada a sufragar los gastos de la nueva entidad.
Aquellos ciudadanos tuvieron para esto muy presente, Eximio Señor, que el honor y la gloria de los hombres ilustres es una herencia que recoge la Nación a la que pertenecieron, la cual no debe dejarse perder en un olvido vergonzoso (…). La locura de los hombres ha elevado muchas veces a la memoria de sus tiranos y conquistadores, monumentos soberbios que abruman estérilmente la tierra (…).
No son monumentos los que deben erigirse al hombre de bien, al patriota virtuoso, al amigo, al defensor de los hombres y al que solo pasó por la tierra haciendo beneficios. El deseo justamente de aquel lamentado ciudadano era que nuestra patria bajo un gobierno libre viniera a ser el universal asilo de los oprimidos y desgraciados de cualquier clima, color o idioma que ellos fuesen.
En el delirio inocente de su imaginación se gozaba viendo los campos yermos de nuestra patria poblarse repentinamente y, como por el encantamiento de la libertad, levantarse ciudades, villas, aldeas, caseríos donde rebozarse el contento, la paz y la abundancia.
Y puesto que la independencia de nuestro país que tan valientemente defendió su brazo, pone ya al gobierno en estado de empezar a realizar las esperanzas o los presentimientos de aquel difunto general; ningún monumento parece más digno de su gloria, ni más conforme al carácter de su genio, que el de consagrarle la primera ciudad que se levantase en los campos del sur de nuestras provincias.
Pero la ternura de sus compatriotas y amigos no satisfecha, aún quisiera tener en el recinto mismo de esta ciudad un recuerdo perpetuo a su nombre querido, dándoselo a una de las calles, y si fuese posible a aquella misma en que está situada la casa donde nació, habitó y en la que murió el general Belgrano.
En esta virtud, a Vuestra Excelencia confiadamente suplicamos se digne aprobar el proyecto de la sociedad y decretar lo conveniente a su cumplimiento, para la cual será de nuestra incumbencia recoger y poner a disposición del gobierno, la suma que produjese la suscripción que está abierta con tan laudable objetivo.

Asimismo, el Poder Ejecutivo, a través del secretario Rivadavia, respondió

el 7 de agosto con un decreto:

> *Estando el gobierno animado de los mismos sentimientos que manifiestan los comisionados en su presente nota y haciéndose un honroso deber en tributar al mérito y a la virtud el homenaje que justamente merecen; se compromete desde luego este gobierno en señalar la primera población que se erija en los campos de Buenos Aires con el ilustre nombre de Belgrano, ofreciendo mover todos los resortes de su autoridad para lograr cuanto antes este objeto y para que la obra sea digna del benemérito ciudadano a quien se consagra.*
> *Y debiendo así mismo existir en esta ciudad una memoria, que recuerde el mérito y servicios que ha prestado a su patria, desígnase con su nombre la calle donde está situada la casa de sus padres, de conformidad a lo que solicitan también los comisionados.*
> *En su consecuencia gírese la orden respectiva al regidor juez de policía devolviéndose a aquellos este decreto para su inteligencia y satisfacción.*

De esta manera, la porteña calle Pirán, cuyo nombre había sido impuesto luego de las Invasiones Inglesas en homenaje a Antonio Pirán, regidor del Cabildo de actuación notable durante los acontecimientos de 1806 y 1807, pasó a llamarse Belgrano.

En cuanto al deseo “de consagrarle la primera ciudad que se levantase en los campos del sur de nuestras provincias”, proyecto para el cual el gobierno se comprometió a “mover todos los resortes de su autoridad para lograr cuanto antes este objeto”, tuvo distinta efectividad. No fue al sur de la ciudad ni tampoco “cuanto antes”.

En 1855, es decir treinta y cuatro años después, cuando reemplazaron el arruinado mármol de su tumba pisoteada, se fundó el pueblo de Belgrano al norte de la ciudad. Luego, en 1887, al ser anexado a la Capital Federal, mantuvo su nombre. Hoy es el barrio de Belgrano.

NUEVO HOMENAJE

El 20 de junio de 1822 volvió a evocarse la figura del abogado, economista, militar y diplomático. Esa tarde, a las cinco, tuvo lugar el

banquete por la memoria del prócer en una fonda ubicada en el costado sur de la Plaza de la Victoria (hoy Hipólito Yrigoyen entre Bolívar y Defensa).

La ceremonia, en la que participaron treinta y dos comensales que habían reservado su cubierto con anterioridad, contó con la presencia de Rivadavia, quien ocupó la cabecera de la mesa. A su lado se sentaron Tomás Guido —ministro de Guerra y amigo del general San Martín, quien en ese tiempo se encontraba en Lima— y Lezica, integrante de la comisión de homenaje a Belgrano.

Una vez terminada la comida, Rivadavia habló de pie durante cuarenta y cinco minutos. Evocó momentos vividos, recordó sus virtudes cívicas, sus aciertos militares y el sacrificio por el prójimo.

Si bien no ha llegado a nuestros días aquel improvisado discurso, no podemos pasar por alto el hecho de que el orador conoció mucho a Belgrano, incluido casi un año de convivencia durante la misión diplomática a Europa.

Una música solemne comenzó a sonar en cuanto Rivadavia tomó asiento. Los presentes quedaron sacudidos por el discurso. Según el cronista que ofreció al periódico *El Argos* detalles de aquella tarde, mientras los músicos ofrecían una ejecución cargada de pomposidad, todos se mantuvieron con la mirada perdida, cada uno evocando sus recuerdos relacionados con el gran patriota. Fueron unos largos minutos de silencio.

De repente, Francisco Fernández de la Cruz, ministro de gobierno y sucesor de Belgrano en el mando del Ejército, se incorporó y, con su copa en lo alto, brindó “para que no fuese el mármol ni el bronce, sino los pechos de los ciudadanos, donde se inscriban las virtudes del general”.

Luego fue el turno del comerciante Lezica, pero el improvisado cronista del periódico no recordaba sus expresiones.

A su turno, Pedro Andrés García, militar destacado en las Invasiones Inglesas e integrante de la Asamblea Constituyente que sesionaba en esos días, repasó la vida del general desde la época en que era funcionario del Consulado. Se refirió a su pensamiento y al “amor hacia la Independencia que supo inspirar a los que tenían la honra de conocerle”. También destacó las acciones del difunto para favorecer la actividad mercantil. Culminó su exposición brindando “por la prosperidad del naciente comercio de la provincia”.

Una vez más, Fernández de la Cruz alzó la copa: “Por las luces y el acierto de la sala”. Las palabras del militar fueron complementadas por Manuel

Pintos, diputado de la Asamblea Constituyente, quien brindó “para que nuestros jefes militares se distingan siempre, siguiendo el ejemplo y la subordinación del general Belgrano”.

La noche se acercaba con su primer frío invernal. En la solemne mesa continuaba el homenaje. El ingeniero Felipe Senillosa, oriundo de Barcelona, quien conoció al general en Londres (de hecho, fueron Belgrano y Rivadavia quienes lo convencieron de que llevara sus conocimientos a Buenos Aires y el primero le entregó una carta de recomendación), dijo que las lágrimas que estaba arrancando la evocación contrastaban con las de amargura, esas que provocaba el horror a un tirano. En cambio, las de esa noche eran por “la emoción que brota de nuestros pechos al recordar a un verdadero amigo de la humanidad”. Con conocimiento personal del asunto, señaló “los desvelos del general Belgrano por la ilustración pública”.

El padre Francisco Javier Argerich, sacerdote que intimó con Belgrano en Luján (cuando el militar marchaba a Rosario) y que integró la Asamblea del Año XIII, se enfocó en la generosidad del amado patriota, subrayando “los sacrificios que había hecho el general, de su propia fortuna, en favor de la causa pública”. Por último, recordó “el generoso desprendimiento” de la donación que le había hecho la Asamblea por la victoria de Salta.

El coronel Manuel Ramírez, quien sirvió a las órdenes de Belgrano en el campamento de Tucumán, a cargo de la artillería, evocó el constante empeño del jefe en mantener la disciplina militar. Por su parte, el hacendado Pedro Trapani, nacido en Montevideo y dedicado al negocio de los saladeros, abogó “para que la Banda Oriental, el año entrante, siendo patria de los libres, celebre también la memoria del general Belgrano”. Hasta ese momento, los discursos y brindis se acompañaban con gestos de aprobación, pero las palabras de Trapani provocaron un extendido aplauso.

Ignacio Álvarez Thomas, sobrino político de Belgrano (y fugaz Director Supremo), agradeció en nombre de toda la familia los sentimientos expresados por la concurrencia hacia su querido tío.

Continuaron las palabras emotivas a cargo del general Matías Zapiola, quien había regresado de la campaña libertadora en Perú, Martín José González (compañero de Senillosa en la Comisión de Caminos), Félix Ignacio Frías y el teniente coronel Juan José Quesada (cautivo en El Callao que obtuvo la libertad por un canje de prisioneros hecho por San Martín). El homenaje prosiguió con todos entonando la misma canción fúnebre que

habían coreado en 1821.

Parece que la música no convenció mucho porque se resolvió seguir cantándola todos los años, pero con una melodía nueva que encargarían. Deseaban que sonara como una marcha. Iban a denominarla “Marcha del General Belgrano” y tenían la intención de que fuera ejecutada por la banda de todos los regimientos de la Patria.

Volvieron a tratar el asunto de la ciudad que llevaría su nombre. Félix Frías y Julián Arriola fueron comisionados para llevar adelante la suscripción de los fondos para su creación.

Como ya contamos, la denominación del pueblo demandó varios años. Pero ya se había dado el primer paso. Hoy el nombre de Manuel Belgrano figura en la nomenclatura de cada rincón de la República Argentina.

DEUDORES Y ACREEDORES

El clérigo Domingo Belgrano gestionó el cobro de deudas y se encargó de pagar las que su hermano había contraído, más allá de lo que figuraba en el testamento del 25 de mayo. Saavedra devolvió las sillas o pagó el importe de su valor. Mientras que el sobrino Espinosa y Echevarría (a quien Belgrano le había prestado para comprar una mulata) no habían cancelado sus deudas, al menos hasta 1823.

Luego de varios trámites y mucha paciencia, consiguió que el gobierno le entregara 21.272 pesos en conceptos de sueldos atrasados y gastos que no se habían liquidado por la misión diplomática. A ese importe se sumó la devolución de doscientos cuarenta pesos que él había sacado de sus ahorros para pagar el traslado del coronel Forest, gravemente herido en Vilcapugio, hasta la ciudad de Jujuy. Y todavía quedaba pendiente la deuda de los cuarenta mil pesos que él había donado para las escuelas.

Su hermano tramitó que parte de ese dinero se le entregara para la manutención de la hija del prócer. Por lo tanto, de los cuarenta mil iniciales se retiraron 6.666.

Con el dinero cobrado pudo pagar varias deudas, como la declarada en el testamento a Manuel Aguirre, la de Balbín y otros compromisos contraídos en forma particular. Por ejemplo, al doctor Redhead. El médico, por la gratitud del general, había recibido el valioso reloj y la volanta comprada en

Tucumán para viajar a Buenos Aires (y que había pagado con dinero prestado por Balbín). Más allá de los obsequios, los deudos del prócer le liquidaron a Redhead unos tres mil pesos en concepto de honorarios.

En cuanto a Sullivan, la familia Belgrano había quedado muy agradecida por la manera fraternal con que se manejó en los últimos días del agonizante Manuel. Domingo Estanislao le entregó al irlandés el juego de tintero que usaba su hermano en forma habitual. En cierto momento pretendió cobrar algún honorario, aunque no insistió porque se notaba que el dinero escaseaba.

Pero cuando se enteró de que el Estado había saldado la cuenta de Belgrano, Sullivan concurrió a la casa para reclamar su paga. La respuesta fue que a él no lo habían convocado, sino que lo había introducido Redhead. El doctor les inició un juicio y lo ganó. Hubo que pagarle.

Acerca de Sullivan, agregamos que en esos años tuvo muchas dificultades al tramitar la licencia para ejercer la medicina. También fue acusado en más de una oportunidad de haber querido envenenar a colegas. El polémico médico murió en su casa del barrio de Retiro, en Buenos Aires, en 1835, antes de cumplir los cuarenta años. Redhead regresó a Salta, donde murió y fue enterrado en 1847.

DOLORES HELGUERO, DESPUÉS DE MANUEL

La tradición sostiene que fueron los padres de Dolores Helguero quienes la casaron con el catamarqueño Manuel Rivas de Lara para ocultar el embarazo fuera del matrimonio. El primer aspecto que debe quedar claro es que Rivas era primo de la novia: las madres de Manuel y de Dolores eran hermanas.

Hasta nuestro tiempo ha llegado la versión de que un día la abandonó. Muy recientes investigaciones han encarrilado un poco este tema. Los primeros aportes acercados por el genealogista Marcelo Gershani Oviedo permiten establecer que el matrimonio Rivas-Helguero ha tenido, por lo menos, cinco hijas: Rosenda, Griselda, Susana, Felisa y Modesta, ya que ubicó sus matrimonios en los archivos eclesiásticos de Catamarca. En cada uno de esos registros se menciona que la novia es hija de Manuel Rivas y Dolores Helguero.

¿Abandonó este hombre a la familia y terminó sus días en Bolivia como viene repitiéndose? Gershani Oviedo halló el acta de defunción de Manuel

Enrique Rivas, casado con Dolores Helguero, según la cual fue enterrado en 1846 en Belén, provincia de Catamarca. Todas las pistas parecen indicar que siempre vivieron en el mismo lugar.

Últimamente ha surgido otra punta para investigar. A pesar de que la tradición oral sostuvo que los casaron para evitar el escándalo que significaba en aquel tiempo ser madre soltera, hemos detectado que hasta 1823 (tres años después de la muerte de Belgrano) Rivas estudiaba en Córdoba. Pudo haberse casado por poder. Pero si ese hubiera sido el caso, el trámite para recibir la autorización de la Iglesia, por ser los contrayentes primos hermanos, no se conseguía de un día para el otro. Tampoco era habitual que un joven contrajera matrimonio primero y después se ocupara de sus estudios.

Hasta ahora, los registros de bautismo de al menos tres hijas del matrimonio determinan que nacieron en 1834, 1836 y 1837. Es decir, más de quince años después que Manuela.

La teoría del casamiento a las apuradas y del abandono sufrido por Dolores al poco tiempo se desdibuja a medida que surgen nuevos documentos.

MANUELA MÓNICA DEL CORAZÓN DE JESÚS

A mediados de 1824, el gobierno propuso aumentar un punto porcentual el interés que generaba el capital del premio por Salta donado para las escuelas, que seguían esperando su concreción debido a circunstancias económicas y políticas. Ese punto porcentual, que representaba unos cuatrocientos pesos anuales, se destinaría a la educación de la hija tucumana del prócer.

Domingo Estanislao escribió a su hermano Miguel (el que había aportado el mármol de la tumba) para solicitarle que, en cuanto se resolviera el asunto de los intereses, asumiera la responsabilidad de la educación de Manuelita.

Miguel no pudo ocuparse porque la muerte lo alcanzó pocos meses después. Domingo tampoco, porque siguió el camino celestial de sus hermanos. Joaquín, uno de los sobrevivientes, quedó a cargo de las cuestiones vinculadas a su sobrina.

Cuando la niña tenía seis años, los Belgrano tomaron las riendas de su educación. Encomendaron a Jerónimo Helguera, oficial retirado que había sido edecán y hombre de confianza del general (recordemos que lo acompañó en el viaje de regreso en 1820), que gestionara el traslado a Buenos Aires.

Se desconoce cómo fueron las tratativas con los Helguero. Es probable que el propio Helguera, a quien conocían, haya actuado como intermediario. En definitiva, a Manuelita la alejaron de su mundo para llevarla con gente que no conocía.

En el año 1825 se incorporó a su nueva familia conformada por varios tíos y primos. Vivió en la calle que ya se llamaba Belgrano, en la misma casa donde había nacido y muerto su padre. Juana María Nepomucena Belgrano de Chas, la hermana preferida de Manuel (a quien mencionamos con su nombre completo para no confundirla con otra hermana, Juana Francisca Buenaventura), se hizo cargo de la niña.

En el nuevo entorno familiar, los hijos naturales no eran algo extraño. Juana María Nepomucena contrajo matrimonio con Ignacio Ramos Villamil en 1790, enviudó en 1803 y, en 1812, se casó con Francisco Chas, quienes reconocieron como propias a María del Carmen (nacida en 1805) y Fausta (en 1810). Tal vez eran los padres, o ella la madre, o la tía. Nunca se sabrá.

Por su parte, Domingo Estanislao, el sacerdote de la familia, había bautizado el 11 de marzo de 1805 al huérfano Joaquín Estanislao Eulogio. Veinte años después, un juicio iniciado por el joven permitió establecer que el padre Domingo era el padre y que fue producto de una relación con la parda Mauricia Cárdenas. Como dato curioso, Joaquín Estanislao Eulogio tuvo tres hijos. Se llamaron: Joaquín, Estanislao y Eulogio.

Manuela Mónica se integró a la familia. Por cuestión de edades, veía a su tía Juana como su abuela y a su prima Flora como su madre. Llevó una vida sin sobresaltos, aprendió idiomas y se convirtió en una estimada presencia en las tertulias porteñas. Aunque con carácter. Solía perder la paciencia, algo que permite establecer que el estereotipo de mujercita sumisa no encajaba con su personalidad.

Fue cortejada por otro joven tucumano nueve años mayor, Juan Bautista Alberdi, el mismísimo, y seguramente debe haber habido otros entusiastas porque, más allá de ese aspecto del carácter que podía disuadir a timoratos, siempre cosechó halagos por sus valores y buen trato.

Mantuvo su soltería por más tiempo que la media: se casó en 1853, a los 34 años, con un sobrino: Manuel Vega Belgrano, seis años mayor que ella. Tuvieron seis hijos, tres varones (Manuel León, Manuel Félix y Carlos Manuel) y tres mujeres (Flora Gregoria, Josefa Luisa y Máxima Josefa).

Los medio hermanos habidos en el matrimonio de Dolores Helguero y

Manuel Rivas no tuvieron relación con Manuela Mónica. En cambio, sí conoció a Pedro Pablo Rosas y Belgrano. Se daban el trato de hermanos, intercambiaban regalos y sabían que sus historias no podían conocerse en forma completa. Ni aun en su testamento el varón reveló el nombre de su madre. Dijo que desconocía quién era. En cuanto a Manuela, luego de que muriera en 1866, a la edad de 46 años, se planteó una situación judicial por la herencia del terreno que le había legado su padre en Tucumán. Los Rivas exigían derechos sobre esa propiedad ante los Vega Belgrano.

Volviendo a los dos hijos naturales del general, ambos esparcieron el gen belgraniano en veintidós nietos, los seis mencionados hijos de Manuela más los dieciséis de Pedro, quien formó su familia en Azul, provincia de Buenos Aires.

Sin dudas, deben haberse visto más de una vez. De todos modos, la única constancia de un encuentro entre los dos hijos de Belgrano corresponde al 20 de abril de 1861, en la iglesia de San José de Flores, cuando Manuela actuó como madrina de un hijo de Pedro.

Cada rama llevó adelante su evolución sorteando diversos obstáculos. Si bien en un principio Rosas y Belgrano tuvo un buen pasar en torno de los Ezcurra, las cuestiones partidarias modificaron los escenarios. Luego de la muerte de Pedro, la economía de la familia quedó maltrecha. Y aunque recibieron alguna ayuda de los Vega Belgrano, en 1868 la viuda e hijos de Rosas y Belgrano fueron desalojados de su hogar. Vivían en Belgrano entre Piedras y Tacuarí, a cuatro cuadras de la casa que habitó el general.

Quien brindó asistencia a Juana Rodríguez, viuda de Pedro Rosas y Belgrano, fue Justo José de Urquiza.

QUIENES LO CONOCIERON

Para finalizar con esta pintura del gran patriota, rescatamos algunas menciones y evocaciones hechas por sus contemporáneos:

Gregorio Aráoz de Lamadrid: “Su capacidad, su política, la pureza de su patriotismo y su rectitud y vigilancia, le atrajeron el respeto y el amor del ejército y de todos los pueblos”.

Ignacio Álvarez Thomas: “Su autoridad era tan marcada en todos los actos que jamás quiso emplear su influjo para mejorar la condición de sus deudos. Así fue que, despojados de sus empleos dos de sus cuñados, en consecuencia de la ley que exige a los españoles la carta de naturaleza para continuarlos, se negó a los clamores de ambas hermanas, aunque bien convencido del carácter pacífico y honrado de sus esposos”.

Domingo Matheu: “Tenía las cualidades de un buen patriarca para cualquier gobierno justo y pulcro”.

José de San Martín: “En el caso de nombrar quien deba reemplazar a Rondeau, yo me decido por Belgrano: este es el más metódico de lo que conozco en nuestra América, lleno de integridad y talento natural. No tendrá los conocimientos de un Moreau o Bonaparte en punto a milicia, pero créame que es lo mejor que tenemos en la América del Sur”.

Fray Cayetano Rodríguez: “Es buen criollo, de talento, de juicio, metido en el sistema con desinterés no conoce la felonía y es noble por carácter. Cuanto más lo trates has de descubrir en él estas bellas cualidades. Dios reserva a los hombres para las circunstancias”.

Tomás de Iriarte: “Era un hombre ilustrado, sus conocimientos militares no eran extensos, pero estaba adornado de virtudes cívicas en grado eminente: su desprendimiento era ejemplar, la probidad personificada; sus principios republicanos eran austeros. Cuando empezó la revolución servía en Buenos Aires el destino de secretario del consulado, era en extremo delicado en su porte, y sus hábitos afeminados diametralmente opuestos a los de un soldado, pero abrazó la causa con calor y entró entonces a servir en la carrera de armas: sus costumbres cambiaron haciendo una repentina transición de la molicie a la austeridad de un soldado”.

José Celedonio Balbín: “Era tal la abnegación con que este hombre extraordinario se entregó a la libertad de su Patria, que no tenía un momento de reposo. Nunca buscaba su comodidad: con el mismo placer se acostaba en el suelo o sobre un banco que en la mullida cama”.

José María Paz: “No tenía, como él mismo lo dijo, grandes conocimientos militares. Pero poseía un juicio recto, una honradez a toda prueba, un entusiasmo decidido por la disciplina y un valor moral que jamás se ha desmentido”.

Manuel Antonio Castro: “Valeroso en la guerra, complaciente en la paz, sincero en sus palabras, simple en sus acciones, fiel en sus amistades, exacto en sus deberes, reglado en sus deseos, grande aun en la pequeñez, llenó la carrera de sus días cubierto de honor y de mérito”.

Así fue el gran patriota argentino, Manuel Belgrano.

AGRADECIMIENTOS

A la familia, partícipes principales del proyecto: Sofi, Pancho y Silvia, expertos en investigación, revisión, bibliografía, diseño, paciencia y amor.

Al historiador y genealogista Bernardo Lozier Almazán, por su disposición, generosidad y conocimientos tan valorados.

Al genealogista Marcelo Gershani Oviedo y al historiador Roberto Colimodio Galloso, cuyos aportes enriquecieron el contenido de este trabajo.

A Patricia Gutiérrez Méndez, Vanina Suárez, Ignacio David, Martín González y Débora Bermúdez, imprescindibles colaboradores que empujaron este homenaje biográfico desde el comienzo.

A los doctores Emiliano Tagle y Amparo Casasbellas Alconada, quienes me auxiliaron con material relevante.

Al personal del Museo Histórico Nacional, del Archivo General de la Nación, de la Hemeroteca “José Hernández” de la Legislatura Porteña, de la Biblioteca del Jockey Club de Buenos Aires, del Museo, Biblioteca y Archivo Histórico Municipal “Dr. Horacio Beccar Varela”, del Museo “Dámaso Arce” de Olavarría. En particular a Fito Barragán, Viviana Mallol, Marcela Fugardo, Emilio Perina, Fabián Alonso, José M. Nogueira Taboada, Sofía Ogüic, Teresa Fuster, Mónica Poggi y Sebastián Freigeiro.

A Iván Tiscornia, por ocuparse de la tapa, volcando su talento.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A
Abascal, José de: →
Acevedo, Manuel Antonio: →
Aguirre, oficial: → →
Aguirre, Manuel: → →
Alberdi, Juan Bautista: →
Alberti, Juan Manuel: → → →
Aldao, Andrés: →
Alsina, Juan: →
Altolaguirre, familia: →
Alvarado, Rudecindo: →
Álvarez, Benito: → → → →
Álvarez de Arenales, Juan Antonio: →
Álvarez Thomas, Ignacio: → → →
Alvear, Carlos de: → → → →
Álzaga, Martín de: →
Anchorena, Juan Esteban de: →
Anchorena, Nicolás: →
Aráoz, Bernabé: → →
Aráoz, Cayetano: →
Aráoz, Francisco: →
Aráoz, María Petrona: →
Aráoz, Pedro Miguel: → →
Aráoz de Lamadrid, Gregorio: → → → →
Arellano, Antonio: →
Arenales, Juan José de: → → →
Argerich, Francisco Javier: →
Arguibel, familia: →

Arguibel, Teresa: →
Aroche, José Ignacio: →
Arraga, José Vicente: →
Arriola, Julián: →
Artigas, José Gervasio: → → → →
Artigas, Manuel: → →
Azcuénaga, Miguel de: → →
Azurduy de Padilla, Juana: →

B

Balbastro, Isidro José: →
Balbiani, César: → →
Balbín, José Celedonio: → → → → → →
Balcarce, Diego: → → → → → → → →
Balcarce, Juan Ramón: → → → → → → → → → →
Basavilbaso, Domingo: →
Beldón, Patricio: →
Belgrano, Augustín Leoncio José: → →
Belgrano, Bernardo José Félix Servando: →
Belgrano, Carlos José: → → → → →
Belgrano, Domingo José Estanislao: → → → → → → → → → → →
Belgrano, Estanislao: →
Belgrano, Eulogio: →
Belgrano, familia: → → → → → → → → → →
Belgrano, Francisco José María: → → → → →
Belgrano, Joaquín: →
Belgrano, Joaquín Cayetano Lorenzo: → → → →
Belgrano, Joaquín Estanislao Eulogio: → →
Belgrano, José Gregorio: → → →
Belgrano, Juana Francisca Josefa Buenaventura: → → →
Belgrano, Juana María Nepomucena: → → → →
Belgrano, María Ana “Mariana” Estanislada: → → →
Belgrano, María del Rosario: → →

Belgrano, María Florencia: → → → →
Belgrano, María Josefa Anastasia: → →
Belgrano, María Josefa Juana: → → →
Belgrano, Miguel José Félix: → → → → →
Belgrano, Manuela Mónica del Corazón de Jesús: → → → → → → →
Belgrano Pérez, Antonio: → →
Belgrano Pérez, Camila: →
Belgrano Pérez, Inés: →
Belgrano Pérez, Isidora: →
Belgrano Pérez, José: →
Belgrano Pérez, Juana: →
Belgrano Pérez, María: →
Belgrano Pérez, María Melchora: →
Belgrano Pérez, Pascual: →
Belgrano Pérez, Rafael: →
Belgrano Pérez, Sebastián: →
Belgrano Pérez, Teresa: →
Belgrano Pérez, Tomás: →
Belgrano Pérez, Tomasa: →
Belgrano Pérez, Vicente: →
Belgrano Peri/Pérez, Domenico/Domingo Francesco María Cayetano: → → → → → → → → → →
Ben Ezra, Juan Josafat. *Véase* Lacunza, Manuel
Benavides, Manuel: → →
Benencia, Julio Arturo: →
Beresford, William Carr: → →
Bernabé y Madero, Juan: → → →
Bernaldes Polledo, José: → →
Beruti, Antonio: → →
Bonaparte, José: →
Bonaparte, Napoleón: → → → → → →
Borbón, Carlota Joaquina de: →
Borja Anglada, Francisco: → →
Boso, Eugenio José: →
Brummel, George “Beau”: →

Bucarelli, Francisco de Paula: →
Bustos, Juan Bautista: → →

C

Cabañas, Manuel Atanasio: → → → →
Cabarrús, Francisco (conde de): → →
Caillet-Bois, Ricardo R.: →
Cálcena y Echevarría, José Alberto: → →
Calderón de la Barca, José Manuel: →
Camacho, Matías: →
Campos, Gaspar: →
Campos, Gaspar (abuelo): →
Campos, Julio: →
Campos, Luis María: →
Cano, Apolinario Antonio: →
Cano, José Antonio: → → →
Carbonnier, Casimir: → →
Cárdenas, Baltasar: → → →
Cárdenas, Mauricia: →
Carlos III: → →
Carlos IV: → → →
Carrera, José Miguel: →
Carreto, Juan: → →
Castelli, Angelo/Ángel: → →
Castelli, Juan José: →
Castro, Manuel Antonio: → → → →
Castro, Saturnino: → → → →
Catelín, Próspero: →
Cerezo, José: →
Cerrato Chorroarín, Manuela: →
Cervantes, María de la Encarnación de: →
Cerviño, Pedro Antonio: → →
Chas, Fausta: →
Chas, Francisco: → → →

Chas, María del Carmen: →
Chavarría de Viamonte, Bernardina: →
Chiclana, Feliciano Antonio de: → →
Chilavert, Francisco: →
Chorroarín, Luis José de: → → →
Cisneros, Baltasar Hidalgo de: → →
Conte, José María: →
Correa, Manuel: →
Craufurd, Robert: →
Cumbay, cacique: →

D

De la Mota Botello, Feliciano: →
De la Peña Fernández, Pedro Antonio: →
Del Pino, Joaquín: →
Del Pino, Juana: →
Díaz, cadete: →
Díaz, Manuel: →
Díaz de la Peña, familia: →
Díaz Vélez, Eustaquio: → → → → → → → → → → → →
Domínguez, Andrés: →
Donado, Agustín: → →
Dorrego, Manuel Críspulo Bernabé: → → → → → → → → → → → → → → → → → → →

E

Echevarría, Ramón de: → → →
Echevarría, Vicente Anastasio: → → →
Escalada, Antonio de: →
Escalada, familia: → →
Escalada, Francisco: →
Escalada de San Martín, Remedios de: →
Espínola y Peña, José de: →
Espinosa, Julián Gregorio de: → →

Espinosa, Julián Vicente José Toribio Gregorio de: → → →
Estevez, Jorge: →
Estevez y Llac, Gerardo: →
Ezcurra, Encarnación: → →
Ezcurra, familia: → →
Ezcurra, Felipe: →
Ezcurra, José María: →
Ezcurra, Juana: →
Ezcurra, Juan Esteban de: → →
Ezcurra, Juan Ignacio: → → →
Ezcurra, Margarita: →
Ezcurra, María Dolores: →
Ezcurra, María Josefa “Pepa”: → → → → → → → →

F

Feijóo, José Antonio: →
Fernández, Tomás: →
Fernández de la Cruz, Francisco: → → → → →
Fernando VII: → → → → → → → → → → → →
Figueroa, Esteban: →
Fitte, Ernesto J.: →
Forest, Carlos: → → → → → → → → → →
Frías, Félix Ignacio: → →

G

García, Manuel: →
García, Pedro Andrés: →
García de Rojas, Miguel: →
García Enciso, Isaías: → →
García López, Antonio: →
Gardener, Elizabeth: → →
Garmendia, familia: →
Gershani Oviedo, Marcelo: →
Gómez, Valentín: →

Gómez de Fonseca, José: →
González, Abraham: → →
González, Dominga: →
González, Gregoria: → →
González, Martín José: →
González Balcarce, Marcos: → → → →
González Casero, María Josefa: → → → → →
González de Córdoba, Fernando "Gran Capitán": →
González Telmo, San Pedro: →
Gorman, Miguel: →
Goyeneche, Manuel de: → → → → → → →
Güemes, familia: →
Güemes, Martín Miguel de: → → → → → → → → → → →
Guerra, Isidoro Celestino: → →
Guido, Tomás: → →

H

Haigh, Samuel: →
Helguera, Jerónimo: → → →
Helguero, familia: →
Helguero, María de los Dolores: → → → → → → →
Hernández, José "Pepe": → →
Holmberg, barón de. *Véase* Kaunitz, Eduardo
Huici, Ángel de: → → →

I

Igarzábal, Xavier Francisco de: →
Igarzábal de Rodríguez Peña, Casilda: →
Incháurregui, José Santos: →
Inguanzo, Juana: → → →
Iranzuaga, Narciso: →
Iriarte, Tomás de: →

J

Jorge IV de Inglaterra: →
Juan VI Regente de Portugal: →
Juanzarás, Vicente de: → →

K

Kaunitz, Eduardo (barón de Holmberg): → → → → → →
→

L

La Hera, Felipe: → →
Lacunza, Manuel (Juan Josafat Ben Ezra): → →
Lanza, Miguel: →
Larrea, Juan: →
Las Heras, Juan Gualberto Gregorio de: →
Leiva, Julián de: → → → →
Lezica, José Pastor: →
Lezica, Juan Antonio: →
Lezica, Juan José: → → →
Lezica, Sebastián: → → →
Liendo, Celestino: → →
Liendo, Manuela: →
Liniers, Santiago de: → → → → → →
Llavallol, Jaime: →
López, Estanislao: →
López, Vicente: →
Lorenzo, José María: →
Lozier Almazán, Bernardo: → →
Lué y Riega, Benito de: →
Lugones, Germán: → →
Lugones, Lorenzo: → →
Luis XVIII: →
Luzuriaga, Toribio: →

M

Machain, José Ildefonso: → → →

Madero, Juan Nepomuceno: → →
Magariños, José María: →
Magariños, Mateo: → →
Magariños Cervantes, Alejandro: →
Magariños y Valenzuela, Juan Antonio: → → →
Martínez, Benito: → →
Martínez, José: →
Matheu, Domingo: → → → →
Maura, Juan: →
Maziel, Baltasar: →
Medrano, Pedro: →
Meleán, Lorenzo: →
Mella, Sebastián: → →
Melo, Pedro de: → → →
Mere, Francisco Javier: →
Milá, familia: →
Milá, José Vicente: → →
Milá de la Roca, José Ramón: →
Mitre, Bartolomé: → →
Moldes, José: →
Montero, Carlos José: →
Moreau, Jean-Victor: →
Moreno, Mariano: → → → → → → →
Moreno, Mariano (homónimo): →

O

Ocampo, Manuel José de: →
Olaguer, José: → →
Ornstein, Leopoldo: →
Otálora de Saavedra, Saturnina: →

P

Pagola, Manuel: →
Palacios, Gabriel: →
Paso, Francisco: →

Paso, Ildefonso: → →
Paso, Juan José: → → → →
Paula Sanz, Francisco de: → →
Paz, José María: → → → → → →
Peña, Gabriel: →
Perdriel, Gregorio: → → → → → → → →
Pereda, León Vicente: →
Pereira, Juan Antonio: →
Pestalozzi, Enrique: →
Pezuela, Joaquín de la: → → → →
Pintos, Manuel: →
Pío VI: →
Pirán, Antonio: →
Posadas, Gervasio Antonio: → → →
Pueyrredon, Feliciano: →
Pueyrredon, Juana: →
Pueyrredon, Juan Martín de: → → → → → → → → → → → → → →
Pueyrredon, Rita: →

Q

Quesada, Juan José: →

R

Ramírez, Francisco: →
Ramírez, Manuel: →
Ramos Belgrano, Flora: →
Ramos Mejía, Francisco: → →
Ramos Mejía, Ildefonso: → →
Ramos Villamil, Ignacio: →
Redhead, Joseph: → → → → → → → →
Reirruand, Antonio: →
Reyes Católicos: →
Riglos, Miguel de: → →
Rivadavia, Bernardino: → → → → → → → → →

→ → → → → → → → → → → →
Rivadavia, Constancia: →
Rivas, familia: →
Rivas, Felisa: →
Rivas, Griselda: →
Rivas, Modesta: →
Rivas, Petrona: →
Rivas, Rosenda: →
Rivas, Susana: →
Rivas de Lara, Manuel Enrique: → → → →
Rodríguez, Antonio: →
Rodríguez, Cayetano: → →
Rodríguez, Juana: → →
Rodríguez, Martín: → → → → → → →
Rodríguez Capomanes, Ana: →
Rodríguez de Arévalo, Narciso José: →
Rodríguez de Vida, Antonio: →
Rodríguez Peña, Nicolás: → → → → → → →
Rojas, José María: →
Romero, Esteban: → →
Romero del Villar, José: →
Rondeau, José: → → → → → →
Rosas, Juan (hijo): →
Rosas, Juan Manuel de: → →
Rosas, Manuelita: →
Rosas y Belgrano, Juan Manuel: → →
Rosas y Belgrano, Melitona: →
Rosas y Belgrano, Pedro Pablo: → → → → → → →
Roxo, Juan: →
Ruiz Huidobro, Pascual: →

S

Saavedra, Cornelio: → → → → → → → → → → → →
Sáenz Valiente, Anselmo: →

Sáenz Valiente, Juan Pablo: → →
Salvigni, Emilio: →
San Carlos Borromeo: → →
San Martín de Tours: →
San Martín, José Francisco de: → → → → → → → →
→ → → → → → → → → → → → →
→ → → →
San Martín, Juan de: →
San Martín y Escalada, Mercedes Tomasa “Merceditas”: →
Sánchez, Cecilio: →
Sánchez, Mariquita: → → →
Santo Tomás de Aquino: →
Saravia, Apolinario “Chocolate”: → → →
Sarratea, Manuel de: → → → → → → → → →
Scenna, Miguel Ángel: →
Segurola, Saturnino: →
Senillosa, Felipe: → →
Sobremonte, Rafael de: → →
Sola, Juan Nepomuceno: →
Soler, Miguel Estanislao: → →
Sullivan, John: → → → →
Superí, José: → → → → → → →

T

Tello, Juan Francisco: →
Terrada, Juan Florencio: →
Thompson, Martín: →, 89
Thompson, Pablo: → →
Tito Flavio Vespasiano: →
Torrens, José Manuel: →
Trapani, Pedro: →
Tristán, Pío: → → → → → → → → → → →
→

U

Ugarte, Francisco Ignacio: →
Uriarte, Pedro Francisco: →
Urien, José Domingo de: → →
Urquiza, Justo José de: →

V

Vargas, Juan de: →
Vega, Fermín José: →
Vega Belgrano, Carlos Manuel: →
Vega Belgrano, familia: →
Vega Belgrano, Flora Gregoria: →
Vega Belgrano, Josefa Luisa: →
Vega Belgrano, Manuel: →
Vega Belgrano, Manuel Félix: →
Vega Belgrano, Manuel León: →
Vega Belgrano, Máxima Josefa: →
Velazco, Bernardo de: → → → →
Venecia, Pascual: → →
Vera, Francisco: →
Vera, José Manuel de: → →
Vertiz, Juan José de: →
Viamonte, Juan José: → → →
Vidal, Celestino: → → → →
Videla, oficial: → →
Vieytes, Hipólito: → → →
Villalba, Andrés: →
Villegas, José: →
Villegas, José Laureano: →
Villota, Manuel Genaro: →

W

Warnes, Ignacio: → → → → →
Warnes, Manuel Antonio: →
Whitelocke, John: →
Wood, Carlos: →

Z

Zamudio, Máximo: →
Zapiola, José Matías: → →
Zavala, Francisco Bruno: →
Zavaleta, Diego Estanislao: →
Zegada, José Miguel: →
Zelaya, Cornelio: → → → → →

BIBLIOGRAFÍA

Abad de Santillán, Diego: *Historia Argentina*. Buenos Aires, TEA, 1965.

Academia Nacional de la Historia: *Correo de comercio*. Buenos Aires, 1970.

Academia Nacional de la Historia: *Epistolario Belgraniano*. Buenos Aires, 1970.

Academia Nacional de la Historia: *Historia de la Nación Argentina*. Buenos Aires, El Ateneo, 1948.

Aguilar, Jorge M.: *Belgrano el hombre*. Buenos Aires, Instituto Nacional Belgraniano, 1963.

Ales, Oreste Carlos: *Don Manuel de Sarratea*. Buenos Aires, Editorial Lito, 1975.

Alonso Piñeiro, Armando: *Cronología histórica argentina*. Buenos Aires, Depalma, 1981.

Alonso Piñeiro, Armando: *Dramas y esplendores de la Historia Argentina*. Buenos Aires, Platero, 1974.

Alonso Piñeiro, Armando: *El Supremo Americano*. Buenos Aires, Depalma, 1975.

Alonso Piñeiro, Armando: *Historia del general Viamonte y su época*. Buenos Aires, Ediciones Mundonuevo, 1969.

Alonso Piñeiro, Armando: *La Historia Argentina que muchos argentinos no conocen*. Buenos Aires, Depalma, 1984.

Alonso Piñeiro, Armando: *Manuel Belgrano periodista.* Buenos Aires, Plus Ultra, 1973.

Álvarez, Juan: *Estudio sobre las guerras civiles argentinas*. Buenos Aires, Roldán, 1914.

Amadeo, Octavio R.: *Vidas argentinas*. Buenos Aires, La Facultad, 1934.

Aráoz de Lamadrid, Gregorio: *Memorias*. Buenos Aires, Jackson, 1944.

Arce, Facundo A.: *Belgrano*. Paraná, s/e, 1974.

Archivo General de la Nación: “Consulado de Buenos Aires”. Buenos Aires,

1936.
Archivo General de la Nación: *Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires*, Tomo IV. Buenos Aires, 1927.
Archivo General de la Nación: *Correspondencia de Lord Strangford.* Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1941.
Arenas Luque, Fermín: *Efemérides argentinas*. Buenos Aires, Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires, 1960.
Arrieta, Rafael Alberto: "Exequias del General Belgrano", en *La Prensa*, Buenos Aires, 16/06/1946.
Aubín, José María: *Anecdotario argentino*. Buenos Aires, s/e, 1910.
Aubín, José María: *Mármol y bronce*. Buenos Aires, Ángel Estrada, 1911.
Avellaneda, Nicolás: "El Congreso de Tucumán", en *Revista Atlántida*, Buenos Aires, julio de 1941.
Ávila, Julio P.: *La ciudad arribeña: Tucumán 1810-1816*. Tucumán, Ediciones del Rectorado, 2003.
Banco de la Provincia de Buenos Aires: *Historia de un solar.* Buenos Aires, 1966.
Banco de la Provincia de Buenos Aires: *Manuel Belgrano*. Buenos Aires, 1970.
Barreda Laos, Felipe: *General Tomás Guido: vida - diplomacia: revelaciones y confidencias*. Buenos Aires, s/e, 1942.
Belgrano, Manuel: *Acta de Fundación de la ciudad de Nuestra Señora del Pilar de Curuzú-Cuatiá*. Buenos Aires, Senado de la Nación, 1960.
Belgrano, Manuel*: Autobiografia*. Buenos Aires, Carlos Pérez, 1968.
Belgrano, Manuel: *Autobiografía y escritos económicos*, dirigido por Felipe Pigna. Buenos Aires, Emecé, 2009.
Belgrano, Manuel: *Cartas del general don Manuel Belgrano al Libertador General don José de San Martín.* Buenos Aires, Leonardo, 1973.
Belgrano, Manuel: *Despedida de Washington al pueblo de los Estados Unidos* (folleto). Buenos Aires, Servicio Cultural e Informativo de los EE.UU. de América, 1902.
Belgrano, Manuel: *Escritos Económicos*. Buenos Aires, Raigal, 1954.
Belgrano, Manuel: *Traducciones*. Buenos Aires, Consejo Profesional de Ciencias Económicas de la Capital Federal, Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur, 1992.
Belgrano, Mario: "Documentos inéditos sobre la misión diplomática de

Rivadavia y Belgrano en 1814-1815", en *La Prensa*, Buenos Aires, 13/02/1935.
Belgrano, Mario: "El General Belgrano no murió abandonado por las autoridades de Buenos Aires", en *La Prensa*, Buenos Aires, 15/12/1925.
Belgrano, Mario: "El General Belgrano y el reclutamiento militar", en *La Prensa*, Buenos Aires, 12/12/1926.
Belgrano, Mario: "Los funerales del General Manuel Belgrano en 1821 costaron 156 pesos y seis reales", en *La Prensa*, Buenos Aires, 05/07/1935.
Belgrano, Mario: *Historia de Belgrano*. Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1944.
Belgrano, Mario: *La Santa Alianza: los comisionados al exterior*. Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1947.
Beliera, Aldo Abel: *Catedral de Buenos Aires*. Buenos Aires, Estudios Histórico-Sociales de Buenos Aires, 2009.
Beltrán Núñez, Rosario: "Una insurrección en el Teatro de la Ranchería", en *¡Aquí está!*, Buenos Aires, 09/05/1946.
Benarós, León: *El desván de Clío*. Buenos Aires, Fraterna, 1990.
Benencia, Julio A.: "Un soldado de Buenos Aires, el negro Pascual Domingo Belgrano Pérez", en *Circumil*, Nro. 694, Buenos Aires, 1971.
Benencia, Julio A.: *Cómo San Martín y Belgrano no se conocieron en Yatasto*. Buenos Aires, Plus Ultra, 1973.
Bernárdez, Francisco Luis: "Belgrano, estudiante de Salamanca", en *La Nación*, Buenos Aires, 18/07/1960.
Best, Félix: *Compendio de las campañas militares argentinas*. Buenos Aires, Biblioteca del Suboficial, 1934.
Best, Félix: *Historia de las guerras argentinas*. Buenos Aires, Peuser, 1960.
Biblioteca de Mayo: *Colección de obras y documentos para la Historia Argentina*, Tomos I a XIX. Buenos Aires, Senado de la Nación, 1960-1974.
Bidondo, Emiliano A.: *Alto Perú: insurrección, libertad, independencia*. La Paz, Ministerio de Defensa, 1989.
Bidondo, Emiliano A.: *La expedición de auxilio a las provincias interiores (1810-1812)*. Buenos Aires, Círculo Militar, 1987.
Biedma, José Juan: "Autopsia de Belgrano", en *La Nación*, Buenos Aires, 20/06/1906.
Biedma, José Juan: *El Coronel Lorenzo Lugones*. Buenos Aires, Kraft, 1896.

Biedma, Juan Martín: *Los Rodríguez Peña y la Emancipación Argentina*. Buenos Aires, Domingo E. Taladriz, 1959.
Boneo, Martín Francisco: *Las banderas de Belgrano*. Buenos Aires, Letemendia, 2012.
Bosch, Felipe: *Historia del antiguo Buenos Aires*. Buenos Aires, Alborada, 1971.
Bra, Gerardo: "El motín de las trenzas", en *Todo es Historia*, Nro. 187, Buenos Aires, diciembre de 1982.
Brienza, Hernán: *El loco Dorrego*. Buenos Aires, Marea, 2007.
Burnet-Merlin, Alfredo R.: "Una y otra vez en Vilcapugio", en *La Nación*, Buenos Aires, 12/2/78.
Busaniche, José Luis: "Los colores nacionales", en *La Nación*, Buenos Aires, 17/08/1941.
Caillet-Bois, Ricardo R.: "Manuel Belgrano y sus estudios universitarios en España", en *La Nación*, Buenos Aires, 11/03/1962.
Calvo, Nancy; Roberto Di Stefano y Klaus Gallo: *Los curas de la Revolución*. Buenos Aires, Emecé, 2002.
Camogli, Pablo y Luciano De Privitellio: *Batallas por la libertad*. Buenos Aires, Aguilar, 2005.
Camogli, Pablo: *Asamblea del año XIII*. Buenos Aires, Aguilar, 2013.
Capdevila, Arturo: *Historia de Dorrego*. Buenos Aires, Espasa, 1949.
Capdevila, Arturo: "Güemes", en *La Prensa*, Buenos Aires, 08/04/1962.
Capdevila, Rafael Darío: *Pedro Rosas y Belgrano: el hijo del General*. Tapalqué, Peuser, 1973.
Carbia, Rómulo D.: "La educación durante el período colonial", Tomo XXXIII, en *El Monitor de la Educación común*, Buenos Aires, 1910.
Carbia, Rómulo D.: "Los prohombres de Mayo fueron seres como nosotros", en *El Hogar*, Buenos Aires, 23/09/1927.
Carbia, Rómulo D.: *La Revolución de Mayo y la Iglesia*. Buenos Aires, Huarpes, 1945.
Carbone, Oscar E.: "El monarquismo del General Belgrano", en *La Prensa*, Buenos Aires, 03/06/1961.
Cárcano, Ramón J.: *Historia de los medios de comunicación y transporte en la República Argentina*. Buenos Aires, Félix Lajouane, 1893.
Carranza, Adolfo P.: *Argentinas*. Buenos Aires, G. Mendesky e Hijos, 1913.
Carranza, Ángel Justiniano: *Hojas históricas*. Buenos Aires, Imprenta

Europea, 1898.
Carrasco, Francisco P.: “Una vida ignorada: Manuelita Belgrano”, en *La Nación*, Buenos Aires, 27/04/1924.
Círculo Militar: *Independencia*. Buenos Aires, 1966.
Cóccaro, Pedro J.: *Génesis de los colores de la bandera argentina*. Rosario, s/e, 1987.
Colimodio, Roberto A.: *Oficiales de Belgrano prisioneros en Ayohuma*. Buenos Aires, Fundación Soldados, 2014.
Colombres, Alberto: *El ropaje de la gloria*. Buenos Aires, Sudamericana, 1997.
Corbellini, Enrique C.: *La revolución de Mayo y sus antecedentes desde las Invasiones Inglesas*, Tomos 1 y 2. Buenos Aires, Lajouane, 1950.
Corbière, Emilio P.: *El terrorismo en la Revolución de Mayo*. Buenos Aires, La Facultad, 1937.
Cornejo, Atilio: “Oficiales realistas capitulados en Salta (1813) luego condecorados en Vilcapugio y Viluma”, en *Investigaciones y Ensayos*, Nro. 27, Buenos Aires, julio-diciembre de 1979.
Cornejo, Atilio: *Historia de Güemes*. Salta, s/e, 1971.
Correa Luna, Carlos: “Cabarrús versus Belgrano”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 27/06/1926.
Correa Luna, Carlos: “La simulación monárquica de 1815: Rivadavia y Belgrano en Londres”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 20/08/1922.
Correa Luna, Carlos: “Las cuentas italianas del conde Cabarrús”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 30/05/1926.
Cortés, José Domingo: *Diccionario Biográfico Americano*. París, Tipografía Lahure, 1876.
Corvalán Mendilaharsu, Dardo: *Los símbolos patrios*, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1947.
Corvalán Mendilaharsu, Dardo: *Sombra histórica*. Buenos Aires, Schenone Hnos. y Linari, 1923.
Crovetto, Romero C.: “Belgrano, estudiante en Madrid”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 14/11/1948.
Crovetto, Romero C.: “Belgrano, pasante de abogado en Madrid”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 27/07/1948.
Cunietti-Ferrando, Arnaldo J.: “Las últimas voluntades”, en *Belgrano* (compilación de Roberto L. Elissalde), Rosario, Bolsa de Comercio de

Rosario, 2012.
Cutolo, Vicente Osvaldo: *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino*. Buenos Aires, Elche, 1968.
Chaves, Julio César: *Historias de las relaciones entre Buenos Aires y el Paraguay, 1810-1813*. Buenos Aires, Méndez, 1938.
Danelli, Héctor A.: "Belgrano en el Colegio Real de San Carlos", en *La Prensa*, Buenos Aires, 14/06/1970.
De Iriarte, Tomás: *Memorias*. Buenos Aires, Sociedad Impresora Americana, 1944.
De la Vega, Julio César: *Consultor de Historia Argentina*. Buenos Aires, Ediciones Delma, 1994.
De Marco, Miguel Ángel: *La patria, los hombres y el coraje*. Buenos Aires, Planeta, 1998.
De Titto, Ricardo: *Hombres de Mayo*. Buenos Aires, Norma, 2010.
Del Carril, Bonifacio: *El destierro de Dorrego*. Buenos Aires, Emecé, 1986.
Del Franco, José R.: *Belgrano: el pabellón argentino y la Orden de Carlos III*. Córdoba, La Elzeviriana, 1920.
Descotte, Mario Luis: *San Martín y Belgrano*. Mendoza, Fondo Editorial San Francisco Javier, 2006.
Dib, Matías (recopilador): *Ideario de Belgrano*. Buenos Aires, Instituto Nacional Belgraniano, 2019.
Dreyer, Mario S.: *San Martín y Belgrano, almas paralelas*. Buenos Aires, Monte Grande, 1995.
Dürnhöfer, Eduardo: *¿Nos devolverán la bandera de Belgrano?* (folleto). Buenos Aires, 1998.
Editorial Abril: *Hombres y hechos en la Historia Argentina*. Buenos Aires, 1972.
Editorial Ángel Estrada: *Muertos por la Patria*. Buenos Aires, 1908.
Editorial Ángel Estrada: *Servidores beneméritos de la Patria*. Buenos Aires, 1909.
Editorial Códex: *Crónica argentina histórica*. Buenos Aires, 1968.
Editorial E.D.A.F.: *Vidas de grandes argentinos*. Madrid, 1966.
Elordi, Guillermo: "Primeros periódicos rioplatenses 1801-1810", en *La Nación*, Buenos Aires, 07/06/1956.
Estrada, Marcos; *Belgrano y Anchorena en su correspondencia*. Buenos Aires, Estrada, 1966.

Etchepareborda, Roberto: “Entretelones del proceso Carlotino”, en *Historia*, Nro. 8, Buenos Aires, abril-junio de 1957.
Etzaguirre, José M.: “Independencia, 1816-1916”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 09/07/1916.
Ezcurra, Marcos: “Doña María Josefa Ezcurra”, en *Revista de Derecho, Historia y Letras*, Buenos Aires, 1915.
Ferla, Salvador: *Historia Argentina con drama y humor*. Buenos Aires, Granica editor, 1974.
Fernández, Ariosto: “Manuel Belgrano y la Princesa Carlota Joaquina” (primera parte), en *Historia*, Nro. 3, Buenos Aires, 1956.
Fernández, Ariosto: “Manuel Belgrano y la Princesa Carlota Joaquina” (segunda parte), en *Historia*, Nro. 5, Buenos Aires, 1956.
Fernández, Belisario y Eduardo Hugo Castagnino: *Guión Belgraniano*. Buenos Aires, La Obra, 1962.
Fernández, Juan Rómulo: *Hombres de acción*. Buenos Aires, Librería del Colegio, 1940.
Ferro, Carlos A.: *Historia de la bandera argentina*. Buenos Aires, Depalma, 1991.
Fitte, Ernesto J.: *El motín de las trenzas.* Buenos Aires, Fernández Blanco, 1960.
Frías, Bernardo: *Tradiciones históricas*. Buenos Aires, Jesús Menéndez e Hijo, 1924.
“Funerales del Brigadier General D. Manuel Belgrano”, en *Argos de Buenos Aires*, Buenos Aires, 31/07/1821.
Furlong, Guillermo: *Historia social y cultural del Río de la Plata*. Buenos Aires, Tipográfica Editora Argentina, 1969.
Furlong, Guillermo: *La Revolución de Mayo: los sucesos, los hombres, las ideas.* Buenos Aires, Club de Lectores, 1960.
Gaceta de Buenos Aires: 1810-1821 (reimpresión facsimilar). Buenos Aires, Junta de Historia y Numismática Americana, 1960.
Galván Moreno, C.: *Rivadavia: el estadista genial*. Buenos Aires, Claridad, 1940.
Gálvez, Lucía: *Historias de amor de la Historia Argentina*. Buenos Aires, Norma, 1998.
Gammalsson, Hialmar Edmundo: *Juan Martín de Pueyrredon*. Buenos Aires, Goncourt, 1968.

Gancedo, Alejandro: *Dorrego: apuntes históricos*. Buenos Aires, Peuser, 1907.
Gandía, Enrique de: *Mariano Moreno: los problemas políticos de su biografía y de los orígenes de Mayo*. Buenos Aires, Pleamar, 1968.
Gandía, Enrique de: *Mariano Moreno*. Buenos Aires, Universidad Nacional del Sur, 1964.
Gandía, Enrique de: *Orígenes desconocidos del 25 de Mayo*. Buenos Aires, Claridad, 1960.
García de Loydi, Ludovico: *El Obispo Lué y Riega*. Buenos Aires, Cuadernos de Historia Eclesiástica, 1969.
García Enciso, José Isaías: *El Coronel Don Pedro Rosas y Belgrano*. Buenos Aires, Instituto Nacional de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, 2000.
García, Juan Agustín: *La ciudad indiana*. Buenos Aires, Rosso, 1993.
García Enciso, José Isaías: *Manuela Belgrano: la hija del General*. Buenos Aires, Sudamericana, 2003.
Gelly y Obes, Carlos María: *Manuel Alberti: el presbítero de la Revolución*. Buenos Aires, S.E.H.A., 1960.
Gelly y Obes, Carlos María: *Manuel Belgrano: los fundamentos de su gloria*. Buenos Aires, Jockey Club, 1970.
Gesualdo, Vicente y otros: *Historia argentina*, Tomos I a V. Buenos Aires, Océano, 1981.
Gianello, Leoncio: *Historia del Congreso de Tucumán*. Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1966.
Giménez, Ovidio: *Vida, época y obra de Manuel Belgrano*. Madrid, Ciudad Argentina, 1999.
Goldaracena, Ricardo: *El libro de los linajes*, Tomos I a VI. Montevideo, Arca, 2001.
Gondra, Luis Roque: *Manuel Belgrano, una vida ejemplar*. Buenos Aires, Peuser, 1938.
González Arrili, Bernardo: “Hombres de Mayo: Manuel Belgrano”, en *La Prensa*, 15/05/1960.
González Arrili, Bernardo: *Historia de la Argentina, según las biografías de sus hombres y mujeres*. Buenos Aires, Nobis, 1967.
González Arrili, Bernardo: *Retratos a pluma*. Buenos Aires, Jesús Menéndez, 1937.

González, Joaquín V.: “Belgrano íntimo: meditación sobre su carácter”, en *La Nación*, Buenos Aires, 20/06/1920.
González Díaz, Carlos: *El ejército de la Independencia: 1810-1820*. Buenos Aires, Ediciones Sílaba, 1976.
Guerrino, Antonio Alberto: *Bibliografía Histórica de la Medicina Argentina.* Buenos Aires, Dunken, 2001.
Halperín Donghi, Tulio: *El enigma Belgrano*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2014.
Hanon, Maxine: *Diccionario de británicos en Buenos Aires (primera época).* Buenos Aires, edición del autor, 2005.
Honorable Concejo Deliberante de Buenos Aires: *Mayo: Su filosofía, sus hechos, sus hombres.* Buenos Aires, 1960.
Ibarguren, Carlos: *En la penumbra de la Historia Argentina*. Buenos Aires, Unión de Editores Latinos, 1956.
Igarzábal, Josué: *Reflejos del pasado*. Buenos Aires, Círculo Militar, 1964.
Instituto Belgraniano: *General Belgrano: apuntes biográficos*. Buenos Aires, 1984.
Instituto Nacional Belgraniano: *Anales*, Tomos 1 a 14. Buenos Aires.
Instituto Nacional Belgraniano: *Belgrano*. Buenos Aires, 2006.
Instituto Nacional Belgraniano: *Bibliografía Belgraniana*. Buenos Aires, 1998.
Instituto Nacional Belgraniano: *Diario de marcha del Coronel Belgrano a Rosario: 24 de enero a 7 de febrero de 1812*. Buenos Aires, 1995.
Instituto Nacional Belgraniano: *Diario militar del Exto. Auxiliador del Perú*. Buenos Aires, 1995.
Instituto Nacional Belgraniano: *Documentos para la historia del General Don Manuel Belgrano*, Tomos I a VII. Buenos Aires.
Instituto Nacional Belgraniano: *III Congreso Nacional Belgraniano: Belgrano siglo XXI*. Buenos Aires, 2015.
Instituto Nacional Belgraniano: *Manuel Belgrano y la economía política: compilación documental*. Buenos Aires, 2016.
Instituto Nacional Belgraniano: *Segundo Congreso Nacional Belgraniano*. Buenos Aires, 1994.
Jáuregui Rueda, Carlos: *Matrimonios de la Catedral de Buenos Aires: 1747-1823*. Buenos Aires, Fuentes históricas y genealógicas argentinas, 1989.
Lanata, Jorge: *Argentinos*. Buenos Aires, Ediciones B, 2002.

Lanuza, José Luis: *La pequeña historia de la Revolución de Mayo.* Buenos Aires, Perrot, 1957.
Levene, Ricardo: *La anarquía de 1820*. Buenos Aires, Unión de Editores Latinos, 1954.
"Libro de Matrícula del Real Colegio de San Carlos", en *Revista de la Biblioteca Nacional*, Nro. 21, Buenos Aires, 1942.
Livacich, Serafín: *Notas históricas*. Buenos Aires, s/e, 1916.
Lizondo Borda, Manuel: "Tucumán, la batalla del pueblo", en *Manuel Belgrano, los ideales de la patria*. Buenos Aires, Manrique Zago, 1999.
López, Vicente Fidel: *Historia de la República Argentina*. Buenos Aires, Sopena, 1913.
López Rouges, Manuel: *Anarquía tucumana y la guerra civil*. Buenos Aires, Dunken, 2014.
Lozier Almazán, Bernardo: "La chacra de Belgrano en San Isidro", en *Revista del Instituto Histórico Municipal de San Isidro*, Nro. 28, San Isidro, 2014.
Lozier Almazán, Bernardo: "Manuel Belgrano: reflexiones sobre algunos aspectos de su personalidad" (separata). Buenos Aires, 2012.
Lozier Almazán, Bernardo: "Manuel Belgrano y la obra de Manuel Lacunza" (trabajo inédito). San Isidro, 2019.
Lozier Almazán, Bernardo: *Liniers y su tiempo*. Buenos Aires, Emecé, 1989.
Lozier Almazán, Bernardo: *Mayo 1810: la Argentina improvisada 1810-1860*. Munro, Sammartino, 2019.
Lozier Almazán, Bernardo: *Proyectos monárquicos en el Río de la Plata 1808-1825*. Villa Lynch, Sammartino, 2011.
Lozier Almazán, Bernardo: *William Carr Beresford: Gobernador de Buenos Aires*. Buenos Aires, Sammartino, 2012.
Lugones, Lorenzo: *Recuerdos históricos sobre las campañas del ejército auxiliar del Perú en la Guerra de la Independencia.* Buenos Aires, Imprenta de la Revista, 1853.
Luna, Félix: "Belgrano", en *Todo es Historia*, Nro. 38, Buenos Aires, junio de 1970.
Luqui Lagleyze, Julio Mario: *El ejército realista en la Guerra de la Independencia*. Buenos Aires, Instituto Nacional Sanmartiniano, 1995.
Luqui Lagleyze, Julio Mario: *Historia y campañas del ejército realista*. Rosario, Instituto Nacional Sanmartiniano, 1997.

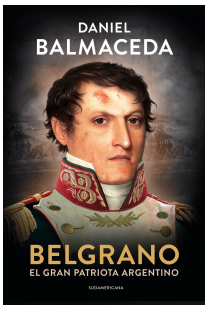
Lynch, John: *San Martín: soldado argentino, héroe americano*. Barcelona, Crítica, 2009.
Maffey, Alberto J.: *Crónicas de las grandes batallas del ejército argentino*. Buenos Aires, Círculo Militar, 2007.
Maillé, Augusto (compilador): *La Revolución de Mayo a través de los impresos de la época: 1809-1815*. Buenos Aires, Imprenta del Ministerio del Interior, 1965.
Marfany, Roberto H.: *El Cabildo de Mayo,* en Revista del Instituto Argentino de Ciencias Genealógicas, Buenos Aires, 1961.
Mariluz Urquijo, José M.: *El virreinato del Río de la Plata en la época del marqués de Avilés (1799- 1801).* Buenos Aires, Plus Ultra, 1988.
Martini, Mónica P.: *Francisco Antonio Cabello y Mesa, un publicista ilustrado de dos mundos*. Buenos Aires, Instituto de Investigaciones sobre Identidad Cultural, Universidad del Salvador, 1998.
Matheu, Domingo: "Autobiografía" (escrita por su hijo don Martín Matheu), en Biblioteca de Mayo, Senado de la Nación, Buenos Aires, 1960.
Mayochi, Enrique Mario: "¿A Belgrano no le agradaban las trenzas?", en *La Nación*, Buenos Aires, s/f.
Mayochi, Enrique Mario: "Estudiante en Salamanca y hombre de leyes en Valladolid", en *La Nación*, Buenos Aires, 06/04/1970.
Mayochi, Enrique Mario: "Los estudios realizados por el prócer en Buenos Aires", en *La Nación*, Buenos Aires, 30/03/1970.
Mayochi, Enrique Mario: "Manuel Belgrano precursor del periodismo argentino" (separata). Martínez, Academia Provincial de Ciencias y Artes San Isidro, 2011.
Mayochi, Enrique Mario: *Memoria de otros días de Buenos Aires*. Buenos Aires, Junta de Estudios Históricos de Belgrano, 2010.
Méndez Avellaneda, Juan M.: "La hija de Belgrano", en *Todo es Historia*, Nro. 279, Buenos Aires, 1990.
Minutolo de Orsi, Cristina V.: *Manuel Belgrano: 1816 unidad e Independencia Americana*. Buenos Aires, Instituto Nacional Belgraniano, 2016.
Mitre, Bartolomé: "Los colores argentinos", en *La Nación*, mayo de 1878.
Mitre, Bartolomé: *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*. Buenos Aires, Juventud Argentina, 1945.
Mitre, Bartolomé: *Historia de San Martín y de la Independencia*

Sudamericana. Buenos Aires, Peuser, 1946.
Molina, Alejandro Raúl: "Genearquía y genealogía de Belgrano", en *Historia*, Nro. 20, Buenos Aires, 1960.
Molinari, Luis José: "Belgrano: sus enfermedades, sus médicos y su muerte", en *Revista Historia*, Nro. 20, Buenos Aires, 1960.
Montero Lacasa, José y José Antonio Mendía: "'El Rosario', la estancia más antigua de la provincia", en *El Hogar*, Buenos Aires, 14/03/1947.
Morales, Horacio E.: "Vida militar de Manuel Belgrano", en *El Gran Americano*, Nro. 12, Gral. San Martín (prov. de Buenos Aires), junio de 2017.
Muñoz Cabrera, Juan R.: *La Guerra de los quince años en el Alto Perú*. Santiago de Chile, Imprenta del Independiente, 1867.
Muro, Oliver y Roberto L. Elissalde: *Belgrano*. Rosario, Bolsa de Comercio de Rosario, 2012.
Museo Mitre: *Documentos del archivo de Pueyrredon*. Buenos Aires, Imprenta de Coni Hermanos, 1912.
Nellar, Fued: *Reseña histórica y orgánica del ejército argentino*. Buenos Aires, Círculo Militar, 1972.
Newton, Jorge: *Belgrano, una vida ejemplar*. Buenos Aires, Claridad, 1970.
Núñez, Ignacio: *Noticias Históricas*, Tomos I y II. Buenos Aires, Orientación Cultural Editores, 1952.
O'Donnell, Pacho; José Ignacio García Hamilton y Felipe Pigna: *Historia confidencial*. Buenos Aires, Planeta, 2003.
O'Donnell, Pacho: *El grito sagrado*. Buenos Aires, Sudamericana, 1999.
Ornstein, Leopoldo R.: "El proceso al General Belgrano por el fracaso de la expedición al Paraguay", en *Investigaciones y Ensayos*, Nro. 9, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, julio-diciembre de 1970.
Ornstein, Leopoldo: *La expedición libertadora al Paraguay*. Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1939.
Otero, Miguel: *De Güemes a Rosas*. Buenos Aires, Sociedad Impresora Americana, 1946.
Padró de Tocci, Nené: "Mote para un general", en *La Prensa*, Buenos Aires, 21/04/1968.
Palcos, Alberto: "El idilio de la hija de un patricio", en *La Prensa*, Buenos Aires, 20/05/1934.
Palombo, Guillermo y Valentín A. Espinosa: *Historia de la bandera*

argentina. Buenos Aires, Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades, 1999.
Pasquali, Patricia: *San Martín: la fuerza de la misión y la soledad de la gloria*. Buenos Aires, Emecé, 2004.
Paz, José María: *Memorias póstumas*. Buenos Aires, Hyspamérica Ediciones Argentina, 1988.
Pereda, Setembrino: *La Revolución de Mayo*. Montevideo, Alberto Ayala, 1928.
Pérez Torres, Eduardo: *Bandera de Macha: la bandera de Belgrano*. Salta, Editorial Hanne, 2012.
Pigna, Felipe: *Manuel Belgrano: el hombre del Bicentenario*. Buenos Aires, Planeta, 2016.
Pillado, José Antonio: *Buenos Aires Colonial; edificios y costumbres.* Buenos Aires, Cía. Sud-Americana de Billetes de Banco, 1910.
Probst, Juan: *Juan Baltasar Maziel: el maestro de la generación de Mayo*. Buenos Aires, Instituto de Didáctica, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1946.
Pueyrredon, Carlos A.: *La Revolución de Mayo, según amplia documentación de la época*. Buenos Aires, s/e, 1953.
Raffo de la Reta, Julio César: *Historia de Juan Martín de Pueyrredon*. Buenos Aires, Espasa Calpe, 1949.
Ramos Mejía, Enrique: *Los Ramos Mejía*. Buenos Aires, Emecé, 1988.
Ramos Mejía, J. M.: *Las multitudes argentinas.* Buenos Aires, Lajouane, 1899.
Revista *Caras y Caretas*. Buenos Aires, 1898-1939.
Revista *Todo es Historia*, Nros. 1 a 350. Buenos Aires, mayo de 1967-septiembre de 1996.
Rex Bliss, Santiago: *Batalla de Tucumán*. San Miguel de Tucumán, Ediciones de la Feria del Libro, 2011.
Rex Bliss, Santiago: *Tucumán: una historia para todos.* San Miguel de Tucumán, Ediciones de la Feria del Libro, 2010.
Roberts, Carlos: *Las Invasiones Inglesas del Río de la Plata: 1806-1807*. Buenos Aires, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 1938.
Rodríguez Muñoz, Chacho y Luis Garasino: *Hombres de coraje*. Buenos Aires, Fundación Soldados, 2010.
Rodríguez Ostria, Gustavo: *Morir matando: poder, guerra e insurrección en*

Cochabamba, 1781-1812. Santa Cruz de la Sierra, El País, 2012.
Rodríguez, Fray Cayetano: *Correspondencia con el Doctor José Agustín Molina (1812-1820).* Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2008.
Rodríguez, Gregorio F.: *El General Soler*. Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 1909.
Rosenkrantz, Eduardo S.: *La bandera de la Patria.* Buenos Aires, Grito Sagrado, 1988.
Ruiz Moreno, Isidoro J. y Miguel Ángel De Marco: *Patricios de Buenos Aires*. Buenos Aires, Edivérn, 2000.
Saavedra, Cornelio: *Memoria autógrafa*, coordinado por Tomás Lambré. Buenos Aires, Del Nuevo Extremo, 2009.
Saguí, Francisco: *Los últimos cuatro años de la dominación española en el antiguo Virreinato del Río de la Plata*. Buenos Aires, Americana,1874.
Salas, Alberto M.: "La batalla de Tucumán, según tres de sus actores: Belgrano, Paz y La Madrid", en *La Prensa*, Buenos Aires, 23/09/1962.
Saldías, Adolfo: *Historia de la Confederación Argentina (1850-1914*), Tomo I. Buenos Aires, Eudeba, 1968.
Sánchez de Bustamante, Teodoro: *El camino a Bolivia por la Quebrada de Humahuaca*. Buenos Aires, s/e, 1937.
Sanguinetti, Manuel Juan: *Chorroarín, el prócer olvidado*. Buenos Aires, Selta, 1951.
Scenna, Miguel Ángel: "Francisco Ramos Mejía, el primer hereje argentino", en *Todo es Historia*, Buenos Aires, mayo de 1968.
Scunio, Alberto D.H.: *Patricios*. Buenos Aires, Círculo Militar, 1967.
Silveyra, Juan Román: *Anecdotario histórico militar*. Buenos Aires, Ediciones Argentinas Brunetti, 1955.
Solá, Miguel: *Compendio de historia de la cultura argentina*. La Plata, Ministerio de Educación de la Provincia de Buenos Aires, 1959.
Sosa de Newton, Lily: *Diccionario biográfico de mujeres argentinas*. Buenos Aires, Plus Ultra, 1980.
Sosa de Newton, Lily: *Lamadrid*. Buenos Aires, Plus Ultra, 1971.
Suárez, Martín: *Atlas histórico militar argentino*. Buenos Aires, Círculo Militar, 1974.
Tjarks, Germán O.: *Historia de un solar*. Buenos Aires, Banco Provincia de Buenos Aires, 1966.

Toyos, Sergio y Jorge V. Alonso: *Milicia: De galeras, morriones y otras yerbas*. Buenos Aires, María Ghirlanda, 2000.
Tregini Zerpa, Dora Blanca: “Belgrano y el éxodo jujeño”, en *La Nación*, Buenos Aires, 18/08/1963.
Uteda, Saturnino: *Vida militar de Dorrego*. La Plata, s/e, 1917.
Valenzuela, Diego y Mercedes Sanguinetti: *Belgrano: la revolución de las ideas*. Buenos Aires, Sudamericana, 2013.
Vázquez, Horacio Guillermo: *Héroes del Tercio de Gallegos: La Coruña*. La Coruña, Diputación Provincial, 2001.
Vizoso Gorostiaga, Manuel: *Diccionario y cronología histórica americana*. Buenos Aires, Ayacucho, 1947.
Weinberg, Gregorio (director): *Epistolario Belgraniano*. Buenos Aires, Taurus, 2001.
Wildner-Fox, Alberto A.: *Nupcias patricias*. Buenos Aires, s/e, 1987.
Williams Álzaga, Enrique: *Vidas y paisajes*. Buenos Aires, Emecé, 1975.
Yaben, Jacinto R.: *Efemérides sanmartinianas*. Buenos Aires, Instituto Nacional Sanmartiniano, 1978.
Yaben, Jacinto R.: *El origen de los colores y la creación de la bandera nacional*. Buenos Aires, Contreras, 1945.
Zea, Leopoldo: “La Revolución de Mayo y la Revolución de Septiembre de 1810”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 22/05/1960.
Zicolillo, Jorge: *Historias de sangre y fuego*. Buenos Aires, Sudamericana, 1999.
Zinny, Antonio: *Estudios biográficos*. Buenos Aires, Hachette, 1958.
Zinny, Antonio: *Historia de los gobernadores de las provincias argentinas*. Buenos Aires, Huemul, 1920.

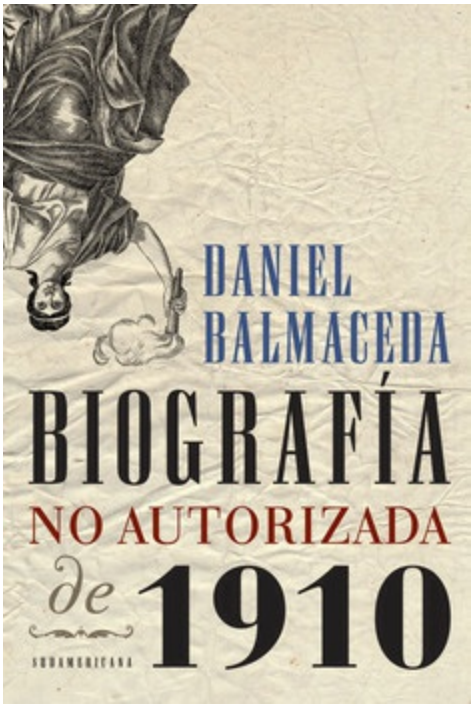


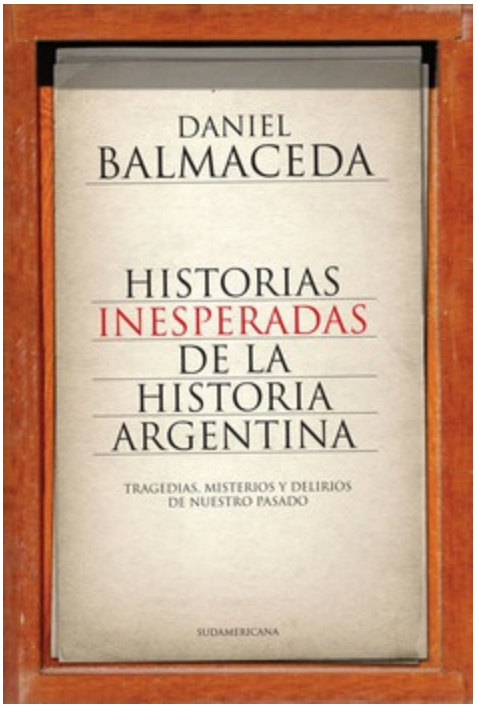
La historia argentina tiene una importante deuda con Manuel Belgrano. Con este fascinante libro, Daniel Balmaceda salda parte de ese destino esquivo. El prócer que difundió valores de compromiso, compasión y solidaridad, que rechazaba premios y renunciaba a sueldos, trabajó toda su vida por el bien común. Esta biografía diferente, reveladora, logra interpretar las verdaderas batallas de Belgrano: su desvelo por el desarrollo del campo y su obsesión con la educación, sus actos de valentía, la importancia de su accionar en la Semana de Mayo, su amistad con San Martín y su actividad militar son algunos de los aspectos de sus hazañas que recorren estas páginas, sin obviar los hitos históricos como su emotiva influencia en la Declaración de la Independencia. Un libro repleto de datos e historias novedosas que pintan un perfil preciso sobre su vida íntima y echa luz sobre su vida pública, incluyendo el auténtico detrás de escena de la creación de la bandera.

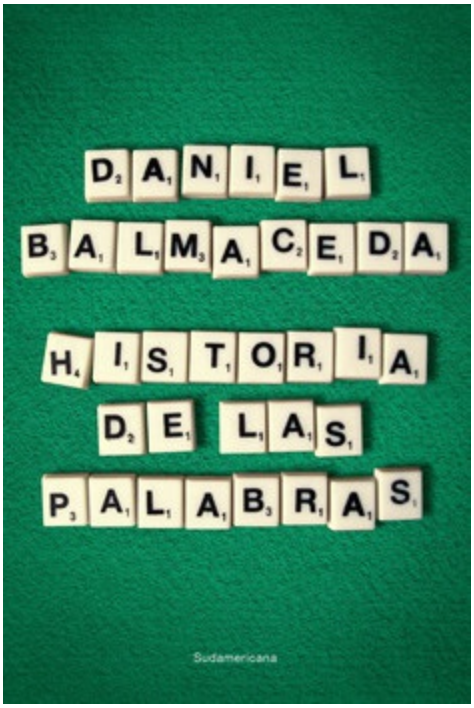
DANIEL BALMACEDA

Es periodista graduado en la Universidad Católica Argentina. Trabajó como editor de las revistas *Noticias*, *El Gráfico*, *Newsweek*, entre otras. Es miembro de número de la Academia Argentina de la Historia, miembro titular y vitalicio de la Sociedad Argentina de Historiadores y miembro de número del Instituto Histórico Municipal de San Isidro. Fue distinguido como Personalidad Destacada de la Cultura por la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires. Presidió la Fundación Cristóbal Colón entre 1989 y 1993. Es columnista del diario *La Nación*, y se desempeña como consultor de historia en instituciones y en diversos medios escritos, radiales y televisivos del país. Trabajó con Oscar González Oro en Radio 10, Fernando Bravo en Radio del Plata, Diego Scott en FM Blue, Andy Kusnetzoff en Radio Metro y María Julia Oliván en Radio Nacional. Es uno de los divulgadores de historia más importantes de la Argentina. Todos sus libros han sido publicados por Sudamericana.

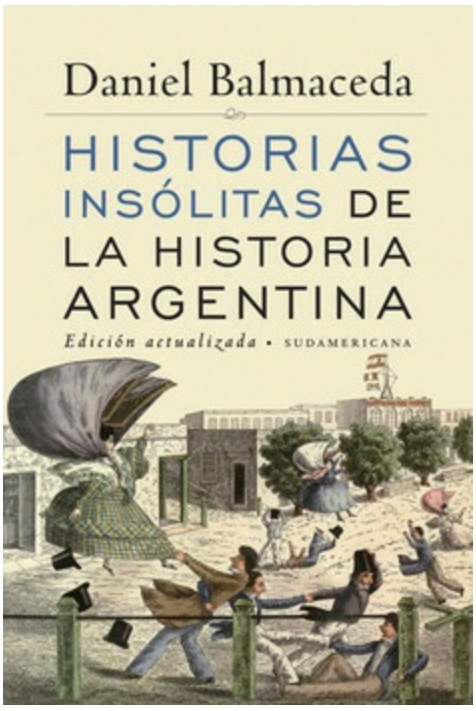
Foto: © Alejandra López


DANIEL
BALMACEDA
BIOGRAFÍA
NO AUTORIZADA
de 1910
SUDAMERICANA

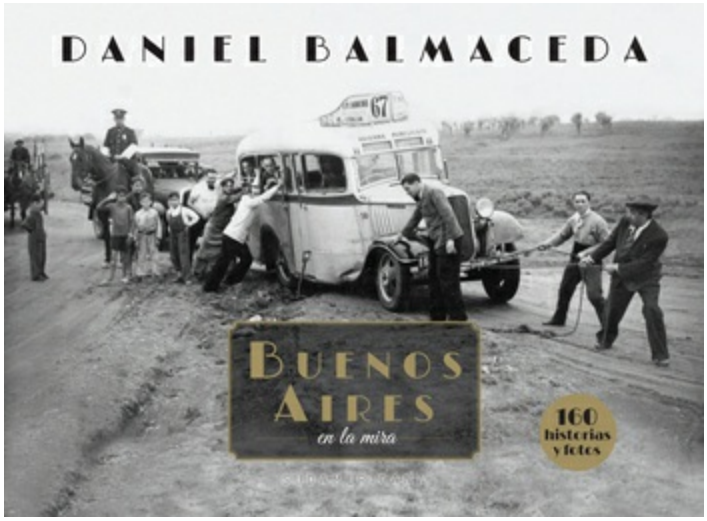

DANIEL
BALMACEDA
HISTORIAS
INESPERADAS
DE LA
HISTORIA
ARGENTINA
TRAGEDIAS, MISTERIOS Y DELIRIOS
DE NUESTRO PASADO
SUDAMERICANA

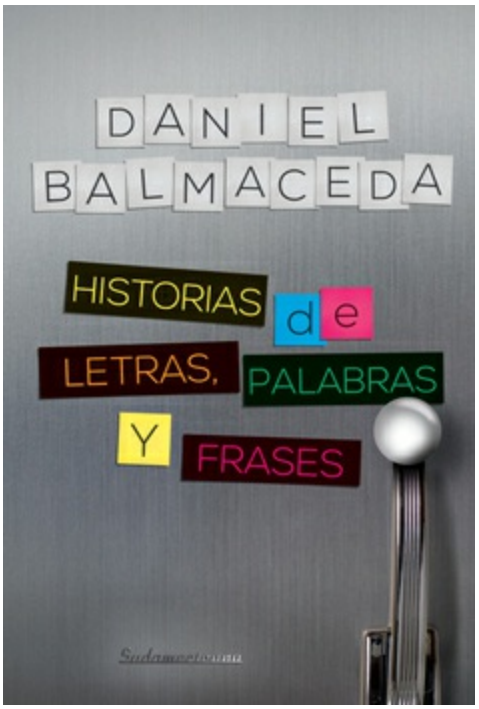

DANIEL
BALMACEDA
HISTORIA
DE LAS
PALABRAS
Sudamericana

Daniel Balmaceda
ROMANCES
TURBULENTOS
DE LA HISTORIA
ARGENTINA
Edición actualizada • SUDAMERICANA


Daniel Balmaceda
HISTORIAS INSÓLITAS DE LA HISTORIA ARGENTINA
Edición actualizada • SUDAMERICANA

Daniel Balmaceda
ROMANCES ARGENTINOS DE ESCRITORES TURBULENTOS
SUDAMERICANA


DANIEL BALMACEDA
BUENOS AIRES
en la mira
160 historias y fotos

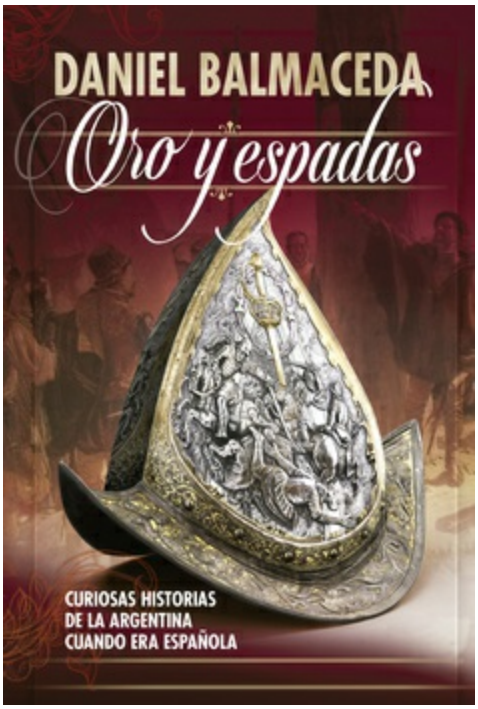

DANIEL BALMACEDA
HISTORIAS de LETRAS, PALABRAS Y FRASES
Sudamericana

DANIEL
BALMACEDA
ESTRELLAS
DEL PASADO

DANIEL
BALMACEDA
QUÉ TENÍAN PUESTO
LA MODA EN LA HISTORIA ARGENTINA
Sudamericana

DANIEL
BALMACEDA
ESPADAS
Y CORAZONES
EL COSTADO HUMANO
DE LA HISTORIA ARGENTINA
SUDAMERICANA

DANIEL
BALMACEDA
HISTORIAS DE
CORCELES
Y DE ACERO
DE 1810 A 1824
SUDAMERICANA



Otros títulos del autor en megustaleer.com.ar

Balmaceda, Daniel
Belgrano. El gran patriota argentino / Daniel Balmaceda. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sudamericana, 2019.
(Historia)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-07-6373-8

1. Ensayo histórico. I. Título.
CDD 982

© 2019, Daniel Balmaceda
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com

Edición en formato digital: diciembre de 2019
© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
www.megustaleer.com.ar

Ilustración de cubierta: © Iván Tiscornia
Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Agustín Ceretti

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-07-6373-8

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubrí tu
próxima lectura

Suscribite y recibí
recomendaciones
personalizadas.

SUSCRIBIRSE

Índice

Belgrano
Dedicatoria
Introducción
1. Los primeros años
    Génova - Cádiz - Buenos Aires
    La familia Pérez
    Pupilo del colegio
    La jornada escolar
    El compañero Magariños
    Tercer año y cambio de rumbo
    La mesa examinadora
    Las tres universidades
    El permiso del Papa
    Pasantías en Madrid
2. De vuelta en Buenos Aires
    Belgrano y el campo
    Belgrano y la cultura del trabajo
    La infección venérea
    Pepa Ezcurra, su gran amor
3. Militar por las circunstancias
    Capitán de Milicias
    Invasiones Inglesas
    Decepción militar
4. La Revolución de Mayo
    Primeras reuniones

Domingo 20
Lunes y martes
La víspera de la Revolución
La Primera Junta
5. Campaña al Paraguay
Primer desafío
Marcha y complicaciones
Rumbo al Paraguay
La diplomacia, otra de sus facetas
Campichuelo
La batalla final
La sorpresa de Tacuarí
Reacción inesperada
Intercambio epistolar
Severo en La Candelaria
6. La convulsión interna
Del 6 de abril
Al 6 de diciembre
7. La defensa del Paraná
Viaje a Rosario
La Bandera que nos legó
En torno al pabellón
8. Al rescate del Norte
Los realistas recuperan Cochabamba
Éxodo jujeño
9. Batalla de Tucumán
Historia de dos desobedientes
Preparativos
Cambio de último momento
24 de septiembre de 1812
En busca de un ganador
10. Pasiones paralelas
El enojo con Güemes
Intermedio romántico
11. Batalla de Salta
20 de febrero de 1813

La noticia más celebrada
El gran premio
Reglamento para las escuelas
Los juramentados de Salta
12. Etapa altoperuana
Dorrego, el preferido
Recuperando territorio
Dorrego: resabios de colegial
Pepa Ezcurra y Pedro
Asuntos cotidianos
La polémica por los desertores
La mesa del general
13. Vilcapugio y Ayohuma
Estrategia fallida
Batalla de Vilcapugio
Incomprensible pérdida de la ventaja
El hombre del fusil
Ayohuma
14. Belgrano y San Martín
Dos próceres y un destino común
Güemes y San Martín
Yatasto no
Subordinarse al mejor
El encuentro
El caso Díaz Vélez
Salta - Tucumán
La burla de Dorrego
15. La misión diplomática
Buenos Aires - Río - Londres
Casi terminan a los tiros
El polémico libro que mandó imprimir
Belgrano y el dandismo
16. Regreso a Tucumán
Belgrano y la Declaración de Independencia
Dolores y Manuel, pasión de primavera
17. El comienzo del fin

Penurias y necesidades
Cómo se le arruinó la salud
La escolta
El médico Redhead
El legado
Ahijadita
Regreso a Buenos Aires
El 25 de Mayo
Martes 20 de junio
18. Homenajes
Las exequias
Una calle y un pueblo
Nuevo homenaje
Deudores y acreedores
Dolores Helguero, después de Manuel
Manuela Mónica del Corazón de Jesús
Quienes lo conocieron
Agradecimientos
Índice onomástico
Bibliografía
Sobre este libro
Sobre el autor
Otros títulos del autor
Créditos